

**DOMINIQUE LAPIERRE**  
**JAVIER MORO**

**ERA**  
**MEDIANOCH**  
**EN BHOPAL**

 Planeta Internacional

 Ramford

**Doce y cinco de la noche del 2 al 3 de diciembre de 1984. Una fulgurante nube de gas tóxico se escapa de una fábrica norteamericana de pesticidas construida en el corazón de la antigua ciudad india de Bhopal. Causa treinta mil muertos y quinientos mil heridos. Es la catástrofe industrial más mortífera de la historia. Este libro narra la emocionante aventura humana y tecnológica que desembocó en esta tragedia.**

Una familia de campesinos indios expulsada de su tierra por enjambres de pulgones asesinos. Tres entomólogos neoyorquinos que inventan un pesticida milagroso. Un gigante de la química que encuentra un gas mortal para fabricarlo. Jóvenes ingenieros de Occidente que quieren acabar con las hambrunas del tercer mundo. Una factoría tan inocente como una fábrica de chocolatinas. Las fiestas y las alegrías de los desheredados de un barrio de chabolas. Eunucos y princesas que hechizan a los ingenieros norteamericanos. Un obrero loco por la poesía que desencadena el Apocalipsis. Médicos heroicos que mueren envenenados haciendo el boca a boca a las víctimas. Una recién casada que se salva de las llamas de una hoguera gracias a la crucecita que lleva al cuello...



**Cientos de personajes, de situaciones y de dramas se entremezclan en este fresco desbordante de amor, heroísmo, fe y esperanza. Una historia verídica. Una tragedia en el corazón de nuestro tiempo que es también una advertencia a todos los aprendices de brujo que amenazan la supervivencia de nuestro planeta.**

Una parte de los derechos de autor generados por este libro financia acciones humanitarias en Bhopal.

 Planeta Internacional



**DOMINIQUE LAPIERRE / JAVIER MORO**  
**ERA MEDIANOCHE**  
**EN BHOPAL**

i Planeta

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados

© Dominique Lapierre/Javier Moro, 2001 ©

Editorial Planeta, S. A., 2001

Córsega, 273-279, 08008 Barcelona (España)

Diseño de la sobrecubierta: Departamento de Diseño de Editorial Planeta

Ilustración de la sobrecubierta: foto © Suzanne Held Ilustraciones del

interior: archivo autores, Jamaini y Zahur Ul Islam Primera edición: marzo

de 2001 Depósito Legal: B. 10.624-2001 ISBN 84-08-03845-1 Composición:

Foto Informática, S. A. Impresión: A&M Gráfico, S. L. Encuademación: Argraf

Encuademación, S. L. Printed in Spain - Impreso en España

El hombre y su seguridad deben constituir la preocupación fundamental de toda aventura tecnológica.

No olvidéis nunca esto cuando estéis metidos de lleno en vuestros planos y en vuestras ecuaciones.

ALBERT EINSTEIN



## Carta a los lectores

Un día conocí a un indio alto, de unos cuarenta años, la frente ceñida con un pañuelo rojo y el pelo anudado en una trenza en la nuca. Su sonrisa resplandeciente y el calor de su mirada me hicieron inmediatamente comprender que aquel hombre era un auténtico apóstol al servicio de los más desfavorecidos. Habiéndose enterado de que el segundo barco-dispensario *Ciudad de la alegría* acababa de ser botado en el delta del Ganges para socorrer a las poblaciones de cuarenta islas totalmente desprovistas de asistencia médica, quería solicitar mi ayuda.

Desde hace dieciséis años, Satinath *Sathyu* Sarangi, éste es su nombre, anima una organización no gubernamental, apolítica y no confesional, empeñada en cuidar a las víctimas más pobres y más abandonadas de la mayor catástrofe industrial de la historia, la que, en la noche del 2 al 3 de diciembre de 1984, a causa de un escape masivo de gases tóxicos, mató entre dieciséis mil y treinta mil personas y causó más de quinientos mil heridos en la ciudad de Bhopal, en la India.

Tenía un vago recuerdo de esa tragedia, pero, en cincuenta y dos años de peregrinaciones por todo este inmenso país, no me había detenido nunca en la magnífica capital del Madhya Pradesh.

Sathyu venía a pedirme financiación para montar y equipar una clínica ginecológica con el fin de curar a las mujeres sin recursos que, dieciséis años después del accidente, aún sufren sus terribles secuelas.

Fui a Bhopal. Lo que descubrí ha sido, sin duda, uno de los mayores traumas de mi existencia. Gracias a mis derechos de autor, y a la generosidad de los lectores de *La ciudad de la alegría* y *Mil soles*, hemos podido abrir esta clínica, que hoy en día recibe, atiende y cura a un centenar de mujeres a las que todos los hospitales de la ciudad habían abandonado a su suerte.

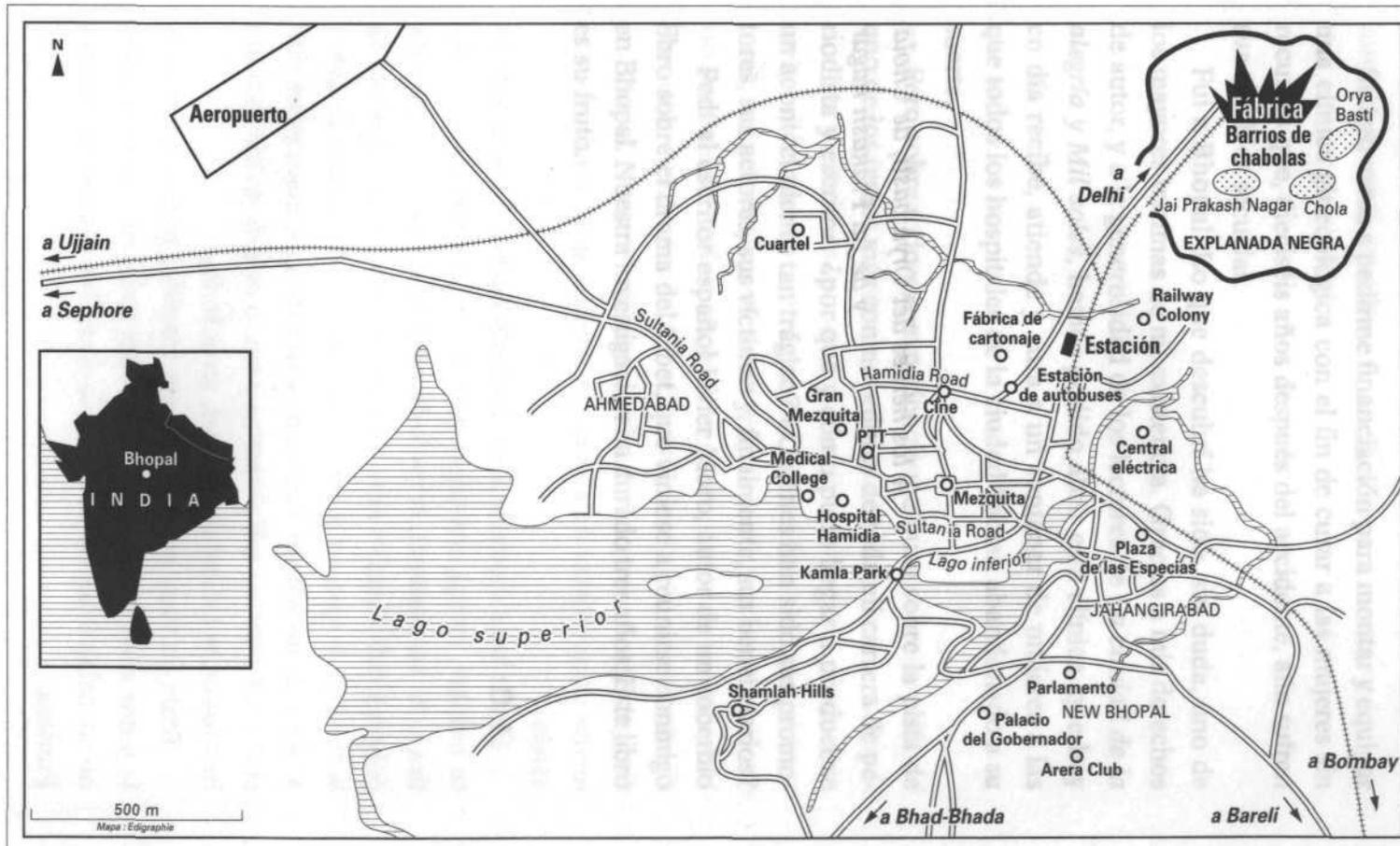
Pero sobre todo esa experiencia me puso sobre la pista de uno de los temas más conmovedores de toda mi carrera de periodista y escritor: ¿por qué y cómo pudo llegar a producirse un acontecimiento tan trágico? ¿Quiénes han sido sus promotores, sus actores, sus víctimas y, finalmente, sus beneficiarios?

Pedí al escritor español Javier Moro, autor de un soberbio libro sobre el drama del Tibet, que viniese a reunirse conmigo en Bhopal. Nuestra investigación ha durado tres años. Este libro es su fruto.

D. L.

*A los héroes del Orya bastí, de Chola  
y de Jai Prakash nagar*

LA CIUDAD DE BHOPAL



Primera parte

**Una nueva estrella en el cielo de la India**



## **1 Petardos que matan, terneros que mueren, insectos que asesinan**

Mudilapa, una de las quinientas mil aldeas de la India y sin duda una de las más pobres de ese país, grande como un continente. Situada al pie de los montes salvajes de Orissa, en ella vivían unas sesenta familias de la comunidad de los adivasis, los descendientes de las tribus aborígenes que poblaban la India hace unos tres mil años, y que los invasores arios venidos del norte empujaron hacia las zonas montañosas, menos fértiles.

Aunque estaban «oficialmente» protegidos por las autoridades, los adivasis permanecían en su mayoría apartados de los programas de desarrollo que, a principios de los setenta, intentaron transformar la vida de los campesinos en la India. Los habitantes de la región, desprovistos de tierras, intentaban mantener a sus familias trabajando como jornaleros. Cortar la caña de azúcar, bajar a las minas de bauxita, romper piedras a lo largo de las carreteras... Aquellos desamparados de la mayor democracia del mundo no rechazaban ningún trabajo.

«¡Adiós, mujer mía; adiós, niños; adiós, padre; adiós, madre; adiós, loro! ¡Que el dios vele por vosotros en mi ausencia!»

Al principio de cada verano, mientras un calor infernal aplastaba la aldea como una losa de plomo, un hombrecillo seco y fuerte, de piel muy oscura, se despedía de los suyos antes de alejarse con su petate sobre la cabeza. Ratna Nadar, de trein-

ta y dos años, se disponía a emprender un duro viaje de tres días a pie hasta un palmeral a orillas del golfo de Bengala. Gracias a la musculatura de sus brazos y de sus pantorrillas, había sido contratado por un *tharagar*, un reclutador de mano de obra itinerante. El trabajo en un palmeral exige una agilidad y una fuerza atlética poco comunes; hay que trepar con las manos desnudas, sin arnés de seguridad, hasta la cima de las palmeras, altas como edificios de cinco pisos, para hacer un corte en la base de las hojas y recoger la miel que segrega el corazón del árbol. Estos acrobáticos ascensos eran la razón por la cual a Ratna y a sus compañeros se los conocía como «hombres-mono». Cada noche, el capataz de la finca iba a cargar la preciada cosecha para llevársela a un confitero de Bhubaneswar.

Ratna nunca había podido saborear el delicioso néctar. Pero las cuatrocientas rupias de su trabajo temporal, ganadas con riesgo de su vida, le permitían alimentar a los siete miembros de su familia durante varias semanas. En cuanto presentía su regreso, su esposa, Sheela, encendía un bastoncillo de incienso frente a la imagen de Jagannath, que decoraba un rincón de la choza, para dar las gracias al «dios del universo», una de las formas del dios hindú Visnú venerada por los adivasis. Sheela era una mujer frágil, vivaz, siempre sonriente. La coleta en la espalda, los ojos en forma de almendra y sus sonrosadas mejillas le daban un cierto aire de muñeca china. Y no había nada sorprendente en ello: sus antepasados pertenecían a una tribu aborígen oriunda de Assam, en el extremo norte del país.

Los Nadar tenían tres hijos. La mayor, Padmini, de ocho años, era una niña delicada, de largos cabellos negros recogidos en una doble trenza. Había heredado los bonitos ojos achinados de Sheela y el perfil de su padre. El pequeño aro de oro que, según la tradición, le atravesaba una aleta de la nariz, subrayaba el resplandor de su rostro. Desde el alba hasta la noche,

Padmini era la única ayuda de la casa. Se ocupaba de sus dos hermanos, Ashu, de siete años, y Sunil, de seis, dos diablillos hirsutos, más dispuestos a matar lagartos a pedradas que a ir a por agua a la charca del pueblo. En el hogar de los Nadar vivían también los progenitores de Ratna: su padre, Prodip, de facciones muy marcadas y con un eterno bigotillo gris, y su madre, Shunda, arrugada y con una joroba prematura.

Como decenas de millones de niños indios, Padmini y sus hermanos no habían tenido la suerte de acercarse a la pizarra de una escuela. La única enseñanza que habían recibido había sido la de aprender a sobrevivir en el paupérrimo mundo donde los dioses los habían hecho nacer. Y como los demás habitantes de Mudilapa, Ratna Nadar y los suyos vivían al acecho de la menor oportunidad de ganar unas rupias. Una de esas oportunidades volvía todos los años al principio de la estación seca, cuando llega la hora de cosechar las distintas hojas que sirven para confeccionar los *bidis*, los finos cigarrillos indios de forma cónica.

Durante seis semanas, Sheela, sus hijos y los padres de Ratna partían todas las mañanas al alba con los demás aldeanos hacia la selva de Kantaroli. El espectáculo de aquella gente, que invadía la maleza como si de una nube de insectos se tratara, era fascinante. Cogían una hoja con precisión de autómatas, la depositaban en un morral y volvían a repetir incansablemente el mismo gesto. Cada hora, los recolectores se detenían para confeccionar ramilletes de cincuenta hojas. Si se daban prisa, podían hacer hasta ochenta ramilletes en un día. Por cada ramillete pagaban treinta paisas, unas dos pesetas, el precio de un par de berenjenas.

Los primeros días, mientras la recolección se hacía en la linde de la selva, la joven Padmini a menudo conseguía hacer unos cien ramilletes. Sus hermanos, Ashu y Sunil, no tenían la misma agilidad para arrancar de un golpe las hojas del tallo y su

cosecha se resentía por ello. Pero entre los seis -niños, madre y abuelos-, volvían a casa todas las noches con casi un centenar de rupias, una fortuna para esa familia, acostumbrada a sobrevivir un mes entero con mucho menos.

Un día corrió por Mudilapa y sus alrededores el rumor de que se reclutaban niños en una fábrica de cigarrillos y cerillas que habían abierto recientemente. Gran parte de los cien mil millones de cerillas producidas cada año en la India se fabricaban todavía a mano, principalmente por niños cuyos dedos lograban hacer maravillas. Ocurría lo mismo con los *bidis*. Si trabajaba sin parar desde el alba hasta el anochecer, un niño podía enrollar hasta mil doscientos cigarrillos al día.

La inauguración de esa fábrica causó una auténtica conmoción entre los habitantes de Mudilapa. Todo valía para seducir al *tharagar* encargado de reclutar la mano de obra. Hubo madres que se precipitaron hacia el *mohajan*, el usurero de la aldea, para empeñar sus últimas joyas; hubo padres que vendieron su única cabra. Y eso a pesar de que las condiciones de trabajo propuestas eran extremadamente duras.

-Mi camión pasará todos los días a las cuatro de la madrugada -anunció el *tharagar* a los padres de los niños que había escogido-. ¡Ojo con los que no estén fuera esperando!

-¿Cuándo nos devolverán a los niños? -pregunto preocupado el padre de Padmini, haciéndose eco del sentimiento de los demás.

-No antes del anochecer -contestó secamente el *tharagar*.

Sheela vislumbró una expresión de miedo en el rostro de su hija, y en seguida trató de tranquilizarla.

-Padmini, piensa en cómo ha acabado tu amiga Banita.

Sheela se refería a la hija de sus vecinos, a la que sus padres

habían vendido al ciego de la aldea para poder alimentar a sus otros hijos. Ese tipo de trato era corriente. A veces, unos padres demasiado ingenuos entregaban a sus hijas a contratistas que trabajaban para proxenetas, creyendo que serían empleadas como criadas en una familia o como obreras en algún taller.

Era todavía de noche cuando sonó la bocina del camión. Padmini, Ashu y Sunil ya estaban fuera, esperándolo, acurrucados los unos contra los otros. Tenían frío. Su madre se había levantado antes que ellos para prepararles comida: un puñado de arroz sazonado con un poco de *dal* (1), dos *chapatis* (2) para cada uno y una guindilla troceada en tres, todo envuelto en una hoja de banano.

El camión se detuvo frente a un hangar recubierto de tejas, con un muro de tierra seca por detrás y unos pilares que sostenían el techo por delante. Seguía siendo de noche y las lámparas de petróleo apenas conseguían iluminar el enorme edificio. El capataz era un hombre imponente y autoritario, que iba vestido con una camisa sin cuello y un taparrabos blanco. «En la oscuridad, tenía la impresión de que sus ojos brillaban como las brasas de nuestra *chula* (3)», contó después Padmini.

-Sentaos todos a lo largo de la pared -ordenó.

Contó a los niños y los repartió en dos grupos, uno para los *bidis*, el otro para las cerillas. A Padmini la separaron de sus hermanos y la mandaron al grupo de los cigarrillos.

-¡A trabajar! —ordenó el hombre del taparrabos blanco dando palmadas.

-Sus ayudantes trajeron entonces unas bandejas llenas de hojas como las que Padmini había recolectado en la selva. El mayor se puso en cuclillas frente a los niños para mostrarles

(1) Puré de lentejas, fuente principal de proteínas vegetales.

(2) Tortitas de trigo.

(3) Pequeño hornillo artesanal.

cómo había que enrollar las hojas, dándoles la forma de un pequeño embudo, rellenarlas con picadura de tabaco y después atarlo todo con hilo rojo. A Padmini no le costó imitarlo. En un instante, confeccionó un paquete de *bidis*. «Lo único que no me gustaba era el olor picante de las hojas -confesó-. Pero para acabar con el montón que teníamos delante de nosotros, lo mejor era pensar en el dinero que llevaríamos a casa.»

Otros empleados colocaron pilas de minúsculos bastoncillos frente a los niños encargados de fabricar las cerillas.

-Los metéis uno a uno en los dientes de este soporte metálico —les explicó el capataz—. En cuanto esté lleno, les dais la vuelta y mojáis la punta de los bastoncillos en esta escudilla.

El recipiente contenía azufre líquido. Nada más sacar las puntas de las cerillas, el azufre se solidificaba.

El hermano menor de Padmini miraba con aprensión el líquido humeante.

-¡Nos quemaremos los dedos! -dijo preocupado, lo bastante fuerte como para que el capataz lo oyese.

-¡Cretino! -replicó este último-. Te he dicho que mojes solamente la punta de los trocitos de madera, no los trozos enteros. ¿Nunca has visto una cerilla?

Sunil agachó la cabeza. Pero su temor era insignificante comparado con el peligro real que representaban los vapores tóxicos que emanaban del recipiente. Hubo niños que no tardaron en sentir quemaduras en los pulmones y en los ojos. Muchos acababan desmayándose. El capataz y sus ayudantes los reanimaban a tortazos o lanzándoles cubos de agua. Los que caían de nuevo eran expulsados de la fábrica sin piedad.

«Poco tiempo después de nuestra llegada, un segundo hangar fue construido para albergar un taller de fabricación de petardos -contó Padmini—. Allí mandaron a mi hermano Ashu y a unos veinte niños más. Ya no lo veía más que una vez al día, cuando le llevaba su parte del almuerzo que nuestra madre nos

había preparado. El capataz anunciaba la pausa de la comida dando un campanazo. ¡La que se armaba si no volvías a tu sitio al segundo aviso! El jefe te pegaba con una vara que hacía girar constantemente en el aire para asustarnos y empujarnos a trabajar más deprisa. Aparte de esa breve interrupción, trabajábamos sin parar desde que llegábamos hasta la noche, cuando el camión nos devolvía a casa. Mis hermanos y yo estábamos tan cansados que nos echábamos sin comer en el *charpoi* (4) y nos dormíamos en seguida.»

Unos meses después de la inauguración del taller de petardos, una tragedia se cernió sobre la fábrica. Padmini vio cómo de pronto una enorme llamarada iluminó el hangar donde trabajaba su hermanito Ashu. La explosión arrancó el techo y el muro. Unos niños salieron gritando entre la humareda; estaban llenos de sangre, la piel les colgaba a jirones. El capataz y sus ayudantes intentaban apagar el fuego con cubos de agua. Padmini, asustada, se precipitó hacia la hoguera gritando el nombre de su hermano, pero nadie le respondió. Corría por todas partes y tropezó. Al caer, vio un cuerpo en el suelo. Era su hermano. No tenía brazos. «Sus ojos estaban abiertos como si me mirasen, pero no se movían -dijo-. Ashu estaba muerto. A su alrededor había otros cuerpecillos despedazados. Me levanté y fui a darle la mano a mi otro hermano, que se había refugiado en un rincón del hangar de las cerillas. Me senté a su lado, nos abrazamos y lloramos en silencio.»

Un mes después del drama, un funcionario con el uniforme militar de los servicios veterinarios de Orissa llegó a Mudilapa a bordo de un jeep con sirena y luces giratorias. Era

(4) Literalmente, «cuatro pies». Camastro hecho de cuerdas trenzadas sobre un marco de madera, soportado por cuatro patas.

la primera vez que un representante del gobierno hacía su aparición en la aldea. Llamó a los habitantes con la ayuda de un megáfono y toda la población se congregó alrededor de su coche.

-He venido a daros una gran noticia -declaró, acariciando el megáfono con sus dedos cubiertos de anillos—. De acuerdo con la política de ayuda a los campesinos más desfavorecidos de nuestro país, Indira Gandhi, nuestra primera ministra, ha decidido haceros un regalo.

Miró divertido el asombro que se leía en los rostros de los allí presentes. Y, señalando al azar a uno de ellos, preguntó:

-¡Tú! ¿Tienes idea del regalo que nuestra madre quiere haceros?

Un vecino del padre de Padmini dudó.

-Puede que nos regale un pozo -se atrevió a decir tímidamente. Pero el hombre de uniforme ya se estaba dirigiendo hacia otro campesino.

-¿Y tú?

-Nos va a construir una carretera de verdad.

-¿Y tú?

-Quiere traernos la luz.

-¿Y tú?...

En menos de un minuto, el enviado del gobierno pudo medir el estado de pobreza y de abandono de la aldea. Pero el motivo de su visita no tenía nada que ver con esas acuciantes necesidades. Tras mantener el suspense por medio de un largo silencio, volvió a hablarles con voz paternal:

-Amigos míos, he venido a anunciaros que nuestra bienamada Indira ha decidido ofrecer una vaca a cada familia de Mudilapa.

—¿Una vaca? —repitieron varias voces estupefactas.

-¿Con qué vamos a alimentarla? -preguntó uno.

-Nos os preocupéis por eso -dijo el visitante-. Indira

Gandhi lo ha previsto todo. Cada familia recibirá una parcela de tierra sobre la que haréis crecer el forraje necesario para alimentar a vuestro animal. Y el gobierno os pagará por ese trabajo.

Era demasiado bonito.

-¡Los dioses han visitado nuestra aldea! -decía maravillada la madre de Padmini, siempre dispuesta a dar gracias al cielo por el más mínimo favor-. Tenemos que hacer en seguida una *puja* (5).

El enviado del gobierno continuó con su discurso. Hablaba con el énfasis propio de un político que distribuye prebendas antes de unas elecciones.

-¡No os vayáis, amigos, aún no he terminado! Tengo que anunciaros otra noticia todavía más importante. El gobierno ha tomado medidas para que cada una de vuestras vacas pueda dar un ternero gracias al semen extraído de toros especialmente seleccionados e importados de Gran Bretaña. El esper-ma lo traerán regularmente de Bombay y de Poona unos veterinarios del gobierno. Ellos mismos llevarán a cabo las inseminaciones. Este programa debe permitir la creación en vuestra región de una nueva raza capaz de producir ocho veces más leche que el ganado local. ¡Pero, ojo! Para alcanzar ese resultado debéis comprometeros a no aparear nunca vuestras vacas con un toro de aquí.

El asombro que se dibujaba en los rostros dio lugar a una explosión de alegría.

-Nunca hemos recibido la visita de un benefactor como usted —declaró Ratna Nadar, convencido de que así expresaba el reconocimiento de todos.

El día de la llegada de la manada, las mujeres sacaron del cofre familiar sus saris de boda y sus velos de fiesta como si fue-

(5) Ceremonia de ofrenda ante el altar de un dios.

sen a celebrar *Diwali* o *Dassahra* (6). Bailaron y cantaron toda la noche alrededor de los animales mientras éstos daban un concierto de mugidos. Los Nadar dieron a su vaca el nombre de *Lakshmi*, la diosa de la riqueza y la prosperidad que los adivasis veneran con tanto fervor como los hindúes.

Tal y como lo había anunciado el mensajero del gobierno, unos veterinarios oficiales llegaron poco tiempo después a Mudilapa. Traían consigo unas gruesas jeringas para proceder a la inseminación del esperma británico. Diez lunas después, un ternero vino al mundo en el patio de cada una de las chozas del pueblo. Pero la alegría de los habitantes sólo duró una noche. Ninguno de los terneros pudo ponerse en pie para mamar. Lloraban como bebés hambrientos. Sheela intentó hacer beber un poco de leche al suyo en un cuenco hecho con medio coco. Todos los terneros murieron uno tras otro. Era una desgracia.

—Voy a llevar a *Lakshmi* a un toro de los nuestros -anunció una mañana Ratna Nadar a su familia.

Su vecino adoptó la misma decisión.

-Nuestros terneros han muerto porque sus padres no son de aquí —afirmó.

Pero el intento se reveló infructuoso. Los agentes del gobierno habían tomado sus precauciones, y para impedir que los campesinos llevaran a sus vacas a fecundar con un toro de raza local, los habían mandado castrar a todos.

La esperanza de los habitantes de Mudilapa renació cuando vieron brotar el forraje que habían sembrado para sus vacas sobre la parcelita donada por el gobierno. ¡Por lo menos po-

(6) *Diwali*, la fiesta de las luces, celebrada entre una explosión de fuegos artificiales y petardos, es la fiesta más alegre de todo el calendario hindú. *Dassahra*, décimo día de las fiestas de *Durga*, que conmemoran la victoria de la diosa sobre el demonio-búfalo de la ignorancia.

drían alimentar a sus animales! Todas las mañanas, Ratna Nadar llevaba a su familia hasta su campo para vigilar la buena salud de la futura cosecha. Cierta día, observaron que la hierba había cambiado súbitamente de color: se había vuelto gris. No se debía a la falta de humedad porque el suelo estaba todavía mojado por las últimas lluvias. Al examinar cuidadosamente los tallos, Ratna descubrió que unos pulgones negros devoraban la corteza y chupaban la savia. Los demás campesinos observaron lo mismo. Una calamidad se había cernido sobre Mudilapa. ¿Acaso el gran dios Jagannath estaba enfadado? Los Nadar y sus vecinos fueron a pedir al brujo del pueblo que ofreciese una *puja* al dios para que los campos recobrasen la salud, si no sus vacas morirían de hambre. El brujo -un anciano de cabeza afeitada- trazó un círculo alrededor de algunos brotes y se puso a bailar salmodiando fórmulas rituales. Luego los roció con *ghee*, manteca líquida, y les prendió fuego uno a uno.

Pero el dios Jagannath permaneció sordo. El forraje de los Nadar murió en unos días, devorado por el pulgón. Estaban en septiembre y no sería posible sembrar de nuevo antes de la primavera. Muy pronto su vaca no tuvo más que la piel sobre los huesos. La catástrofe llegó a oídos de los mercaderes de ganado de la región, que como buitres acudieron a arramblar a precio de saldo con los animales todavía vivos. Los Nadar tuvieron que resignarse a que se llevasen a *Lakshmi* por cincuenta rupias.

La venta les permitió sobrevivir unas semanas más. Cuando la vieja Shunda, la abuela, que conservaba envueltos en un pañuelo los ahorros de la familia, sacó sus últimas monedas, Ratna reunió a los suyos.

-Voy a ir al *mohajan* —declaró—. Empeñaré el campo para que nos preste lo suficiente y así ir tirando hasta la próxima siembra. Esta vez, sembraremos trigo y lentejas, y buscaremos una manera de impedir que los malditos bichos devoren nuestra cosecha.

-Ratna, padre de mis hijos -interrumpió tímidamente Sheela-, no te lo dije para no atormentarte más, pero has de saber que ya no tenemos la parcela. Un día que habías ido a trabajar al palmeral, los del gobierno vinieron a por todas las parcelas que encontraron sin cultivar. Por mucho que me esforcé en explicarles que los insectos se habían comido nuestras plantaciones, se negaron a admitirlo. «¡No valéis para nada!», gritó su jefe, rompiendo los papeles que nos habían dado cuando vinieron con las vacas.

La revelación dejó a la familia asombrada y sin fuerzas para decir nada. Esta vez, los Nadar parecían haber alcanzado el límite de su capacidad de resistencia. Fue entonces cuando una voz surgió en la calurosa choza.

-Voy a volver a enrollar *bidis* -declaró Padmini.

Sin embargo, su valiente ofrecimiento resultó inútil. Unos días más tarde, un *tharagar* desconocido pasó por Mudilapa. Lo mandaba la Compañía de Ferrocarril de Madhya Pradesh para reclutar mano de obra destinada a los trabajos de desdoblamiento de las vías que conducen a Bhopal, la capital del estado.

-Podrás ganar hasta treinta rupias al día —anunció a Ratna Nadar, después de examinar con su ojo profesional los músculos del trepador de palmeras.

—¿Y mi familia? —preguntó este último.

El *tharagar* se encogió de hombros.

—Pues llévala contigo. ¡En Bhopal sobra sitio!

Contó a los ocupantes de la choza.

-Toma, aquí hay seis billetes de tren para Bhopal -dijo sacando de su *longhi* (7) seis cuadraditos de papel de color

(7) Largo paño de algodón anudado en la cintura.

rosa-. Hay dos o tres días de viaje. Y aquí, toma cincuenta rupias de adelanto sobre tu primera paga.

El trato se había cerrado en menos de cinco minutos. Pero el gesto de aquel comprador de brazos no tenía nada de generoso. Los adivasis constituían una reserva tradicional de mano de obra tan poco exigente como fácilmente explotable.

El éxodo de la familia Nadar no supuso problema alguno. Aparte de algunos utensilios, un poco de ropa y de *Mangal*, el inagotable loro de plumaje rojo y amarillo, no poseían ningún otro bien. Las tormentas del próximo monzón se encargarían de destruir la choza, salvo que una familia que estuviera de paso tomase posesión de ella.

Una mañana, mientras los primeros rayos de Surya, el dios sol, enrojecían el horizonte, los Nadar se pusieron en marcha con Ratna y su padre, Prodip, a la cabeza. Cada uno portaba un hatillo. La pequeña caravana, a la que se habían unido otras familias de Mudilapa, dejó tras de sí una nube de polvo. El joven Sunil, que cargaba con la jaula del loro, estaba emocionado con la perspectiva de la aventura. Padmini no podía contener las lágrimas. Antes de que el camino se desviase hacia el norte, giró la cabeza para mirar por última vez y despedirse de la choza de su infancia.

## 2 El holocausto planetario de millones de insectos devastadores

La desgracia de los campesinos indios de Mudilapa no era más que un pequeño episodio de una tragedia que azotaba al conjunto del planeta. El pulgón negro que había expulsado a los Nadar de su tierra pertenecía a una de las ochocientas cincuenta mil especies de insectos que, desde el albor de la humanidad, habían arrebatado al hombre la mitad de sus recursos alimenticios. Los nombres dados a muchos de ellos no permiten imaginar la naturaleza y la importancia de los desastres de los que son culpables. ¿Cómo sospechar que esos bichitos bautizados por el Tribunal Fitosanitario con nombres tan sugestivos como «escarabajos violín», «orugas procesionarias de los pinos», «cicadelas doradas de la vid», «moscas minadoras del trigo», «polillas tortricidas del melocotonero», «noctuidas de las lentejas», o «avispa portasierras del nabo», puedan revelarse tan dañinos malhechores? La variedad de sus armas, la extrema diversidad de sus apariencias y el brillo de sus caparazones convierten a esos parásitos en el más fabuloso de los bestiarios. El resplandor de las alas de algunas mariposas destructoras de frutas evoca sofisticados adornos, al contrario que la piel velluda de las repugnantes orugas que destruyen los campos de algodón. Cada especie tiene su propia manera de vivir a expensas de sus presas. Hay insectos chupadores, como el pulgón

de Mudilapa, mientras que otros son trituradores; los hay de-voradores, lamedores, estragadores, saqueadores, pulpívoros, fitófagos y xilófagos. Algunos de esos parásitos trituran los vegetales con las mandíbulas; otros los chupan con su larga trompa; otros los lamen antes de aspirarlos con ayuda de una funda que les envuelve la lengua; otros los cosen a puñaladas antes de sorber su savia. Algunos roen sus hojas, las recortan como encaje, las decapan o las acribillan de agujeritos. Otros invaden sus vasos, esparciéndose entre la nervadura de las hojas. Espesos follajes se encuentran así bruscamente moteados de puntitos blanquecinos que albergan ejércitos de asaltantes gruesos como cabezas de alfiler. Plantas sanas y vigorosas se ven de pronto cubiertas de pústulas parduscas que acaban por marchitarlas irremediabilmente. Otros insectos aniquilan los vegetales cavando galerías que suben hasta la base de las hojas.

Las musculadas pantorrillas de bailarina de los escaraba-jueles del lino les permiten saltar de un tallo a otro como acróbatas de circo, mientras las casidas de la remolacha se arrastran sobre las hojas con aires de tortuga patosa. Los escarabajos de resorte del cereal son filiformes, las t́pulas de las legumbres son como gruesos mosquitos atiborrados de la sangre de sus víctimas. Las polillas asoladoras de las lentejas con escamas aladas iridiscentes, las moscas de tormenta, asesinos del olivar, los ácaros rojos como el brillo de un rubí, terror de los cítricos, todos forman parte de una jungla de lo infinitamente pequeño, bulliciosa y amenazante.

Por su ilimitada capacidad de adaptación, estos insectos se encuentran en todos los hábitats y en todas las latitudes, tanto en las arenas ardientes de los desiertos africanos como bajo los bancos de hielo del ártico. Algunos son responsables de varias de las mayores catástrofes de la humanidad, como la invasión de saltamontes del Antiguo Egipto, la de la filoxera, que acabó con los viñedos de Francia a finales del siglo xix, o

también la de los escarabajos de la patata, que mataron de hambre al pueblo irlandés destruyendo su principal fuente de alimentación.

Todos esos bichitos actúan sin tregua y no perdonan ningún cultivo. En los campos de trigo, de avena, de cebada y de centeno, el mismo gusano puede pasar de una espiga a otra. Con los tallos horadados y las raíces carcomidas por la bulimia de millones de larvas, superficies inmensas de cereales son destrozadas antes de producir un solo grano. El arroz, que representa más del 60 por ciento del producto alimenticio de la población mundial, es el blanco preferido de estos saqueadores. Cardadores de cuerpo moteado y cilíndrico, ciempiés rosados, escarabajos mordedores, típulas grisáceas desprovistas de patas, orugas de polillas noctuidas, larvas de abejorros, cica-delas, nematodos: más de un centenar de especies en todo el mundo atacan a esta gramínea. El invertebrado más devastador es una mariposa llamada piral (literalmente, «insecto que vive en el fuego»), cuyas largas orugas grisáceas horadan túneles en las espigas hasta provocar su caída. Tanto o más destructivas son unas viciosas criaturas armadas de un estilete chupador, a las que un duro caparazón protege de sus depredadores. En cuanto a los gorgojos, han devorado sin duda más arroz, más trigo y más patatas que todo lo que los hombres han consumido desde el inicio de la agricultura.

Desde hace miles de años, el hombre lleva a cabo una guerra sin cuartel contra los autores de tales estragos. Los textos de la antigua China, de la antigua Roma, de la Europa de la Edad Media, están plagados de relatos, a veces demenciales, de esos combates. A falta de conocimientos científicos eficaces, nuestros lejanos antepasados recurrían a dudosas prácticas mágicas o religiosas. Los campesinos nepalíes plantaban en los arrozales unos carteles en los que se ordenaba a los insectos que se abstuvieran de penetrar «so pena de denuncia jurídica». Menos

ingenuos pero igual de utópicos, los campesinos romanos hacían dar vueltas a sus mujeres embarazadas alrededor de los árboles frutales. La Europa cristiana de la Edad Media organizaba procesiones y novenas contra la polilla *Cochylis* y la polilla piral del trigo. Los agricultores de Venezuela daban golpes con un cinturón a sus mazorcas de maíz con la esperanza de que ese tratamiento de choque reforzara su resistencia a los parásitos. Mientras los cultivadores de Siam sembraban sus campos de cascara de huevo pinchadas sobre palitos, los de Malasia ataban sapos muertos a los tallos de bambú para ahuyentar a la mosca blanca de los arrozales. Las poblaciones del año 1000, convencidas de que los ataques de los insectos eran consecuencia del pecado original, no dudaban en llevar a los insectos destructores a juicio. En Lausana, en 1120, unas orugas fueron excomulgadas. Cuatro siglos más tarde, un tribunal de Auvernia condenaba a otras orugas a «terminar su miserable vida» en el lugar que se les había designado. El último caso de excomunión de insectos se remonta a hace menos de un siglo.

Por suerte, también se intentaron otras respuestas más realistas. Los campesinos del sur de la India consiguieron ahogar millones de insectos destructores inundando sus campos en ciertas épocas del año. En Kenia y en México, la simple idea de intercalar en otros cultivos parcelas plantadas de maíz como cebo permitió salvar las plantaciones de sorgo y de hortalizas. En otros lugares, como en los habitados por los indígenas del Amazonas, el descubrimiento de que también existen insectos depredadores de otras especies permitió ganar algunas batallas. Diversos textos del siglo ni cuentan que los agricultores chinos llenaban sus limoneros de hormigas devoradoras de vanessas, unas mariposas de colores que sembraban el terror en sus huertos. Quince siglos más tarde, California salvó sus plantaciones de cítricos de los estragos de la mosca australiana gracias a las mandíbulas de un escarabajo asesino.

A finales del siglo xix, la utilización de materias de origen vegetal, como la nicotina o la flor de pelitre, y más tarde de sustancias minerales, como el arsénico y el sulfato de cobre, proporcionó a los campesinos nuevas armas que pronto bautizaron con el nombre mágico de insecticidas, y posteriormente de pesticidas. El descubrimiento, en 1868, de que la pulverización del colorante, a base de un arsénico llamado «verde de París», producía un cierto efecto sobre los parásitos del algodón, lanzó a Estados Unidos a la comercialización desenfrenada de los venenos naturales. En 1910, la facturación de la nueva industria norteamericana de insecticidas alcanzaba ya los veinte millones de dólares. Al «verde de París» se añadieron productos a base de arseniato de plomo. La primera guerra mundial provocó la expansión de esta industria en otras direcciones. Comprometidas las importaciones de «verde de París» por culpa de los submarinos alemanes y con el arsénico acaparado para fabricar municiones, cohetes de bengala y gases de combate, los fabricantes de insecticidas recurrieron a la industria química.

Los químicos se apresuraron a aceptar el desafío, felices por encontrar una salida a los productos derivados del petróleo. Importantes sociedades de Europa y de América invirtieron enormes partidas de dinero en la investigación de moléculas de síntesis eficaces contra los insectos dañinos. La época entre las dos guerras mundiales vio nacer así una serie de familias químicas que ofrecían cada una nuevas posibilidades para exterminar parásitos. En vísperas de la segunda guerra mundial se creyó alcanzar la meta cuando un químico suizo, Hermán Mueller, que buscaba fabricar un insecticida de contacto eficaz, descubrió una molécula que pareció colmar sus esperanzas; ésta llevaba el nombre bárbaro de dicloro-difenil-triclo-roetano. El científico helvético, sin embargo, le dio una denominación abreviada; el mundo de los insectos podía empezar

a temblar: ¡el DDT había nacido! Este espectacular descubrimiento le valió a su autor el Premio Nobel de Fisiología y de Medicina. Porque el DDT iba a permitir el exterminio masivo, en la escena de las operaciones militares, de los mosquitos portadores del paludismo, e iba a salvar así la vida a centenares de miles de soldados. Con el final de la guerra, ese insecticida orgánico encontró las aplicaciones civiles para las que había sido inventado. Los estudios de campo demostraron que destruía rápidamente una gama muy amplia de insectos fitófagos, lo que permitió un aumento inmediato de los rendimientos agrícolas. Las experiencias llevadas a cabo en los estados de Nueva York y de Wisconsin revelaron que la producción de los campos de patata tratados con DDT aumentaba un sesenta por ciento. La euforia provocada por tan buenos resultados decayó cuando se descubrió, cincuenta años después de su creación, que el DDT contaminaba peligrosamente el suelo, los mamíferos, los pájaros, los peces y hasta a los hombres, a través de los alimentos que consumían. Fue declarado ilegal en la mayoría de los países occidentales, y tanto en Europa como en Estados Unidos surgió una legislación que obligaba a los fabricantes de pesticidas a respetar unas normas de protección y de seguridad cada vez más draconianas. Presionada por una agricultura impaciente, la industria orientó sus investigaciones hacia productos que conciliaban la destrucción de los insectos con una toxicidad tolerable para el hombre y su entorno. Comenzaba así una formidable aventura.

## Un barrio de chabolas llamado Orya bastí

Después de pasar cincuenta y nueve horas en el pintoresco abigarramiento de un tren indio, los exiliados de Mudilapa llegaron por fin a su destino, Bhopal. Durante los meses que siguieron a la independencia de la India, la prestigiosa ciudad se había convertido en capital del estado de Madhya Pradesh, un territorio situado en el corazón geográfico del país y casi tan extenso como dos veces España. Padmini Nadar y su familia no habían dejado de extasiarse frente a la belleza de los paisajes que atravesaban, particularmente durante las últimas horas del recorrido. ¿No era en esas profundas y misteriosas selvas donde se habían refugiado el dios Rama y los hermanos Pandava de la mitología hindú, y donde Rudyard Kipling había ambientado su gran *Libro de la jungla*? ¿Seguirían pobladas de tigres y elefantes? Algunos kilómetros antes de su destino, la vía férrea pasaba cerca de las célebres cuevas de Bimbhetka, que albergan magníficas pinturas rupestres.

La estación donde desembarcaron los inmigrantes de Orissa era uno de esos hervideros de gente lleno de ruidos, de agitación y de los olores que caracterizan las grandes escalas ferroviarias de la India. Había sido construida en el siglo xix. Las fiestas más bulliciosas del folclore de los adivasis no hubieran podido dar a Padmini y a los suyos una idea del júbilo que se

vivió en la estación el día de su inauguración, el 18 de noviembre de 1884. Unir la rancia y magnífica capital a la red del ferrocarril había sido idea de un administrador británico después de que una terrible sequía matase de hambre a decenas de miles de habitantes de la región, privados de ayuda por falta de medios de comunicación. Aunque el nombre del brillante coronel Henry Daly no pasó a la historia, este benefactor fue, sin embargo, el autor del regalo máspreciado que una ciudad india podía entonces recibir de sus colonizadores. Una multitud de autoridades británicas con uniformes cargados de condecoraciones y todos los dignatarios locales vestidos de gala acudieron a la invitación de la *begum*, una mujercita escondida bajo los pliegues de su *burqa* (1) que reinaba con el título de *begum* sobre el sultanato de Bhopal. Los festejos duraron tres días y tres noches. La población se congregó a lo largo de los raíles engalanados con arcos de triunfo con los colores rojo, blanco y azul del Imperio británico para vitorear al primer convoy de siete vagones decorados con estandartes. En el andén esperaba una doble fila de lanceros a caballo, regimientos de cipayos con turbantes y los músicos de la rutilante banda real. En la época no existía ni radio ni televisión para inmortalizar los discursos intercambiados aquel día memorable entre los representantes de la reina Victoria, «emperatriz de los pueblos de allende los mares», y la soberana de aquel rincón del Imperio británico de las Indias. «Doy un millar de gracias al Dios Todopoderoso que ha permitido a Bhopal disfrutar de la insigne protección de Su Majestad la Emperatriz para que resplandezca en nuestra tierra el brillo de la ciencia de Occidente...», había declarado la *begum* Shah Jehan. En su respuesta, el enviado de Londres había exaltado las ventajas políticas y comer-

(1) Chador, largo traje negro que llevan las mujeres musulmanas y que les disimula el rostro.

cíales que la llegada del ferrocarril iba a aportar no sólo al pequeño sultanato de Bhopal, sino también a toda la India central. Después, había alzado su vaso para brindar solemnemente por el éxito de aquella maravilla moderna que la iluminada soberana había pagado de su bolsillo. Los fuegos artificiales pusieron el broche de oro al acontecimiento. Aquel día, una parcela de la India ancestral abrazaba el progreso.

Después de bajar del tren, los Nadar permanecieron un momento en el andén, sin atreverse a dar un paso, aturridos ante el espectáculo que se ofrecía a su vista. El andén estaba lleno de campesinos sin tierra llegados también, como ellos, en busca de trabajo, y pronto se encontraron prisioneros de un mar de gente que iba y venía en todas direcciones. Unos culis (2) trotaban con montañas de maletas y de paquetes en la cabeza, mientras los vendedores ambulantes ofrecían todo tipo de mercancías inimaginables. Jamás habían visto tantas riquezas: pirámides de naranjas, de chancletas, de peines, de tijeras, de candados, de gafas, de bolsos; pilas de chales, de saris, de *dhotis*; periódicos, comida y bebida de todo tipo. Padmini y los suyos estaban aturrullados, asombrados, despistados... A su alrededor, muchos viajeros parecían igual de perdidos. Sólo el loro *Mongol* parecía sentirse a gusto. No cesaba de cantar su alegría con un parloteo que hacía reír a los niños.

-Papá, ¿qué vamos a hacer ahora? -preguntó la niña, visiblemente desamparada.

—¿Dónde vamos a dormir esta noche? —añadió su hermano Sunil, que sujetaba con firmeza la jaula del loro sobre la cabeza para que sus padres no lo perdieran de vista, dada su pequeña estatura.

(2) Porteadores.

-Hay que buscar a un policía -aconsejó el viejo Prodip, quien, al igual que su hijo, no había podido descifrar la hoja de contratación que les había dejado el *tharagar* de los ferrocarriles.

En el exterior de la estación, un agente con un casco blanco intentaba canalizar el flujo caótico del tráfico. Ratna se abrió paso hasta él. -Llegamos de Orissa —le susurró tímidamente—. ¿Sabe usted si hay paisanos nuestros que vivan por aquí?

El policía hizo una seña como si no hubiera entendido la pregunta.

No era de extrañar. ¡Había tantas personas que desembarcaban en Bhopal y que hablaban distintos idiomas...!

De pronto, Padmini avistó un vendedor de *sarnosas* (3) al final de la plaza. La niña, con ese sexto sentido que tienen los indios para identificar los orígenes y la casta de un desconocido, estaba segura de haber descubierto a un compatriota. Y no estaba equivocada.

—No os preocupéis, amigos míos, hay un barrio donde sólo viven paisanos nuestros. Se llama Orya *bastí* (4) porque sus habitantes son todos, como vosotros y yo mismo, originarios de Orissa y hablan nuestra lengua, el orya. -Levantó el brazo en dirección al minarete de una mezquita situada frente a la estación-. Rodead esa mezquita —explicó— y seguid recto. En la vía del tren, torced a la derecha. Veréis un montón de chabolas y de chozas de barro. Es el Orya *bastí*.

Ratna Nadar se inclinó hasta el suelo para dar las gracias a aquel benefactor, tocando el polvo de sus chanclas con la mano derecha, que luego puso sobre su cabeza. Padmini se precipitó hacia la jaula del loro.

(3) Buñuelos en forma de triángulo rellenos de verduras o de carne picada.

(4) *Bastí*, barrio de chabolas.

-¡Estamos salvados! -le gritó al loro, que se apresuró a repetir la exclamación con un cacareo triunfal.

En cuanto vio acercarse la pequeña caravana, el hombre empuñó su bastón y fue a su encuentro. Era un tipo fuerte, de unos cincuenta años, con una cabellera rizada y unas patillas que se juntaban con las caídas puntas de sus bigotes.

-¡Bienvenidos, amigos! -exclamó con una voz suave que contrastaba con su aspecto imponente-. ¡Apuesto a que venís aquí buscando un techo!

-Un techo sería demasiado pedir —balbució Ratna Nadar como disculpándose-, pero quizás haya un lugar donde pueda acampar con mi familia.

-Me llamo Belram Mukkadam -anunció el desconocido, juntando las manos a la altura del pecho para saludar al pequeño grupo—. Dirijo el comité de apoyo de los barrios de la Explanada negra. -Y levantó los brazos en dirección al anillo de chozas y de barracas que bordeaba un gran descampado vacío paralelo a la vía del tren-. Voy a indicaros donde podréis instalaros y construir una chabola.

Aunque no era un adivasi, Mukkadam hablaba el idioma de los nativos de Orissa. Treinta años antes, había sido el primero en ocupar el descampado colindante con el inmenso campo de maniobras de los Victoria Lancers, el regimiento de caballería de los *nababs* de Bhopal. La chabola que se había construido con la ayuda de su mujer, Tulsabai, y de su hijo Pratap había sido la primera entre los centenares que hoy se desparramaban en tres barriadas donde vivían varios miles de inmigrantes llegados de distintas regiones de la India. Aparte del Orya bastí, estaban el Chola bastí y el Jai Prakash bastí. Chola significa «garbanzo», y fue por haber plantado esta leguminosa a orillas de sus campamentos por lo que los primeros habi-

tantes del Chola bastí sobrevivieron a la hambruna. En cuanto a Jai Prakash, es el nombre de un célebre discípulo del Mahatma Gandhi que luchó por los más desfavorecidos.

El hecho de ser el decano de los tres barrios de chabolas le valía a Belram Mukkadam una prerrogativa que nunca había sido cuestionada por los distintos padrinos de la mafia local, que controlaban las actividades de los barrios pobres, donde no intervenía autoridad municipal alguna. Era él quien asignaba a cada recién llegado el lugar donde podía instalarse.

Acompañó a la familia Nadar a lo largo de una callejuela que bordeaba la vía del ferrocarril y les mostró un espacio libre al final de una hilera de chabolas.

-Éste es vuestro trozo de terreno -dijo, trazando en la tierra negra un cuadrado de tres metros de lado con su bastón de madera de tamarindo—. El comité de apoyo os traerá materiales, un *charpoi* y algunos utensilios.

Ratna Nadar se inclinó de nuevo hasta tocar el suelo para dar las gracias al nuevo benefactor. Luego se dirigió a su familia.

-El enfado del gran dios se ha acabado -declaró-. Nuestra *chakra* (5) gira de nuevo.

El Orya bastí donde acababan de recalar el campesino de Mudilapa y su familia era el más pobre de los tres barrios miserables que había junto al campo de maniobras. En el laberinto de sus callejuelas, un ruido destacaba entre todos los demás, el de los ataques de tos. Allí, la tuberculosis hacía estragos.

No había ni electricidad ni fuente de agua potable ni alcantarillas ni el más rudimentario dispensario. Ni tan siquiera había comercios, exceptuando a un vendedor ambulante de hortalí-

(5) La rueda del destino.

zas y dos pequeñas *tea-stalls* (6). El té con leche, muy azucarado, que se vendía en cuencos de barro cocido, proporcionaba a menudo una parte importante de los recursos energéticos de muchos vecinos. Quitando tres o cuatro vacas esqueléticas y varios perros sarnosos, los únicos animales que se veían eran las cabras. Su leche aportaba preciadas proteínas animales a sus propietarios, que no dudaban en vestirlas con viejos jer-séis en invierno para que no se acatarrasen.

A pesar de la miseria, el Orya bastí no era un barrio de chabolas como los demás. En primer lugar, porque había conseguido conservar un aspecto rural que contrastaba con el enmarañamiento de las chabolas hechas de trozos de chapa y de planchas de madera de los otros barrios. Todas las viviendas eran chozas de bambú y de barro. Esas «*katcha houses*» (7) estaban decoradas con dibujos geométricos, hechos con pasta de arroz, para atraer la prosperidad, como en las aldeas de Orissa, lo que le daba al hacinamiento un encanto campestre inesperado. En segundo lugar, porque los antiguos campesinos allí refugiados no eran unos marginados. En su exilio, reconstruyeron como pudieron la vida de sus aldeas, y levantaron un pequeño templo de bambú y de barro para dar cobijo a una imagen del dios Jagannath. Al lado, plantaron un *tulsi* sagrado, una especie de acacia que mantenía alejados a los reptiles, en particular a las cobras y sus mortales picaduras. Las mujeres del barrio profesaban una admiración sin límites al *tulsi*, y muchas acudían a hacerle ofrendas para curar su esterilidad. Allí, como en los demás lugares de la India, las creencias se expresaban en una sucesión ininterrumpida de fiestas rituales. El primer diente de un niño, el primer corte de pelo; la primera regla de una jovencita, la pedida, las bodas, los lutos; Diwali, la fiesta

(6) Puestos de té.

(7) Casas de adobe.

de las luces; el Id de los musulmanes y hasta Navidad, todos los acontecimientos de la existencia, todas las fiestas profanas y religiosas, eran objeto de celebración. A pesar de su analfabetismo y de su absoluta indigencia, los adivasis del Orya bastí habían conseguido mantenerse visceralmente ligados a todos los ritos, a todas las expresiones de la vida social y religiosa que constituyen el entramado tan rico y variado de su país.

#### 4 Un millonario clarividente dedicado a los alimentos de los hombres

La fechoría cometida por los infames pulgones del campo de Mudilapa no quedaría impune. En el mundo entero, ejércitos de investigadores trabajaban con ahínco para destruir a esos monstruos en miniatura. Uno de los principales templos de la cruzada contra los insectos que devastaban las cosechas era el Boyce Thompson Institute, un centro de investigación agronómica instalado en Yonkers, un barrio residencial de Nueva York, al borde del Hudson.

El hombre que había fundado dicha institución era un multimillonario clarividente poseído por el deseo mesiánico de poner su fortuna al servicio de una gran causa humanitaria. William Boyce Thompson (1869-1930) se había labrado una gigantesca fortuna explotando los recursos de las minas de cobre en las montañas de Montana. En octubre de 1917, la Cruz Roja norteamericana lo situó a la cabeza de una misión de asistencia humanitaria en Rusia, que estaba entonces en plena revolución. El generoso industrial trocó la pajarita y la chistera por un uniforme militar, y añadió un millón de dólares a las subvenciones concedidas por el gobierno norteamericano a las víctimas de la hambruna que castigaba el país. Regresó de ese viaje al infierno convencido de que la paz del mundo dependía de una distribución equitativa de los alimentos, un con-

vencimiento fortificado por una ardiente fe en la ciencia, que lo llevó a concebir un espectacular proyecto filantrópico. Dado que el crecimiento demográfico iba a multiplicar las necesidades alimentarias, era urgente comprender «por qué y cómo crecen las plantas, por qué vegetan o prosperan, cómo se pueden erradicar sus enfermedades y cómo estimular su desarrollo hacia un mejor control de los elementos que contribuyen a su existencia». El estudio de las plantas, afirmaba el generoso mecenas, podía aportar una contribución decisiva al bienestar de los hombres.

De esta certeza había nacido, en 1924, el Boyce Thompson Institute for Plant Research (1) un ultramoderno centro de investigación agronómica edificado sobre varias hectáreas a menos de una hora del centro de Nueva York. Dotado por su fundador con un capital de diez millones de dólares -una suma considerable para la época-, el instituto albergaba laboratorios de química y de biología, invernaderos de experimentación y viveros de insectos.

Fue en el frente de la lucha contra las especies fitófagas donde los investigadores del Boyce Thompson Institute consiguieron sus primeras y más significativas victorias, ya fuera la erradicación de los coleópteros asesinos de los pinos de California, o el invento de sutiles sustancias odoríferas capaces de atraer a los insectos dañinos hacia trampas mortales.

A principios de los años cincuenta, el *Aphis fabae*, un pulgón tan destructivo como el que aniquiló algunos años más tarde los campos de forraje de Mudilapa, hacía estragos en las plantaciones norteamericanas, así como en los cultivos de México, de Centroamérica y de varios países de Sudamérica, habiendo sido detectado también en Malasia, en Japón y en el sur de Europa. Se cebaba tanto en la patata como en los ce-

(1) Instituto Boyce Thompson para la Investigación de las Plantas.

reales, la remolacha, los frutales y los cultivos de hortalizas, plantas forrajeras y ornamentales. Este minúsculo depredador está provisto de una especie de pico por el que corren dos finísimos estiletes que le permiten aspirar la savia de las plantas. Como pudo comprobar el campesino indio Ratna Nadar, las plantas, súbitamente desposeídas de su sustancia vital, languidecen y sucumben en pocos días. Antes de provocar la muerte, el pulgón, apenas mayor que una cabeza de alfiler, inyecta a sus víctimas una saliva tóxica que causa una horrorosa deformación de los tallos y las hojas. Para rematar su fechoría, el insecto expulsa por el ano una ligamaza dulce que atrae a las hormigas, que depositan en las hojas una especie de hollín que asfixia toda vegetación. Este parásito no era por aquel entonces la única pesadilla de los campesinos de América y de Asia. El acaro rojo de la vid, la polilla noctuida de los cultivos alimenticios, la polilla piral del arroz, así como otras especies devastadoras contribuían, a mediados de siglo, a desposeer a la humanidad de gran parte de sus recursos agrícolas. Sólo la industria química era capaz de inventar los medios para erradicar esas plagas. Conscientes de lo que estaba en juego, numerosas empresas se movilizaron. Una de ellas era norteamericana, se llamaba Union Carbide.

Nacida a principios de siglo de la unión entre cuatro grandes empresas que fabricaban pilas eléctricas y arcos luminosos para el alumbrado con acetileno de las calles y los faros de los primeros coches, «la Carbide» —como la llamaban afectuosamente sus empleados— debía su primera hora de gloria a la guerra de 1914-1918. El helio que se destilaba en sus alambiques había permitido a los globos cautivos elevarse en el cielo de Francia para avistar las baterías de artillería alemanas; un blindaje que habían inventado, a base de hierro y de

circonio, había detenido los obuses del kaiser sobre los primeros carros de combate aliados; sus pastillas de carbón activo -en las máscaras antigás- habían protegido los pulmones de miles de soldados de las trincheras del Somme y de la Champagne. Veinticinco años después, otro conflicto mundial movilizó a la Carbide al servicio de Norteamérica: de su colaboración con los científicos del Manhattan Project había nacido la primera bomba atómica.

La absorción de decenas de empresas propulsó a esta compañía, en menos de una generación, al pelotón de cabeza de las multinacionales. En la segunda mitad de siglo figuraba como el orgullo de la potencia industrial norteamericana, ya que contaba con ciento treinta filiales que operaban en unos cuarenta países, casi quinientos centros de producción y ciento veinte mil empleados. En 1976, anunció una facturación de seis mil quinientos millones de dólares. Innumerables productos salían de sus laboratorios, de sus fábricas, de sus pozos y de sus minas. La Carbide era el gran proveedor de gases industriales utilizados por la industria petroquímica -como el nitrógeno, el oxígeno, el gas carbónico, el metano, el etileno, el propano...-, y de sustancias químicas como el amoníaco y la urea, destinadas, entre otras cosas, a la fabricación de abonos. Producía, además, sofisticadas especialidades metalúrgicas a base de aleaciones de cobalto, de cromo, de tungsteno, utilizadas para equipos de alta resistencia, como las turbinas de los aviones. En fin, fabricaba toda una gama de productos de plástico de gran consumo. Ocho de cada diez amas de casa norteamericanas hacían la compra con bolsas de plástico que llevaban el rombo azul y blanco de Union Carbide. Este logo también aparecía en millones de botellas de plástico, así como en los envoltorios de los productos alimenticios, en carretes fotográficos y en muchos otros artículos de uso corriente. Las conversaciones telefónicas intercontinentales de la mitad de los habitan-

tes del planeta transitaban por cables submarinos envueltos en fundas *made by Carbide*. El líquido anticongelante de uno de cada dos coches, el sesenta por ciento de las pilas eléctricas y de los bastones de silicona utilizados en cirugía estética, el caucho de uno de cada cinco neumáticos, la mayor parte de los aerosoles contra los insectos y hasta los diamantes sintéticos salían de las fábricas de ese gigante cuyas acciones eran uno de los valores más seguros de Wall Street.

Desde su impresionante rascacielos de aluminio y de cristal de cincuenta y dos pisos en el 270 de Park Avenue, en pleno corazón de Manhattan, la Carbide regía las costumbres y dictaba lo que elegían millones de hombres, mujeres y niños en todos los continentes. Ninguna empresa industrial disfrutaba de tanta respetabilidad, por lo menos aparentemente. ¿No decían que lo que era bueno para la Carbide lo era también para Norteamérica y, por consiguiente, para el mundo?

La aventura de la producción de pesticidas en la que la empresa había decidido embarcarse era coherente con su pasado y su experiencia. Su finalidad -librar a la humanidad de los insectos que le robaban su alimento- sólo podía mejorar el prestigio que gozaba en el mundo entero.

Parecían jugadores de la Copa Davis en lugar de investigadores de laboratorio. Harry Haynes, de treinta y cuatro años, y Herbert Moorefield, de treinta y seis, dos tipos atléticos, ejercían una profesión relativamente nueva. Eran doctores en entomología. En julio de 1954, la dirección de Union Carbide alquiló un ala de las instalaciones del Boyce Thompson Institute de Yonkers para acomodar a estos dos eminentes especialistas en insectos. Les reforzó enviándoles una de las personalidades más brillantes de su centro de investigación de South Charleston, el químico Joseph Lambrech, de treinta y ocho años. A estos tres superdotados, la empresa les encomendó una misión de la mayor importancia: descubrir un producto capaz de exterminar una amplia gama de parásitos, respetando al mismo tiempo las normas que estaban en vigor sobre la protección y la seguridad del hombre y su entorno. Aquel verano, en el último piso de la sede de la multinacional en Nueva York, nadie albergaba dudas: la compañía que consiguiera conciliar los dos objetivos se llevaría el pastel del mercado mundial de los pesticidas.

Lambrech dio un nombre de código a su trabajo. Por comodidad, el «Experimental Insecticide Seven Seven» se convirtió pronto en el «Sevin».

El químico examinó todos los estudios de sus predecesores y se dedicó con ahínco a combinar nuevas moléculas con la esperanza de encontrar una que matase a los pulgones, ácaros rojos y polillas noctuidas sin dejar en los vegetales y en el medio ambiente demasiados residuos tóxicos peligrosos para el hombre y los animales. Durante meses, sus colegas entomólogos ensayaron combinaciones sobre hojas, tallos y espigas infestadas por todo tipo de insectos. Los cientos de cajas y de jaulas del Boyce Thompson Institute eran como un zoo de lo infinitamente pequeño, un zoo de una riqueza inimaginable. También existían hectáreas de invernaderos donde se podían recrear todos los climas del planeta y en los que crecían una variedad sin límite de plantas y de especies vegetales. Las grandes vitrinas servían para experimentar las distintas moléculas, pulverizándolas sobre muestras de todo tipo de cultivos, con dosificaciones progresivas y desde todos los ángulos posibles. Los entomólogos Haynes y Moorefield depositaban sobre las superficies tratadas colonias de larvas, orugas y demás insectos criados en sus laboratorios. Cada hora vigilaban la agonía de sus subditos. Recogían los cadáveres sobre placas de laboratorio, los examinaban bajo el microscopio, y se entregaban a minuciosos análisis sobre las plantas y los terrenos donde éstas habían crecido con el fin de descubrir posibles restos de contaminación química. Sus observaciones permitían afinar la puesta a punto, por su colega químico, de una sustancia insecticida cada vez más próxima al objetivo deseado.

Al cabo de tres años de encarnizadas investigaciones, el equipo elaboró una combinación de un derivado metilado del ácido carbámico y del alfa naftol, en la forma de un polvo de cristales blanquecinos solubles en agua. Tres años consagrados a cientos de experimentos, no sólo sobre todas las especies de insectos conocidas, sino también sobre miles de ratas machos y hembras, sobre conejos, sobre palomas, peces, abejas, y has-

ta sobre gambas y langostas. Una noche de julio de 1957, los tres «presidarios de Yonkers» pudieron por fin brindar por el éxito de su empresa con sus esposas Rita, Naomi y Vallah. Había sido necesario eliminar al dios DDT, pero la agricultura no permanecería sin defensa frente al asalto de los bichos devoradores. El Sevin, nacido a orillas del Hudson, sería pronto un arma a disposición de los campesinos del mundo.

Carbide se apresuró a inundar Norteamérica con folletos que ensalzaban el nacimiento de su producto milagroso. No faltaba nada en el concierto de alabanzas, y para subrayar claramente la ausencia total de toxicidad, unas fotografías mostraban a Herbert Moorefield, uno de los inventores del Sevin, probando algunos granos con el aire goloso de un niño lamiendo un trozo de chocolate. El Sevin -según afirmaba la publicidad- protegía una variedad infinita de cultivos: el algodón, las hortalizas, los limones, los plátanos, las pinas, las aceitunas, el cacao, el café, los girasoles, el sorgo, la caña de azúcar, el arroz... Se podía pulverizar sobre el maíz, la alfalfa, las judías, los cacahuetes y la soja hasta el mismo día de la cosecha sin riesgo del más mínimo residuo tóxico. Actuaba tanto sobre los insectos adultos como sobre los huevos y las larvas. Su eficacia era tal, que envenenaba hasta a los parásitos que se habían hecho resistentes a otros insecticidas. Pero su poder no se detenía en los cultivos. Algunos gramos de Sevin vertidos alrededor de las viviendas o pulverizados sobre las paredes, la madera o los techos de las casas exterminaban mosquitos, cucarachas, chinches y otros agresores de la vida familiar. Además, el Sevin también le ajustaba las cuentas a las pulgas, a los piojos y a las garrapatas de los perros, los gatos, y los animales de granja, sin poner su vida en peligro. En suma, el Sevin era la panacea mágica que ansiaba tener la nueva división de productos agrí-

colas de la multinacional de Nueva York para multiplicar su facturación.

Nadie estaba tan convencido de ello como un joven ingeniero agrónomo argentino de veintinueve años. Bien parecido, encantador, Eduardo Muñoz era hijo de una buena familia de Buenos Aires. Había escogido la agronomía por despecho, después de haber suspendido las oposiciones a diplomático. Al casarse con una atractiva norteamericana empleada en la Embajada de Estados Unidos, encontró en su ajuar la posibilidad de la más bella invitación a viajar hacia otros horizontes, la famosa «carta verde» que permitía trabajar en el país del Tío Sam. De las cincuenta respuestas recibidas después de haber enviado su curriculum vitae, había escogido la primera. Venía de Union Carbide. Un año de prácticas en las diferentes sedes de la empresa con un salario mensual de 485 dólares había hecho del apuesto argentino un auténtico «*Carbider*». El invento del Sevin le daría la oportunidad de ejercer sus extraordinarias dotes de vendedor. México, Colombia, Perú, Argentina, Chile, Brasil..., pronto no hubo ni un solo cultivador que ignorase los méritos del pesticida norteamericano. Ferias agrícolas, concursos de cosechas, encuentros con campesinos... Muñoz estaba en todas partes con sus banderitas glosando la gloria del Sevin, con sus demostraciones sobre el terreno, sus distribuciones de regalos, sus tómbolas publicitarias. Pero pronto Centroamérica y Sudamérica se hicieron demasiado pequeñas para el incansable viajante. Necesitaba encontrar otros espacios para saciar su pasión por vender.

## 6 El heroísmo cotidiano del pueblo de los bastís

«Aquí, hermano, es más barato hacer sudar a muerte a un tipo que alquilar un búfalo», declaró Belram Mukkadam al padre de Padmini cuando éste regresaba de las obras en la vía del ferrocarril que llevaba a Bhopal.

El fuerte trepador de palmeras de Orissa trastabillaba por el cansancio. Durante todo el día había transportado traviesas y raíles de acero. Todos los culis reclutados por la dirección de los ferrocarriles eran inmigrantes como él, gentes a las que la miseria del campo había obligado a exiliarse.

Los primeros tiempos en ese trabajo fueron terribles. Ratna Nadar se sentía cada día más débil, abatido por las náuseas, calambres, sudores y vértigos. Sus músculos se derretían, y pronto le costó hasta mantenerse en pie. Padecía alucinaciones y pesadillas. Era víctima de lo que los especialistas llaman «el síndrome del presidiario». No obstante, el poco arroz, las lentejas y el pescado que a veces compraba por la mañana, antes de ir a trabajar, le estaban destinados. Es la tradición entre los pobres de la India: se reserva la comida de la familia al *rice earner*, al que gana el arroz. Pero la falta de combustible impedía a veces a Sheela cocinar la comida de su marido. Fueron necesarias varias semanas para que Ratna sintiese que le volvían las fuerzas de nuevo. Sólo entonces, toda la familia pudo comer casi a su antojo.

Para Padmini y su hermano Sunil, la brutal inmersión en el universo de una ciudad obrera superpoblada fue un trauma igual de penoso. Todos los días se topaban con espectáculos que herían su sensibilidad de niños criados en el campo.

-¡Sunil, mira! -gritó una mañana Padmini, mostrándole a su hermano una pandilla de niños que trepaban por la parte trasera de una locomotora detenida.

-Van a robar pedazos de carbón -explicó tranquilamente Sunil.

-¡Son unos ladrones! -gritó Padmini, furiosa por el hecho de que su hermano no compartiese su indignación.

Sus ojillos achinados se habían humedecido.

—Seca tus lágrimas, pequeña. Tú también irás a robar carbón para hacer *ladhus* (1). Si no, tu madre no podrá cocer nada para daros de comer.

El hombre que acababa de hablar no tenía dedos en la mano derecha. Padmini y sus padres aprenderían a conocer mejor y a respetar a aquel personaje del Orya bastí. A los treinta y ocho años, Ganga Ram era un superviviente de la lepra, esa enfermedad que se vive como una maldición que afecta a cinco millones de indios. Despedido por el propietario del garaje de Bombay donde lavaba coches, Ram había recalado un día en una sala común del hospital Hamidia de Bhopal. Había tenido la suerte de curarse, como lo atestiguaba el certificado que le entregó el médico. Pero sin saber dónde vivir, se había quedado siete años en el pabellón de los contagiosos, haciendo pequeños favores a los pacientes y a las enfermeras. Se encargaba de las curas, del aseo de los incontinentes, administraba las lavativas y hasta ponía inyecciones. Un día lo llamaron para transportar a una bella mujer de unos treinta años y lumino-

(1) Bolitas de carbón y barro que sirven de combustible para cocinar los alimentos.

sos ojos verdes que había sido arrollada por un camión y tenía las dos piernas rotas. Se llamaba Dalima. Fue un flechazo. En la sala común, Dalima adoptó a un huérfano de diez años que había sido encontrado medio muerto en una acera. Había llegado al hospital en un furgón de la policía. Se llamaba Dilip. Despierto y alegre, aquel chico delgaducho, con el pelo muy corto, siempre dispuesto a hacer un favor, era la alegría de la sala común. Unos días después, el antiguo leproso, Dalima y el joven Dilip dejaron el hospital para desembarcar en el Orya bastí, donde Belram Mukkadam les asignó con su bastón un espacio para construir una chabola. Unos vecinos les trajeron bambúes, planchas de madera y un trozo de tela, otros les dieron utensilios de cocina, un *charpoi* y un poco de ropa. «Nuestro único equipaje eran las muletas de Dalima», dijo Ganga Ram.

Sobrevivieron durante meses gracias al desparpajo y al ingenio de Dilip, era él quien incitaba a los niños del barrio a hurta trozos de carbón en las locomotoras. Una mañana, convenció a Padmini para que fuese con él.

-Hay que darse prisa, hermanita, porque los policías de los ferrocarriles están al acecho.

-¿Son malos? —preguntó ingenuamente la muchacha.

-¿Malos? -El chico rompió a reír-. Si te cogen, más vale que les des un buen *bakshish* (2). Si no, te meten en un vagón y allí... -Dilip hizo un gesto cuyo sentido la candida campesina no captó.

Al regreso de la expedición, la comadrona del barrio, la vieja Prema Bai, que vivía en la choza de enfrente, dio un poco de paja y algunas cagarrutas de cabra a su joven vecina.

-Aplastas el carbón con la paja y las cagarrutas, lo amasas todo durante un buen rato y luego haces bolitas que pones a secar -le dijo.

(2) Propina, soborno.

Una hora más tarde, Padmini aportaba triunfalmente el fruto de su labor a su madre.

-Toma, mamá, aquí están los *ladhus*. Para que le hagas la comida a papá.

Para los campesinos acostumbrados al silencio del campo, el estrépito infernal de los trenes pasando al lado de sus chabolas fue una prueba difícil. Sin embargo, su existencia latía al ritmo del incesante vaivén de decenas de convoyes. «Aprendí a conocer sus horarios, a saber si venían puntuales o con retraso -contaba Padmini-. Algunos, como el Mángala Express, sacudían nuestras chabolas rugiendo en mitad de la noche. Era el más terrible. El Shatabdi Express que iba a Delhi pasaba a principios de la tarde, y el Jammu Mail justo antes del anochecer. Los maquinistas se lo debían de pasar muy bien al aterrorizarnos con los silbidos de sus locomotoras.»

La proximidad de las vías aportaba a veces algunas ventajas. Cuando un semáforo en rojo hacía que el tren se detuviera a la altura de las chabolas, los maquinistas tiraban a los niños algunas monedas para que corrieran a comprarles unos *pan* (3). Solían quedarse con el cambio.

—¡Ojo al pisar entre los raíles! -le recomendó Dilip a Padmini-. Es allí donde la gente va a hacer sus necesidades.

Afortunadamente, las vías también estaban llenas de multitud de pequeños tesoros tirados por los viajeros: botellas, viejos tubos de pasta dentífrica, pilas gastadas, latas vacías, suelas de plástico, jirones de tela, trapos... Dilip negociaba el precio con un traperero que pasaba todas las semanas. La cosecha representaba hasta tres o cuatro rupias al día. Sobre los envoltorios de los paquetes de cigarrillos Magnet había un grabado

(3) Mascadura de betel.

del Taj Mahal, el célebre mausoleo de Agrá. Dilip y Sunil, el hermano de Padmini, recortaban la imagen para fabricar barajas de cartas que vendían en los andenes de la estación. «No olvidaré nunca los trenes del Orya bastí -decía Padmini-. «Aportaban un poco de animación y de alegría a nuestras difíciles vidas.»

Una de esas alegrías tenía una causa sorprendente. Todas las mañanas, la madre de Padmini y sus vecinos hacían cola a lo largo de la vía del tren a la espera de la llegada del Punjab Express. Llevaban cántaros sobre la cabeza, cubos y palanganas, y en cuanto el tren se detenía, se precipitaban hacia la locomotora.

«¡Que el gran dios te bendiga! -gritaban en coro al maquinista-. ¿Nos abres el grifo?»

Cuando estaba de buen humor, el maquinista abría el grifo de su caldera para dejar correr en cada recipiente unos litros de agua caliente, un bien que muy pocos pobres disfrutaban en Bhopal.

7      Un valle norteamericano  
que reinaba en el mundo

Dilip tenía vista: enseguida se dio cuenta de que la chabola levantada por Ratna Nadar y su familia no resistiría los primeros ataques del monzón.

-Hay que reforzar las viguetas que sostienen la techumbre -aconsejó a Padmini.

La muchacha hizo un gesto de impotencia.

-No tenemos ni siquiera para comprar bastoncillos de incienso para el dios -suspiró ella-. Los abuelos llevan tres días sin comer. Se niegan a sacrificar al loro.

Dilip sacó de su pantalón un billete de cinco rupias.

-Toma -le dijo-, es un adelanto sobre la próxima caza del tesoro entre los raíles del tren. Tu padre podrá comprar dos bambúes.

En la otra punta del mundo, en un verde valle de Virginia occidental, un equipo de ingenieros y de obreros de Union Carbide colocaba las vigas de una nueva fábrica destinada a convertirse en el buque insignia de la multinacional. El Kanahwa Valley era desde hacía tiempo el feudo de la empresa del rombo azul y blanco. Curiosamente, su denominación de «valle

mágico» se debía a la más banal de las riquezas: yacimientos de sal cuyas reservas alcanzaban casi un millar de toneladas. Desde la prehistoria, la sal atraía a hombres y animales. Las bestias salvajes se abrían camino entre los bosques para llegar hasta los estanques salinos de la vera del río. Los indios cazadores se lanzaban sobre las mismas pistas para conseguir la salmuera necesaria para la conservación de sus presas. En el siglo xvii, la sal atrajo también a algunos valientes exploradores hacia aquella región por lo demás inhóspita. Pero el oro blanco no era la única riqueza de ese valle mágico. Los primitivos bosques que lo recubrían proporcionaban los materiales indispensables para la construcción de casas, botes, chalanas, barricadas para el transporte de la sal, carretas, puentes, ruedas de molino. Toda una industria de la madera se afianzó a lo largo del Kanahwa. Este río ofrecía a las mercancías y a los viajeros del valle una vía privilegiada hacia el centro y el sur del país, comunicando directamente con los estados de Ohio y del Mississippi.

Al principio de la primera guerra mundial, las entrañas del valle mágico revelaron que también encerraban fabulosas reservas energéticas. El descubrimiento de petróleo, de carbón y de gas natural empujó al Kanahwa hacia la aventura de la industria química cuyos horizontes eran ilimitados. Los años veinte habían visto desaparecer los bosques de la región, que se recubrieron de otros bosques, metálicos éstos, con chimeneas, torretas, incineradoras, depósitos, plataformas y tuberías. Estas nuevas fábricas pertenecían a gigantes como Dupont de Nemours, Monsanto o Union Carbide. Era allí, en su sede del Institute y en su centro de investigación de South Charleston, a algunos kilómetros de la pequeña ciudad de Charleston, donde los ingenieros químicos de Carbide habían inventado los innumerables productos innovadores que iban a transformar la vida de cientos de millones de habitantes del planeta. Convir-

tiendo la química en el comodín de la civilización cotidiana, contribuyeron a revolucionar campos tan distintos como los abonos, las medicinas, los textiles, los detergentes, las pinturas, los carretes fotográficos... la lista no tenía fin; pero esa revolución tenía un precio, porque la industria química no es una actividad como las demás. Se manipulan un gran número de sustancias que son tan peligrosas como las radiaciones producidas por la industria nuclear. El óxido de etileno, componente con el que se fabrica un inofensivo anticongelante para coches, puede revelarse tan mortal como el polvo de plutonio. Uno de los componentes industriales más corrientemente utilizados, el gas fosgeno, más conocido como «gas mostaza», había asfixiado a miles de combatientes de la primera guerra mundial. El ácido cianhídrico, un gas con olor a almendras amargas que forma parte de la fabricación de ciertas medicinas, fue adoptado por un gran número de penitenciarías norteamericanas para la ejecución de los condenados a muerte. En sus fábricas del Kanahwa Valley, sólo Carbide producía doscientas sustancias químicas, muchas de las cuales eran conocidas por su propensión a provocar cáncer en los hombres y los animales, como el cloroformo, el óxido de etileno, el acrilonitrilo, el benceno y el cloruro de vinilo.

Al igual que sus competidores, la empresa Carbide se esforzaba por preservar su reputación dedicando importantes partidas de dinero a la seguridad del personal en los lugares de trabajo, así como a una política estricta de protección del medio ambiente. Eran incontables los certificados de buena conducta que se autoconcedían las empresas cuyos desechos tóxicos envenenaban, sin embargo, los verdes paisajes del Kanahwa Valley. A pesar de que se les daba gran publicidad en los medios de comunicación, esos esfuerzos no alcanzaban siempre sus objetivos: Carbide se vio condenada a fuertes multas por haber vertido en el Kanahwa y en la atmósfera productos altamente

cancerígenos. Una encuesta realizada en los años setenta reveló que el número de casos de cáncer diagnosticados entre los habitantes del valle era un 21 por ciento superior a la media nacional norteamericana. En concreto, las tasas de cáncer de pulmón, de las glándulas endocrinas y de leucemia estaban entre las más altas del país. Un estudio realizado por el Departamento de Salud del estado de Virginia occidental precisó que los habitantes de los barrios situados en el paso de los vientos que soplaban sobre las fábricas de South Charleston y del Institute presentaban dos veces más tumores cancerosos que el resto de la población de Estados Unidos. Estos resultados no impidieron que Carbide construyera en su sede del Institute una fábrica de ideas innovadoras dedicada a hacer todavía más competitiva la fabricación del Sevin, el insecticida estrella que la empresa quería distribuir en el mundo entero. Este proyecto de alta tecnología modificaba completamente el procedimiento puesto a punto por los tres investigadores del Boyce Thompson Institute que habían inventado el Sevin. Hacía intervenir un procedimiento químico que permitía reducir los costes de producción de manera sustancial, eliminando a la vez los desechos. El procedimiento de fabricación consistía en hacer reaccionar gas fosgeno sobre otro gas llamado monometilamina. La reacción de estos dos gases originaba una nueva molécula, el isocianato de metilo. En una segunda etapa se combinaba el isocianato de metilo con alfa naftol, lo que producía el Sevin. El isocianato de metilo, más conocido como MIC (de *Methyl-Iso-Cyanate*), es uno de los compuestos más peligrosos jamás concebidos por los aprendices de brujo de la química industrial. Los toxicólogos de Carbide lo habían experimentado en ratas de laboratorio. Los resultados se revelaron tan terroríficos que la empresa prohibió su publicación. Otros experimentos permitieron comprobar la muerte casi inmediata de animales expuestos a los vapores del MIC; éstos destruían

de manera fulgurante el aparato respiratorio, causaban cegueras irreversibles y quemaban la piel.

Algunos toxicólogos alemanes se atrevieron a ir más lejos, sometiendo a cobayas humanas voluntarias a ínfimas dosis de MIC. A pesar de contar con la reprobación de la comunidad científica, dichas experiencias permitieron determinar los grados de tolerancia de una exposición al MIC, tal y como se hizo para establecer el grado de tolerancia a las radiaciones nucleares. Estas investigaciones fueron aún más útiles, ya que miles de obreros en todo el mundo se encontraban en contacto cotidiano con otros isocianatos parientes del MIC empleados en la fabricación de innumerables productos a base de espumas sintéticas, como los paneles aislantes, los colchones o los asientos de automóviles. Gracias a su nueva fábrica, Carbide podría vender MIC a todas las empresas que utilizasen isocianatos pero que no desearan enfrentarse a los peligros de su fabricación. Sobre todo, la empresa norteamericana podría vender Sevin en el mundo entero.

## 8      **Una mujer cita bajo los asientos de los trenes de Bhopal**

«The Bhopal Tea-House». El rótulo tenía gracia. Sus letras descoloridas adornaban la fachada de una chabola hecha con tablo- nes de madera que se encontraba casi frente a la entrada del Orya bastí. En medio de un olor nauseabundo a fritanga, ser- vían el tradicional té con leche muy dulce, buñuelos de harina de mijo, pimienta y cebolla picados, *chapatis* y otros tipos de tortitas. Pero lo esencial del comercio era el *country liquor*, un matarratas local hecho a base de vísceras de animales fermen- tadas del que la *tea-house* despachaba diariamente decenas de litros. Un cartel en inglés advertía a los clientes que la casa no fiaba. «*You eat, you drink, you pay, you go*» (1), anunciaba. El propietario, un sij barrigudo de cejas muy pobladas, aparecía pocas veces. A pesar de ser uno de los principales personajes locales, Pulpul Singh, de cuarenta y cinco años, manifestaba su dominio en otro lugar y de otra manera. Era el usurero de los tres bastís, profesión que ejercía protegido por las gruesas rejas de su casa nueva de dos pisos construida en medio de Chola. Reinaba como un buda frente a su caja fuerte Godrej, enmar- cada por dos inmensos cromos del Templo de oro de Amritsar

(1) «Comes, bebes, pagas y te vas.»

y del retrato del gurú Nanak, el venerado fundador de su comunidad. Como todos los usureros del mundo, Pulpul Singh explotaba la miseria económica de los pobres. Para cobrar sus préstamos, había contratado a un delincuente evadido de una cárcel de Punjab. Tocado con un turbante mugriento y siempre dispuesto a esgrimir su puñal, protegido por la policía que sobornaba a cuenta de su jefe, Tara Singh, de treinta y cinco años, era el terror de los pequeños acreedores. Era tan odiado que su jefe había renunciado a confiarle la gerencia de su cafetín. En su lugar utilizaba al hombre más respetado de la población, Belram Mukkadam, cuyo bastón había trazado el emplazamiento de la chabola de Padmini y de los demás habitantes. Fundador del comité de ayuda que luchaba contra las injusticias y las situaciones más extremas de desamparo, Mukkadam era un personaje legendario. Llevaba treinta años luchando sin descanso contra los funcionarios corruptos del municipio, contra los políticos turbios, contra los promotores inmobiliarios y, en general, contra todos los que buscaban acabar con los guetos del cinturón norte de la ciudad. Gracias a él, la fecha del 18 de agosto de 1978 se hizo célebre en la historia de Bhopal. Ese día, dos mil pobres diablos encabezados por Mukkadam invadieron el parlamento local para exigir la anulación de una orden de expulsión prevista para el día siguiente. Mukkadam consiguió que los pobres levantaran la cabeza, consiguió reforzar su espíritu de resistencia; juntó a su alrededor, sin distinción de religión, de casta ni de origen, a un equipo cohesionado, una especie de gobierno oculto de los barrios de chabolas. Aunque un abismo separaba a ese apóstol de las prácticas sórdidas del patrono que le empleaba, Mukkadam había aceptado la gerencia de la Bhopal Tea-Shop porque esa actividad le proporcionaba un foro. Alrededor de las escasas mesas, que olían a alcohol, los vecinos podían discutir sus asuntos a la luz del día y organizar mejor las respuestas a los peligros que los acechaban.

La chiquilla se abalanzó hacia el hombre con mal aspecto que acababa de aparecer al fondo de la callejuela y que trataba como un borracho.

-¡Papá, papá! -gritaba ella corriendo hacia su padre.

Sin duda había pasado por la *tea-house* de Belram Mukkadam. Él, que no bebía nunca, había tomado unos tragos de matarratas. Era señal de que algo grave había ocurrido. Padmini se tiró a sus pies.

-Las obras del ferrocarril se han acabado —masculló Ratna Nadar con pena-. Nos han echado.

Ese día de invierno, más de trescientos culis corrieron la misma suerte. Ninguna legislación social protegía a los trabajadores eventuales: se los podía despedir en cualquier momento sin notificación previa ni indemnización. Para los Nadar, como para las demás familias, era un duro golpe. «Mi padre buscó desesperadamente un nuevo trabajo -contaba Padmini-. Todas las mañanas se iba hacia Berasia Road con la esperanza de encontrar un *tharagar* que lo contratase durante unas horas o unos días para tirar de un carrito o cargar materiales. Pero aquel invierno no había ninguna obra en la zona donde acampábamos. De nuevo, nuestras tripas se pusieron a rugir.»

Una noche en la que la familia se disponía a meterse en la cama sin haber ingerido el más mínimo alimento, Sheela decidió dar una sorpresa a los suyos. Colocó en fila sobre el suelo de tierra todas las escudillas y las llenó de un mejunje viscoso generosamente sazonado con curry.

«Tened cuidado y no os traguéis los huesecillos», recomendó. Todos entendieron. Había guisado al loro.

A la mañana siguiente, Padmini vio aparecer de pronto a Dilip en el umbral de su vivienda.

-Si vienes conmigo, te prometo que nunca más nadie pasará hambre en tu chabola -declaró con autoridad.

La chiquilla miró con inquietud la ropa remendada del chico. Su pantalón y su camisa estaban manchados de sangre.

-¿Qué quieres decir?

Dilip señaló con un dedo el amuleto que llevaba al cuello.

—No tengas miedo. Con esto, no corremos ningún riesgo.

Anduvieron entre los raíles hacia la estación. En el camino, Dilip se detuvo ante un montón de basura y empezó a hurgar furiosamente en ella.

-¡Mira, Padmini! -gritó mientras esgrimía dos escobitas que acababa de desenterrar-. Te van a hacer ganar muchas rupias.

En la estación, Dilip se encontró con los miembros de su pandilla.

—¡Hola, jefe! -dijo uno de los chavales, también armado con una escobita.

—No estamos de suerte, el tren de Delhi lleva retraso -anunció otro chico.

-¿Y el de Bombay? -preguntó Dilip.

—Todavía no se sabe nada -respondió un tercero, que llevaba un gorrito de musulmán en la cabeza. Los miembros del equipo pertenecían a todas las confesiones.

Dilip presentó a Padmini a sus compañeros y todos movieron la cabeza en signo de admiración.

-¡Con una mujercita tan guapa vamos a ganar una fortuna! —dijo, riéndose, el mayor.

El ruido de un silbato interrumpió los comentarios y puso a la pandilla en estado de alerta. Dilip cogió a Padmini de la mano y todos saltaron a la vía para volver a subir por el otro andén. El hombre que había tocado el silbato era un inspector de la policía del ferrocarril. Él y otro policía se disponían a perseguir a la pandilla cuando Dilip alzó el brazo.

—¡Ya voy! -gritó.

Saltando por encima de los raíles con agilidad felina, alcanzó a los policías. Padmini vio cómo su compañero sacaba un billete del bolsillo de su pantalón y lo entregaba discretamente al inspector. Aquel tipo de «transacción» era corriente. En ese momento llegó el tren de Delhi. Los miembros de la pandilla se colocaron a lo largo de todo el andén para repartirse los diferentes vagones. Dilip empujó a Padmini hacia la primera puerta abierta y le indicó la serie de banquetas donde se api-fiaban los viajeros.

-Te pones a cuatro patas, y te arrastras con la escobita para recoger todo lo que encuentres -le indicó-. Pero tienes que darte prisa. Tenemos que bajar en la próxima parada para volver a Bhopal.

Padmini se deslizó bajo la primera banqueta con el frenesí de un buscador de oro. De repente, entre los pies de un viajero, descubrió un pedazo de *chapati*. «Tenía tanta hambre que me abalancé sobre él y me lo zampé -confesó-. Afortunadamente, la gente también había tirado pieles de plátano y mondaduras de naranja.» La pequeña barrendera no tardó en hacer otros descubrimientos. En la primera parada hicieron el inventario de sus hallazgos.

-¡Adivina lo que tengo en la mano! —dijo ella, colocando su puño cerrado bajo los ojos del chico.

-¡Un diamante gordo como el corcho de una botella!

-¡Tonto! -dijo Padmini, riéndose, mientras abría la mano que encerraba dos paisas, lo justo para comprar dos bidis a su padre.

-¡Estupendo! -añadió Dilip, extasiado, sacando un calcetín, una pila gastada, una sandalia y un cucurucho de papel de periódico lleno de cacahuetes-. Se lo pasaré a mi traperero. Se podrían sacar unas tres o cuatro rupias.

Por la noche, el hijo de Dalima entregó un billete de diez rupias a su joven cómplice. Había redondeado generosamente

te la cantidad recibida del trapero. Padmini estuvo largo rato acariciando el billete. Y luego suspiró: -¡Estamos salvados!

Padmini acabó teniendo sus trenes favoritos y conociendo a todos sus cobradores. Algunos, cuando se la encontraban a rastras con su escobita o en los pasillos, le daban una o dos rupias y, de vez en cuando, una galleta. Pero también había *big dadas* (2) en la estación de Bhopal. Siempre estaban buscando pelea, e intentaban apoderarse de la cosecha de los barrenderos. Estaban compinchados con los policías, y si Dilip no les entregaba diez o quince rupias, sacaban sus porras.

«A menudo conseguían quitarnos todo lo que habíamos juntado durante el día -decía Padmini-. Entonces me tocaba volver a casa con las manos vacías y mi madre y mi hermano Sunil se echaban a llorar. A veces, cuando los trenes se retrasaban, pasaba la noche con Dilip y su pandilla en la estación. Cuando hacía mucho frío, Dilip encendía una hoguera en el andén y nos tumbábamos cerca de las llamas para dormir hasta la llegada del próximo convoy. También de vez en cuando teníamos que dormir en otras estaciones, en Nagpur, en Itarsi, en Indore, a la espera de que un tren nos devolviera a Bhopal.»

Fue en una de esas estaciones donde Dilip y sus compañeros perdieron, una noche de invierno, a su amiga adivasi.

(2) Truhanes.

«¡Peligro mortal en caso de inhalación!» La advertencia se podía leer en etiquetas ilustradas con dos tibias cruzadas y una calavera. Estaba reproducida en carteles y en las páginas impresas de un manual de instrucciones, y se dirigía a los fabricantes, a los transportistas y a los usuarios del MIC, el isocianato de metilo, que permitiría a Carbide fabricar Sevin a bajo coste, el pes-ticida que iba a inundar el mundo. Dicha molécula tenía un carácter tan irascible que le bastaba entrar en contacto con algunas gotas de agua, o algunos gramos de polvo de metal, para desencadenar una reacción de una violencia incontrolable. Para evitar una explosión, el MIC debía mantenerse permanentemente a una temperatura cercana a los cero grados. Por tanto, era necesario prever la perfecta refrigeración de los depósitos destinados a contenerla. Además, todas las instalaciones de almacenamiento debían estar equipadas con aparatos de descontaminación e incineradoras capaces de neutralizarla o quemarla en caso de fuga accidental. El transporte del isocianato de metilo —el MIC— era objeto de extraordinarias precauciones. Los conductores de los camiones de reparto de metilo debían «evitar obligatoriamente los itinerarios con demasiado tráfico, rodear las ciudades y los pueblos, y detenerse tan pocas veces como fuera posible». En caso de repentina que-

mazón en los ojos debían precipitarse a la primera cabina telefónica para marcar el indicativo HELP (1), seguido de las cifras 744 34 85, el número de urgencias de Carbide. Acto seguido, tenían que evacuar su vehículo «hacia una zona deshabitada».

Carbide había decidido jugar la carta de la transparencia, lo que no era siempre habitual en la industria química. Un capítulo entero de su manual enumeraba detalladamente las horribles consecuencias de una inhalación accidental de MIC: primero, severos dolores en el pecho, seguidos de crisis de asfixia y, finalmente, aparición de edemas pulmonares con riesgo de muerte. En caso de accidente, las medidas aconsejadas consistían en aclarar con mucha agua las partes afectadas, respirar oxígeno en abundancia y administrar medicinas para dilatar los bronquios.

No obstante, Carbide se abstenía de proporcionar toda la información revelada por dos estudios secretos que habían sido encargados al Mellon Institute de la Universidad Carnegie Mellon de Pittsburgh en 1963 y en 1970. Dichos estudios indicaban que el isocianato de metilo, bajo el efecto del calor, se descomponía en varias moléculas, a su vez potencialmente mortales. Entre estas moléculas se encontraba el ácido cianhídrico, un gas de siniestra reputación cuya inhalación en altas dosis provoca casi siempre la muerte inmediata. Pero ambos estudios revelaban también la existencia de un antídoto eficaz contra los ataques de este gas fatal: una rápida inyección de una sustancia corriente llamada tiosulfato de sodio podía neutralizar, en ciertos casos, los efectos letales del ácido cianhídrico. Carbide no había juzgado necesario incluir esta información en su documentación sobre el MIC.

(1) Socorro.

Era en su nueva fábrica del Institute, a orillas del río Kanahwa, donde Carbide planeaba fabricar el MIC necesario para la producción anual de treinta mil toneladas de Sevin. Esta instalación, Denominada Institute 2, debía funcionar en unas condiciones de total seguridad y de respeto al medio ambiente, que harían de ella el modelo industrial de todo el valle. Afianzada en un lago de hormigón, desplegaba su estructura metálica de cinco niveles. Cada uno de ellos estaba atiborrado de reactores, columnas de destilación, depósitos de gas, incineradoras, condensadores, hornos, intercambiadores, bombas y decenas de kilómetros de tuberías de todos los colores y diámetros, según los gases y los líquidos que transportaban.

«Era una fábrica realmente bonita —contaría el ingeniero norteamericano Warren Woomer, incorporado a Carbide a los veintidós años y convertido, más tarde, en responsable de varias instalaciones de alto riesgo—. Ciertamente, una sensación de peligro se apoderaba de todo el que entraba. Pero me había acostumbrado a vivir entre sustancias tóxicas. Después de todo, el destino de los ingenieros químicos consiste en pasarse la vida entera codeándose con productos peligrosos. Hay que aprender a respetarlos y, sobre todo, a conocerlos y manipularlos. Si cometes un error, hay pocas probabilidades de que te perdonen.»

Warren Woomer sabía que el pilotaje de aquella «bonita fábrica» había sido encargado a los mejores profesionales de la especialidad. Pertenecer a la unidad de fabricación del MIC era considerado un honor en la sede del Institute. Y también una ventaja: los salarios tenían en cuenta la naturaleza peligrosa de los productos que allí se manipulaban. Eran los más altos de la empresa.

Carbide dotó a la instalación con un impresionante arsenal de sistemas de seguridad. Eran incontables las torres de descontaminación y las incineradoras capaces de neutralizar y que-

mar grandes cantidades de gas en caso de fuga accidental. Cientos de válvulas de seguridad permitían evacuar hacia circuitos de derivación todo fluido que acusase una presión anormal. Rosarios de válvulas termostáticas, de chapaletas, de juntas, de discos de ruptura, de medidores de caudal, de sondas de temperatura y de manómetros velaban sobre todos los equipos sensibles y sobre las tuberías, a su vez unidas por soldaduras de alta resistencia controladas por rayos X. Unos amortiguadores impedían toda dilatación excesiva del metal. Como en los aviones más modernos, los circuitos eléctricos estaban doblados y protegidos para resistir las agresiones de los ácidos más corrosivos. En caso de avería eléctrica, unos generadores de alta potencia tomaban inmediatamente el relevo. Tuberías especiales de doble cubierta fueron instaladas para encaminar el MIC hacia sus depósitos de almacenamiento. Por las paredes exteriores circulaba un flujo de nitrógeno. Cada diez metros, unas sondas controlaban la pureza del gas. El más ínfimo escape de MIC hacia el nitrógeno disparaba la alarma y provocaba una intervención inmediata.

Para asegurarse una fiabilidad sin defectos, los constructores del Institute 2 concibieron equipos de alto rendimiento que mandaron fabricar a los más eminentes especialistas en aleaciones y motores de Estados Unidos, como International Nickel e Ingersoll Rand ■

Precauciones no menos excepcionales fueron adoptadas para garantizar la seguridad del personal. Una red de altavoces y de sirenas, dotadas de distintas modulaciones, según la naturaleza de los incidentes, estaba lista para activarse a la más mínima alerta. Equipos de bomberos especializados en incendios de materias químicas, así como un sistema de extinción automática, eran capaces de anegar la fábrica, en sólo unos minutos, bajo un diluvio de nieve carbónica. En cada piso, decenas de armarios pintados de rojo ofrecían el auxilio de esca-

fandras, aparatos respiratorios, chorros para enjuagarse los ojos y duchas de descontaminación. La fábrica estaba también provista de una red de analizadores que permanentemente tomaba muestras de la atmósfera. En caso de sobrepasar los niveles de seguridad, una alarma sonaba mientras en un monitor aparecía el lugar del fallo.

La sala de mando, con las paredes consteladas de manómetros, manillas y botones, se parecía a la cabina de un Concorde. Día y noche, marcadores de distintos colores reflejaban las palpitaciones de la instalación en rollos de papel mili-metrado. Día y noche, llaves, palancas y manillas enviaban por vía electrónica las órdenes para abrir o cerrar válvulas, condenar o activar un circuito y lanzar o interrumpir una operación de producción o de mantenimiento. Uno de los relojes más atentamente vigilados era el indicador de temperatura. Comunicaba con los termómetros colocados en cada uno de los depósitos de isocianato de metilo que se usaba en la producción continua del Sevin. Como estaba previsto, las agujas de estos instrumentos no debían nunca subir por encima de cero grados, ya que el MIC corría el riesgo de explotar si no se mantenía a dicha temperatura. Para conjurar este peligro, los constructores de la fábrica norteamericana habían recubierto las paredes de los tanques de almacenamiento con una malla de serpentines por los que circulaba cloroformo refrigerante.

Por el olor, o, mejor dicho, por la ausencia de olores, fue por lo que se juzgaron los primeros resultados de esos esfuerzos sin precedentes. Una fábrica química estanca no emite olores, pero éste no era el caso de las demás fábricas que contaminaban el Kanahwa Valley con emanaciones de las que ninguno de sus 250 000 habitantes podían escapar. «Los olores habían terminado por impregnar los árboles, las flores, las aguas

del río, y hasta el aire que respirábamos», deploraba Pamela Nixon, de treinta y ocho años, ayudante de laboratorio en el hospital Saint Francis de Charleston, que vivía con sus parientes, al igual que varios centenares de familias negras de escaso nivel de renta, en el barrio de Perkins Avenue, junto a los depósitos y chimeneas del Institute. Unos días antes de la puesta en marcha de la nueva fábrica, Pamela y sus vecinos encontraron en su buzón una octavilla enviada por la dirección local de Union Carbide. El documento, denominado «Plan de evacuación general del Institute, Virginia occidental», enumeraba las recomendaciones que debían seguirse en caso de algún incidente. El primer consejo era que no huyeran corriendo. «Enciendan la radio y sintonicen la emisora WCAW en la frecuencia 680 de onda media, o su televisor en el canal 8 de la emisora WCHS -indicaba el documento-. Éste es el tipo de anuncio que probablemente escucharán: *«Esta mañana a las diez, la policía del estado de Virginia occidental ha detectado un accidente industrial en el que están implicadas materias químicas peligrosas. El accidente se ha producido a las nueve horas cincuenta minutos en la fábrica del Institute de la empresa Union Carbide. Se ruega a todas las personas que vivan en los alrededores que permanezcan encerradas en sus casas, que cierren las puertas y las ventanas de sus domicilios, que apaguen ventiladores y climatizadores, y se queden a la escucha de nuevas instrucciones. El próximo comunicado será difundido dentro de cinco minutos.»*

Pamela Nixon pegó la hoja de papel con cinta adhesiva en la puerta de su nevera.

Dos semanas más tarde, cuando la nueva instalación había entrado en una fase normal de producción, la joven percibió un olor raro que entraba por la ventana de su cocina. Lo traía la brisa, que soplaba como de costumbre desde las estructuras industriales situadas más allá de su barrio. No era el olor a

pescado o a huevos podridos al que las demás fábricas del valle la habían acostumbrado. La emanación probaba que, si bien la instalación que veía desde su casa era un modelo avanzado de tecnología, sus constructores no habían conseguido hacerla completamente estanca. Hurgando en su memoria, Pamela relacionó el hecho con un recuerdo de su infancia. Como el plato que su madre preparaba cada domingo después de misa, el isocianato de metilo fabricado por el buque insignia de la empresa Union Carbide se anunciaba en las papilas nasales de los habitantes del Kanahwa Valley por un olor a col hervida (2).

(2) Ese olor de col hervida se iba a instalar definitivamente en el valle mágico. La Agencia Federal de protección del medio ambiente (EPA) reveló que entre el 1 de enero de 1980 y el final del año 1984 se produjeron setenta y siete escapes de isocianato de metilo en la fábrica del Institute. La dirección de la fábrica se abstuvo de dar a conocer estos incidentes a los habitantes del valle, considerando que ninguno había provocado un problema serio de salud, o había sobrepasado las normas toleradas por la ley para emisiones tóxicas a la atmósfera.

La sorprendente silueta que apareció una mañana de aquel invierno en la entrada del Orya bastó para sobresaltarse a Belram Mukkadam. No había visto nunca a una europea aventurarse en el barrio. Alta, vestida con una falda negra que le caía hasta los tobillos, una cruz metálica colgando a la altura del pecho, con el pelo corto y gruesas gafas redondas que le comían el rostro, la mujer esgrimía una sonrisa luminosa. Mukkadam la recibió con su acostumbrada jovialidad.

-¡Qué agradable sorpresa...! Bienvenida, *sister*. ¿Qué la trae por aquí? -le preguntó.

La visitante lo saludó a la manera india.

-He oído decir que su barrio necesitaba una persona capaz de proporcionar cuidados médicos a los enfermos, a los niños y a las personas mayores. He venido a ofrecer mis modestos servicios.

Mukkadam se inclinó casi hasta tocar el suelo.

-¡Bendita sea! Seguro que el dios la envía. ¡Hay tanta gente en apuros por aquí!

La hermana Felicity McIntyre, de cuarenta y nueve años, era escocesa. Nacida en una familia de diplomáticos que había pasado largas temporadas en Francia, a los dieciocho años ingresó en una orden de religiosas misioneras. Fue enviada prime-

ro a Senegal, después a Ceilán y finalmente a la India, y vivía desde hacía catorce años en Bhopal, donde dirigía un centro creado por la diócesis para acoger a niños abandonados. La mayoría de ellos padecía graves discapacidades mentales. El centro estaba instalado en un edificio moderno, al sur de la ciudad, y llevaba el bonito nombre de *Asha Niketan*, «La casa de la Esperanza». Encima del portal, la religiosa había clavado un cartel con la inscripción: «Cuando Dios cierra una puerta, lo hace para abrir otra.» Niños trisómicos, autistas, aquejados de tuberculosis ósea, poliomielíticos, invidentes, sordos y mudos vivían juntos en una gran sala con las paredes pintadas de verde claro y decoradas con los retratos del Mahatma Gandhi y de Jesucristo.

Dicha sala sorprendía por la exuberancia de su actividad. Varias jóvenes formadas por la hermana Felicity se afanaban alrededor de cada uno de esos niños, ayudándolos a caminar, a jugar y a moverse. Barras paralelas, pelotas de plástico, planchas de madera pivotantes y cochecitos de pedales servían como rudimentarios aparatos de fisioterapia. En ese lugar, la vida era más fuerte que la desgracia. Algunos enfermos precisaban cuidados especiales, había que vestirlos, darles de comer, llevarlos al aseo, lavarlos. Sobre todo era necesario despertar su inteligencia, lo que exigía montañas de paciencia y amor. La hermana Felicity compartía su dormitorio con una oligofrénica de doce años que parecía tener seis. Aquejada de espina bífida, una parálisis de la columna vertebral, Raina era tan dependiente como un recién nacido. Era preciso ocuparse de ella constantemente. Pero su sonrisa expresaba su voluntad de vivir y su agradecimiento. Aunque no lo admitiese, la hermana Felicity era en Bhopal lo que la madre Teresa era en Calcuta.

Mukkadam llevó a la religiosa por el laberinto de callejuelas.

-Éste es un barrio miserable -le dijo, excusándose.

-Estoy acostumbrada -le aseguró la visitante saludando con un alegre «*Ñamaste*» (1) a los que se agolpaban a su paso.

Entró en varias chabolas y examinó a algunos niños. Raquitismo, enfermedades de la piel, infecciones intestinales... El Orya bastí coleccionaba las patologías de todos los barrios pobres. La religiosa estaba en territorio conocido. Estaba familiarizada con los barrios de chabolas, por lo que nunca había dudado en penetrar en las viviendas, en sentarse con la gente. Había aprendido a recibir las confidencias de los moribundos, a quedarse después de la muerte, a rezar con las familias, a lavar los cadáveres y a acompañar a los difuntos en su último viaje hasta el cementerio o la hoguera. Gracias a las medicinas, las ampollas de suero, de antibióticos y de morfina, y también gracias a los pequeños instrumentos de cirugía que siempre llevaba en su bolsa de skai negro, había cuidado, aliviado y curado.

-Volveré todos los lunes por la mañana -anunció en hindi-. Es preciso que las familias acepten darme hospitalidad por turnos.

La sugerencia provocó un alboroto inmediato. Todas las madres estaban dispuestas a ofrecer su morada a la gran hermana blanca para que pudiese curar a los habitantes del bastí.

-Y además, necesitaré una voluntaria para ayudarme -añadió, barriendo con una mirada maliciosa los rostros que se amontonaban a su alrededor.

-¡Yo me apunto, *didil* (2)

Felicity se dio la vuelta y vio a una muchacha de ojos achinados frente a la chabola.

(1) *Ñamaste* o *namaskar*, literalmente «prosternarse». Saludo juntando las manos a la altura del corazón o de la cara. La altura de las manos manifiesta la consideración, que se pueden elevar hasta la frente.

(2) Gran hermana.

-¿Cómo te llamas?

-Padmini.

-Bien, Padmini, te pongo a prueba como ayudante de nuestro pequeño dispensario.

El lunes siguiente, ya se había formado una cola en la callejuela antes de que llegase la hermana Felicity. Padmini había intentado localizar los casos más urgentes para atenderlos con prioridad en la chabola que sus padres habían transformado en enfermería de turno. La mayoría de las veces, las madres, con mirada suplicante, tendían a la religiosa bebés raquíticos y con el vientre hinchado. «En todos los años pasados en África, en Ceilán y en la India, jamás había visto carencias semejantes -contaba la escocesa—. Las fontanelas de muchos de aquellos niños no se habían cerrado. La osamenta de sus cráneos, a falta de calcio, se había deformado, y su semblante doli-cocefálico les daba un poco un aire de momia egipcia.»

Si la tuberculosis era la asesina número uno en el Orya bastó y en los barrios vecinos, las fiebres tifoideas, el tétanos, la malaria, la poliomiélitis, las afecciones gastrointestinales y las enfermedades de la piel causaban daños a menudo irreversibles. La religiosa sintió flaquear sus fuerzas frente a todos aquellos desdichados que esperaban milagros de su gran hermana blanca. Padmini le secó suavemente las gruesas gotas de sudor que le resbalaban por la frente y que podían nublarle la vista. Sobreponiéndose a las arcadas que le provocaban algunos olores y al horror de ciertos espectáculos, la joven india ayudaba a su gran hermana con su inalterable sonrisa. La mirada de la muchacha, que tan bien conocía la miseria y el sufrimiento, espoleaba el valor de la religiosa. Un día, una mujer dejó sobre la mesa a un bebé de una extrema delgadez. La hermana Felicity tuvo la idea de encomendar a Padmini aquel cuerpecito de piel apergaminada.

-Cógelo y dale un masaje lentamente -le dijo-. Es lo único que podemos ofrecerle.

Padmini se sentó en la callejuela sobre un saco de esparto y colocó al niño en sus muslos. Vertió en su mano un poco de aceite de mostaza y empezó a friccionar el cuerpecito. Sus manos iban y venían a lo largo del busto y de los miembros. Como si fueran olas, partían de los flancos del bebé, atravesaban el pecho y remontaban hacia el hombro opuesto. El vientre, las piernas, los talones, la planta de los pies, las manos, la cabeza, la nuca, el rostro, las aletas de la nariz, la espalda y las nalgas eran sucesivamente acariciados, vivificados, como alimentados por los dedos ágiles y sueltos de Padmini. De pronto, el niño empezó a gorjear de beatitud. «Estaba deslumbrada ante tanta habilidad, belleza e inteligencia -diría Felicity-. En el fondo de aquel barrio de chabolas, acababa de descubrir una insospechada fuerza de amor y de esperanza. Los habitantes del Orya bastí merecían la misericordia de Dios.»

De entre los treinta y ocho países del planeta donde había izado su bandera con el rombo azul y blanco, ninguno había tejido con Union Carbide unos vínculos tan antiguos y cálidos como la India. Quizá fuese debido a que, desde hacía casi un siglo, la multinacional gratificaba a los cientos de millones de indios privados de electricidad con algo tan preciado como el agua o el aire: las lámparas de Carbide aportaban la luz al fondo de las aldeas más apartadas del subcontinente indio. Gracias a los quinientos millones de pilas que salían cada año de sus fábricas, la India entera conocía y bendecía el nombre de la empresa norteamericana.

Los jugosos beneficios del monopolio y el convencimiento de que un día el país se convertiría en uno de los grandes mercados del planeta habían llevado a Carbide a reagrupar todo tipo de productos manufacturados bajo la égida de una filial india denominada Union Carbide India Limited. La bandera de esta filial ondeaba en catorce factorías. Carbide fabricaba en la India productos químicos, plásticos, placas fotográficas, carretes, electrodos industriales, resinas de poliéster, fibra de vidrio y maquinaria. La empresa poseía también en la costa de Bengala una flota de siete barcos especializados en la pesca del camarón en alta mar. Con una facturación anual de

doscientos millones de dólares, Union Carbide India Limited encarnaba un ejemplo conseguido de la política de globalización llevada a cabo por la multinacional neoyorquina. Esta última conservaba la propiedad del 51 por ciento de las acciones de su filial de la India, lo que le otorgaba el control absoluto de todas sus nuevas actividades y proyectos sobre dicho territorio.

En abril de 1962, la dirección norteamericana de Carbide reveló la naturaleza y la amplitud de los nuevos proyectos en un anuncio a toda página en el muy prestigioso *National Geographic Magazine*. El anuncio, titulado «La ciencia contribuye a construir una India nueva», quería ser alegórico. Mostraba a un flaco campesino de piel negra labrando una tierra visiblemente estéril con la ayuda de un arado primitivo tirado por dos bueyes descarnados. Dos mujeres en sari, con un cántaro de agua y un cesto sobre la cabeza, contemplaban la escena. En segundo plano aparecían las aguas de un gran río, el Ganges. Más allá del río sagrado, el brillo de miles de luces iluminaba las estructuras doradas de un gigantesco complejo químico con sus torretas, chimeneas, tuberías y depósitos. Encima, ocupando la mitad superior de la imagen, una mano de piel clara se distinguía sobre el color anaranjado del cielo. Sostenía entre el pulgar y el índice un tubo de ensayo lleno de un líquido rojo, que vertía sobre el campesino y su arado. No había duda alguna: Carbide se había inspirado de la escena del techo de la capilla Sixtina, donde Miguel Ángel representa la mano de Dios rozando la de Adán para darle la vida. Bajo el título «Una mano para el porvenir», la empresa comunicaba su mensaje en pocas líneas. «Bueyes que trabajan en los campos... El Ganges eterno... los elefantes enjaezados de joyas... Hoy, estos símbolos de la India antigua conviven con una visión

nueva: la de la industria moderna. La India ha construido fábricas para reforzar su economía y anunciar a sus 450 millones de habitantes la promesa de un porvenir deslumbrante. Pero la India necesita el saber tecnológico del mundo occidental. Es así como Union Carbide, trabajando con ingenieros y técnicos indios, ha ofrecido sus amplios recursos científicos para contribuir a construir una gran fábrica de productos químicos y plásticos cerca de Bombay. En todo el mundo libre, Union Carbide se ha comprometido a construir fábricas para manufacturar productos químicos, plásticos, gases y aleaciones. Los colaboradores de Union Carbide se felicitan de poder compartir sus conocimientos y sus aptitudes con los ciudadanos de este gran país.»

Esta bravuconada terminaba en un ruego: «Escríbanos para recibir el folleto titulado *El emocionante universo de Union Carbide*. Descubrirán cómo los recursos en el terreno del carbono, de los productos químicos, de los gases, los metales, los plásticos y la energía siguen aportando cada día nuevos prodigios a su vida.»

«¡Nuevos prodigios a su vida!» Esta elocuente promesa encontraría pronto una ocasión espectacular de manifestarse. En aquella época, la India hacía esfuerzos desesperados para acabar con el espectro ancestral de la hambruna. Después de los períodos de escasez de alimentos de principios de los sesenta, la situación alimenticia del país conocía por fin una mejora. El principal responsable del milagro era un lote de pequeñas semillas importadas de México. Bautizadas como Sonora 63 por su creador, el agrónomo norteamericano Norman Borlang, futuro Premio Nobel de la Paz, estas semillas proporcionaban una nueva variedad de trigo de alto rendimiento. Al producir pesadas espigas insensibles a los vientos, a las

diferencias lumínicas y a las lluvias torrenciales de los monzones, así como unos tallos muy cortos y menos golosos, las semillas, de maduración muy rápida, permitían obtener varias cosechas anuales en una misma parcela. Era una revolución, la famosa «revolución verde».

Sin embargo, esta innovación tenía serias limitaciones. Para que las semillas de alto rendimiento produjesen las múltiples cosechas que se esperaba de ellas, necesitaban mucha agua y mucho abono. En cinco años, de 1966 a 1971, la revolución verde multiplicó por tres el consumo de abono en la India. Pero eso no era todo. La reducida base genética de las variedades de alto rendimiento y el monocultivo al que estaban asociadas centuplicaba la vulnerabilidad de los nuevos cultivos a las enfermedades y a los insectos. El arroz se convirtió en el blanco favorito de todo tipo de devoradores, entre los que se contaban, por lo menos, cien especies distintas. Los más virulentos eran unas pequeñas moscas verdes de la familia de los cicadélidos. Al perforar los jóvenes brotes, sus estiletes chupadores de savia destrozaban en pocos días arrozales de varias hectáreas. En Punjab y en otros estados, la invasión de una especie de pulgón atigrado diezmaba las plantaciones de algodón. La India estaba desarmada contra estas plagas. En su deseo de favorecer la industrialización del país, el gobierno promovió la producción de pesticidas, esencialmente la local. Pero frente a la abundancia de la demanda, ésta se reveló tremendamente insuficiente. Además, buena parte de los productos de fabricación autóctona contenían DDT o HCH -hexaclorociclohexano-, sustancias juzgadas tan peligrosas para la flora, los hombres y los animales que numerosos países habían prohibido su uso.

Como no podían proporcionar la cantidad necesaria de pesticidas eficaces a sus campesinos, en 1966 los responsables indios decidieron dirigirse a los fabricantes extranjeros. Varios de ellos, como Carbide, se habían introducido ya en el país.

La oportunidad les pareció lo bastante interesante a los dirigentes de la multinacional neoyorkina como para que despa-chasen urgentemente a Nueva Delhi a una de las estrellas de sus equipos comerciales, el joven agrónomo argentino Eduardo Muñoz. ¿Acaso este seductor ejecutivo no había inundado Sudamérica de Sevin? De entrada, Muñoz se mostró digno de esta elección, inaugurando su misión con un golpe de efecto.

¡El legendario emperador Ashoka, que había propagado en la India el mensaje de no violencia del Buda, se hubiera quedado mudo de asombro! El lujoso hotel de Nueva Delhi que llevaba su nombre recibía aquella noche de invierno de 1966 a los principales responsables de la filial india de Carbide, y a un centenar de los más altos funcionarios del Ministerio de Agricultura y de la Comisión del Plan de Desarrollo. Todos esos personajes se habían reunido para celebrar con un banquete un acuerdo casi histórico, firmado aquella misma tarde en el ministerio frente a una jauría de periodistas y fotógrafos. El contrato preconizaba armar a los campesinos indios contra el pulgón y otros insectos que destrozaban sus cultivos. Para ello, contemplaba la importación inmediata de mil doscientas toneladas de Sevin norteamericano. A cambio, Carbide se comprometía a construir en los siguientes cinco años una fábrica para producir ese mismo pesticida en territorio indio. Eduardo Muñoz había negociado este acuerdo con un alto responsable del Ministerio de Agricultura llamado Sardar Singh, que parecía tener mucha prisa por ver llegar los primeros envíos. Era un sij oriundo de Punjab, como lo revelaba su turbante y su barba recogida en las mejillas. Los campesinos de su comunidad eran las primeras víctimas de los insectos destructores.

La suerte permitió al enviado de Carbide colmar más pronto de lo previsto las esperanzas de su socio indio. A sabiendas de que un cargamento de mil doscientas toneladas de Sevin destinado a los campesinos del valle del Nilo, devastado por

las invasiones de los saltamontes, estaba bloqueado en el puerto de Alejandría por culpa de unos aduaneros quisquillosos, el argentino se apresuró a conseguir que el barco fuese desviado a Bombay, donde, quince días después, el preciado Sevin fue recibido como un don del cielo.

La euforia decayó un poco cuando se comprobó que el Sevin del buque egipcio era, de hecho, un concentrado que sólo podía ser utilizado después de ser sometido a una preparación adecuada. En su jerga, los especialistas denominan a esta operación «formulación». Consiste en mezclar el concentrado con arena o yeso en polvo, como el azúcar que se mezcla con la sustancia activa de una medicina para facilitar su consumo. La arena combinada con el Sevin permite esparcir o pulverizar el insecticida según las necesidades específicas de cada usuario. La India no carecía de pequeñas unidades industriales capaces de proceder a esta transformación, pero Muñoz tenía una idea mejor: la propia Carbide se encargaría de hacer operativo el Sevin construyendo su propia factoría de formulación. ¡Qué importaba si la Industrial Development and Regulation Act reservaba la construcción de ese tipo de instalaciones a empresas pequeñas y exclusivamente de nacionalidad india! ¡Él sería capaz de encontrar un hombre de paja que le sirviera de testaferró!

Como en todas partes, en la India hay cantidad de intermediarios, de agentes y de compradores dispuestos a mediar en cualquier negocio. Una mañana de junio de 1967, un hombrecillo jovial se presentó en el despacho de Eduardo Muñoz.

-Me llamo Santosh Dindayal -declaró-, y soy devoto del culto a Krisna. -Sorprendido por esta presentación, el argén-

tino ofreció un puro a su visitante, que prosiguió:- Soy propietario de varios negocios -siguió diciendo-. Soy dueño de una explotación forestal, de una concesión de vespas, de un cine y de una gasolinera. He oído hablar de su proyecto de construir una fábrica de pesticidas. -En este punto del relato, el hombre se hizo un poco el misterioso:- Ahora bien, mire usted... resulta que tengo buenos contactos en Bhopal.

-¿En Bhopal? -repitió Muñoz, al que este nombre no le decía nada.

-Sí, es la capital de Madhya Pradesh -prosiguió el indio-. Los dirigentes del estado desean desarrollar rápidamente su industrialización. Esto debería serle útil para su proyecto.

Dando ávidas caladas al cigarro puro, el hombrecillo explicó que los dirigentes de Madhya Pradesh habían delimitado una zona de desarrollo industrial en unos terrenos disponibles al norte de la capital.

-Le propongo presentar, a mi nombre, una solicitud de licencia en ese polo de desarrollo para levantar un taller capaz de transformar el Sevin que sus amigos han importado en un producto utilizable para los cultivos. El coste de tal empresa no debería superar los cincuenta mil dólares. Podemos firmar conjuntamente un contrato de asociación. Usted realiza la instalación y luego me abona un canon sobre la producción.

El argentino casi se traga el cigarro de puro gusto. Para él, la propuesta representaba una excelente primera etapa de una aventura industrial mayor de la que pensaba convertirse el arquitecto. Permitiría a los campesinos indios apreciar inmediatamente las cualidades del Sevin, y los ingenieros de los despachos de South Charleston tendrían tiempo para diseñar la gran fábrica de pesticidas que el gobierno indio deseaba ver edificada en su territorio. Pero de pronto una pregunta cruzó su mente.

-A propósito, señor Dindayal, ¿dónde se encuentra la ciudad de Bhopal?

El indio esbozó una sonrisa divertida. *-In the very heart of India, dear Mr. Muñoz* (1) -respondió, apuntando a su pecho con el dedo índice.

¡El corazón de la India! La expresión entusiasmó al apuesto argentino. Puso al indio en el asiento del copiloto y lanzó su Jaguar gris Mark VII hacia el corazón del país. Tuvo la impresión de llegar «a un poblacho.» La zona industrial designada por el gobierno era una gran explanada situada a dos kilómetros y medio del centro de la ciudad, y a apenas un kilómetro de la estación central. Antaño, los soberanos de Bhopal habían construido allí las cuadras para los caballos de carreras y los escuadrones de la Sultanía Infantry la habían utilizado como campo de maniobras. El color oscuro del suelo explicaba la razón de que el lugar se llamase Kali Grounds, la Explanada negra. Pero la denominación quizá tuviera como origen el color de la sangre. En efecto, allí, frente a miles de espectadores, era donde los verdugos del reino acostumbraban a cortar de un golpe de sable la cabeza de aquellos a los que la *sari'a* islámica había condenado a muerte.

Ese fúnebre recuerdo no amenazaba con desalentar al argentino. Dos días de exploración bastaron para convencerlo. La ciudad de Bhopal ofrecía, en efecto, un cúmulo de ventajas: situación céntrica, buenas comunicaciones gracias a una excelente red de carreteras y ferrocarril, y un moderno aeropuerto, así como abundantes recursos de electricidad y agua. En cuanto a la Explanada negra, gozaba a sus ojos de otra ventaja: el rosario de chabolas y de chozas que se extendía a lo largo de sus lindes representaba la promesa de una mano de obra abundante.

(1) «En pleno corazón de la India, querido señor Muñoz.»

## 12      **Una tierra prometida sobre las ruinas de un reino de *Las mil y una noches***

«El poblacho» que el enviado de la Carbide había creído vislumbrar desde el volante de su Jaguar era, en realidad, una de las más bellas y atractivas ciudades de la India. Pero Eduardo Muñoz no había tenido tiempo de descubrir todavía uno solo de los tesoros que hacían de Bhopal un lugar destacado del patrimonio cultural indio. Desde que en 1722 un general afgano se enamorara del lugar, hasta el punto de fundar allí su capital, Bhopal no había cesado de engalanarse con magníficos palacios, mezquitas sublimes y soberbios jardines, de manera que no dudaban en llamarla «la Bagdad de la India». Pero era ante todo por su rica cultura musulmana, por sus tradiciones de tolerancia y por el progresismo de sus instituciones por lo que la ciudad se había distinguido en la historia nacional. La riqueza de Bhopal había sido forjada primero por un francés, y luego por cuatro innovadoras soberanas, a pesar de vivir escondidas bajo sus *burqas*, que las protegían de las miradas de los hombres. General en jefe de los ejércitos del nabab y luego regente del país, Baltasar I de Borbón, y más tarde las begums Sikandar, Shah Jahan, Sultán Jahan y Kudsia hicieron de su reino y de su capital un modelo admirado, tanto por la potencia imperial británica como por buen número de naciones coloniales de África.

ca y de Asia. Las cuatro soberanas, no sólo acabaron con el aislamiento de su estado, financiando de sus bolsillos la llegada del ferrocarril, sino que, además, abrieron rutas y mercados, construyeron hilanderías, distribuyeron vastos territorios a sus subditos sin tierra, instauraron un sistema postal sin parangón en Asia e instalaron agua corriente en la capital. Empeñadas en educar a su pueblo, impusieron la instrucción primaria gratuita para todos y favorecieron la emancipación femenina multiplicando las escuelas de niñas. La penúltima de estas ilustradas soberanas, la begum Sultán Jehan, llegó a crear una institución revolucionaria para la época, el Bhopal Ladies Club. Allí, las mujeres, saliendo de sus gineceos, iban a discutir libremente sobre su condición y porvenir. Esta misma begum también ofreció a sus conciudadanas la posibilidad de hacer las compras a cara descubierta. Mandó construir el París Bazar, un inmenso centro comercial que les estaba exclusivamente reservado, donde todas las dependientas eran mujeres. La propia soberana, vestida sencillamente y sin escolta, disfrutaba visitando ese emporio bien provisto de artículos importados de Londres y París. Los británicos le profesaban gran estima. El rey Jorge V la invitó a su coronación y, en 1922, el príncipe de Gales le hizo una visita con motivo de la inauguración del Consejo de Gobierno del reino de Bhopal, una institución democrática única en las Indias de entonces. Con su visita, el príncipe inglés quiso también agradecer a la soberana el haber vaciado tan generosamente su cofre y las arcas del reino en 1914 para participar en el esfuerzo de guerra británico. ¿Acaso no había enviado igualmente a su hijo mayor a las trincheras de la Gran Guerra para representar a Bhopal junto a los soldados aliados?

El resplandor del reino y de su prestigiosa capital se extendió a diversos campos. La begum Shah Jahan, gran aficionada

a la literatura, autora a su vez de varios tratados de filosofía, supo atraer a su corte a los eruditos y a los sabios más distinguidos de las Indias y hasta de regiones tan remotas en aquella época como Afganistán y Persia. La ciudad eclipsó a Hyderabad y a Lahore como un faro de la rica cultura islámica de lengua urdu, tan floreciente en literatura, pintura y música. Entre todas las expresiones de aquella herencia, la soberana favoreció la poesía. Renovando la tradición de las *Mushairas* —veladas de recitación poética que permitían al pueblo conocer a los más insignes poetas—, abrió todos los salones de su palacio y organizó manifestaciones monumentales en el Lal Parade Ground, el inmenso campo de maniobras de la caballería real. Los ojos de los miles de aficionados, a veces hasta tres cuartas partes de la población de la ciudad, que solían acudir a escuchar, durante noches enteras, a los poetas cantar los sufrimientos, las alegrías y los eternos devaneos del alma, se iluminaban de felicidad. «¡No llores más, ni bienamada!», imploraba una de las canciones preferidas de los bhopalíes. «Incluso si, por ahora, no es más que polvo y lamentos, tu vida canta ya la magia de tu existencia futura.»

Antes de morir, la begum Kudsia, última soberana de Bhopal, expresó no obstante el disgusto de que sus subditos mostrasen más afición por la poesía que por los proyectos industriales o el servicio al Estado. A pesar de los esfuerzos de la Agencia Económica de Desarrollo, que ella había creado con ayuda de los británicos, pocas empresas fueron a instalarse en el reino entre las dos guerras. Dos hilanderías, dos fábricas de azúcar, una de cartonaje, y otra de cerillas: el balance era bien escueto. La llegada al trono de un soberano de sexo masculino no solucionó nada. El *nabab* Hamidullah Khan era un príncipe encantador y culto, pero más interesado por la decoración de

sus palacios y la cría de sus caballos que por la construcción de altos hornos o de fábricas textiles. Mientras el Mahatma Gandhi iniciaba una huelga de hambre para obligar a los ingleses a abandonar el país, él mandaba instalar una bañera de lujo en uno de sus *breaks* de caza.

El 15 de agosto de 1947, la independencia del subcontinente relegó a las tinieblas de la Historia a los *maharajas* y a los grandes *nababs* de los reinos indios. Esa conmoción fue un golpe de suerte para Bhopal, que se vio elevada por los dirigentes de la India como la nueva capital de una inmensa provincia que abarcaba los territorios del centro del país, el Madhya Pradesh. La elección tenía su origen en una serie de ventajas, que, veinte años más tarde, llamarían la atención del enviado de Carbide y precipitarían a la ciudad en una era de febril desarrollo. Hubo que levantar edificios para albergar a los ministerios y la administración de la nueva provincia, crear barrios enteros para alojar a miles de funcionarios y sus familias, una universidad, varias escuelas técnicas, un hospital de dos mil camas, una facultad de medicina, tiendas, clubes, teatros, cines y restaurantes. En cinco años, la población pasó de ochenta mil a cerca de cuatrocientos mil habitantes.

Este crecimiento atrajo a una multitud de pequeñas y grandes empresas de toda la India. Anunciada por la parrilla cromada de un Jaguar gris, Norteamérica se disponía a desembarcar allí donde ayer mismo el último *nabab* y sus invitados cazaban tigres y elefantes. Para los habitantes de Orya bastó, como para los cientos de inmigrantes que llegaban todos los días en tren en busca de trabajo, Bhopal, a finales de los sesenta, era la Tierra Prometida.

### **13 Un continente de trescientos millones de campesinos que hablan seiscientas lenguas**

La ciudad de las begums recibió la decisión del gobierno de Madhya Pradesh como un regalo de los dioses. El 12 de octubre de 1967 se concedía al empresario Santosh Dindayal un terreno de dos hectáreas y media sobre la Explanada negra, con permiso para edificar una factoría de formulación de pesticidas. Ofrecía, así, a la ciudad la posibilidad de una aventura industrial. Después de transmitir la buena nueva a la dirección neoyorquina, Eduardo Muñoz se precipitó al bar del hotel Grand, el más imponente de Calcuta, para brindar con su esposa Rita y con sus colegas. Acto seguido empezó a buscar un equipo para construir la factoría. Gracias a un golpe de suerte, dio con el trío ideal. Primero, Maluf Habibie, un enjuto ingeniero químico iraní, con gafas de montura metálica; luego, Ranjit Dutta, un ingeniero fortachón como un jugador de rugby, antiguo colaborador de la Shell en Texas. Finalmente, el único bho-palí del grupo, Arvind Shrivastava, que acababa de obtener su título de ingeniero mecánico. Los tres hombres transformaron en despacho la trastienda de la gasolinera que pertenecía al socio indio de Muñoz. Quince días más tarde, los planos de la fábrica estaban terminados. «Fábrica» era mucho decir para calificar de tal a un taller destinado a albergar las hormigone-

ras, trituradoras y demás maquinaria necesaria para la preparación comercial del Sevin.

Como todos los acontecimientos de la vida en la India, el principio de la obra dio lugar a una ceremonia. Un *pandit* (1) ceñido con la triple cuerda de los brahmanes acudió a recitar *mantras* (2), las santas oraciones de los Veda, a orillas del agujero cavado en la negra tierra. Trajeron un coco que Arvind Shrivastava partió de un golpe de machete. El pandit vertió lentamente la leche en el suelo. Luego, el joven ingeniero cortó en trocitos la carne del fruto y se la ofreció al sacerdote y a los espectadores. Entonces el pandit alzó la mano y los obreros se acercaron para vaciar su carretilla de hormigón en el agujero. Los dioses habían dado su bendición. La aventura podía empezar.

Ni tuberías complicadas, ni depósitos centelleantes, ni incineradoras iluminadas, ni chimeneas metálicas: la construcción que se alzaba sobre la Explanada negra no se parecía en nada a uno de los monstruos norteamericanos del Kanahwa Valley. De hecho, el triple tejado y la hilera de ventanitas evocaban más bien una pagoda. El interior era un amplio hangar con una hilera de silos cónicos montados sobre máquinas trituradoras. La fábrica proporcionaba al concentrado de Sevin importado de Norteamérica bases granuladas adaptadas a los diferentes modos de difusión. Así pues, el Sevin destinado a ser pulverizado por avión sobre las inmensas explotaciones del Punjab debía ser «formulado» de manera más fina que el Sevin empaquetado que sería esparcido a mano por campesinos de Madhya Pradesh o de Bengala. Ya fuese granulado o fino como el polvo, el Sevin de Bhopal prometía ser un insecticida único, y no

(1) Sacerdote hindú.

(2) Fórmulas sagradas.

por sus cualidades intrínsecas, sino más bien por el material base que los ingenieros de Muñoz habían encontrado.

Para la India mística, el río Narmada es la hija del Sol. Basta con contemplarlo para alcanzar la purificación perfecta. Una noche de ayuno en sus orillas garantiza prosperidad para cientos de generaciones, y ahogarse en él permite escapar del ciclo de las reencarnaciones. Una afortunada casualidad geográfica hace que ese río sagrado pase a sólo cuarenta kilómetros de Bhopal. Sus riberas están cubiertas de una arena tan mítica para los Vedas como sus aguas. Mezclada con el pesticida traído de Norteamérica, la arena del Narmada vengaría a la familia Nadar, así como a todos los campesinos arruinados por la voracidad destructiva de los insectos. ¡La India iba a escapar a la maldición ancestral de sus hambrunas!

«Fue el regalo de Navidad más bonito de toda mi vida», confesó el indio enturbantado que había comprado a Muñoz las mil doscientas toneladas de Sevin norteamericano. A finales de 1968 vio llegar a los almacenes de su ministerio la primera entrega del insecticida puesto a punto en la pequeña factoría de Bhopal; ciento treinta y una toneladas que se podrían pulverizar sobre las explotaciones de cereales y algodón de Punjab. Pero una vez satisfechas las necesidades de su querido Punjab, Sardar Singh corría el riesgo de encontrarse con siete u ocho toneladas de pesticida sobrante en las manos. ¿Qué podía hacer para que los demás campesinos de su país aprovecharan ese maná? Decidió pedir ayuda a Eduardo Muñoz.

-Su empresa vende cada año más de quinientos millones de pilas en este país -le dijo—. Sus vendedores llegan hasta las cuatro esquinas del Himalaya y hasta las *backwaters* (3) de

(3) Lagunas comunicadas por los canales artificiales.

Kerala. Sólo una organización como la suya puede ayudarme a vender mi Sevin.

El argentino alzó los brazos.

-¡Querido mister Singh!, un paquete de insecticida no se vende tan fácilmente como una linterna -precisó.

El indio se puso zalamero.

—*My dear mister Muñoz*, lo que usted ha conseguido hacer en México y Argentina lo conseguirá también aquí. Confío en usted. No se hable más: su sonrisa me dice que acepta ayudarme.

El desafío era colosal. Al volante del Jaguar, Muñoz había medido la inmensidad y la complejidad de la India. Aquel país no tenía nada que ver con México ni siquiera con Argentina, que conocía como la palma de su mano. La India era un continente de trescientos millones de campesinos que hablaban unas seiscientas lenguas y dialectos diferentes. La mitad de ellos eran analfabetos, hasta el punto de ser incapaces de descifrar una etiqueta en un saco de abono o en un bidón de insecticida. Se trataba, sin embargo, de productos químicos con riesgos potencialmente mortales. A Muñoz le había asustado la gran cantidad de accidentes ocurridos en el medio rural que contaban los periódicos: intoxicaciones pulmonares, quemaduras de la piel, envenenamientos, etcétera. Las víctimas eran casi siempre pobres obreros agrícolas cuyos patronos no habían juzgado necesario equiparlos con ropas protectoras y máscaras. Para aumentar la eficacia de su utilización, muchos campesinos amasaban distintos tipos de productos, pero casi siempre lo hacían con las manos desnudas. Algunos hasta probaban las mezcolanzas para asegurarse de su composición. En los pueblos más pobres, donde las viviendas no tenían más que una habitación, el paquete de insecticida reinaba con frecuencia en una esquina, envenenando insidiosamente a las familias con sus emanaciones tóxicas. Las mujeres iban a por agua, orde-

ñaban a los animales o cocían los alimentos en recipientes que habían contenido DDT, lo cual causaba un aumento alarmante de ciertas patologías. Un viaje por la región de Tamil Nadu dejó estupefacto al enviado de Carbide. En ciertas zonas conocidas por el uso intenso de productos fitosanitarios eran incontables los cánceres de pulmón, de estómago, de piel y del cerebro. En la región de Lucknow se dieron cuenta de que la mitad de los obreros que manipulaban pesticidas padecían desórdenes psicológicos graves, así como trastornos de la memoria y la vista. Lo más deplorable era la inutilidad de esos sacrificios. Mal informados, los campesinos creían multiplicar la eficacia de los productos doblando o triplicando las dosis indicadas por el fabricante. Este desperdicio llevaba a muchos a la ruina, y a veces, al suicidio. Las secciones de sucesos revelaban que el medio preferido de aquellos desesperados para darse muerte era tragar una buena dosis de pesticida.

Eduardo Muñoz respondió a la llamada de socorro de su socio indio. Consiguió movilizar la red de ventas de las pilas del rombo azul y blanco para dar salida al Sevin. Pronto no existiría una sola tienda de ultramarinos, una droguería o un vendedor ambulante que no tuviese el insecticida norteamericano. Pero esa generosa ayuda no era del todo desinteresada. El argentino contaba con ella para comprobar de manera realista la capacidad de absorción de pesticidas del mercado indio. Sería una información fundamental a la hora de determinar el tamaño y volumen de producción de la fábrica que Union Carbide se había comprometido a construir.

«Al servicio de los campesinos, nuestros socios en la tierra.» Muy pronto, un aluvión de cartelitos con este eslogan invadió los campos de Bengala y de Bihar. Mostraban a un sij con turbante rojo posando una mano protectora sobre el hombro

de un pobre diablo con la cara llena de arrugas. En la otra mano, el caballero salvador esgrimía una caja de Sevin, una bonita caja del tamaño de un *brik* de leche cubierta con letras rojas, y con el dedo apuntaba hacia una espiga de trigo. «Me llamo Kuldip Chahal —decía el texto-. Soy técnico regional en pes-ticidas. Mi misión es enseñarte a ganar cinco rupias con cada rupia que gastes para comprar Sevin.»

Eduardo Muñoz estaba más convencido que nunca: para convertir a los campesinos indios al Sevin necesitaría legiones de Kuldip Chahals.

La súbita invasión de hormigoneras, grúas y andamios en el horizonte árido de la Explanada negra causó un verdadero seísmo entre los bastís. Para sus habitantes, la bandera con el rombo azul y blanco que ondeaba cerca de las chabolas era un emblema mágico, más aún que el tridente de Visnú, el dios creador del universo. Para Eduardo Muñoz, esa bandera que se veía por doquier constituía una gran victoria. Había conseguido de las autoridades de Nueva Delhi que Carbide no tuviera que utilizar un testaferro para «formular» el concentrado de Sevin importado de Estados Unidos, operación que normalmente estaba reservada a pequeñas empresas indias. Podía operar a plena luz del día, bajo su propio nombre. En Nueva Delhi, como en otras partes del mundo, el *big business in-ternational* siempre encontraba el camino para salir adelante.

Desde el inicio de las obras, varios *tharagars* vinieron a asediarse el *tea-house* de Belram Mukkadam. Carbide necesitaba mano de obra. Los candidatos acudieron y pronto el cafetín se convirtió en un auténtico mercado de trabajo. Entre los *tharagars*, Ratna Nadar reconoció al hombre que lo había reclutado en Mudilapa para el desdoblamiento de la vía del ferrocarril. Su camisa decorada con el rombo de Carbide no con-

seguía disimular su prominente barriga. A Ratna le hubiera gustado desfogarse, expresándole el rencor y la rabia que sentía, y gritarle que todos los pobres estaban hartos de engordarle cada vez más con su sudor, pero no era el momento. El sueño de franquear el portal mítico de Carbide estaba quizás a punto de cumplirse.

«Pago veinte rupias al día -anunció el *tharagar*, apartando el humo de su *bidi*—. Y doy un casco y un mono, y también una pastilla de jabón por semana.»

Un trato estupendo para unos hombres obligados a luchar por la supervivencia de sus familias con menos de cuatro rupias al día. Se inclinaron hasta los pies de aquel benefactor en señal de reconocimiento. Entre ellos se encontraba el antiguo leproso Ganga Ram. Ese empleo sería el primero que conseguiría desde que salió del pabellón de los contagiosos del hospital Hamidia. Era la prueba de que su *chakra* había vuelto a emprender su carrera.

Al día siguiente, a las seis, llevados por Mukaddam, todos los candidatos se presentaron en la obra. El *tharagar* estaba allí para inspeccionar el cuadernillo de contrata de cada trabajador. Cuando le tocó el turno a Ganga Ram, negó con la cabeza.

-Lo siento, amigo, en Carbide no contratamos a leprosos -declaró, señalando los dos muñones de las falanges que apretaban torpemente la hoja de papel.

Ganga Ram hurgó en el cinturón de su *longhi* para buscar su certificado de curación.

-Mire, mire, aquí dice que estoy curado -le imploró, colocando el papel en las narices del *tharagar*.

Éste permaneció inflexible. Para Ganga Ram, el mono de Carbide seguiría siendo un sueño.

Por la noche, los que habían tenido la suerte de recibir el uniforme de tela azul lo llevaron a sus casas para presentarlo al dios Jagannath, cuya imagen reinaba en un altarcito al fondo de la callejuela. Sheela, la madre de Padmini, depositó el mono de su marido a los pies de la divinidad y colocó a su lado un *chapati* con algunos pétalos de clavel empapados en agua azucarada.

Unos días más tarde, el principal informador de Belram Mukkadam trajo una noticia que volvió a dar esperanzas a Ganga Ram y a todos los que no habían podido ser contratados.

-Esas obras no son nada -anunció Rahul, el «sin piernas»—. Unos *sahibs* van a llegar de Norteamérica para construir otras fábricas, y van a pagar unos sueldos que ni Ganesh (1) puede imaginar.

Rahul era uno de los personajes más populares del Orya bastí. Amputado de ambas piernas, se desplazaba a ras de suelo sobre una plancha de madera que propulsaba con la destreza de un piloto de Fórmula 1. Sus gruesas manos con dedos cubiertos de anillos, su pelo largo y cuidadosamente recogido en un moflo, sus collares de bisutería y sus camisas estampadas de figuras geométricas añadían un toque de elegancia a la tristeza de su apariencia. Siempre estaba al corriente de la más mínima noticia y del más ínfimo cotilleo. Él era el periódico, la radio, la gaceta de la Explanada negra. Su mirada atenta, su sonrisa y su generosa disponibilidad le valían el mote de *Kali Parade Ka Swarga Dut* («el Ángel de Kali Parade»).

Esa mañana era portador de otra noticia que sorprendió a todos los que se encontraban alrededor del *tea-house*.

«Padmini, la hija de Ratna y Sheela Nadar, ha desaparecido -anunció-. No ha vuelto a casa desde hace cuatro días.

(1) Dios con cabeza de elefante, símbolo de la prosperidad.

No estaba esta mañana para echar una mano a Sister Felicity en su dispensario médico. Dilip, el hijo de Dalima, dijo que él y sus compañeros la perdieron en la estación de Benarés.»

La información hizo que todo el mundo acudiese a la chabola de los Nadar. En el bastí, todos se sentían solidarios de la desgracia del vecino.

Aquel invierno, Dilip, Padmini y la pandilla de jóvenes traperos de los trenes llevaron sus expediciones cada vez más lejos. Ya no les bastaba con embarcar en la estación de Bhopal para bajarse en la primera parada y volver a casa. No dudaban en ir más allá de Nagpur, hasta Gwalior, lo que prolongaba su ausencia durante dos o tres días. Saltando de un tren a otro, recorrían cada vez con más audacia y éxito la densa red de ferrocarriles del norte de la India. Uno de sus destinos más lucrativos era la ciudad santa de Benarés, situada a unos seiscientos kilómetros, donde acudían en peregrinación trenes repletos de hindúes de toda condición. El viaje de ida y vuelta se hacía sólo en cuatro días, lo que permitía que Padmini, si se marchaba un lunes, pudiera volver a tiempo para la consulta de la hermana Felicity, una cita a la que por nada en el mundo hubiera faltado. Pero esos largos viajes no estaban exentos de peligro. Una noche en la que dejó a sus compañeros para comprar empanadillas, el tren salió sin ella. Era el último. Sola en la inmensa estación de Benarés invadida de mendigos y leprosos, fue presa de un ataque de pánico y se puso a llorar. Un hombre, tocado con el gorrito blanco de los simpatizantes del Partido del Congreso, se acercó a ella, colocándole en la palma de la mano un billete de diez rupias bien arrugado.

—No me des las gracias, pequeña -se apresuró a decir el desconocido-. Soy yo quien te necesita.

Invitó a la muchacha a sentarse a su lado y le contó que acá-

baban de llamar a su mujer para que fuese a Calcuta a cuidar a su padre, moribundo.

-No volverá hasta dentro de algunos días y busco a alguien que se ocupe de mis tres niños pequeños durante su ausencia -declaró-. Vivo muy cerca. Te daré cincuenta rupias por semana.

Sin darle tiempo a contestar, el hombre levantó a Padmini por las axilas y la llevó hacia un coche aparcado frente a la estación. Benarés, como todos los grandes centros de peregrinación, era un terreno muy codiciado para buen número de negocios turbios. Uno de los más activos era el de la prostitución de las niñas. La leyenda decía que desflorar a una virgen restauraba la virilidad de los hombres y los protegía de las enfermedades venéreas. Los numerosos burdeles eran abastecidos de «azafatas» por proveedores habituales. Normalmente, éstos compraban las jóvenes a familias muy pobres, sobre todo en Nepal, o bien organizaban bodas ficticias con pretendidos cónyuges. Pero a veces les bastaba con secuestrar a sus víctimas.

Dos hombres, tocados a su vez con gorros blancos, esperaban en el coche a que la niña adolescente les fuese «entregada». El coche arrancó con un chirrido y circuló largo rato antes de detenerse frente a la puerta de un templo. Una veintena de pobres chicas, vigiladas por otros hombres de gorro blanco, estaban encerradas en el patio. Padmini intentó huir de sus secuestradores, pero éstos la metieron a la fuerza en el patio.

En aquella ciudad, donde toda actividad tenía relación con lo sagrado, algunos proxenetas no dudaban en utilizar las fiestas religiosas para iniciar a sus víctimas en su triste destino, tras la apariencia de un rito. La captura de niñas coincidía precisamente con la festividad de *Makara Sankrauti* celebrada en el solsticio de invierno. Makara es la diosa del amor carnal, del placer y de la fertilidad.

Las jóvenes cautivas fueron empujadas al interior del tem-

pío, donde las esperaban dos pandits con la cabeza afeitada y el pecho ceñido con la triple cuerdecilla de los brahmanes. «Fue el principio de dos días y dos noches de pesadillas», contaría Padmini. A veces zalameros, a veces amenazantes, puntuando su discurso con golpes de gong, haciendo todo tipo de ritos a los pies de las numerosas divinidades del santuario, aquellos tipos intentaban quebrar la resistencia de sus víctimas y prepararlas para el trabajo que les esperaba. Por suerte, Padmini no entendía la lengua que hablaban los pandits.

Finalizado ese cursillo tan especial, las cautivas fueron escoltadas hacia Mushingang, el barrio de los burdeles de Benarés, donde fueron repartidas entre las diferentes casas que las habían comprado. Padmini y otras dos pequeñas víctimas fueron empujadas a una de esas casas, donde las esperaba una mujer de unos cincuenta años.

—Soy vuestra nueva madre -declaró la patrona con una sonrisa forzada-, y éstos son regalos que os convertirán en auténticas princesas.

Desplegó tres faldas de colores distintos con sus blusas a juego, y abrió varias cajas que contenían pulseras, collares y un neceser de maquillaje. Esos presentes formaban parte de lo que los proxenetes locales llaman en su jerga *the breaking of the girls*, el amaestramiento de las chicas.

-Y ahora, voy a buscar vuestro almuerzo -anunció la *mada-me* antes de salir, y luego cerró la puerta con llave.

Era ahora o nunca. Apenas dos metros separaban a las tres niñas de la ventana de la habitación donde estaban secuestradas. Padmini hizo una señal a sus compañeras y se precipitó hacia el cristal. Lo abrió y saltó al vacío. Su caída fue milagrosamente amortiguada por el tenderete de un vendedor de fruta. En seguida la niña pudo fundirse entre la muchedumbre que invadía la calzada. Su evasión fue tan rápida que nadie tuvo tiempo de reaccionar. Fiándose de su instinto, la niña se coló

entre la gente tan sigilosamente como pudo. Pronto llegó al borde del Ganges y giró hacia la izquierda, hacia los *ghats* (2). En su huida había perdido a sus dos compañeras, pero prefería pensar que también ellas conseguirían salvarse. ¡El gran dios Jagannath la había protegido! Sólo le faltaba encontrar la estación para subir al primer tren con destino a Bhopal (3).

Dos días después, mientras se disponían a subir con sus escobitas al tren de Bombay, Dilip y sus compañeros vieron de pronto a su amiga bajar de un vagón. Gritaron tanto de alegría que los viajeros se precipitaron hacia las ventanas.

-Os he traído *sarnosas* -dijo Padmini, sacando un paquete de la bolsa que llevaba al hombro.

Los chicos la levantaron en volandas antes de acompañarla a su casa, donde la noticia de su regreso, difundida por el «sin piernas» Rahul, hizo que cientos de habitantes acudiesen a su chabola.

(2) Diques a orillas del río con escaleras que bajan hasta el agua.

(3) Según la revista *India Today* del 15 de abril de 1989, más de tres mil niñas son entregadas cada año a la prostitución durante la festividad de Makara Sankranti solamente en el estado de Karnataka.

## 15      **Una factoría tan inocente como una fábrica de chocolatinas**

En una carta fechada el 4 de mayo de 1969, el Ministerio de Agricultura indio informó a Eduardo Muñoz que el gobierno de Nueva Delhi otorgaba a Union Carbide una licencia para la fabricación anual de cinco mil toneladas de pesticida. Esta vez no se trataba de añadir arena a unos cientos de toneladas de un concentrado importado de Norteamérica, sino de autorizar, en la India misma, la producción de Sevin, es decir, de todos los ingredientes químicos que forman parte de su composición.

Como de costumbre, el argentino llevó a su mujer, Rita, y a sus colaboradores a celebrar el nuevo éxito al bar del hotel Grand de Calcuta. Pero al brindar con su copa de champán por el éxito de la futura fábrica india, un pensamiento reticente le asaltó: «Cinco mil toneladas... ¡Cinco mil toneladas! -repitió, moviendo la cabeza-. Me temo que nuestros amigos indios hayan tenido delirios de grandeza. Con una fábrica de dos mil toneladas de capacidad, tendríamos de sobra para abastecer de Sevin a toda la India.»

Los primeros resultados de las ventas del Sevin «formulado» en la pequeña instalación de la Explanada negra no eran muy alentadores. De ahí la reticencia de Eduardo Muñoz. A

pesar del considerable esfuerzo realizado en información y publicidad, los campesinos indios no abandonaban fácilmente los productos a los que estaban acostumbrados, como el HCH o el DDT. Las incertidumbres climáticas de ese enorme país, con sus monzones tardíos o insuficientes y sus persistentes sequías que reducían bruscamente la demanda, impedían prever una salida regular de los productos. Muñoz, comerciante ante todo, había hecho y rehecho sus cálculos. Las previsiones más optimistas no superaban una venta anual de dos mil toneladas. La sabiduría imponía limitar las ambiciones de Carbide. Tomó el primer avión a Nueva York con la seguridad de poder demostrárselo a sus superiores. En su portafolios llevaba los resultados de la primera campaña de ventas, meticulosamente archivados por provincias, por bloques y, a veces, hasta por pueblos. Esperaba que bastarían para convencer a sus jefes de que moderasen su implantación en la India, aun a riesgo de favorecer a eventuales competidores. Se equivocaba: ese viaje a Nueva York iba a sellar el primer acto de una catástrofe.

El argentino jamás hubiera podido imaginar que su adversario más importante había muerto hacía veintiún años. Toda la industria norteamericana continuaba reverenciando como un profeta al hombre que había revolucionado las relaciones entre la dirección y la mano de obra en las empresas después de la segunda guerra mundial. Edward N. Hay, oscuro empleado de un banco de Filadelfia, no parecía destinado a dejar otro recuerdo de su paso por la vida que el de sus cortos bigotes al estilo Chaplin y los manguitos de lustrina sobre sus camisas almidonadas. Pero sus obsesiones harían de él un personaje tan célebre en el mundo industrial como Frederick Taylor, el inventor de la racionalización del trabajo en las fábricas. Según

Edward N. Hay, las fuerzas humanas empleadas en la industria no recibían la atención precisa que merecían. Partiendo de esa premisa, imaginó un sistema que permitía evaluar por puntos la valía de cada trabajo realizado en el seno de una empresa. La idea fue inmediatamente adoptada por numerosas ramas de la industria norteamericana. A finales de los sesenta, Union Carbide era uno de los más fervientes usuarios de este método. A todo proyecto industrial se le atribuía automáticamente un valor en puntos según un escalafón que determinaba la importancia, el tamaño y la sofisticación de las instalaciones que había que construir. Cuanto más numerosas y complejas eran estas características, más alto era el número de puntos. Como cada punto correspondía a una ventaja salarial, a los ingenieros encargados de concebir y realizar un proyecto industrial les interesaba que éste representase el mayor número posible de puntos.

«Comprendí en seguida que no tenía ninguna posibilidad -contaría Eduardo Muñoz-. Antes siquiera de escucharme, el comité de dirección del que formaban parte los directores de todas las divisiones y los principales miembros del consejo de administración se habían adherido con entusiasmo a la proposición india.»

—La India es un mercado de trescientos millones de campesinos -declaró de sopetón el presidente.

—Pronto serán quinientos millones —añadió acto seguido uno de los directores.

-Tranquilícese, querido Eduardo, venderemos nuestras cinco mil toneladas, ¡y más aún! —insistió el presidente, con la aprobación unánime de los allí presentes. Luego precisó-: Para mostrar la confianza que tenemos en este proyecto, le atribuiremos un presupuesto de veinte millones de dólares.

«Una suma extravagante que el sistema de puntos imaginado por Mr. Hay iba a repartir de manera provechosa para cada uno de ellos -dijo Muñoz después de reunirse con los ingenieros de South Charleston encargados de concebir la fábrica. Aquellos hombres eran químicos e ingenieros mecánicos de alto nivel, respetados responsables de procesos de fabricación, jefes de proyecto muy reputados, en fin, la élite de las fuerzas vivas del centro técnico y de investigación que Union Carbide poseía en South Charleston, a orillas del Kanahwa River-. Pero todos ellos eran unos pequeños dictadores -siguió diciendo Muñoz-. No tenían más que una obsesión: utilizar su jugoso contrato de veinte millones de dólares para construir la más hermosa fábrica de pesticidas jamás vista en la India.»

Exhibiendo sus documentos, el argentino intentó desesperadamente explicar a sus interlocutores las peculiares condiciones del mercado indio. Su argumentación los dejó fríos.

-La licencia del gobierno indio se refiere a una producción anual de cinco mil toneladas de pesticidas. Luego, tenemos el deber de construir una fábrica para cinco mil toneladas -zanjó con una voz cortante el ingeniero jefe del proyecto.

«Estaba claro que a aquellos "tiburones", mis argumentos comerciales les daban igual -dijo Muñoz-. No estaban condicionados por ningún parámetro de rentabilidad. Se morían de ganas de plantar sus incineradoras, sus reactores y sus kilómetros de tuberías en el campo indio.»

Frente a su obstinación, el argentino buscó un compromiso.

-¿No sería posible proceder por etapas? -propuso-. Es decir, empezar por la construcción de una unidad de dos mil toneladas, que se podría ampliar más adelante, si el mercado se revelase favorable.

La pregunta desencadenó un gran sarcasmo en el auditorio.

-*My dear mister Muñoz* -prosiguió de manera tajante el jefe del proyecto-, debería usted saber que la ingeniería de este tipo de fábricas exige que sea proyectada desde el principio para la producción prevista. Los reactores, los depósitos y los órganos de control de una instalación destinada a fabricar dos mil toneladas de Sevin no son del mismo calibre que los que están destinados a una fábrica dos veces y media más grande. Una vez que se ha definido un objetivo de producción, ya no se puede cambiar.

-Reconozco la validez del argumento —admitió Muñoz, intentando no enfrentarse a sus interlocutores-. Y en cualquier caso, imagino que también se podría disminuir la producción de una fábrica más grande para adaptarla a una demanda menor.

-Naturalmente -admitió el jefe del proyecto, feliz al comprobar que la discusión terminaba en consenso.

Desgraciadamente, se trataba de un consenso ilusorio. Al argentino le quedaban todavía muchos temas por debatir con sus interlocutores de South Charleston. El más importante tenía que ver con el concepto mismo de la fábrica india. La fábrica del Institute, cerca de Charleston, concebida para producir treinta mil toneladas anuales de Sevin y que debía más o menos servir de modelo, funcionaba «en continuo»: la cadena de fabricación marchaba día y noche. Para alimentar esa «continuidad», era preciso primero fabricar y luego almacenar cantidades considerables del componente intermedio, o sea, de MIC, el iso-cianato de metilo. Tres cisternas de acero de alta resistencia, equipadas con un complejo sistema de refrigeración, servían para almacenar hasta ciento veinte toneladas de MIC.

Para Muñoz, almacenar tal cantidad de un producto tan altamente peligroso era algo que estaba justificado en una fábrica como la del Institute, que trabajaba veinticuatro horas sobre veinticuatro, pero no en una instalación mucho más pequeña, donde la producción se haría conforme a las necesidades. Para

cerciorarse, el argentino viajó hasta el complejo de la Bayer, en Alemania, y después visitó la factoría francesa de La Littorale, cerca de Béziers. Ambas empresas manipulaban MIC. «Todos los especialistas pusieron el grito en el cielo cuando les dije que nuestros ingenieros preveían almacenar cien o ciento veinte mil litros de MIC en los depósitos de la futura fábrica de Bhopal -contó Muñoz-. Un especialista alemán me explicó: "Fabricamos nuestro isocianato de metilo sólo en la medida de nuestras necesidades. Jamás nos arriesgaríamos a conservar un solo litro durante más de diez minutos. Excluimos toda idea de almacenamiento." Otro añadió: "Sus ingenieros se han vuelto locos. Lo que van a colocar en el corazón mismo de su fábrica es una bomba atómica lista para explotar." En cuanto a los ingenieros de Béziers, habían sido conminados por el gobierno francés a almacenar el MIC en un número limitado de barriles de doscientos litros que importaban directamente de Norteamérica conforme a sus exigencias.»

Preocupado por la unanimidad de los testimonios recogidos, el argentino regresó a South Charleston para intentar convencer a Carbide de que modificara los planes de la futura fábrica de Bhopal. En vez de una producción «en continuo», que implicaba el almacenamiento permanente de cientos de miles de litros de materias potencialmente mortales, les sugirió que escogiesen una producción de MIC «paso a paso», capaz de responder, como en Béziers, a la demanda de la cadena de fabricación. Este sistema excluía la necesidad de mantener grandes cantidades de productos peligrosos. «En seguida comprendí que mi propuesta iba en contra de la cultura industrial de los norteamericanos -contaría Muñoz-. Prefieren hacer las cosas en grandes cantidades. Les encantan las tuberías anchas que van hacia depósitos enormes. Toda la industria del petróleo y del resto de actividades funciona así. Naturalmente, esta manera de producir sale más barata cuando se trata de volúmenes

importantes. En cambio, la idea de fabricar los ingredientes de un producto en pequeñas cantidades, casi litro a litro, según las necesidades, era totalmente extraña a su mentalidad.»

No obstante, el equipo de South Charleston deseaba disipar las preocupaciones de su visitante.

-Los numerosos sistemas de seguridad de este tipo de instalación permiten controlar todas las reacciones potencialmente peligrosas del MIC —aseguró el jefe del proyecto—. No tiene nada que temer, querido señor Muñoz. Su factoría de Bhopal será tan inofensiva como una fábrica de chocolatinas.

Otras preocupaciones esperaban al argentino a su regreso a la India. La más grande y prioritaria era la de encontrar un lugar para la futura fábrica. Sus superiores de Nueva York y de Charleston estaban de acuerdo en la elección de Bhopal, que acogía ya la unidad de «formulación» del Sevin, pero el nuevo emplazamiento debía tener una dimensión distinta. La nueva fábrica sería un monstruo con varias cabezas. Existiría la unidad de producción del alfa naftol, la del óxido de carbono, la del fosgeno, la del isocianato de metilo, etcétera. Al lado de estas instalaciones se situarían las salas de control, los talleres y los hangares. La «bonita fábrica» contaría también con un conjunto de edificios para la administración, una cafetería, una enfermería, un centro de descontaminación y un cuartel de bomberos, así como un rosario de puestos de vigilancia. Para semejante conjunto era necesario encontrar, por lo menos, sesenta hectáreas en una sola parcela, que pudiera ser abastecida con las enormes cantidades de agua y de electricidad necesarias.

La Explanada negra reunía todas esas condiciones. Pero al argentino no le gustaba ese lugar. «Habiendo perdido la batalla para imponer mi concepto de fábrica, por lo menos iba a

intentar que no la construyesen demasiado cerca de las zonas habitadas», diría.

Los dirigentes del gobierno de Madhya Pradesh les pusieron una alfombra roja. El desembarco de una multinacional con el prestigio de Union Carbide era una suerte extraordinaria para la ciudad y la región: representaba miles de empleos y millones de dólares para la economía local. Ratna Nadar, así como los demás habitantes de los bastís, tendrían trabajo durante años.

El equipo de Carbide recién llegado de Nueva York examinó con Muñoz varios lugares propuestos por las autoridades. Ninguno les satisfizo por completo. Aquí faltaba el agua; allá escaseaba la electricidad; más allá, el suelo no era lo bastante firme para soportar el peso de las construcciones. Aquellos días, los habitantes del Orya bastí y de los barrios de chabolas vecinos fueron testigos de innumerables y misteriosas idas y venidas de coches alrededor de la Explanada negra. A menudo, los vehículos se detenían para dejar salir a sus ocupantes. Ese tejemaneje duró varios días; luego, cesó. Finalmente, los enviados de Nueva York habían vencido las reticencias de Muñoz: la Explanada negra, junto al taller de formulación, era el lugar más conveniente para levantar la fábrica. En cuanto a los riesgos que correrían los vecinos en caso de accidente, los enviados de Nueva York tranquilizaron a Muñoz: sus aprensiones eran totalmente injustificadas.

-Eduardo, si construimos la fábrica como es debido, no habrá ningún peligro -declaró su jefe.

-Toma el ejemplo de Nueva York -intervino su adjunto-. Tres aeropuertos en medio de los rascacielos: La Guardia, el J. F. K. y Newark. ¡Con tantos aviones despegando cada minuto, parecería lógico que chocaran contra los edificios, o entre sí!

-Y sin embargo —prosiguió el jefe—, los aeropuertos de Nueva York son los más seguros del mundo. Ya verás, en Bhopal ocurrirá lo mismo.

Después de haber ratificado la elección, Muñoz y sus colegas se presentaron en la sede del gobierno de Madhya Pradesh y entregaron una solicitud debidamente cumplimentada para la concesión de un terreno de sesenta hectáreas sobre la Explanada negra. Ese terreno debía ser contiguo a las dos hectáreas y media del taller de «formulación». Según el plan de ordenación municipal, ninguna industria que emitiese desechos tóxicos podía establecerse en lugares donde hubiera riesgo de que los vientos dominantes empujaran los efluvios hacia zonas densamente pobladas. Sin embargo, éste era el caso de la Explanada negra: los vientos solían soplar del norte hacia el sur, es decir, hacia los bastís; después, hacia la estación, y, por último, hacia los barrios superpoblados de la ciudad vieja. Lógicamente, la solicitud debería haber sido rechazada. Pero los enviados de Union Carbide se habían abstenido de indicar en su informe que los pesticidas de su futura fábrica serían fabricados a partir de los gases más tóxicos de toda la industria química.

Decididamente, Indira Gandhi no sentía ninguna simpatía por los maharajas y los nababs de su país. Después de que su padre, el pandit Nehru, y los dirigentes de la India independiente les hubieran retirado los poderes temporales tras la salida de los británicos, ahora se disponía a confiscarles sus últimos privilegios y sus últimas posesiones. Eduardo Muñoz vio en esta persecución un regalo de la Providencia. El imaginativo argentino soñaba con construir en Bhopal, a la vez que la fábrica de pesticidas, un centro de investigación a imagen y semejanza del Boyce Thompson Institute norteamericano, donde se había inventado el Sevin. Después de todo, el clima de la India, las patologías de sus cultivos y las variedades de insectos que los atacaban pertenecían a un entorno particular. Un

centro de investigación que trabajara sobre ese medio ambiente podría descubrir una nueva generación de pesticidas mejor adaptados al país. Sería una oportunidad para que la nueva fábrica diversificase sus productos, y quién sabe si algún día no daría en la diana al descubrir nuevas moléculas exportables a toda Asia. La idea funcionaba. Los investigadores y técnicos indios estaban dispuestos a lanzarse a la aventura, por sueldos de diez a doce veces inferiores a los de sus colegas norteamericanos. Sólo faltaba el emplazamiento. Cuando se enteró de que el hermano del último nabab, acosado por el gobierno, que amenazaba con expropiarle, quería vender lo más rápidamente posible su palacio de Jehan Numa, Muñoz aprovechó la ocasión. El edificio dominaba Bhopal, soberbiamente erigido en los Shamla Hills, una de las siete colinas que rodeaban la ciudad. Su parque de cinco hectáreas de vegetación tropical, de árboles únicos, de arbustos, y de flores exóticas constituía un suntuoso oasis de frescor, de colores y de olores. Sin duda sería necesario derribar el edificio, pero la finca era lo suficientemente grande como para albergar los laboratorios de investigación, los invernaderos y hasta una lujosa casa de huéspedes para los visitantes de paso. Convencido de que un indio cerraría el trato mejor que él, el argentino encargó la negociación a su adjunto Ranjit Dutta. El negocio se llevó a buen fin. Tres días después, aquella joya del patrimonio ancestral de Bhopal fue a parar a la multinacional norteamericana por el irrisorio precio de un millón cien mil rupias (1).

(1) Cuando derribaron el palacio, los magníficos candelabros de cristal de Venecia que habían iluminado las fiestas organizadas por la familia del nabab fueron desmontados y metidos en cajas. Los autores de este libro no pudieron encontrar su rastro.

La India de los santones desnudos, de los elefantes enjaezados de oro; la India de las multitudes rezando en las aguas del Ganges; la India de las mujeres con saris multicolores repicando el arroz en el sur o recolectando hojas de té en las plantaciones del Himalaya; la India inmemorial de los adoradores de Shiva, de Mahoma, de Buda; la India que había dado al mundo profetas como Gandhi, Tagore, Ramakrishna, Sri Aurobindo y la madre Teresa; la India de nuestras quimeras, de nuestros sueños y de nuestros mitos, tenía también otra cara. Este país, que contaba con mil millones de habitantes antes de terminar el siglo xx, era ya, a finales de los años sesenta, una potencia industrial y tecnológica en pleno desarrollo.

A nadie le sorprendió tanto esto como al pequeño grupo de ingenieros norteamericanos enviados en 1960 por Carbide a Bombay para construir un complejo petroquímico. La aventura enfrentó a dos culturas que tenían como único denominador común los sortilegios de la química. El encuentro se reveló tan positivo que Carbide contrató a un auténtico comando de jóvenes ingenieros indios encargados de aportar una savia nueva a las venas de la altiva empresa norteamericana. Todos esos hombres jóvenes pensaban, trabajaban y soñaban en inglés. Salían de las grandes escuelas fundadas por los antiguos coló-

nizadores, como el Victoria Jubilee Technical Institute de Bombay, o creadas por la joven República india, como el Madras Technical, el Indian Institute of Science de Bangalore y el prestigioso colegio *rapjut* de Pilari. Algunos tenían diplomas de las universidades occidentales más prestigiosas, como Cambridge, la Columbia University o el Massachusetts Institute of Technology de Boston. Todos ellos, hindúes, musulmanes, sijs o cristianos, fuera cual fuese su religión, profesaban la misma fe: la ciencia. Los mantras que más cantaban eran las fórmulas de los procesos y reacciones químicas. Obligados a vivir en una economía cuyo modelo era el proteccionismo y el socialismo soviéticos, se sentían muy felices de ingresar en una multinacional para mostrar su talento, su habilidad y su creatividad. El arte de Carbide consistió, precisamente, en jugar esta carta india, y asociar las élites locales a sus ambiciones de globalización industrial.

«Este reconocimiento tenía, sobre todo, el mérito de destruir la imagen arcaica que muchos occidentales tenían de nuestro país -se felicitaba el ingeniero Kamal Pareek. Hijo de un abogado de Uttar Pradesh, antiguo alumno del célebre colegio de Pilari, campeón de tenis y gran aficionado a las películas norteamericanas, este chico de tez clara y cara rubicunda era, a los veintitrés años, un fruto prometedor de la asociación de Carbide con las fuerzas vivas de la India-. Nosotros, los indios, siempre hemos sido particularmente sensibles en lo que se refiere a las posibilidades de transformar la materia -confesaba-. Como lo atestiguan nuestros textos sánscritos más antiguos, esta sensibilidad forma parte de nuestra cultura. Gracias a una tradición inmemorial, fabricamos los perfumes más elaborados. Desde la noche de los tiempos, nuestra medicina ayurvédica utiliza fórmulas químicas sacadas de nuestras plantas y de nuestros minerales. El dominio de los elementos de la química forma parte de nuestra herencia.»

A Pareek le gustaba ilustrar sus consideraciones con un ejemplo. «En Rajastán existe una tribu de gente muy atrasada, los bagrus. Fabrican tintes para tejidos utilizando granos de añil que mezclan con cascotes de caballo molidos; después les añaden trozos de corteza de un árbol llamado Ashok, así como residuos de trigo infestados de colonias de hormigas. Esa gente sin educación alguna, que ignora completamente los fenómenos químicos que operan en el interior de sus decocciones, emulan a los ingenieros químicos del más alto nivel: sus tintes son los mejores del mundo.»

La primera fábrica de productos químicos construida por Carbide en la India fue inaugurada el 14 de diciembre de 1966. El rombo azul y blanco izado ese día en el cielo de la isla de Trombay era todo un símbolo. Emplazado casi en el mismo lugar donde cuatro siglos y medio antes el galeón *Héctor* había desembarcado al primer colonizador británico, el estandarte encarnaba la voluntad de un nuevo colonizador de hacer de la India uno de los bastiones de su expansión industrial por todo el mundo. Después de la isla de Trombay, la Explanada negra de Bhopal vería ondear la misma bandera frente a una fábrica altamente sofisticada. La toxicidad potencialmente mortal de los productos que fabricaría había terminado por sembrar de dudas la mente de algunos responsables neoyorquinos. ¿Era prudente entregar a un país del Tercer Mundo una tecnología tan compleja y peligrosa como la del isocianato de metilo? Las matrículas de honor conseguidas por los ejecutivos indios contratados para la fábrica de Trombay terminaron por disipar esas aprensiones. Fueron invitados a participar en South Charleston en el diseño de los planos de la fábrica de Bhopal, una aventura que un joven ingeniero llamado Umesh Nanda, hijo de un pequeño industrial de Punjab, no olvidaría nunca.

«Al descubrir la fábrica de Sevin del Institute me sentí súbitamente lanzado al próximo milenio -contó-. El centro técnico encargado de concebir el proyecto era una colmena poblada por un ejército de expertos. Estaban los especialistas en intercambiadores de calor, en bombas centrífugas, en válvulas de seguridad, en instrumentos de control y en todos los demás órganos vitales. Bastaba con proporcionarles las características de tal o cual operación para que te entregaran los planos y las descripciones detalladas de todos los aparatos y equipos necesarios. Para paliar la peligrosidad de las sustancias que íbamos a fabricar en Bhopal, voluminosos *safety reports* (1) nos familiarizaron con los equipos de protección instalados en el Institute. Durante semanas, nos pusimos de acuerdo con nuestros colegas norteamericanos para procurar imaginar el más mínimo incidente y sus consecuencias, la ruptura de tal o cual tubería, la avería de una bomba, una anomalía en el funcionamiento de un reactor o de una columna de destilación, etcétera.» «Era un verdadero placer trabajar con aquellos ingenieros norteamericanos -contaba por su parte Kamal Pareek-. Eran muy profesionales, siempre atentos a los detalles, mientras que nosotros, los indios, tenemos a veces tendencia a descuidarlos. Hasta que no estaban satisfechos, no permitían que se pasase a la etapa siguiente.»

Esta búsqueda de la perfección era el sello de Carbide. La empresa mandó llamar hasta a un equipo de soldadores indios para familiarizarles con las aleaciones especiales resistentes a los ácidos y a las altas temperaturas a que serían sometidos algunos sectores de la instalación. «Ir a Estados Unidos para aprender a empalmar aleaciones especializadas, como el inconel, el monel o el hastelloy fue una epopeya tan grandiosa como partir en el carro de Arjuna para ir a ensamblar las estrellas del cielo», diría fascinado Kamal Pareek.

(1) Manuales de seguridad.

¡Las estrellas! Eduardo Muñoz, el mago de la aventura, podía dar gracias a los dioses. ¡La fábrica de pesticidas que iba a levantar en la Explanada negra no sería exactamente la que había soñado, pero prometía ser una nueva estrella en el cielo de la India!

A principios del verano de 1972, Carbide mandó a la India el conjunto de los planos de construcción y de explotación de la factoría. Esa montaña de documentos era el mejor regalo que la flor y nata de la tecnología norteamericana podía ofrecer a la joven industria del mundo en vías de desarrollo. Al menos en teoría, porque la «bonita fábrica» de Bhopal, por razones de ahorro, no iba a ser dotada de todos los equipos y sistemas de seguridad previstos por los ingenieros de South Charleston. Sin embargo, no se sabe a ciencia cierta el motivo de esas medidas de ahorro. Parece ser que las ventas del Sevin «formulado» en Bhopal no habían alcanzado el nivel esperado. Las desastrosas condiciones climáticas y la aparición en el mercado de un pesticida de la competencia bastante más barato habrían sido la causa del descenso de las ventas. Por otro lado, como la ley india limitaba severamente la participación de las empresas extranjeras en sus filiales locales, Union Carbide India Ltd. se vio bruscamente obligada a exigir recortes en el presupuesto de la fábrica. Sin embargo, los expertos afirmaban que ninguno de esos recortes comprometería la seguridad general de la instalación.

Con cuatro años de retraso, el gigantesco puzzle concebido en South Charleston fue realizado, pieza a pieza, en Bombay, y luego transportado en camiones hasta Bhopal, donde fue ensamblado.

«Participar en este proyecto era como lanzarse a una cruzada -dijo con entusiasmo John Luke Couvaras, un joven ingeniero norteamericano-. Había que entregarse en cuerpo y alma. Vivías con él cada minuto del día y de la noche, aun estado lejos de las obras. Por ejemplo, cuando instalabas una torre de destilación que había sido retocada con infinito cuidado llegabas a estar tan orgulloso de ella como Miguel Ángel hubiera podido estarlo del techo de la capilla Sixtina. Siempre estabas al acecho para cerciorarte de que funcionaba como un reloj. Una aventura como ésta te obligaba a estar siempre atento. Era agotador, pero al mismo tiempo te sentías feliz, triunfante.»

17      «Nunca se atreverán a lanzar  
sus excavadoras contra nosotros»

Ya fuesen norteamericanos o indios, ninguno de los ingenieros y técnicos que trabajaban en la Explanada negra podía sospechar el bullicio humano hecho de sufrimientos, trapicheos, extorsiones, amor, fe y esperanza que poblaba los cientos de chabolas que rodeaban la fábrica. Como en todos los barrios pobres, lo peor convivía con lo mejor, pero la presencia de apóstoles como Mukkadam conseguía transformar esas parcelas de infierno en modelos de humanidad. A pesar de ser un ferviente hindú, numerosos musulmanes, sijs y animistas militaban a su lado. Había hasta un iraní, el personaje sin duda más paradójico de aquel mosaico de orígenes y culturas. Los iraníes de piel clara y rasgos delicados formaban una pequeña comunidad de medio millar de personas. Sus antepasados habían llegado a Bhopal en los años veinte, después de que un terremoto devastara sus aldeas de Baluchistán, en los confines de Irán. Su jefe era un augusto anciano con ojos del color de la miel llamado Munné Baba, siempre ataviado con una *hurta* (1) y un pantalón de algodón. Vivía con sus hijos, sus dos

(1) Especie de «chador» que llevan los hombres musulmanes encima de los pantalones anchos, como los de los pijamas.

mujeres y sus lugartenientes en un edificio moderno de tres pisos a orillas del Orya bastí. Tres veces por semana abandonaba su cómoda vida para llevar a enfermos de los tres bastís al hospital Hamidia. Era una verdadera proeza conducir a aquellos desdichados a través del tráfico, y guiarlos después por los pasillos hacia las atiborradas salas de espera. Sin escolta, un pobre no tenía ninguna posibilidad de ser examinado por un médico. Y aunque hubiera tenido esa suerte, habría sido incapaz de explicar cuáles eran sus padecimientos ni de comprender el tratamiento prescrito, porque la mayoría no hablaban ni el hindi ni el urdu, sino uno de los innumerables idiomas y dialectos de las regiones donde habían nacido. Munné Baba exigía que sus protegidos fuesen tratados como seres humanos y que los medicamentos recetados les fuesen efectivamente entregados. Sin embargo, aquel san Bernardo era también uno de los «padrinos» más notables de Bhopal. Corría el rumor de que traficaba con opio y *ganja*, el hachís local, así como los burdeles del barrio de Lakshmi Talkies; asimismo, era dueño de los juegos de azar, en concreto del *satha*, un juego que consiste en apostar sobre la cotización diaria del algodón, el oro y la plata.

Era también jefe de un negocio de extorsión inmobiliaria que lo convertía en uno de los más ricos propietarios de la ciudad. Para dedicarse impunemente a tales actividades necesitaba contar con apoyos políticos firmes. Alimentaba generosamente las arcas del Partido del Congreso, del que era uno de los agentes electorales más activos. Las papeletas de voto de los pobres del Orya bastí, de Chola y de Jai Prakash estaban en sus manos. Como revelaban sus dedos enormes y sus poderosos bíceps, en su juventud había practicado el boxeo y la lucha libre. Con la edad, se volcó hacia otro deporte: las peleas de gallos. Compraba sus campeones en Madras y los alimentaba él mismo con papillas a base de yema de huevo, mantequilla,

pistachos y nueces de *cajú* molidas. Antes de cada combate les daba un masaje «como a un boxeador antes de su pelea», según decía, con un asomo de nostalgia. Sus diez gallos se paseaban libremente por los pisos de su casa bajo la vigilancia de escoltas porque cada uno de ellos, según su historial, valía entre veinte y treinta mil rupias. Una suma que el padre de Padmini no podría ganar ni en diez años de encarnizado trabajo.

El barrio ocultaba a otros bienhechores, como el lechero Karim Bablubai, que distribuía cada noche parte de la leche de sus diecisiete búfalas a niños raquíticos. Su sueño era que Boda, la joven huérfana de Bihar con la que acababa de casarse, le diese un heredero. El brujo Nilamber, vestido de amarillo y que hacía exorcismos salpicando de *county liquor* a sus clientes, le había prometido que su sueño se haría realidad si Boda iba cada día a hacer una *puja* (2) frente al *tulsi* sagrado. También estaba el zapatero musulmán Mohammed Iqbal, cuya chabola de la callejuela número 2 exhalaba un espantoso olor a cuero y pegamento, y su compadre Ahmed Basi, un joven sastre de veinte años que bordaba mejor que nadie los saris de boda destinados a las novias pudientes de Bhopal. Los ingenieros de Carbide se hubieran sorprendido mucho si hubieran sabido que en las barracas hechas de trozos de madera, barro y bambúes, las mismas que vislumbraban desde las plataformas de su mecano gigante, unos hombres vestidos casi con harapos producían obras maestras. El zapatero y el sastre, así como su amigo Salar, el reparador de bicicletas de la callejuela número 4, estaban siempre dispuestos a responder a la llamada de Belram Mukkadam. En el bastí, nadie se negaba a echarle una mano.

También estaba Hussein, el buen mullah con perilla blanca

(2) Oración con ofrenda.

que enseñaba a los niños las suras del Corán bajo el porche de su pequeña mezquita de adobe, y sobre todo la vieja comadrona Prema Bai, que se arrastraba de chabola en chabola envuelta en su vestido blanco de viuda, doblada sobre un bastón a causa de las secuelas de la poliomielitis. Una luminosa sonrisa dominaba su sufrimiento. En un rincón de la chabola, bajo el altar-cito donde, frente a la estatuilla de Ganesh, el dios elefante de la suerte y la prosperidad, ardía una lámpara de aceite día y noche, la anciana guardaba, meticulosamente ordenados, los instrumentos que hacían de ella un ángel del bastí: algunos trapos de tela de sari, una palangana, dos cubos de agua y la daga árabe que le servía para cortar el cordón umbilical de los bebés.

Parecía increíble. Norteamérica y toda su alta tecnología se instalaban en medio de un anillo de chabolas, sin saber nada sobre los que vivían hacinados rozando los muros de sus instalaciones. Ningún expatriado de Charleston, ningún ingeniero indio imbuido de los valores de Carbide sintió jamás curiosidad por conocer a los miles de hombres, mujeres y niños que vivían a un tiro de piedra de las tres espléndidas cisternas de isocianato de metilo que estaban ensamblando.

Sin embargo, un día, el mundo de Carbide fue a visitar la *térrea incógnita* que bordeaba la Explanada negra. «Creímos que era el fin del mundo», dijo el padre de Padmini. Los vecinos oyeron rugir un avión encima de sus cabezas. El aparato dio varias vueltas a ras de tierra, tan bajo, que se temía que decapitara el pequeño minarete de la mezquita de Chola. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció hacia el sol poniente. Tan insólita aparición provocó furiosas discusiones en la *tea-house*. El «sin piernas» Rahul, que se las daba siempre de estar bien informado, afirmó que se trataba de «un avión paquistaní que rendía homenaje a la bonita fábrica que los obreros musulmanes estaban construyendo en su ciudad de Bhopal».

El avión surgido encima de la Explanada negra venía, en efecto, a rendir un homenaje, pero no el que imaginaba Rahul. El birreactor Gulf Stream II que se posó el 19 de enero de 1976 en el aeródromo de Bhopal enarbolaba en su fuselaje la divisa de alas doradas marcadas con las iniciales UCC. Transportaba a la más alta autoridad de Union Carbide Corporation en persona. Su presidente, Bill Sneath, era un hombre alto y fuerte, de cincuenta años, con pelo canoso y aire juvenil. Diplomado por la prestigiosa Harvard Business School, este oficial en la reserva de la Marina norteamericana había ascendido todos los peldaños de la multinacional hasta convertirse en su jefe en 1971. Iba acompañado de su esposa, una mujer joven y elegante, vestida con un traje de chaqueta estilo Chanel, y de un enjambre de altos responsables de la empresa. Llegaban todos de Nueva York para inaugurar el primer centro de investigaciones y de desarrollo fitosanitario construido por Carbide en el Tercer Mundo.

El estilo arquitectónico de este edificio ultramoderno, con sus fachadas de relucientes cristales, estaba inspirado en el del centro de investigación norteamericano de Tarrytown. Construido sobre el emplazamiento del palacio comprado por Eduardo Muñoz a la familia del último nabab, había estado a punto de no llegar a existir. Al excavar los cimientos, los alhámies habían descubierto el esqueleto de un pájaro y varios cráneos humanos. Corrió el rumor de que se trataba de los restos de tres obreros misteriosamente desaparecidos durante la construcción del palacio en 1906. Este pésimo presagio provocó la fuga inmediata de los albañiles. Para incitarlos a volver, Eduardo Muñoz tuvo que triplicar sus salarios y organizar una *puja* para ahuyentar el mal de ojo. El centro contaba ya con varios laboratorios donde trabajaban una treintena de investigadores y con invernaderos donde se cultivaban múltiples variedades de plantas locales.

El ministro de Ciencia y Tecnología del gobierno de Nueva Delhi, las más altas autoridades del estado de Madhya Pradesh y de la ciudad, y todos los cargos locales, desde el gobernador civil hasta el jefe de la policía, arrojaron a los Sneath, los Muñoz y al estado mayor de la filial india de Carbide en la ceremonia que selló de manera grandiosa la unión entre la multinacional neoyorquina y la ciudad de las begums. Antes de su discurso, Bill Sneath recibió de manos de una azafata vestida con sari el *tilak* de bienvenida, el punto de polvo rojo que en la frente simboliza el tercer ojo del conocimiento: el que tiene el poder de ver más allá de la realidad material. Lo que también vio el presidente de Carbide aquel invierno fue el enmarañamiento de construcciones, torres, chimeneas, depósitos y andamios que empezaban a surgir en la Explanada negra. Tocados con cascos con sus nombres, Bill Sneath y su esposa recorrieron la obra bajo el objetivo de los fotógrafos y esgrimieron triunfalmente una caja del Sevin «formulado» in situ.

Pero ese mismo invierno, la realidad en Bhopal también estaba constituida por la maraña de chabolas, barracas y cabanas que bordeaban la Explanada como la hinchazón de un cáncer. Muchos de los hombres que vivían allí con sus familias trabajaban como albañiles en las diferentes obras de Carbide. También ellos habían sido invitados a la inauguración del centro de investigación. El recuerdo que el presidente de Carbide les entregó a cada uno de ellos no era de mucho valor, pero para el padre de Padmini y para todos los que vivían en la oscuridad de las viviendas sin luz, una linterna y tres pilas marcadas con el logo azul y blanco representaban el más preciado de los regalos.

Bien distinto fue el regalo que Sanjay Gandhi, el hijo menor de la primera ministra de la India, reservó ese mismo invierno a algunos millones de pobres de su país. Aprovechando el esta-



do de emergencia instaurado por su madre para asentar su poder y silenciar a la oposición, el impetuoso joven se había empeñado en sanear las principales ciudades de la India, haciendo desaparecer de las aceras y de los suburbios lo que llamaban *encroachments*, es decir, ocupaciones clandestinas. Se pretendía que aproximadamente una décima parte de la superficie de las ciudades estaba ocupada por gente sin escrituras de propiedad. Y éste era el caso de los bastís de chabolas de la Explanada negra. Las condiciones de higiene eran tan deficientes, y los riesgos de epidemia tan flagrantes, que la destrucción de esos barrios había sido varias veces contemplada por las autoridades municipales. Pero los políticos locales, más deseosos de conservar votos con vistas a las próximas elecciones que de suprimir islotes de miseria, se habían opuesto siempre a esas medidas tan radicales. Seguros de contar con el apoyo del hijo querido de la todopoderosa Indira, los responsables de la municipalidad de Bhopal estaban decididos a actuar.

Una mañana soleada, dos excavadoras y varios camiones cargados de policías irrumpieron en la Explanada frente a la *tea-house*. El oficial que dirigía la operación trepó sobre el camión de cabeza armado con un potente megáfono.

-¡Vecinos del Orya bastí, de Jai Prakash y de Chola! Por orden de Sanjay Gandhi, del gobierno central y de las autoridades de la ciudad, estoy encargado de avisaros de que debéis abandonar los emplazamientos que ocupáis ilegalmente. Tenéis una hora para despejar el lugar. Pasado este plazo, destruiremos vuestras chabolas. Todos los que sigan en ellas serán detenidos y llevados a la fuerza a un campo de acogida.

«Curiosamente, esta llamada no suscitó en principio ninguna reacción», contaba después el antiguo leproso. La gente se agolpó en silencio en las callejuelas, como si las amenazas lanzadas por el megáfono les hubieran atontado. Luego, de repente, una mujer gritó. Al oír esta señal, todas las demás se

pusieron a su vez a gritar. Era terrorífico, como si les arrancasen las entrañas. Los niños corrían por todos lados como jilgueros asustados. Los hombres se precipitaron hacia la *tea-house*. Avanzando sobre su plancha con ruedas, el «sin piernas» Rahul amotinaba a todo el mundo. Unas ancianas fueron a llevar ofrendas y bastoncillos de incienso a las estatuas de los dioses en los distintos oratorios del barrio. A lo lejos se oían las excavadoras, que rugían como elefantes salvajes impacientes por entrar a la carga. Fue entonces cuando Belram Mukkadam, armado con su bastón, apareció. Cuando tomó la palabra frente a la *tea-house* parecía muy seguro de sí mismo.

-Esta vez, estos cabrones han venido con excavadoras -tronaba-. Si nos tumbamos frente a las máquinas, no dudarán en hacernos papilla.

Se detuvo en estas palabras, como si quisiera pensar, mientras se hurgaba el bigote. «Se veía que su cabeza bullía», dijo Rahul. Luego, siguió hablando:

-Tenemos una manera de detener a estos cabrones -prosiguió, golpeando el aire con su bastón. Parecía saborear lo que iba a decir—. Amigos míos, vamos a cambiar el nombre de nuestros tres bastís. Vamos a darles el nombre del queridísimo hijo de nuestra gran sacerdotisa Indira. Les llamaremos «los Sanjay Gandhi bastís». ¡Ya veréis como nunca se atreverán, os lo aseguro, jamás se atreverán a lanzar sus excavadoras contra un barrio que lleva el nombre de Sanjay!

El encargado de la *tea-house* designó entonces con su bastón un *ricks hazv* que esperaba frente a la entrada de la obra de Carbide.

-¡Ganga! -ordenó al antiguo leproso-, ¡sube a este cacharro y corre a Bal El Mandir! Haz que pinten una gran banderola con un rótulo que diga «Bienvenidos a los Sanjay bastís». Si vuelves a tiempo, estamos salvados.

Tal como había imaginado magistralmente el apóstol de la Explanada negra, la banderola sostenida por dos palos de bambú a la entrada del camino que llevaba al Orya bastó para detener a la marea de policías y a las excavadoras, que se dispusieron a desplegarse. El trozo de tela que proclamaba en majestuosas letras rojas el nombre del hijo de Indira Gandhi era más fuerte que todas las amenazas. Ese día, los vecinos pudieron volver sin temor a sus chabolas. Ya se encargaría el destino de golpearles de otra manera.

## 18 Salario del miedo en las carreteras de Maharashtra

El funesto cargamento había llegado. Avisado por télex, el ingeniero hindú Kamal Pareek alertó a su adjunto, el supervisor musulmán Shekil Qureshi, un hombre regordete y mofletado de treinta y seis años de edad. Amontonaron en dos maletas los monos, guantes, botas, máscaras y cascos previstos para las intervenciones especiales, y cogieron el avión hacia Bombay. Su misión era la de escoltar por carretera, a lo largo de una distancia de ochocientos cincuenta kilómetros, dos camiones cargados con dieciséis bidones conteniendo cada uno doscientos litros de MIC. Como la fábrica de Bhopal no estaba todavía lista para manufacturar in situ el isocianato de metilo necesario para la producción de Sevin, los responsables habían mandado traer varios cientos de barriles del Institute, desde Estados Unidos.

«Los buques que transportaban productos tóxicos tenían que atracar en el Aji Bunder -contaría Kamal Pareek-. Era un muelle completamente aislado, habilitado en un extremo del puerto de Bombay. Lo llamaban "el muelle de la muerte".»

Pareek observó con cierta aprensión el contenedor de bidones que, sujeto por un cable, se balanceaba en el aire. La grúa se disponía a depositar el cargamento en el fondo de una bar-

caza amarrada al buque, que luego debía llevar los bidones a tierra. De pronto, el ingeniero se quedó helado: unas burbujas de gas se fugaban por la tapa de uno de los recipientes. El capitán del buque, que había localizado la fuga, gritó al operador de la grúa:

-¡Suéltalo al agua! ¡Rápido!

-¡No, eso no! -intervino Pareek haciendo grandes gestos para detener la maniobra-. ¡Un bidón de MIC en el agua, y todo explotará! -Dándose la vuelta hacia el patrón de la barcaza, ordenó-: Aléjate rápido, sino, tú y tu familia corréis el riesgo de saltar por los aires!

El patrón, un hombrecillo con el torso desnudo, rodeado de media docena de niños, negó con la cabeza.

-Sahib, mis abuelos y mis padres han vivido y han muerto en esta barcaza -le respondió-. Estoy dispuesto a hacer lo mismo.

Pareek y Qureshi se pusieron los monos y se colocaron las máscaras y los cascos. Luego, armados con gruesas jeringas llenas de un pegamento especial, saltaron a la cubierta de la barcaza, donde la grúa había depositado el contenedor de bidones con infinitas precauciones. Racimos de burbujas amarillentas seguían saliendo de la tapadera dañada de uno de los barriles. Ambos hombres inyectaron con cuidado el pegamento en la fisura y consiguieron taponar la fuga. «Di el mayor suspiro de alivio de toda mi vida», confesó Pareek.

Una hora después, los dieciséis barriles marcados con calaveras y tibias cruzadas estaban cargados en dos camiones. El angustioso viaje empezó. Enfrascados en un caos de *tongas* (1), de ciclocarritos, de carretas tiradas por búfalos, de elefantes sagrados de camino hacia algún templo y de toda clase de animales, los dos camiones y el automóvil Ambassador blanco de

(1) Carretas tiradas por caballos.

Pareek y Qureshi cogieron la carretera de Bhopal. «Cada socavón, cada bocinazo, cada adelantamiento acrobático de un vehículo, cada cruce de vías de ferrocarril, nos sobresaltaba», contó Shekil Qureshi.

¿Has visto alguna vez el *MIC*? -preguntó de pronto Pareek a su compañero, que murmuraba suras.

-Sí, una vez. Una muestra líquida en un frasco. Parecía agua mineral. —La idea provocó una risa un poco forzada-. En todo caso -prosiguió Qureshi-, era tan límpido, tan transparente, que costaba imaginar que bastaba con respirar sólo unas gotas para caer fulminado.

Pareek ordenó al chófer que adelantara a los dos camiones y se detuviera un poco más lejos. El sol pegaba tan fuerte que estaba preocupado.

-Esperemos que nuestros barriles no se pongan a hervir.

Ambos lo sabían: el isocianato de metilo entra en ebullición al alcanzar la temperatura de treinta y nueve grados centígrados. También conocían la catástrofe que podía desencadenarse.

Qureshi sacó la cabeza por la ventana. Una bocanada de aire ardiente le azotó el rostro.

-Apuesto a que por lo menos estamos a cuarenta o cuenta y cinco grados.

Pareek hizo una mueca y luego le hizo una señal al conductor del primer camión para que se detuviera. Inmediatamente, los dos hombres se precipitaron a cubrir los barriles con pesadas lonas isotérmicas. Luego sacaron los extintores de sus soportes. En caso de peligro, un chorro de nieve carbónica podía hacer bajar la temperatura en algunos grados.

«Pero no nos hacíamos demasiadas ilusiones», confesó más tarde el ingeniero.

Durante treinta y ocho horas, los dos intrépidos enviados de Carbide jugaron a perros guardianes con su Ambassador,

que, o bien precedía, o bien seguía a ambos camiones. Había instrucciones estrictas: el convoy debía detenerse obligatoriamente antes de adentrarse en una aglomeración para darles tiempo de ir a buscar escolta policial. «Podíamos leer la más extrema curiosidad en los rostros de la gente ante los dos camiones rodeados de policías -recordaría Pareek—. "¿Qué transportarán bajo las lonas para justificar tamaña protección?", debían de preguntarse.» Como el resto de sus compatriotas, no iban a tardar en saberlo.

Ese primer convoy de alto riesgo fue seguido de muchos otros. Durante seis años, cientos de miles de litros de líquido mortal cruzaron así las aldeas y los campos de Maharastra y de Madhya Pradesh. Hasta un día de mayo de 1980, en el que los reactores químicos de la nueva fábrica de Bhopal fabricaron sus primeros litros de isocianato de metilo. En un ambiente de euforia, la primera producción fue enviada a las tres inmensas cisternas capaces de almacenar suficiente MIC como para envenenar a la mitad de la ciudad.

Había resistido a las invasiones, a los asedios, y a los complots, pero estaba sucumbiendo al encanto de una empresa extranjera. Eduardo Muñoz tenía sobradas razones para estar contento. Carbide iba a conseguir pacíficamente lo que nadie había podido llevar a cabo en tres siglos de historia: conquistar Bhopal. Con la media luna de sus mezquitas, el *lingam* de sus templos hindúes y la cruz de sus iglesias, la capital del Madhya Pradesh enarbolaba ahora un emblema profano que cambiaría su destino: el rombo azul y blanco de una fábrica de pesticidas. «Ese prestigioso símbolo contribuyó al advenimiento de una clase privilegiada de trabajadores -contaría Kamal Pareek-. Era indiferente que uno estuviese en lo alto de la jerarquía o que fuera el más humilde de los operadores, tra-

bajar para Carbide era pertenecer a una casta aparte. Nos llamaban "los señores".» En Carbide, un ingeniero ganaba dos veces más que un funcionario de la administración india del mismo nivel. Eso le permitía disfrutar de una casa, un coche, tener varios criados y viajar en primera clase con aire acondicionado. Pero lo más importante era, sobre todo, el prestigio de pertenecer a una multinacional universalmente reconocida. El estatus social juega un papel clave en la India. «Cuando la gente leía en mi tarjeta de visita: "Kamal Pareek - Union Carbide India Limited", todas las puertas se abrían», dijo el ingeniero.

Todo el mundo soñaba con tener un miembro de su familia, o con conocer a alguien, que estuviese empleado en la empresa. Los que tenían esta suerte no paraban de alabarla. «Contrariamente a las empresas indias, Carbide no te decía lo que debías hacer con tu salario -contaría uno de sus ejecutivos-. Era la libertad norteamericana trasplantada al entorno indio.» Para el hijo de un pequeño campesino analfabeto de Uttar Pradesh llamado V. N. Singh, el sobre estampado con el rombo que el cartero le trajo una mañana «era como un mensaje del dios Krishna caído del cielo». En el interior, una carta informaba al joven diplomado en matemáticas que Carbide le ofrecía un puesto de operador en prácticas en su unidad de fosgeno. El muchacho corrió por el campo para dar la noticia a su padre. Los vecinos acudieron. Pronto, la aldea entera rodeaba al feliz elegido y a su padre. Ambos estaban demasiado emocionados para articular palabra. Entonces, una voz gritó: «*¡Union Carbide ki jai!* ¡Viva Union Carbide!» Todos los aldeanos corearon la invocación, como si el ingreso de uno de los suyos al servicio de la empresa norteamericana fuese una bendición para todos los vecinos del pueblo.

Para el joven hindú de veintidós años T. R. Chouhan, hijo de un leñador de los alrededores de Bhopal, las ofertas de empleo insertadas por Carbide en los periódicos locales «eran como

bramidos celestes lanzados por Ganesh, el dios elefante». En cuanto su candidatura de operador en prácticas fue aceptada, el joven se montó en una *moto-rickshaw* para ir a anunciar la noticia a su padre. «Sabía que le ofrecía el mejor regalo de su vida. Pertenecíamos a una rama muy inferior de la casta de los ksatriyas. No tenía ninguna posibilidad de casarme un día con una joven que supiera leer y escribir. Gracias a mi ingreso en Carbide, todo cambió. Además, mis padres iban a poder obtener una dote sustancial, porque ahora yo era un buen partido.»

Para Shekil Qureshi, el musulmán que había participado en el peligroso transporte de los barriles de MIC desde Bombay a Bhopal, su ingreso en Carbide como supervisor le había valido una boda suntuosa en la Taj Ul Masjid, la Gran Mezquita construida por la begum Shah Jehan. Vestido con un soberbio *sherwani* (2) de brocado dorado, los pies calzados con babuchas incrustadas de pedrería, el brazo ceñido con la tradicional cinta impresa de oraciones solicitando la protección de Alá para él y su esposa y tocado con un turbante rajastaní de seda roja, el joven diplomado en química por el Saifia College avanzaba hacia el mihrab de la mezquita «pensando en el mono de tela marcado con el rombo azul y blanco, que para mí representaba el mejor de los trajes».

El prestigio que otorgaba un empleo en Carbide era tal que hasta familias que vivían muy lejos no dudaban en viajar a Bhopal en busca de un marido para sus hijas. Una mañana, sintiendo su fin próximo, el comerciante de tejidos de Kanpur, Yusuf Baño, embarcó a su hija Sajda, de dieciocho años, en el expreso de Bhopal con la secreta intención de que conociera al hijo de un primo lejano que trabajaba en el taller de fosgeno de la Explanada negra. «Mi primo Ashraf era un chico gua-

(2) Túnica larga.

po, con un bigote espeso y una boca risueña —contó la muchacha—. Me gustó inmediatamente. Todos sus compañeros de trabajo y hasta el director de la fábrica asistieron a nuestra boda. Nos hicieron un regalo muy divertido. Mi marido se emocionó mucho: dos cascos con el logo de Union Carbide decorados con nuestros nombres grabados en letras doradas.»

Para el ingeniero mecánico Arvind Shrivastava, de veintiséis años, que había formado parte del primer equipo contratado por Muñoz, «Carbide no era únicamente un lugar de trabajo. Era también una cultura. Las veladas de teatro, los espectáculos, los juegos y las excursiones en familia a orillas del Narmada contaban tanto en la vida de la empresa como la fabricación del monóxido de carbono o de fosgeno.»

La dirección no cesaba de exhortar a sus obreros a «romper la monótona rutina de la vida de la fábrica», creando clubes de interés cultural y recreativo. En esa India donde el más humilde barrendero se alimenta de relatos históricos y de epopeyas mitológicas, el resultado superó las esperanzas. La obra de teatro *Shikari ki bivi*, montada por los obreros del taller de fosgeno, fue un éxito rotundo. Exaltaba el coraje de un cazador que se sacrificaba para matar una tigresa devoradora de hombres. Por su parte, el primer festival de poesía organizado por los musulmanes que trabajaban en la unidad de «formulación» atrajo a tantos candidatos deseosos de recitar sus obras, que el acontecimiento tuvo que prolongarse durante tres noches más. Después se creó una revista. El operador de la unidad de monóxido de carbono, que hacía las funciones de redactor jefe, hizo un llamamiento a todos los empleados para que mandasen artículos, noticias, poemas, en fin, todos los textos que pudieran «aportar ideas ingeniosas para contribuir a la felicidad de todos».

Estas iniciativas de inspiración típicamente norteamericana impregnaron pronto a la propia ciudad. Los habitantes de

Bhopal ignoraban para qué iban a servir las chimeneas, los depósitos y las tuberías que veían alzarse, pero todos se precipitaban a los partidos de cricket y de voleibol patrocinados por la nueva fábrica. La empresa llegó a crear un equipo de hockey de alto nivel. En homenaje a la familia específica de pesticidas a la que pertenecía el Sevin, bautizó a sus jugadores como «Los carbamatos». Carbide no olvidaba tampoco a los más desfavorecidos. De tal manera que en la fiesta de Diwali, Padmini vio desembarcar en las callejuelas del Orya bastí a un grupo enviado por la empresa con cestas llenas de caramelos, chocolatinas y galletas. Mientras los niños se abalanzaban sobre los dulces, otros empleados distribuían de chabola en chabola el regalo que Carbide juzgaba de más utilidad para las familias de una India superpoblada: preservativos.

Los norteamericanos a quienes la instalación de su empresa en Bhopal había bruscamente proyectado al corazón de la India tuvieron la impresión de aterrizar en otro planeta. En veinticuatro horas, Warren Woome, de cuarenta y cuatro años, y su esposa Betty pasaron de su apacible y aséptica Virginia occidental al asombroso huracán de ruidos, colores y multitudes de la ciudad de las begums. Para este eminente ejecutivo, al que la empresa otorgaría en breve el mando de la fábrica de Bhopal, la aventura fue «un auténtico choque de culturas». «Sabía tan pocas cosas sobre la India... -confesaría inocentemente—. Me di cuenta de que teníamos que ajustar nuestros sistemas de pensamiento y nuestros modos de vida a tradiciones milenarias. ¿Cómo conseguir que un sij barbudo y con turbante acepte ponerse una máscara para llevar a cabo operaciones peligrosas? De hecho, antes de dejar Charleston, ni siquiera sabía lo que era un sij.» Para su joven compatriota John Luke Couvaras, quien, en su entusiasmo, comparaba la aventura de

Bhopal con «una cruzada», «la experiencia era absolutamente única. En particular me acuerdo del sentimiento de excitación que nos animaba -dijo-, aunque la India se manifestaba a menudo de manera cómica. Al principio, los empleados siempre llegaban con retraso a su puesto de trabajo».

—*Sahib*, las búfalas se han largado —dijo excusándose una mañana uno de los obreros de Couvaras-. He tenido que correr tras ellas para ordeñarlas.

El norteamericano reprendió suavemente al antiguo campesino.

-El funcionamiento de nuestra fábrica no puede depender del humor de tus búfalas -le explicó.

«Al cabo de seis meses, todo marchaba muy bien», dijo Couvaras.

Muchas otras sorpresas llamaron la atención del joven ingeniero del otro lado del Atlántico, empezando por las diferencias de mentalidad entre los ingenieros hindúes y musulmanes. «Si había un problema, un musulmán te exponía francamente los hechos antes de admitir su responsabilidad —contaría-. Mientras que un hindú decía un montón de vaguedades antes de incriminar a la fatalidad. Debíamos adaptarnos a esas variaciones. Felizmente, a partir de un cierto nivel de educación, el hada de la química intervenía para ponernos a todos, indios y norteamericanos, en la misma onda.»

«Querido ingeniero Young, su presencia nos honra infinitamente. Haga el favor de descalzarse y de recostarse sobre estos cojines. Mientras espera, refresquese con esta leche de coco.» Hugo Young, treinta y un años, ingeniero mecánico oriundo de Denver, Colorado, no creía lo que veían sus ojos. Se encontraba de pronto a miles de años luz de sus reactores de fosgeno, en el vasto salón de una de las numerosas casas patriicias de Bhopal. A su alrededor, una veintena de hombres de distintas edades estaban tumbados sobre cojines de seda bordados en oro y plata, con la cabeza apoyada sobre pequeñas almohadas de brocado, propiedad de cada invitado. Al comprar esa almohada habían adquirido el derecho de ingreso en el club masculino más exclusivo de la ciudad de las begums, el «Círculo de los Poetas Perezosos». Sin duda, Bhopal se volcaba en la era industrial, pero, como lo constataba maravillado un expatriado del Kanahwa Valley, no abandonaba ninguna de sus tradiciones. Todos los miembros del «Círculo de los Poetas Perezosos» seguían observando las muy peculiares leyes y ritos de su hermandad. Los tumbados eran considerados perezosos de primer orden; y los sentados, vagos de segunda; por su parte, los que se mantenían de pie se privaban voluntariamente de la consideración de sus pares. Esta jerarquía de las postu-

ras autorizaba a los «tumbados» a mandar sobre los «sentados», y a los «sentados» sobre los que permanecían «de pie». Una filosofía sutil que se expresaba hasta en las cosas materiales. Así, las tazas y las copas de bordes gruesos estaban estrictamente prohibidas para que los miembros del Círculo de los Perezosos no tuvieran que abrir la boca más de la cuenta al beber.

Por la tarde, poetas, cantantes y músicos se sucedieron a la cabecera de los «perezosos» para hechizarlos con sus coplas y sus alboradas. Por la noche, después de que un ejército de criados con turbante hubiese servido toda clase de *sarnosas* (1), la hermandad llevó al joven norteamericano hacia el terraplén de la ciudad vieja donde se desarrollaba el festival de poesía. Esa noche, la *mushaira* había reunido a varios autores, profesionales y aficionados, que declamaban sus obras frente a un público particularmente entusiasta. «Mis amigos se esforzaban en traducirme los *ghazals* (2) -contó Young-. Todos evocaban destinos trágicos que el amor terminaba por redimir. Al escuchar las voces, de armonías cada vez más altas, en los confines del grito, como llamadas de socorro, pensaba apurado en el fosgeno mortal que fabricaba en mis reactores a unos cientos de metros de aquel prodigioso acontecimiento.»

En el transcurso de la reunión, uno de los miembros del Círculo de los Poetas Perezosos posó la mano sobre el hombro del norteamericano.

-¿Sabe usted, querido ingeniero Young, cuál es la *mushaira* más conocida de Bhopal? -le preguntó.

El ingeniero hizo como si reflexionase. Después, con un guiño malicioso, respondió:

-La de los poetas perezosos, me imagino.

(1) Empanadillas de forma triangular rellenas de verdura.

(2) Copla poética.

-En absoluto, amigo mío. Es la de la policía municipal. El jefe de la policía explicó un día a un periodista que «más valía hacer llorar a la gente con la magia de la poesía que con gases lacrimógenos».

Indolente, voluptuosa, traviesa y siempre sorprendente, así era Bhopal. John Luke Couvaras nunca olvidaría el espectáculo que descubrió una tarde en el salón de su villa de Arera Colony. Su joven esposa canadiense estaba tumbada sobre un diván y dos soberbias criaturas de ojos oscuros pintados de *khol* le estaban dando un masaje. Una cinta ancha y una flor de jazmín ornaban la pesada trenza de cabello negro que caía sobre la espalda de una de ellas. La gracia de sus gestos, su delicadeza y su concentración suscitaban en el ingeniero una multitud de piropos, pero los agradecimientos que recibió como respuesta habrían podido salir de la garganta de un par de estibadores de Liverpool. Las largas manos con dibujos geométricos de henna que amasaban las carnes de su esposa eran las de dos eunucos.

A menos de ochocientos metros del enmarañamiento futurista que se alzaba sobre la Explanada negra, en casas viejas deslavadas por las lluvias monzónicas, vivía toda una comunidad de *hijras*, una casta muy particular de la sociedad india. Oriundos de todas las regiones de la India, recalaban en la ciudad de las begums en las festividades y peregrinaciones, que los reunían en fechas fijas. Bhopal contaba con tres o cuatrocientos eunucos reunidos alrededor de un gurú al que consideraban como su jefe de familia. Además de sus dotes de masajistas, desempeñaban un papel importante en la sociedad hindú. A estos seres, que no eran ni hombres ni mujeres, la religión les había atribuido el poder de borrar los pecados que los recién nacidos pudieran haber cometido a lo largo de sus vidas

anteriores. A cada nacimiento acudían con sus panderetas espolvoreadas de color rojo para la ceremonia purificadora de los recién nacidos. En esas ocasiones, eran siempre generosamente retribuidos. En Bhopal, nadie regateaba el precio de los servicios de los *hijras*, por miedo a exponerse a sus maldiciones.

El «choque de culturas» permitió a los expatriados de South Charleston vivir experiencias como sólo la India podía ofrecer. Para el soltero Jack Briley, de treinta y seis años, especialista en alfa naftol, Oriente y sus sortilegios se encarnaban en los rasgos de una sobrina del nabab, a la que conoció en un cóctel en honor del presidente del Banco Mundial. Refinada, culta y liberada, algo poco usual en ambientes musulmanes, dotada además de un gran sentido del humor, Selma Jehan, de veintiocho años, era, con sus ojazos negros pintados de *khol*, «la encarnación perfecta de una princesa de las *Mil y una noches*, tal como pudiera imaginársela un joven norteamericano de orillas del Kanahwa River». Jack Briley se dejó hechizar fácilmente. En cuanto podía escaparse de la fábrica, la joven musulmana le hacía descubrir la ciudad de sus antepasados. Como lo exigía la regla del *pardah* (3), las ventanas del viejo Ambassador familiar que ella misma conducía estaban tapizadas con cortinillas para ocultar a sus pasajeros de las miradas de los extraños.

Selma llevó a su enamorado a los palacios de la ciudad donde vivían todavía algunos miembros de su familia. La mayoría de los edificios estaban en ruinas, con los muros agrietados, los techos poblados de murciélagos y los muebles cubiertos de mugre.

(3) Ley islámica que obliga a las mujeres a esconder sus rostros y sus cuerpos de las miradas masculinas.

En algunas de esas mansiones sobrevivían personajes de otra época. En las colinas de Shamla, la begum Zia, la abuela de Selma, vivía rodeada de buganvillas, de lilas de las Indias y de tamarindos. No se olvidaba nunca de enseñar a sus visitantes un marco de plata con el retrato del primer regalo que había recibido de su marido: un esclavo abisinio de dieciséis años, con pantalones bombachos y un chaleco bordado de oro.

Briley tuvo la suerte de ser invitado varias veces a las recepciones de la sorprendente anciana. Allí conoció a la flor y nata de la ciudad, como el doctor Zahir Ul Islam, que acababa de culminar con éxito una operación de cambio de sexo, o también a un elegante caballero al que llamaban «el Pacha» y que era el cotilla local. Tocado con un fez color granate, vestido con trajes de brocado bordados de plata y con los ojos pintados de *khol*, el Pacha hablaba inglés con un perfecto acento de Oxford. Había vivido veinte años en Inglaterra y se había marchado porque se sentía demasiado indio, pero le costaba vivir en la India porque se sentía demasiado inglés. En Bhopal, en cambio, se encontraba en su casa.

Otro asiduo de las veladas de la begum Zia era un extravagante anciano vestido con harapos al que llamaban Enamia, aunque su nombre verdadero era Sahibzada Sikandar Mohamed Khan Taj. Enamia, un primo lejano y medio arruinado de la begum, se había casado con una aristócrata española, natural de Valencia. También él había vivido veinte años en Londres, trabajando en una fábrica de salchichas antes de ser despedido por *unhygienic behavior* (4). Nadie había querido saber lo que escondían esas palabras, pero la begum y sus amigos estaban encantados con el viejo Enamia. Era uno de los mejores conocedores de la ciudad, y nada le divertía tanto como pasear a los visitantes extranjeros en su desvencijado jeep con los amor-

(4) Conducta antihigiénica.

tiguadores rotos. Conocía la historia de cada calle, de cada monumento y de cada casa. Él era la memoria viva de Bhopal.

Las cenas de la begum reunían también a artistas de paso, políticos, escritores y poetas. Uno de los asiduos era Eduardo Muñoz, a quien Bhopal debía la llegada de la Carbide. Todos coincidían en que uno de los encantos de aquellas cenas era la excelencia de la cocina. La mejor de Bhopal, se afirmaba. Para el joven Briley, cada invitación era la ocasión de vivir una experiencia gastronómica. Fue allí cuando, por primera vez en su vida, saboreó perdices con cilantro y postres de crema de leche cubiertos con salsa de canela y jengibre.

Era una tradición: las bodas de los nietos, de los sobrinos y de las sobrinas de la begum se celebraban siempre en su casa, bajo una inmensa *shamiana* (5) levantada en el patio de su mansión. Eran tres días de fiesta sin interrupción. Los salones, patios y pasillos estaban llenos de divanes en los que los invitados se tumbaban para beber, y escuchar *ghazals* y poemas. Aunque musulmana, Selma practicaba desde la infancia toda clase de bailes hindúes. Adornaba sus tobillos y sus muñecas con cascabeles antes de salir al escenario para danzar desenfrenadamente el *katak*, un baile del sur, acompañada por los sonos de las tablas y *sarongs* que tañían los músicos. Flotaban entonces bajo la *shamiana* unos olores a pachulí y a almizcle tan embriagadores, que el norteamericano pensaba que ya no podría soportar más el olor del fosgeno o del MIC.

No todos los expatriados de South Charleston en la ciudad de las begums tuvieron la suerte de vivir una historia de amor con una princesa. Pero los atractivos de Bhopal eran numerosos, empezando por la sucesión ininterrumpida de fies-

(5) Gran tienda que se usa para festividades y celebraciones.

tas religiosas, celebraciones y ceremonias. Estaba la *bujaria*, una procesión ruidosa y llena de color que reunía a miles de eunucos, que recorrían la ciudad vieja. Y también el gran festival hindú en honor de la diosa Durga, cuyas estatuas ricamente decoradas eran sumergidas en el lago en presencia de decenas de miles de fieles. Y la celebración de los sijs en honor del nacimiento del gurú Nanak, el fundador de su comunidad, en la que el estruendo de los petardos despertaba a toda la ciudad, y la fiesta de los *jains digambara* en honor de su profeta Mahavira, así como la vuelta a la temporada de las peregrinaciones marcada por el fin oficial del monzón. Sin olvidar el Id y el Ishtema, dos fiestas musulmanas que reunían a cientos de miles de participantes en los barrios viejos, y las múltiples celebraciones religiosas o paganas debidas a la extraordinaria diversidad de la población de Bhopal.

Una se llamaba *Parvati*, como la esposa del dios Shiva; otra, *Surabhi*, «la vaca de todos los dones», nacida, según los Vedas, de la «gran batida del mar de leche»; otra se llamaba *Gauri-la-clara* y las dos últimas *Sita* y *Kamadhenu*. Eran tan mansas que los niños no dudaban en acariciarles la frente. Sus grandes ojos rasgados tenían unas pestañas tan largas que parecían maquilladas. Estas cinco vacas formaban parte de los trescientos millones de cabezas de la primera cabana bovina del mundo. Para las cinco familias del Orya bastó a las que pertenecían representaban un envidiable capital. Belram Mukkadam, el «sin piernas» Rahul, el padre de Padmini, el antiguo leproso Ganga Ram y el zapatero Iqbal eran los felices propietarios de tan reducido rebaño. Los escasos litros de leche que daban todos los días permitían elaborar un poco de mantequilla y de yogur, únicas proteínas animales disponibles para los hambrientos del bastí, exceptuando la leche de algunas cabras. Piadosamente recuperada y transformada en tortas, la plasta de estas vacas se secaba al sol sobre los techos de las chabolas y servía de combustible para la cocción de los alimentos. Cada animal conocía el camino de su propietario, a cuya choza regresaba por la noche, después de un día de vagabundeo buscando un poco de hierba en los bordes de la Explanada negra. El duodécimo

día de la luna de Asvina, de la de Kartika en noviembre y con motivo de la fiesta del arroz nuevo, los habitantes les teñían los cuernos de azul y rojo y los decoraban con guirnaldas de claveles y jazmines. El brujo Nilamber acudía a recitar los man-tras ante los animales, dispuestos en círculo frente a la *tea-hou-se* de Belram Mukkadam. Por ser el más antiguo morador del barrio, le tocaba a este último pronunciar el discurso de rigor.

Aquel día de enero de 1976, Mukkadam proclamó con un ardor especial: «Cada una de nuestras vacas es un animal celeste, símbolo de la madre que da la leche. Ha sido creada el mismo día que el dios Brahma, fundador de nuestro universo, y cada parte de su cuerpo es la morada de un dios, desde las narices, donde viven los Asvin, hasta el plumero de la cola, residencia de Yama.» El brujo Nilamber, vestido con su traje color azafrán, intervino a su vez para subrayar «cuan sagrado es todo lo que viene de la vaca». Al oír estas palabras, el «sin piernas» Rahul sacó un cuenco lleno de una especie de pasta: la papi-lla tradicional que contenía los dones del preciado animal -la leche, la mantequilla, el yogur, las boñigas y la orina-. El recipiente pasó de mano en mano para que cada cual pudiese coger un poco de la sustancia purificadora. Guiadas por Padmini, las niñas esparcieron sobre el adobe de las chabolas un poco de tierra y de esa plasta fresca mezcladas con orina. Esa capa protectora tenía la propiedad de alejar a los escorpiones, a las cucarachas y, sobre todo, a los mosquitos, el suplicio permanente de los bhopalíes.

Aquel día festivo, Mukkadam tenía una misión muy especial que cumplir. Nada más acabada la ceremonia, ató una guirnalda de flores a los cuernos de la vaca *Parvati* y la condujo hacia su choza, al fondo de la primera callejuela. En el interior de la única habitación de la choza yacía, sobre un *char-poi*, el viejo padre del encargado de la *iea-house*, velado por sus dos hijas, que lo abanicaban recitando oraciones. Su res-

piración debilitada y su mirada apagada indicaban la proximidad de la muerte. Mukkadam empujó a la vaca hasta la cabeza del moribundo, cogió la extremidad de la cola y la anudó con una cuerdecilla a la mano de su padre.

«Lleva a este hombre santo de lo irreal a lo real, de las tinieblas a la luz, de la muerte a la inmortalidad», murmuró, acariciando suavemente la frente del animal.

Cuatro días después de la muerte del padre de Belram Mukkadam, una nueva catástrofe se cernió sobre los habitantes del Orya bastí. Cuando Padmini estaba sacando un cubo de agua del fondo del pozo, un olor pestilente subió por el agujero. El agua tenía un extraño color blanquecino. Prema Bai hundió la mano en el cubo para recoger un poco de líquido, que probó.

-¡Esta agua está podrida! -anunció con una mueca de asco.

Todas las mujeres presentes confirmaron el suceso. Alzando la vista hacia las estructuras de acero que se recortaban en el horizonte, la madre de Padmini gritó:

-¡Venid todos, venid a ver! ¡Carbide ha podrido nuestra agua!

Unas horas más tarde, Rahul y varios jóvenes del barrio irrumpieron en la *tea-house*.

-¡Belram, acude rápidamente! -gritó el «sin piernas»-. Tu vaca *Parvati* y las otras vacas están muertas. Los cuervos y los buitres que se han abalanzado sobre los cadáveres también han muerto.

Mukkadam salió corriendo hacia el lugar que señalaban los chicos. Los animales yacían junto a una charca alimentada por una tubería de plástico que venía de la fábrica. «El agua de

Carbide las ha matado -comprobó furioso-. La misma agua que ha podrido nuestro pozo. ¡A por Carbide!»

Un cortejo de trescientas o cuatrocientas personas se puso en seguida en marcha hacia la fábrica. A la cabeza iban el viejo Munné Baba y sus hijos, el antiguo leproso Ganga Ram, el zapatero Iqbal, su compadre el sastre Basi, y Salar, el reparador de bicicletas. Hasta el lechero Bablubai y el brujo Nilamber acudieron.

-¡Devuélvanos el dinero de las vacas! ¡Dejen de envenenar nuestro pozo! -coreaban.

En la segunda fila, avanzaban seis hombres aplastados por el peso del *charpoi* que llevaban sobre las espaldas. Sobre un lecho de cuerdas habían colocado los restos mortales de la primera víctima de la multinacional norteamericana en ese rincón de la India. Los cuernos untados con pasta de sándalo, visibles entre las arrugas del sudario, revelaban que se trataba de una vaca.

-¡Hoy, son nuestras vacas! ¡Mañana, seremos nosotros! -gritaban los más excitados del cortejo.

Aunque las esperanzas de ser contratado y el prestigio del uniforme con el rombo seguían siendo la obsesión de todos, aquellas muertes rompían el mito de una vecindad armoniosa.

La dirección de la fábrica encargó a uno de sus ingenieros que solucionase el incidente lo antes posible. El norteamericano se dirigió valientemente al encuentro de los manifestantes.

-¡Amigos míos, tranquilizaos! -gritó por un megáfono-. Union Carbide os indemnizará generosamente. ¡Que levanten la mano los propietarios de las vacas que han muerto! -El ingeniero se sorprendió al ver un bosque de brazos alzarse de pronto hacia el cielo. Sacó un fajo de billetes de su bolsillo-. Union Carbide ofrece cinco mil rupias por la pérdida de cada animal -anunció-. Esto representa más de diez veces el precio de cada

uno de ellos. Aquí hay veinticinco mil rupias. ¡Repartios esta suma! -Tendió el fajo de billetes hacia Mukkadam.

-¿Y el agua de nuestro pozo?

-Calma. Vamos a analizarla y tomaremos las medidas necesarias.

Los resultados de los análisis fueron tan catastróficos que la dirección de la fábrica prohibió su divulgación. Las muestras de suelo recogidas en el exterior del perímetro de la unidad de formulación del Sevin revelaron una presencia elevada de mercurio, cromo, cobre, níquel y plomo. En el agua de los pozos situados al sur y al sudeste de la fábrica se detectó la presencia de cloroformo, tetracloruro de carbono y benceno. El informe de los expertos era tajante: se trataba de una contaminación potencialmente mortal. Sin embargo, contrariamente a las promesas del representante de Carbide, no se tomó ninguna medida para erradicar la contaminación.

' El sobre llevaba el sello del Indian Revenue Service, la administración fiscal india. Contenía el homenaje oficial del gobierno al hombre que luchaba desde hacía nueve años para dar a la agricultura india los medios para defenderse contra las hordas microscópicas que destrozaban sus cultivos. Después de leer la carta contenida en el sobre, Eduardo Muñoz se sobresaltó. Estaba dispuesto a convertirse en contribuyente de pleno derecho de la República india, pero no, como le informaba el fisco, a abandonar tres cuartas partes de su sueldo. Decidió hacer las maletas.

«Dejar la India después de todos aquellos años tan intensos me dio pena -reconoció el padre de la fábrica de Bhopal-. Pero me iba tranquilo. El 31 de octubre de 1975, el gobierno indio nos confirmó la autorización oficial para fabricar en Bhopal todos los ingredientes destinados a la producción del

Sevin. El documento llevaba el número C/1 1/409/75. Después de un parto largo y difícil, mi "bonita fábrica" iba pronto a aportar a los indios, según el eslogan de nuestra publicidad, "las promesas de un brillante porvenir".»

El optimismo de Muñoz era un tanto exagerado. Sin duda ignoraba que la población de los bastís de la Explanada negra se había alzado por primera vez contra los daños causados por su «bonita fábrica». Más preocupante todavía era la situación del país que abandonaba. De nuevo en su historia, la India atravesaba un período de sequía. A lo largo del mes de junio, millones de hombres, mujeres y niños habían vigilado el cielo con la esperanza de ver aparecer los primeros signos del monzón. Normalmente, antes de que estalle la primera tormenta se levanta un furioso viento. Bruscamente, el cielo se oscurece. Enormes nubes corren las unas sobre las otras, a ras de suelo y con una velocidad fantástica. Les siguen otros nubarrones, ribeteados de oro. Unos instantes después explota una ráfaga formidable y se forma un huracán de polvo. Finalmente, una nueva ola de nubes negras sume al cielo en una gran oscuridad, un interminable fragor de truenos sacude el espacio y se desencadena todo. Agni, el dios del fuego de los Vedas, el protector de los hombres y de sus hogares, lanza sus rayos. Las gruesas gotas gordas se transforman en cataratas. Los niños se tiran desnudos bajo el diluvio gritando de alegría. Los hombres están eufóricos, y bajo las verandas las mujeres cantan himnos de acción de gracias.

Pero aquel año, el agua, la vida, el renacimiento no acudieron a la cita en varias regiones. Arruinados, con las siembras agostadas y ahogados por las deudas, millones de campesinos no pudieron comprar ni abonos ni pesticidas. Las cifras de venta del Sevin disminuyeron a la mitad durante el año 1976. Un nuevo duro golpe después de la sequía del año anterior.

Sin embargo, una feliz sorpresa esperaba a Eduardo Muñoz a su regreso a Nueva York. En reconocimiento a sus buenos y leales servicios, la empresa lo nombraba presidente de la división internacional de sus productos agrícolas. La ceremonia de toma de posesión tuvo lugar en la nueva sede, donde Carbide acababa de instalarse después de la venta de su edificio de Park Avenue al Manufacturéis Hanover Trust Bank, una mudanza que había provocado la cólera del gobernador del estado de Nueva York, Hugh Carey. Para intentar impedir que la prestigiosa multinacional abandonase Manhattan, el gobernador y dos senadores hicieron una visita a su presidente, Bill Sneath. Le propusieron subvenciones y ventajas fiscales. En diez años, la ciudad había perdido las sedes de cuarenta y cuatro de las mayores empresas norteamericanas, lo que había causado la supresión de unos quinientos mil puestos de trabajo. Pero ni las mejores promesas habrían conseguido que el presidente de Carbide cambiase de decisión. Éste había enumerado metódicamente las desventajas que presentaba Nueva York, ciudad que él mismo y sus colaboradores juzgaban superpoblada, cara y poco segura, donde las escuelas eran de un nivel execrable, los transportes deficientes y los impuestos exorbitantes. Destacó que un empleado que ganara veinte mil dólares al año ahorraría casi mil dólares en impuestos si se instalaba en otro sitio. Para un ejecutivo medio, la equivalencia sería aproximadamente de seis mil dólares, y de veinte mil para un director ejecutivo. En fin, que dejar Nueva York sólo ofrecía ventajas. Sobre todo ahora que la empresa había puesto sus miras en una nueva sede particularmente grandiosa, construida en medio de un parque de cincuenta hectáreas poblado de ciervos y gamos. Estaba próxima a Danbury, una hermosa ciudad de Connecticut cuyas fábricas de sombreros eran proveedoras desde hacía dos siglos de los sheriffs, senadores, gánsters y burgueses norteamericanos. El edificio se había diseñado con la forma de una termi-

nal de aeropuerto, con alas adyacentes, aparcamientos, auditorios, salas de conferencia, bibliotecas, un banco, cinco restaurantes, un gimnasio, un hospital, una peluquería, una tienda de regalos, un quiosco de periódicos, una agencia de viajes y de alquiler de coches, un estudio de televisión, una imprenta, un centro informático, hectáreas de despachos climatizados y hasta una pista *dejogging* de dos kilómetros. Evidentemente, los ufanos fabricantes del isocianato de metilo habían encontrado allí una sede que estaba a la altura del prestigio de su empresa, de su importancia y de sus ambiciones planetarias. Decían que había costado la friolera de ochocientos millones de dólares.

En los apacibles suburbios de Virginia occidental, alrededor del emplazamiento industrial del Institute, nunca había oído así. No era el olor de col hervida del MIC, sino el de las guindillas rojas picantísimas que realzan la sabrosa comida india. «Preparaban sus guisos en las habitaciones que habíamos alquilado para ellos», contaría el ingeniero Warren Woomer. A su regreso de la India, le habían encargado que se ocupase de la veintena de técnicos e ingenieros indios enviados por la fábrica de Bhopal, a finales de 1978, para un cursillo intensivo de seis meses en las distintas unidades de su gran hermana norteamericana. Woomer se acordaba bien de la alegre pandilla que, fascinada, descubría América. «El gobierno indio sólo les había autorizado a llevar quinientos dólares por persona, ¡pero es inimaginable lo que un indio puede hacer con quinientos dólares! Durante las noches y los fines de semana se abatían como saltamontes sobre las tiendas de máquinas fotográficas y de radios, para entregarse a regateos extraordinarios, a la oriental, que les permitían conseguir rebajas astronómicas que nosotros los norteamericanos nunca hubiéramos podido soñar.»

Pero no era para hacer *shopping* por lo que los enviados de Bhopal habían cruzado medio mundo. Para cada uno de ellos, Woomer organizó un riguroso programa de trabajo destinado a prepararlos para la próxima puesta en funcionamiento de su fábrica. «Fue una experiencia insustituible -dijo el joven Kamal Pareek, que formaba parte del viaje-, aunque nuestra fábrica no fuera más que un juguete comparada con el mastodonte-del Institute, que producía noche y día siete veces más Sevin que el que jamás fabricaría la nuestra.» Sabedor de que un barco de un centenar de toneladas tiene los mismos problemas de navegación y de mantenimiento que un acorazado de cincuenta mil, Woomer asignó a cada visitante al departamento en que estaba especializado, ya fuese de manipulaciones de gas, pilotaje de reactores, funcionamiento de circuitos eléctricos y de sistemas de control, producción del peligroso MIC, mantenimiento de las instalaciones y de su reparación, o de fabricación del fosgeno, de la «formulación» del Sevin, de la prevención de la corrosión, o también de gestión de los residuos tóxicos, de protección del medio ambiente, de medicina laboral y hasta de dirección de la empresa. Sesiones de instrucción in situ, proyecciones audiovisuales, cursillos en laboratorios, visitas a los proveedores y a los fabricantes de maquinaria, Woomer y su equipo no ahorraron esfuerzo alguno para que tuviera lugar lo que el americano llamaba «una transferencia correcta de conocimientos». Cada visitante fue invitado a consignar por escrito lo que aprendía con el fin de poder redactar, a su regreso a Bhopal, un manual de instrucciones destinado a asegurar la puesta en práctica de todas las operaciones necesarias para el buen funcionamiento de la fábrica.

Una de las «transferencias de conocimientos» más significativa de la que se beneficiaron los indios no era de naturaleza técnica; era un mensaje de otra índole. En una curiosa doctrina que mezclaba cinismo y realismo, los dirigentes de la empre-

sa habían definido los principios de una metodología que llamaban *corporate safety* (1). «Los seres humanos son nuestro bien más preciado -afirmaba en el preámbulo el manifiesto de esta doctrina-, y su seguridad y salud son, en consecuencia, nuestra prioridad número uno.» Se podría haber imaginado que Carbide sintiese algunos escrúpulos al lanzar este mensaje, mientras sus fábricas eran regularmente responsables de contaminación química en el mismo valle donde hoy recibía a los visitantes indios, pero no era el caso.

«¿Cómo podíamos no acoger con entusiasmo semejante profesión de fe -preguntaría Pareek- nosotros, que éramos los responsables de la seguridad de la primera fábrica productora de isocianato de metilo jamás construida fuera de Norteamérica?» El manifiesto de Carbide enunciaba algunas verdades; la primera, que «todos los accidentes son evitables con la condición de definir y de poner en práctica las acciones necesarias para evitarlos». Pero era con otro argumento todavía más sutil con el que contaban los dirigentes de la multinacional para impregnar a sus visitantes con la obsesión de la seguridad; a saber: que no se puede hacer buen *business* sin una adecuada seguridad de las personas y los bienes. La fórmula imaginada sólo podía gustar a los enviados de Bhopal: «*Good safety and good accident prevention practices are good business.*» «Los buenos negocios se hacen gracias a una buena seguridad y a unas buenas medidas de prevención de accidentes.»

«En el Institute, el verdadero emblema de Union Carbide no era el rombo, sino un triángulo verde donde estaban inscritas las palabras "*Safety first* -La seguridad es lo primero-", observaba con admiración ingenua Kamal Pareek, futuro director adjunto de la seguridad en la fábrica de Bhopal. Esta obsesión se materializó en la redacción de un voluminoso manual de

(1) Seguridad en el interior de una empresa.

cuatrocientas páginas que examinaba con lupa las consignas de seguridad de las operaciones relativas, tanto a los procedimientos de urgencia que había que llevar a cabo en caso de accidente, como a la información continua del personal, el control permanente de todos los bienes de equipo, los ejercicios regulares de los equipos y de los materiales de socorro, la identificación inmediata de los agentes tóxicos, los procedimientos de evacuación y otras mil situaciones extremas. «En el Institute -diría el ingeniero indio—, la condecoración de la que los responsables parecían más orgullosos no eran los cuadros que ilustraban las curvas ascendentes de las ventas de Sevin, sino los *safety awards* ganados por las fábricas de la empresa en todo el mundo.»

## 21      **Las primeras gotas mortales de la «bonita fábrica»**

Ninguna estela conmemora el día en que el *Titanio* fue bautizado con una botella de champán antes de surcar por primera vez el mar. Ningún libro de historia menciona tampoco el 4 de mayo de 1980, fecha en la que la primera fábrica exportada por Occidente para elaborar pesticidas con isocianato de metilo empezó a funcionar en un país en vías de desarrollo. Sin embargo, para los hombres que la habían construido, ese día fue un «acontecimiento jubiloso», como dijo uno de ellos. Once años, tres meses y cuatro días exactamente después de que el Jaguar gris de Eduardo Muñoz circulase por primera vez sobre la tierra negra de Kali Grounds, un sueño se había hecho realidad. Discursos, entrega de regalos, distribución de guirnaldas y de dulces, la empresa del rombo reunió para la ocasión a varios centenares de invitados bajo *shamianas* de todos los colores. Autoridades oficiales, ministros, altos funcionarios, dirigentes de la empresa, personal de distintas unidades, del jefe de equipo hasta el más modesto operario, todos se hallaban fraternalmente reunidos al pie de la maraña de tuberías y de cisternas. Los ingenieros norteamericanos e indios no disimulaban la alegría y el alivio de haber podido superar los obstáculos de un recorrido tan largo y difícil.

El nuevo presidente de Union Carbide llegó especialmente de Estados Unidos para la ocasión. Alto, atlético, tocado con un casco de plástico blanco sobre una espesa cabellera gris, Warren Anderson destacaba entre los asistentes. Hijo de un modesto carpintero sueco emigrado a Brooklyn, a los cincuenta y nueve años encarnaba el éxito del sueño americano. Con un diploma de químico y otro de abogado, en treinta y cinco años había ascendido todos los peldaños que conducían a la cima de la tercera empresa mundial de productos químicos. El imperio que dirigía se componía de setecientas fábricas que empleaban a ciento diecisiete mil personas en treinta y ocho países. Para ese apasionado de la pesca con caña, que cultivaba con amor las flores de su jardín de Connecticut, el nacimiento de la nueva fábrica era una etapa decisiva hacia uno de los principales objetivos de su vida. Anderson quería hacer de Union Carbide una empresa con rostro humano, una empresa donde el respeto de ciertos valores morales tuviera tanta importancia como el ascenso de la cotización de sus acciones en Bolsa. Gracias al Sevin que los equipos de Carbide fabricarían, decenas de miles de campesinos podrían proteger a sus familias de la ancestral maldición del hambre. Con una guirnalda de claveles amarillos alrededor del cuello, hasta esa fecha el presidente Warren Anderson tenía todas las razones del mundo para sentirse orgulloso y feliz. ¡Esa fábrica era su gran victoria!

La puesta en marcha de la instalación había requerido tres meses de intensa preparación; la operación era un desafío más allá de toda norma. Encontrar y formar, en pleno corazón de la India, a técnicos capaces de enfrentarse a todo tipo de eventualidad había sido una hazaña. La lista de posibles incidentes y problemas no incluía menos de ochenta puntos, a veces de extrema gravedad. «No se arranca una fábrica de esa comple-

jidad como se gira la llave de contacto de un coche -explicó Pareek-. Teníamos que vérnoslas con una especie de dinosaurio de metal, con su mal genio, sus caprichos, debilidades y malformaciones de nacimiento. Despertar y dar vida a aquel monstruo compuesto por cientos de kilómetros de tuberías, miles de válvulas, juntas, bombas, reactores, cisternas e instrumentos, era una aventura faraónica.»

Esa aventura empezó por un control riguroso de la estan-queidad de todos los circuitos gracias al envío de flujos de nitrógeno por las tuberías. Para descubrir los escapes, las juntas de empalme, las válvulas de seguridad, los manómetros y las manillas habían sido recubiertos de pasta de jabón. La más mínima burbuja alertaba a los operadores. Había que apretar uno a uno los cientos de tornillos que ensamblaban entre sí los distintos equipos. Cuando la integridad del sistema estuvo enteramente revisada, los ingenieros se pusieron a calentar separadamente los dos gases cuya combinación química debía producir el iso-cianato de metilo. Esos dos componentes -el fosgeno y la monometilamina- habían sido obtenidos por combinaciones de otras sustancias. A medida que subía la temperatura de ambos gases, los operadores abrieron los circuitos uno a uno. Los escasos privilegiados presentes en la sala de control aguantaron la respiración. El momento fatídico se acercaba. El ingeniero John Luke Couvaras comprobó por última vez los cuadros de los manómetros de la temperatura y de la presión de los reactores. Luego gritó: «Go!» Al recibir esta orden, un operador encendió un circuito que envió el fosgeno y la monometilamina a un mismo cilindro de acero. La mezcla produjo una reacción gaseosa. En seguida, el gas fue enfriado, purificado y licuado. Los presentes prorrumpieron en una salva de aplausos. Seis años después de haber desencadenado una explosión nuclear, la India fabricaba sus primeras gotas de isocianato de metilo.

«No vimos correr las primeras gotas de MIC -contaría

Pareek- porque fueron directamente a la cisterna de almacenamiento. Pero en cuanto el depósito se llenó, nos pusimos las escafandras para proceder a sacar una muestra de unos centilitros de líquido. Con tanto respeto como si tratase de una estatua de Durga, llevé el recipiente al laboratorio para analizar su contenido. El resultado nos hizo saltar de alegría. ¡Nuestro MIC indio era tan puro como el del Kanahwa Valley!»

Mientras las cisternas de Union Carbide se llenaban en medio de la euforia general, una celebración muy distinta tenía lugar en el borde sur de la Explanada negra. Belram Mukkadam, Rahul, Ganga Ram, Ratna Nadar y numerosos vecinos del Orya bastí se habían congregado alrededor de cinco animales con cuernos que un mercader y su vaquero acababan de entregarles. Con las indemnizaciones ofrecidas por Carbide, Mukkadam había decidido cambiar su vaca *Parvati* por un toro. Lo llamó *Nandi*, como el toro que Shiva convirtió en su montura porque ahuyentaba el peligro y el mal. Aquella noche de luna llena decoró la frente del animal con el emblema del dios, un tridente. Un emblema de buen augurio. Mukkadam estaba seguro de ello: sería la garantía de la fertilidad del nuevo rebaño y de la protección divina sobre los bastís de la Explanada negra.

Al nombrar a uno de sus mejores elementos para llevar el timón de su fábrica india de pesticidas, la multinacional norteamericana reforzaba el control que se proponía ejercer sobre ella. De aspecto modesto, casi tímido tras sus gruesas gafas, el norteamericano Warren Woomer era uno de los ingenieros más experimentados y respetados de Carbide. Ni la India ni Bhopal eran mundos desconocidos para él. Woomer había efectuado dos misiones. Una, para ayudar a sus colegas indios en el funcionamiento de la unidad que fabricaba alfa-naftol, una sustancia que forma parte de la composición del Sevin. La otra, para dar asistencia a esos mismos indios en la puesta en marcha de la fábrica, y de este modo comprobar que aplicaban correctamente todo lo que se les había enseñado en el Institute.

¡Un norteamericano a la cabeza de un millar de indios de orígenes, castas, religiones e idiomas distintos...! ¡Era el desafío más duro de su carrera! Woomer empezó por una inspección detallada del «buque»: «No encontraba nada fundamental que añadir —dijo—. Como es lógico, la sala de control hoy nos parecería obsoleta, pero en la época representaba lo mejorcito de la India. Ya fuera en la concepción de la fábrica o en su funcionamiento, no encontré nada chocante. De todas maneras,

mi Biblia era el *Manual de utilización del isocianato de metilo*, con sus cuarenta páginas de instrucciones. Cada una era como el Evangelio, en particular la consigna que impone conservar el MIC a una temperatura próxima a cero grados centígrados en las cisternas de almacenamiento. En este punto, estaba decidido a mostrarme inflexible. Sí, cada gota de MIC debía ser mantenida obligatoriamente a cero grados. Por otra parte, mi larga luna de miel con las materias químicas más peligrosas me incitó a añadir una recomendación al manual de utilización del MIC. La juzgaba de importancia capital: "No guardar más que el mínimo imprescindible de este maldito isocianato de metilo."»

A pesar de no hallar problema alguno en el aspecto técnico, Woomer se dio cuenta de que bastantes cosas podían ser mejoradas, sobre todo la manera en que los miembros del personal ejecutaban sus tareas. «Por ejemplo, nadie tomaba la precaución de llevar gafas de seguridad —recordó—. Un día, puse mi mano sobre los ojos de un operario. "Así es como sus hijos y sus nietos verán su rostro si no protege usted sus ojos", le dije con tono severo. La historia dio la vuelta a la fábrica, y al día siguiente pude comprobar que todo el mundo llevaba gafas de seguridad. Entonces entendí que, en la India, por el corazón es por donde uno se gana a la gente.»

Otros problemas esperaban al nuevo capitán. El primero, ¿cómo conseguir acordarse de los nombres impronunciables de tantos colaboradores?

-Sathi -dijo un día a su secretaria-, va usted a enseñarme a pronunciar correctamente los nombres y los apellidos de todos los que trabajan en la fábrica, incluidos los de sus esposas y sus hijos. Y le ruego también que me señale los errores que pueda cometer por mi ignorancia de los usos y costumbres de su país.

-*Sahib*, en la India los empleados no dicen a sus jefes lo que tienen que hacer -contestó la joven india.

—No le pido que me diga lo que debo hacer -replicó con viveza Woomer-. Le pido que me ayude a ser el mejor jefe posible.

¡El mejor jefe posible! Warren Woomer iba a descubrir, a veces a sus expensas, la extrema sutileza de las relaciones en la sociedad india, donde cada cual ocupa un lugar específico en una minada de jerarquías diferentes. «Aprendí a no hacer jamás una advertencia a nadie en presencia de su superior -dijo-. Aprendí a no anunciar nunca una decisión sin que cada uno hubiese tenido la ocasión de expresarse para que ésta pareciese el resultado de una elección colectiva. Pero sobre todo, aprendí a saber quién era Ram, quiénes eran Ganesh, Visnú y Shiva; qué acontecimientos conmemoraban las fiestas de Moharram o de Ishtema; quiénes eran el gurú Nanak o el dios del trabajo al que tan ardientemente veneraban mis obreros y que tenía un nombre tan difícil de recordar.»

El norteamericano Warren Woomer no pudo ignorar por mucho tiempo el nombre de Vishwakarma, uno de los principales gigantes del panteón hindú. En la mitología de la India, este dios personifica la potencia organizadora. Los textos sagrados lo glorifican como «el artesano del Universo, el dios que todo lo ve, el dispensador de todos los mundos, el que da sus nombres a las divinidades y se sitúa más allá de la comprensión de los mortales». Es también el artificiero de los dioses y el fabricante de sus herramientas, el señor de las artes y el constructor del cosmos, el fabricante de carros celestes y el creador de todos los ornamentos. Por eso, es la divinidad tutelar de los artesanos, el protector de todos los oficios manuales que permiten subsistir a los hombres.

Todos los años, después de la luna de setiembre, su efigie triunfal penetra en los lugares de trabajo, desde los talleres más

pequeños hasta las fábricas más gigantescas y más modernas. Es un momento privilegiado de comunión entre jefes y obreros, un júbilo que une a ricos y pobres en una misma veneración y una misma oración.

En una noche, los reactores, las bombas y las columnas de destilación de la bonita fábrica fueron decorados con coronas de jazmín y claveles en honor de Vishwakarma. Las tres grandes cisternas destinadas a contener las decenas de miles de litros de MIC fueron envueltas con telas multicolores, lo que les daba de pronto un aire de carromato de feria. El gran taller de «formulación» del Sevin, donde debía celebrarse la fiesta, fue recubierto de alfombras, y sus muros adornados con banderolas, oriflamas y guirnaldas de flores. Unos obreros llevaron cajas llenas de martillos, llaves, pinzas y cientos de otras herramientas, que colocaron en el suelo y decoraron con ramajes y flores. Otros levantaron un monumental tabernáculo para instalar la representación del dios sobre un cojín de pétalos de rosas. Sobre su elefante recubierto con un tapiz incrustado de pedrerías, la efigie evocaba la figura de un maharaja. Vishwakarma llevaba una túnica bordada de hilos de oro y salpicada de joyas. Se diferenciaba de un ser humano por sus alas y sus cuatro brazos, que blandían un hacha, un martillo, un arco y el fiel de una balanza. Varios cientos de ingenieros, operadores, capataces y obreros, la mayoría acompañados por sus mujeres e hijos, engalanados con trajes de fiesta, llenaron el taller. En cuclillas y descalzos en medio de la marea humana, Warren y Betty Woomer, los únicos extranjeros, asistían con asombro y respeto a la pintoresca ceremonia.

Después de haber salmodiado por un micrófono mantras vibrantes, un pandit con la cabeza afeitada colocó en un *tha-li*, el tradicional plato de plata, los distintos ingredientes del ritual: primero, el fuego purificador que ardía en un cuenco de barro; luego, pétalos de rosa, algunas bolitas de pasta de azú-

car, un puñado de granos de arroz, y, por último, el *sindoor*, un montoncito de polvo rojo. Agitando enérgicamente su campanilla, el pandit bendijo la colección de herramientas colocadas por los obreros. Entonces sonó una voz seguida inmediatamente por muchas otras: «*Vishvakarma, kijai!* -¡Viva Vishwakarma!-» Era la señal. La ceremonia había terminado, pero los festejos podían comenzar. La dirección de la fábrica había mandado preparar en un taller próximo un banquete de curry de carne y verduras, de *lassi* (1) y de *puri* (2). Corrió la cerveza y el vino de palma. Los altavoces del sistema de alarma soltaron una oleada atronadora de aires populares, y los petardos estallaron por doquier. Los empleados y sus jefes se entregaban a la fiesta.

Como la mayor parte de los responsables de la bonita fábrica, Warren y Betty Woomer ignoraban que un mismo fervor unía alrededor del dios de las herramientas a los habitantes de los vecinos bastís. ¿Acaso esos barrios no albergaban también una ingente concentración de trabajadores? Los talleres del zapatero Iqbal, del bordador de saris Ahmed Basi y del reparador de bicicletas Salar eran tres pequeños eslabones de una cadena de fábricas donde los devotos de Vishwakarma se ganaban el sustento. En Jai Prakash y en Chola, los niños recortaban hojalata para hacer utensilios, o mojaban los capuchones de plumas estilográficas en baños de cromo que exhalaban vapores deletéreos. Más lejos, para ayudar a sus familias, otros jóvenes se envenenaban lentamente fabricando cerillas y petardos, manipulando para ello fósforo, óxido de zinc y polvo de amianto. En la oscuridad de talleres mal ventilados, hombres

(1) Yogur líquido.

(2) Tortita de harina que se hincha al freírse.

demacrados laminaban, soldaban y ajustaban piezas de hierro forjado envueltos en un olor a aceite quemado y a metal recalentado. A pocos pasos de la espaciosa casa del usurero sij Pulpul Singh, una decena de hombres sentados con las piernas cruzadas confeccionaban *bidis*. Casi todos eran tuberculosos que no tenían ya fuerzas para pedalear sobre un ciclocarrito o tirar de un *tilagari* (3). Conseguían enrollar hasta mil trescientos cigarrillos al día si no se detenían ni un solo minuto. Un *tha-ragar* acudía cada noche desde la ciudad para recoger su producción. Por mil *bidis*, recibían doce rupias, el precio de dos kilos de arroz.

¡Menuda sorpresa hubieran sentido el presidente Anderson y su director Warren Woomer si hubieran podido descubrir esos lugares donde tantos hombres y niños pasaban su vida forjando muelles, piezas de camiones, pivotes para telares, tornillos, tanques de gasolina para coches y hasta engranajes de turbinas calibrados a la décima de micrón! Hombres y niños con una destreza, una creatividad y una facilidad sorprendentes sabían fabricar, copiar, arreglar y renovar cualquier pieza, cualquier máquina. Allí, el mínimo pedazo de metal, los más ínfimos desperdicios eran reutilizados, transformados y adaptados. Allí, nada era chatarra nunca. Todo renacía como por milagro.

En previsión de la fiesta, el trabajo había cesado desde la víspera en los talleres, y todos se habían encargado de limpiarlos, volverlos a pintar y decorarlos con guirnaldas de hojas y flores. Los trabajadores del Orya bastí, de Chola y de Jai Prakash eran también el orgullo del dios de las herramientas.

En una noche, todas esas antecámaras del infierno se transformaron en lugares de culto ornados con altares suntuosamente decorados y llenos de flores. Las imágenes tradicionales del dios de cuatro brazos sobre su elefante reinaban por todas partes.

(3) Carreta de la que se tira con los brazos.

Los hasta ayer esclavos se pusieron camisas impecables y *lon-ghis* nuevos; sus esposas sacaron los saris de fiesta, que mantenían al abrigo de la voracidad de las cucarachas en el baúl familiar. Los niños resplandecían en sus trajes de príncipes. La población entera se agolpaba detrás de la banda, con instrumentos de cobre y tambores, cuyo estrépito retumbaba en las callejuelas. El gordo Munné Baba estaba presente, rodeado de sus dos esposas vestidas como reinas con los saris de seda que Ahmed Basi había bordado e incrustado con perlas. El sastre musulmán estaba allí también, con su gorrito en la cabeza: la fiesta transcendía todas las religiones. Con su compadre -el mullah con perilla- a su lado, el brujo Nilamber, que hacía las veces de pandit, arrastró al cortejo de taller en taller para salmodiar mantras y bendecir las herramientas con el fuego purificador. Tras él, Padmini caminaba altiva, ataviada con un vestido de algodón rojo, regalo de la hermana Felicity. La joven india había convencido a la religiosa escocesa para que se uniera a la fiesta. Al ver la cruz que colgaba de su cuello, numerosos obreros le pidieron que bendijera sus herramientas, en nombre de su dios. «¡Sé alabado, Dios del Universo que das el pan, porque Tus hijos del Orya bastí, de Chola y de Jai Prakash Te quieren y creen en Ti! —repitió la hermana Felicity con fervor en cada taller—. ¡Y regocíjate con ellos en este día de luz en medio de la dificultad de sus vidas!»

## 23      «Medio millón de horas de trabajo sin perder ni una sola jornada»

La ciudad de las begums sólo podía bendecir al presidente de Carbide. Ninguna empresa industrial instalada en sus antiguas murallas se mostraba tan atenta con la calidad de su imagen ni ninguna se mostraba tan solícita hacia su personal. Los ejemplos abundaban. Los trabajadores musulmanes disponían en la fábrica de un lugar para la oración orientado hacia La Meca y los hindúes tenían altarcitos dedicados a sus principales dioses. Durante la fiesta hindú en honor de la diosa Durga, la dirección facilitaba a sus obreros un generador con el fin de iluminar la estatua de la diosa, ricamente decorada. Las ventajas materiales no se quedaban a la zaga. Un fondo especial permitía prestar dinero para bodas y fiestas. El sistema de cobertura social y de jubilación colocaba a la empresa a la cabeza de la mayoría de las empresas indias. Una cafetería accesible a todos proporcionaba comidas al precio simbólico de dos rupias.

Pero conforme a lo que les habían enseñado en el Institute, era ante todo la seguridad de su personal lo que más preocupaba a los responsables de la fábrica. Carbide ofreció al principal establecimiento médico de la ciudad, el prestigioso hospital Hamidia, donde el leproso Ganga Ram y su mujer Dalima

habían sido curados, un equipo de reanimación ultramoderno que permitía tratar simultáneamente a varias víctimas de contaminación por gas. El acontecimiento dio lugar a una celebración ampliamente reflejada en los periódicos. Una enfermería-hospital, equipada con todo tipo de material de asistencia respiratoria, un equipo radiológico y un laboratorio, se instaló a la entrada de la fábrica. «Estábamos convencidos de que todas esas precauciones eran superfluas —dijo Kamal Pareek—, pero formaban parte de la *safety culture* que nos habían inculcado.» Esa cultura de la seguridad tenía, sin embargo, fallos sorprendentes. El personal médico contratado por Carbide no se benefició de ninguna formación específica sobre la patología de los accidentes de gases, en particular de los que podían ser causados por isocianato de metilo.

Transmitir las enseñanzas recibidas en el Institute a más de un millar de hombres enfrentados sin saberlo a los peligros más extremos era la tarea del joven responsable adjunto a la seguridad. «Hacer que comprendieran el peligro era casi imposible —contaría Pareek—. En una fábrica química, lo apropiado es hacer que el peligro sea invisible. ¿Cómo podíamos despertar la alerta sin mostrarlo?»

Reuniones de información, ejercicios de alarma, campañas de carteles, exposiciones sobre la seguridad con la participación de las familias, concursos de eslóganes... Pareek y su superior inventaban sin parar nuevas ocasiones para avivar el instinto de supervivencia de cada cual. Pronto, Warren Woomeer pudo enviar un informe victorioso a su dirección en Estados Unidos: «Les anunciamos medio millón de horas de trabajo sin una sola jornada perdida.»

La seguridad, Pareek lo sabía, descansaba sobre una cierta cantidad de equipamientos específicos, como, por ejemplo, el

potente sistema de alarma del que la fábrica estaba dotada. Al menor indicio de incendio, a la mínima emisión de gas tóxico, el supervisor de guardia de la sala de control tenía orden de hacer sonar una sirena de alerta general. Al mismo tiempo, los altavoces instruían al personal, primero en inglés y luego en hindi, sobre la naturaleza precisa del gas involucrado, sobre la localización exacta de la fuga o sobre la dirección del viento. Esta última información la proporcionaba una veleta que flotaba en lo alto de un mástil frente a la unidad del MIC. Si se trataba de una fuga importante, el personal recibía la orden de evacuar las instalaciones. El abandono de la fábrica se haría con tranquilidad, como durante los simulacros que el ingeniero Pareek organizaba regularmente.

Este sistema de alarma se dirigía únicamente a los equipos que trabajaban en el interior de la fábrica. Ningún altavoz estaba orientado al exterior, es decir, en dirección a los bastís donde se amontonaban miles de víctimas potenciales. «En cuanto llegué, la proximidad de toda aquella gente fue una de mis mayores preocupaciones -confesó Warren Woome-. Todas las noches ordenaba a nuestros guardias que desalojasen a los que acampaban contra el muro de nuestro recinto. A veces, algunos no dudaban en saltar por encima de la valla y nos costaba mucho expulsarlos. ¡La fábrica era un polo de atracción muy poderoso! Muchos vivían con la esperanza de conseguir allí un trabajo. Por eso se acercaban cada vez más.» Un día, Woome decidió intervenir personalmente ante los responsables de la municipalidad para que obligasen a la población a «apartarse lo más posible de nuestras instalaciones». Su gestión fracasó. Ninguna autoridad parecía dispuesta a lanzar una nueva operación de expulsión contra los «ocupas» de la Explanada negra. Woome propuso establecer un plan de evacuación de la población en caso de accidente grave. La idea suscitó una hostilidad inmediata hasta en las más altas esferas

del gobierno de Madhya Pradesh. ¿No se correría el riesgo de asustar a la gente, de provocar la partida de algunos? Un riesgo que Arjun Singh, el primer ministro del estado, no quería correr bajo ningún concepto. Las elecciones estaban próximas y necesitaba todos los votos, viniesen de donde viniesen. El gordo Munné Baba, su agente electoral en los tres bastís, había iniciado ya la campaña. El astuto político lo tenía todo previsto para asegurarse la reelección. No sólo impediría la expulsión de sus electores, sino que conseguiría sus votos haciéndoles el mejor regalo de su existencia.

La escena que un día imaginó el ingeniero Kamal Pareek parecía sacada de una película de terror: el metal de una canalización se había agrietado, y por él se escapaba un chorro de isocianato de metilo. Como el accidente no se debía a un escape banal, que los equipamientos de seguridad pudieran haber contenido, la tragedia era imparable. Una nube mortal de MIC iba a esparcirse por la fábrica y a continuación a la atmósfera. Pareek tuvo la idea de este guión catastrofista cuando vio un tren abarrotado de pasajeros detenerse en la vía férrea que pasaba entre la fábrica y los bastís. ¿Era posible que una nube de MIC empujada por el viento se abatiese sobre cientos de pasajeros encerrados en un vagón? El ingeniero quiso saberlo. Se fue a Nagpur, la antigua capital de las Provincias Centrales, y se presentó en la sede del observatorio central del Servicio de Meteorología Nacional. El establecimiento conservaba en sus archivos los datos de las observaciones meteorológicas efectuadas en las principales ciudades de la India desde hacía un cuarto de siglo. Temperatura, presión higrométrica y barométrica, densidad del aire, intensidad y dirección de los vientos... Toda la información se encontraba grabada en voluminosos rollos de papel. En ocho días de recopilación, el ingeniero pudo

sacar de aquel mar de datos un cúmulo de informaciones sobre las condiciones meteorológicas específicas de Bhopal. Por ejemplo, en el setenta y cinco por ciento de los casos, los vientos soplaban del norte hacia el este a una velocidad de entre diez y treinta kilómetros por hora. La temperatura media en diciembre era de quince grados durante el día, pero de sólo siete grados durante la noche.

Pareek guardó toda la documentación en una caja de cartón que envió al departamento de seguridad de Union Carbide, en South Charleston, para que hiciesen una simulación por ordenador. Ésta debía dictaminar si la nube tóxica de su guión imaginario, teniendo en cuenta las condiciones meteorológicas prevalecientes en Bhopal, corría el riesgo de abatirse o no sobre el tren detenido frente a los bastís. La respuesta llegó tres días después en forma de un breve télex: «*It is not possible, even under the worst conditions, that the toxic cloud will hit the railway Une. It will pass over it.*» (1)

«Pasará por encima...», repitió varias veces el ingeniero, con la respiración entrecortada. Una imagen de horror cruzó su mirada. «¡Dios mío! -pensó—, entonces será sobre los bastís adonde irá a abatirse la nube.»

Los encarnizados partidos de tenis que disputaba cada mañana Warren Woomer antes de acudir a su despacho eran indicio de que se encontraba muy animado. En efecto, el jefe de la «bonita fábrica» tenía todas las razones del mundo para sentirse satisfecho. Después de un primer año mediocre, la producción y las ventas de Sevin se habían disparado hasta alcanzar dos mil setecientas cuatro toneladas en 1981. La mitad de

(1) «Es imposible que la nube tóxica, aun en las peores condiciones atmosféricas, se abata sobre la vía férrea. Pasará por encima.»

la capacidad de la fábrica, pero un treinta por ciento sobre las previsiones más optimistas formuladas por Eduardo Muñoz antes de su partida. No obstante, a pesar de su éxito, la «bonita fábrica» daba serios quebraderos de cabeza al ingeniero norteamericano. El más serio de todos procedía de la unidad de fabricación del alfa-naftol. La instalación concebida por los ingenieros indios no había podido proporcionar un producto de pureza satisfactoria, a pesar de varias modificaciones. Hubo que resignarse a importar alfa-naftol directamente del Institute, en Estados Unidos. Este fiasco costó finalmente ocho millones de dólares a Carbide, o sea, el cuarenta por ciento del presupuesto de toda la fábrica aprobado en 1973 por la dirección de Park Avenue.

Para colmo de desgracias, en 1978 un incendio había destrozado parcialmente la instalación. La gigantesca columna de humo negro que ocultó el sol antes de soltar una lluvia de partículas nauseabundas en los tejados y las terrazas fue la primera firma de Carbide en el cielo de Bhopal. Al ver el increíble espectáculo desde su casa, un joven periodista llamado Rajkumar Keswani se precipitó al lugar del siniestro, pero toda la zona estaba ya acordonada por cientos de policías. Nadie podía acercarse.

Cuatro años después de este accidente, la estrella de Carbide seguía brillando con todo su resplandor en el firmamento de la ciudad de las begums. Sobre las colinas de Shamla, los científicos del centro de investigación descubrieron una nueva molécula todavía más eficaz sobre los depredadores del arroz y del algodón de la región. Y el restaurante panorámico que dominaba la ciudad se convirtió en el lugar de cita preferido por el *establishment* político y mundano local. Los invitados no olvidarían nunca los extravagantes espectáculos que animaban algunas cenas, como los ballets náuticos organizados en la piscina por la esposa del director general de la filial india de Carbide,

a su vez una consumada bailarina y nadadora. Los iniciados sabían que esa lujosa residencia servía también para encuentros más privados. Carbide había puesto una suite permanentemente a disposición de Arjun Singh, el primer ministro de Madhya Pradesh. En Bhopal, como en todas partes, el dinero y el poder «hacían buena pareja».

24      **Raíces para siempre en la tierra  
de la Explanada negra**

El llamamiento corrió de chabola en chabola, de tienda en tienda y de taller en taller como un reguero de pólvora. Animaba a toda la población de los tres bastís a congregarse en la explanada de la *tea-house* para recibir un aviso de gran importancia.

-¡Ya está, Carbide nos contrata a todos! -pregonó Ganga Ram, que no había digerido que le hubieran rechazado a causa de sus manos mutiladas.

-¡Iluso!, estás soñando -le soltó el zapatero Iqbal, siempre pesimista—. Es para anunciarnos que nos van a expulsar. Y esta vez va la vencida.

La llegada de Dalima sobre sus muletas interrumpió la charla. Con un clavel amarillo en el pelo y pulseras de cristales tintineantes en las muñecas, la joven tullida mostraba un aire triunfal.

—¡Es para decirnos que van a instalar una fuente de agua potable con grifos! -anunció.

-Ya ves, nos necesitan para las elecciones -comentó al instante la vieja Prema Bai.

En la India, como en todas partes, eran las mujeres las que mostraban más lucidez.

Fue entonces cuando una voz surgida de un altavoz desgarró el cielo.

-Vecinos de Orya bastí, de Jai Prakash, de Chola, ¡daos prisa! -ordenaba.

El pueblo de los bastís surgió de las callejuelas como los afluentes de un río corriendo hacia el mar. La hermana Felicity, que estaba vacunando a los niños contra la polio, entregó su jeringuilla a Padmini.

-Me siento como en mi casa en Escocia cuando estalla una tormenta -dijo-. Todas las ovejas corren tras la voz de quien las llama.

Padmini hizo un esfuerzo para imaginar la escena. Nunca había visto ovejas. Fue entonces cuando apareció Rahul, el «sin piernas».

-Padmini, corre a la fábrica a avisar a tu padre y a los demás. Dile que reúna a todo el mundo. -Con el aire misterioso de quien sabe más que los demás, susurró-: Creo que el bienamado primer ministro de nuestro estado quiere darnos una sorpresa.

La joven india devolvió su jeringuilla a la religiosa y salió corriendo hacia la fábrica.

En todas partes, los esclavos de los talleres-presidio abandonaban las herramientas y las máquinas todavía decoradas en honor de Vishwakarma para acudir a la gran concentración. A medida que iban llegando, Belram Mukkadam les indicaba que tomasen asiento con un movimiento de bastón. Muy pronto, la Explanada entera estuvo recubierta de una marea humana.

Un camión desembocó en ella. Estaba cargado de carteles que Mukkadam mandó pegar en seguida frente a la *tea-house*. En la mayoría de ellos, la gente reconoció la frente despoblada, los labios carnosos y las gruesas gafas del primer ministro de Madhya Pradesh. Otros carteles representaban una mano

abierta. Así como el dios Shiva tenía como emblema un tridente, Visnú una rueda y el islam la media luna, el Partido del Congreso del que Arjun Singh era uno de sus dirigentes había escogido como símbolo la palma de una mano abierta. El camión transportaba también una colección de pequeños carteles que Rahul, Ganga Ram y otros se afanaron en distribuir. «*We love you, Arjun!*», decían. «*Arjun, you are our saviour!*» «*Arjun, Bhopal needs you!*» (1) Algunos carteles llegaban a proclamar: «*Arjun, India wants you!*» (2)

Retenido en Nueva Delhi junto a Indira Gandhi, el organizador de aquella increíble puesta en escena había dado todos los poderes a su representante oficial en los bastís de la Explanada negra para que la manifestación beneficiase al máximo sus intereses electorales. El espectáculo era de lo más pintoresco: en cuanto llegó un sillón vacío empezaron los festejos. Llevado por dos criados en *dhoti*, el augusto asiento venía directamente del salón de la residencia de Munné Baba. Incrustado de nácar y de marfil, más parecía un trono que un sillón. Unos minutos más tarde, un resplandeciente Ambassador traía al representante del primer ministro del estado. Para la ocasión, Munné Baba estaba tocado con la corona más legendaria de la historia india: el gorrito blanco de los combatientes por la independencia. Treinta y ocho años después de la muerte del Mahatma Gandhi, el padrino de los bastís sabía que ese gorro blanco seguía suscitando de un modo casi mágico la adhesión del pueblo.

Tras el anciano, a una distancia respetuosa caminaba su hijo Ashoka, un muchacho alto con la cabeza rapada que los vecinos del bastí habían aprendido a temer y respetar. Gerente de

(1) «¡Te queremos, Arjun!» «¡Arjun, eres nuestro salvador!» «¡Arjun, Bhopal te necesita!»

(2) «¡Arjun, la India te quiere!"

los puestos clandestinos de alcohol controlados por su padre, ese día no transportaba ni alcohol ni hierba para fumar, sólo un cofre de madera de ébano con una cerradura de cobre. En el interior de la caja había un tesoro, el más inestimable que pudieran recibir los vecinos del Orya bastí, de Chola y de Jai Prakash.

Munné Baba tomó asiento en el trono frente al que Mukkadam había colocado una mesa recubierta por una tela, un ramo de flores y bastoncillos de incienso. A causa del ardiente sol, los ojos del padrino estaban ocultos tras unas gafas ahumadas, pero se podían adivinar sus pensamientos observando el movimiento nervioso de sus cejas. Mukkadam mandó que le trajeran un micrófono, que agarró con sus dedos amorcilla-dos y ensortijados de oro y rubí.

-¡Amigos míos! -gritó con una voz potente que cuarenta años de fumar puros no habían conseguido quebrar-, he venido a distribuiros, de parte de nuestro venerado primer ministro Arjun Singh...

Después de pronunciar este nombre, la voz hizo una pausa, lo que sacudió con un estremecimiento a la asamblea erizada de carteles. Alguien gritó: «Arjun Singh, *ki-jai*», pero el grito no fue coreado, ya que la multitud esperaba impacientemente la continuación del discurso.

-Atendiendo el deseo de nuestro primer ministro -prosiguió finalmente el padrino-, he venido... ¡a distribuir vuestras *pattas!*» (3)

El eco de esta increíble palabra, sobrenatural, inesperada, flotó en el aire recalentado durante largos, interminables segundos. Contemplando a aquella multitud de pronto incapaz de reaccionar, la hermana Felicity pensó en una frase del escritor católico Léon Bloy: «No se entra en el cielo mañana, ni den-

(3) Escritura de propiedad.

tro de diez años. Se entra hoy, cuando se es pobre y se está crucificado.»

Desde el albor de la historia india, esa palabra mítica, «*pat-tas*», dominaba los sueños de millones de hombres a quienes un karma desfavorable había privado del derecho elemental de tener un techo; había alimentado las esperanzas de todos los que para sobrevivir no tenían otro recurso que el de plantar su chabola en cualquier lugar, condenándose a sí mismos a una precariedad permanente. Los náufragos de la Explanada negra formaban parte de esos desdichados. Ellos, a quienes el hijo de Indira Gandhi había intentado echar por la fuerza cuatro años antes, ellos, a los que un director de fábrica norteamericano temía ver acampar bajo los muros de la fábrica, se aferraban desesperadamente, desde hacía años, al miserable cuadrado de polvo que una día les había trazado el bastón de Belram Mukkadam. Y resulta que ahora el padrino les traía una escritura de propiedad oficial otorgada por el gobierno de Madhya Pradesh, reconociéndoles el derecho a ocupar su miserable pedazo de tierra.

¡Era demasiado bonito! Daba igual que hubiera que renovar la escritura al cabo de treinta años, que hubiera que abonar un impuesto anual de treinta y cuatro rupias, daba igual que teóricamente estuviera prohibido empeñarlas o volverlas a vender. Un clamor enloquecido surgió de la muchedumbre, que se levantó de golpe. La gente coreaba el nombre de Arjun Singh, de Munné Baba, de Indira Gandhi... Bailaban, reían, se felicitaban. Atrapada en el revuelo, Padmini se encontró de pronto encima de las cabezas, como un mascarón de proa, emblema frágil de un pueblo que rompía sus cadenas y conquistaba un principio de dignidad. Para aquellos hombres, mujeres y niños que ni siquiera sabían leer, los trozos de papel que salían del cofre de Munné Baba eran un regalo de los dioses. Conseguirían acallar para siempre sus miedos y plantarían para

siempre sus raíces en aquella tierra de acogida sobre la que flotaba la bandera del rombo azul y blanco.

Cada vez que Munné Baba invitaba a uno de los beneficiarios a ir a por el documento con la inscripción de su nombre y de su lote, un personaje barbudo sentado tras él movía la cabeza al tiempo que se frotaba sus enormes cejas. Para el sij Pulpul Singh, el usurero del barrio, aquella distribución era un magnífico golpe de suerte, una posibilidad de multiplicar hasta el infinito su fortuna, aunque fuese violando la ley. Pulpul Singh veía cómo cada papel que salía del cofre del padrino tomaba la dirección de su propia caja fuerte. El día en que aquella pobre gente necesitara pedirle dinero prestado, ¿qué mejor garantía podría exigirles que el depósito de esa escritura mágica que siempre podría volver a vender obteniendo así un beneficio?



Segunda parte

Una noche bendecida por los astros



Con su espeso bigote, sus pobladas cejas y sus prominentes mejillas, el musulmán Mohammed Ashraf, de treinta y dos años, era una copia exacta del actor Shashi Kapoor, ídolo del cine indio. Este parecido le valía ser el más popular de los trabajadores de la fábrica. Ashraf era el responsable de un equipo de la unidad de fabricación de fosgeno, y la mañana del 23 de diciembre de 1981 debía llevar a cabo una simple operación de mantenimiento. Se trataba de reemplazar una abrazadera defectuosa entre dos elementos de una tubería.

-No es necesario que te pongas este *barda* hoy —anunció a su compañero Harish Khan, mostrando el pesado gabán de goma colgado en un gancho del vestuario-. La instalación no está funcionando. No hay riesgo de escape.

-Los gases se pasean aunque todo esté detenido -replicó en seguida Khan, emitiendo un discreto silbido-. Más vale tener cuidado. Unas gotas de este maldito fosgeno en el jersey pueden ser peligrosas. ¡No es como el *bangla* (1) de la *tea-house* de Mukkadam!

Ambos rompieron a reír.

-Apuesto a que el matarratas de Mukkadam es todavía más

(1) Alcohol destilado elaborado con vísceras de animales fermentadas.

peligroso que este maldito fosgeno -concluyó Ashraf, ansioso de ponerse su máscara.

«Lo terrible de una fábrica de productos químicos -se afanaría en repetir incesantemente el responsable adjunto de la seguridad Kamal Pareek— es que el peligro no tiene nunca rostro. Uno acaba por olvidar que existe.»

Pareek no había tenido nunca que reprochar al operador musulmán la más mínima infracción de las consignas de seguridad. Ashraf era uno de los técnicos más responsables de la empresa, aun cuando abandonaba su puesto de trabajo cinco veces al día para ir al patio a hacer sus oraciones sobre la alfombra verde orientada hacia La Meca, o cuando llegaba dando traspies por la mañana porque se había pasado la noche pescando a orillas del lago superior. Hijo de un pequeño comerciante del bazar, Ashraf se lo debía todo a Carbide, empezando por su boda con la hija de un rico comerciante de telas de Kanpur, muy honrado por haber conseguido como yerno a un empleado, aunque subalterno, de la prestigiosa multinacional. Sajda Baño era una guapa joven de tez clara, graduada en Economía. Le había dado dos hijos, Arshad y Shoeb, en quienes ya veía a dos futuros «Carbiders».

Desmontar la abrazadera fue cuestión de minutos. Pero en el momento de colocar la pieza de repuesto en su sitio, Ashraf vio a través de su máscara cómo un chorrillo de fosgeno líquido surgía del borde superior de la tubería. Unas gotas le salpicaron en el jersey. Consciente del peligro, se precipitó hacia una cabina de ducha para enjuagar la prenda. Pero entonces cometió un error fatal. En lugar de esperar a que el potente chorro de agua terminara su labor de descontaminación, se quitó la máscara. En seguida, el calor de su pecho hizo que las gotas de fosgeno que todavía estaban en la lana del jersey se evaporasen hacia su nariz. Pero salvo una ligera irritación de los ojos, que desapareció rápidamente, Ashraf no sintió ningún tras-

tomo en ese momento. Ignoraba que el fosgeno tiene una manera maquiavélica de matar a sus víctimas. Primero las envuelve en una cierta euforia. «Nunca había visto a mi marido tan locuaz -contó Sajda Baño-. Parecía haber olvidado el accidente. Nos llevó en coche a visitar una casita de campo que quería comprar a orillas del Narmada. Estaba tan alegre como el primer día de nuestro noviazgo.» Luego, de pronto, se desplomó con los pulmones encharcados por un brutal aflujo de secreciones. Empezó a vomitar un chorro de fluido transparente mezclado con sangre. Sajda, asustada, llamó a la fábrica. Poco después llegó una ambulancia para llevarle hasta la unidad de cuidados intensivos del hospital Hamidia, patrocinada por Carbide. Le proporcionaron respiración artificial. La agonía se alargó. Escupía cada vez más secreciones, hasta dos litros por hora. Al poco tiempo ni siquiera tenía fuerzas para expectorar.

Sajda tuvo que abrirse paso a codazos entre los miembros de su familia política hasta llegar a la cabecera de la cama de su marido. «Estaba pálido como la cera -contó-, pero cuando sintió mi presencia, abrió los ojos y se arrancó la máscara de oxígeno. "Quiero decir adiós a mis niños. Vete a buscarlos", murmuró.»

Cuando la mujer regresó con sus dos hijos, el moribundo cogió al más joven entre los brazos. «Hijo, ¿nos vamos de pesca?», le preguntó, esforzándose por sonreír.

El esfuerzo le desencadenó un violento ataque de tos. Luego se vio sacudido por una sucesión de estertores y exhaló su último suspiro. Era el final. La bonita fábrica de Bhopal concebida por los ingenieros de South Charleston se había cobrado su primera víctima. Era el día de Navidad. Para la mujer que había venido de su lejana provincia a casarse con un hombre de Carbide empezaba un luto de tres meses y trece días.

Toda la fábrica lloró a su mártir. Uno de los más afectados por el accidente fue el director. «No teníamos nada que reprocharnos -dijo Warren Woomer-. Mohammed Ashraf estaba perfectamente preparado para enfrentarse a los peligros de su profesión. Al no ponerse el gabán de goma y quitarse la máscara demasiado pronto cometió dos faltas gravísimas. Era la primera vez en mi vida de ingeniero que perdía a uno de mis hombres. Había tenido heridos, pero nunca muertos. Era el tipo de situación en la que uno necesita averiguar lo que ha sucedido para evitar que ocurra de nuevo. Sean cuáles sean las circunstancias del accidente.»

Dos empleados se empeñaron en responder a la pregunta del director norteamericano. El hindú Shankar Malviya, de treinta y dos años, y el musulmán Bashir Ullah, de treinta y uno, dirigían el sindicato principal de la empresa. Ambos habían nacido en el seno de familias muy pobres de los bastís de Bhopal. Su energía y su voluntad de movilizarse al servicio de sus compañeros les proporcionaban una inmensa popularidad. En una carta extremadamente violenta, acusaron formalmente a la dirección de ser responsable de la muerte de su compañero. En efecto, una norma de seguridad prohibía todo almacenamiento de fosgeno cuando la unidad encargada de fabricarlo no estaba en funcionamiento. Y eso es lo que había sucedido en el momento de la intervención de Ahsraf. Ningún rastro de gas debería haberse encontrado en el interior de las tuberías. Sin embargo, a pesar del reglamento, una cierta cantidad de fosgeno había permanecido en los depósitos. Ningún encargado avisó al desdichado operario, lo que hacía que la empresa fuera la responsable del accidente. Según los dos jefes sindicalistas, ese hecho indicaba una indudable falta de seguridad en Carbide. Iban a pedir al gobierno de Madhya Pradesh que coló-

case inmediatamente a la fábrica en la categoría de empresas fabricantes de productos de alto riesgo, lo que le supondría tener que someterse a normas de seguridad mucho más estrictas.

«Por primera vez, la gente fue consciente de una realidad que todas nuestras campañas de seguridad no habían conseguido hacerles entender: las sustancias que manipulaban eran mortales -dijo Kamal Pareek-. Pero, esa vez, el peligro sí tenía rostro.»

El 10 de febrero de 1982, después de poco más de un mes de la muerte de Mohammed Ashraf, se produjo un nuevo accidente que provocó la intoxicación de veinticinco obreros. Tuvieron que ser hospitalizados con toda urgencia. Felizmente, no hubo muertes. Hubo un escape de gas en una bomba de fosgeno. El hecho de que ninguna de las víctimas hubiera recibido la orden de ponerse la máscara protectora al desplazarse por una zona de riesgo exacerbó la ira de ambos sindicalistas. La dirección se defendió arguyendo que los escapes causados por deficiencias mecánicas no superaban nunca el *toxicity level* «el nivel de toxicidad», más allá del cual ese tipo de problemas podían llegar a ser fatales. Ullah y Malviya buscaron en vano saber según qué criterios exactos se había fijado dicho «nivel», ya que no figuraba en ningún manual ni en ningún documento oficial de la empresa. «Eso formaba parte de los numerosos misterios que rodeaban las operaciones de Carbide en Bhopal», reconocerían.

Su ira no se amedrentaría. El 5 de octubre del mismo año, un nuevo accidente ocurrió en la fábrica en mitad de la noche. Esa vez se desencadenó en la unidad que fabricaba isociana-to de metilo. Mientras un operador abría una válvula en una -canalización de MIC, la abrazadera que la unía a otros tubos se rompió bruscamente, lo que provocó el escape de una enorme nube de vapores tóxicos. Antes de huir, el operador puso

en marcha la sirena de alarma. Segundos más tarde, según el procedimiento puesto a punto por Kamal Pareek, la voz del supervisor de la sala de control ordenó la evacuación de la fábrica. La posición de la veleta situada en la cima del mástil indicaba un viento moderado de sector norte-nordeste. Todos los que estaban presentes en la fábrica huyeron a toda velocidad en la dirección opuesta, hacia los bastís de la Explanada negra.

El Mángala Express arrancaba regularmente de su sueño a los habitantes de aquellos barrios. Cada noche, todo el mundo sufría el estruendo de su paso. Únicamente la vieja comadrona Prema Bai no lo padecía: era sorda. Los vecinos decían que ni siquiera el estrépito de un rebaño de elefantes pisoteando las chabolas de su callejuela la despertaría. Sin embargo, fue ella quien aquella noche dio la voz de alarma.

-¡En pie! ¡En pie todo el mundo! ¡Hay lío en la Carbide!  
—gritó, corriendo de chabola en chabola, envuelta en su sari blanco de viuda.

Prema Bai fue la primera en oír el lejano ulular de la sirena. Despertados por los gritos, los vecinos se levantaron uno tras otro refunfuñando, furiosos por haber sido arrancados por segunda vez de su sueño. Todo el mundo aguzó el oído hacia los rugidos ensordecedores que venían de la fábrica.

-A lo mejor alguien ha prendido fuego en algún sitio -dijo socarronamente Ganga Ram, que profesaba un odio mortal a Carbide.

—¡Calma, amigos! -intervino Belram Mukkadam-. Casi todos los días se oye la sirena. No suena para nosotros, sino para los que están en la fábrica.

-Quizá hasta se pone en marcha sola -se aventuró a decir el sastre Ahmed Basi.

-Pero, sin embargo, está sonando -interrumpió Salar, el reparador de bicicletas-. Hay que informarse.

-Tienes razón, Salar -aprobó el brujo Nilamber, tocándose nerviosamente la perilla.

Una voz subió entonces del suelo. El «sin piernas» Rahul acababa de llegar sobre su plancha de ruedas. A pesar de las prisas, se había entretenido en arreglarse el moño y ponerse los collares.

-Veamos, amigos, ¿por qué os da miedo esa sirena? -preguntó-. ¡Se la oye casi todos los días!

-Sí, pero esta noche suena sin parar -intervino Sheela, la madre de Padmini, visiblemente preocupada.

La concurrencia crecía de minuto en minuto. Recién des-pertados, despeinados y descalzos, muchos vecinos llegaban de Chola y de Jai Prakash. La llamada de la vieja Prema Bai se había propagado de callejuela en callejuela.

Ratna Nadar, el padre de Padmini, se inclinó hacia el «sin piernas».

-¿Tú sabes qué produce la fábrica de Carbide? —interrogó.

Rahul pareció sorprendido por la pregunta.

-Eso habría que preguntártelo a ti, ya que hace dos años que trabajas allí todos los días.

Nadar hizo como si reflexionara, y luego se encogió de hombros en señal de impotencia.

-No, yo no sé nada. Nadie nos lo ha dicho.

Rahul avanzó sobre su plancha hacia el centro de los reunidos, que formaron un círculo a su alrededor. Su reputación de ser el hombre mejor informado de los bastís le granjeaba la atención de los presentes.

—Pues yo voy a deciros lo que fabrica Carbide en la Explanada negra -declaró entre el silencio general-. He preguntado a los peces gordos y os puedo asegurar que no tenéis

nada que temer. Carbide fabrica medicinas para las plantas enfermas. Granitos blancos que hacen desaparecer los insectos que las atacan y que roban las cosechas a los pobres tipos que las han plantado. Y esos granitos blancos no son un peligro para nadie. Excepto para los malditos bichitos de las plantas.

Ratna Nadar se acordó de las hordas de pulgones negros que devoraron su campo en Mudilapa.

-¿Quieres decir que todas esas tuberías, todas esas máquinas y todos esos sacos de polvo que acaban todos los días en los camiones son sólo para matar bichejos?

La emoción le agarrotaba la garganta.

-Lo has entendido, hermano -aprobó Rahul; y después, mostrando con su mano derecha llena de anillos la fábrica iluminada, dijo con voz solemne-: Podéis volver a acostaros, amigos. Esta sirena no es para nosotros.

Apenas el «sin piernas» hubo terminado de hablar, cinco hombres surgieron en la noche al borde de la vía férrea. Despavoridos, lívidos, con los ojos fuera de las órbitas y al límite de sus fuerzas, parecían espectros sacados de una película de terror. Uno de ellos llevaba en los brazos a un compañero inconsciente. Otros fugitivos llegaron tras ese primer grupo.

-¡Largaos! Ha habido un accidente -dijo resoplando uno de ellos, que se había detenido para tomar aliento-. La fábrica está llena de gas. Si el viento empieza a soplar hacia aquí, os puede pasar lo mismo.

Belram Mukkadam alzó su bastón por encima de las cabezas de los reunidos. Había anudado su *gamcha* (2) en un extremo y la esgrimía como un banderín.

-¡Nos largamos! -gritó-. Seguidme, ¡de prisa!

(2) Trozo de tela de algodón que sirve de toalla para secarse el sudor o de pañuelo contra el frío.

Una especie de cortejo se formó tras él. No hubo pánico porque, a pesar de la sirena que seguía rugiendo, era difícil creer en el peligro. Antes de partir, la vieja Prema Bai encendió incienso ante la efigie del dios del pequeño altar situado al fondo de la callejuela. Entonces apareció un hombrecillo gordínflón, de barba hirsuta y rojo turbante: ayudado por sus dos hijos, el usurero Pulpul Singh se llevaba su bien máspreciado. ¡Jamás hubiera dejado su casa sin la caja fuerte cuya combinación él era el único que conocía!

Los repetidos bocinazos de la sirena de alarma no mermaron en absoluto la confianza de los responsables de la fábrica. En cuanto a las autoridades gubernamentales locales, se contentaron con escribir a los dos jefes del sindicato para confirmarles que la seguridad de los trabajadores de Carbide «sería objeto de una investigación cuidadosa en el momento oportuno».

Exceptuando al desdichado Ashraf, los accidentes no habían producido víctimas, ni en la fábrica ni en el exterior. En Carbide estimaron que era el precio que había que pagar por el rodaje de toda instalación nueva. Sin embargo, los dos sindicalistas no estaban de acuerdo. Hicieron imprimir seis mil carteles que sus seguidores se apresuraron a pegar en los muros de la fábrica y en toda la ciudad. «*Beware! Beware! Beware! Accidents! Accidents! Accidents!*» (3) clamaban en enormes letras rojas bajo las que se podía leer: «La vida de miles de obreros y de cientos de miles de habitantes de Bhopal corre peligro a causa de los gases tóxicos producidos por la fábrica química de Carbide.» Los carteles enumeraban todos los accidentes que se habían producido, las repetidas violaciones de las leyes del tra-

(3) «¡Atención! ¡Riesgo de accidente!»

bajo y las infracciones en la aplicación de las normas de seguridad. Pero para movilizar a la opinión pública de un modo efectivo, el sindicalista hindú Malviya contaba con un arma mucho más eficaz. El Mahatma Gandhi la había utilizado con éxito para forzar a los colonizadores británicos a aceptar sus exigencias: ofrecer su vida a su adversario. El jefe sindicalista anunció que iba a empezar una huelga de hambre.

El enjuto hombrecillo de piel oscura se había atrevido. Hacía ya una semana que permanecía tumbado sobre un pedazo de tela de *khadi* (1) junto a la entrada de la fábrica. Con la nuca apoyada sobre una piedra y una jarra de agua a su lado, Malviya encarnaba la rebelión de los obreros de Carbide contra las condiciones de trabajo que habían llevado a uno de sus compañeros a la muerte. Todas las mañanas, al alba, cinco trabajadores de la fábrica se colocaban junto a él para ayunar en su compañía durante veinticuatro horas. Antes de incorporarse a sus puestos de trabajo, los demás obreros se concentraban alrededor de los huelguistas para manifestar su solidaridad. «*Har zorzulm key takkarmein sangharsh homar a tiara hai!*» («¡Contra toda forma de opresión, luchemos!»), gritaban a coro cientos de voces.

Para la multinacional que había edificado gran parte de su reputación sobre el lema «*safety first*» («la seguridad es lo primero»), esas huelgas de hambre y las manifestaciones que las acompañaban constituían un chantaje inaceptable. La reacción fue inmediata y radical. Todas las reuniones políticas y sindicales en el interior de la fábrica fueron prohibidas. D. S. Pande,

(1) Tela de algodón crudo hilada con rueca.

el enérgico jefe de personal, no dudó en bajar a la arena para prender fuego a la tienda donde el sindicato principal hacía guardia permanentemente. La pelea que siguió se saldó con varios heridos, entre los cuales se encontraba el propio Pande, lo que les valió a los responsables sindicalistas la expulsión inmediata. Sin renunciar al combate, continuaron su acción en el exterior. Reuniones y desfiles denunciando la muerte de Mohammed Ashraf y demandando un refuerzo de la seguridad se sucedieron por toda la ciudad, mermando seriamente en la opinión pública el prestigio de una empresa unánimemente respetada. Curiosamente, ni el norteamericano Woomer ni ninguno de sus adjuntos indios parecieron alarmarse por la repentina explosión de descontento. Ese tipo de agitación obrera era ciertamente una pauta de comportamiento en las empresas indias. Los trabajadores no dudaban en secuestrar a sus patronos en sus despachos durante semanas enteras. Pero en Carbide, el hecho de que un simple obrero pudiese tumbarse en la acera para desafiar a la tercera empresa mundial de productos químicos fue vivido como un crimen de lesa majestad; un crimen que atentaba injustamente contra el ideal de «una mano tendida a los campesinos de la India» que había sido soñado en Nueva York; un crimen que destruía el mito de que pertenecer a Carbide era el mejor signo de un karma próspero. Un crimen que despreciaba el prestigio del uniforme del rombo que toda una generación de jóvenes indios que salían de las escuelas técnicas soñaban llevar. «Sabía que la fábrica no era perfecta —dijo Warren Woomer—, pero realizábamos nuevas mejoras sin cesar. Hasta la muerte de Ashraf habíamos conseguido un baremo de seguridad único en la historia de la empresa.» El norteamericano no veía razón alguna para que esa situación se degradase. Tenía una confianza ciega en sus colaboradores; después de todo, era él quien los había formado. Sabía que el manual de cuatrocientas páginas que habían

redactado a su regreso del Institute era su Biblia. Y si la muerte de un hombre era un golpe duro, ello no debía desacreditar el funcionamiento de un sistema. A pesar de que se habían economizado costes, reduciendo algunos equipamientos en el momento de su construcción, Woomer estaba convencido de estar al mando de uno de los navios más seguros de la flota industrial mundial. En la dirección de la fábrica nadie lo dudaba, empezando por el propio Woomer: las manifestaciones no eran más que una campaña de agitadores que buscaban sueldos más altos y menos horas de trabajo.

Era uno más de los miles de periódicos que la India publicaba todas las semanas en sus innumerables lenguas. El *Rapat Weekly* de Bhopal estaba escrito en hindi, y su modesta tirada —seis mil ejemplares— no le daba casi lectores en una ciudad de mayoría musulmana donde el idioma principal era el urdu. Pero la precisión de sus investigaciones y la independencia de sus comentarios le hacían contar con unos lectores marginales e incondicionales, deseosos de descubrir los numerosos escándalos que salpicaban la ciudad. Sacarlos a la luz era la especialidad periodística que había escogido el fundador y único redactor del *Rapat Weekly*.

Hijo y nieto de periodistas, el hindú Rajkumar Keswani, de treinta y cuatro años, pertenecía a una familia oriunda de la provincia de Sindh, llegada a Bhopal después de la partición de la India en 1947. A los dieciséis años había dejado el colegio para colaborar en un periódico deportivo; luego ingresó en la sección de sucesos del *Bhopal Post*. Durante años, este incansable investigador describió los pequeños y grandes acontecimientos de la ciudad de las begums. Después de la quiebra del *Post*, Keswani invirtió sus ahorros en la creación de un pequeño semanario al servicio de los verdaderos intereses de

sus conciudadanos. Para ese aficionado a la poesía, a la botánica y a la música —nunca viajaba en coche sin un maletín lleno de cintas grabadas—, las amenazas que las nuevas industrias hacían pesar sobre el medio ambiente de la ciudad eran el peor de los peligros. El descubrimiento de concesiones irregulares de licencias industriales le empujó a buscar complicidades entre Carbide y las autoridades locales. Si el misterioso incendio de la unidad de alfa-naftol ya había azuzado su curiosidad, el envenenamiento de Mohammed Ashraf fue un acontecimiento determinante. Se lanzó a una investigación que lo habría convertido en un salvador en caso de que lo hubieran escuchado.

«La casualidad quiso que conociese a Ashraf -contó-. Vivía justo al lado del cuartel de bomberos donde había instalado mi despacho. Recibía a menudo a compañeros de trabajo. Juntos evocaban los peligros de su profesión. Hablaban de gases tóxicos, de escapes mortales, de riesgos de explosión... Algunos no escondían su intención de despedirse. Para mí, que creía que la fábrica elaboraba un inocente polvo blanco como el que me servía para proteger del pulgón a los rosales de mi terraza, todo ese asunto era realmente terrorífico.»

En cuanto hubo enterrado a su amigo Ashraf, el periodista se precipitó hacia los compañeros del difunto. «Quería saber si su muerte era un accidente aislado, o el resultado de un fallo de la propia fábrica.»

Keswani recogió suficientes testimonios como para acusar a Carbide. Bashir Ullah, uno de los responsables sindicales expulsados, consiguió introducir al periodista de noche en el interior de la fábrica. Recorriendo las distintas unidades de fabricación, pudo respirar a pleno pulmón el olor a hierba recién cortada del fosgeno, o el de col hervida del isocianato de metilo.

Para paliar en lo posible su falta de formación científica, realizó una visita al decano del departamento de química de

una importante escuela técnica, y consultó todos los libros especializados de su biblioteca. Las conclusiones a las que llegó le helaron la sangre. «El solo hecho de entender que el isociana-to de metilo y el fosgeno son dos veces y media más pesados que el aire, y que tienen propensión a desplazarse en nubecillas a ras de suelo, me llevó inmediatamente a pensar que un escape masivo de estos gases sería catastrófico -explicó-. Después de examinar en profundidad los sistemas de seguridad de la fábrica, entendí que la tragedia no era más que una cuestión de tiempo.»

Una inopinada visita iba a proporcionar a Rajkumar Keswani los argumentos técnicos que le faltaban para hacer estallar la bomba periodística. En el mes de mayo de 1982, tres ingenieros norteamericanos del centro técnico de la división de productos químicos y plásticos de South Charleston desembarcaron en Bhopal. Estaban encargados de hacer un peritaje sobre el buen funcionamiento de la fábrica para confirmar que todo se desarrollaba según las normas dictadas por Carbide para este tipo de instalaciones. Simple rutina. Ninguno de los dirigentes esperaban obtener de ella la más mínima revelación preocupante.

El centenar de infracciones de las reglas de funcionamiento y de seguridad reveladas por los investigadores podían, a primera vista, parecer poca cosa en una fábrica tan vasta y de tamaño complejidad. «Nuestro trabajo se desarrollaba en las mejores condiciones -confirmó Warren Woomer-. Mi objetivo era producir suficiente Sevin para satisfacer el mercado.»

Gracias a sus cómplices en la fábrica, Keswani consiguió hacerse con el informe pericial. No pudo creer lo que veían sus ojos. Los expertos decían que los alrededores de la fábrica estaban «cubiertos de viejos bidones grasientos, de tuberías gas-

tadas, de charcos llenos de aceite y de desechos químicos susceptibles de provocar incendios». El documento denunciaba también la chapuza de algunos empalmes, la deformación de ciertas piezas del equipo, la corrosión de varios circuitos, la ausencia de extintores automáticos en las zonas de producción de MIC y de fosgeno y el riesgo que había de que explotara la incineradora de evacuación de los gases. Asimismo, cuestionaba la elección del emplazamiento de algunos aparatos, ya que se corría el riesgo de que éstos atraparan a sus operadores en caso de incendio o de escape tóxico. Criticaba la falta de indicadores de presión y la insuficiente identificación de innumerables piezas del equipo. Constató escapes de fosgeno, de MIC y de cloroformo, rupturas de canalizaciones y de juntas de estanqueidad, la ausencia de una línea de tierra sobre uno de los tres depósitos de MIC, la imposibilidad de aislar los numerosos circuitos a causa del deterioro de sus válvulas y el mal ajuste de algunos aparatos cuyo exceso de presión podía hacer entrar agua en los circuitos. Se extrañaba de que la aguja del manómetro de presión de un depósito de fosgeno, que estaba lleno de gas, estuviera clavada en la cifra cero. Se alarmaba ante el mal estado y del impropio emplazamiento de algunos equipos de socorro, hecho que dificultaba el poderlos utilizar en caso de escape o de incendio, y subrayaba la ausencia de una comprobación periódica del buen funcionamiento de los instrumentos más sofisticados y de los sistemas de alarma. Sin embargo, era en el terreno humano donde el informe aportaba las revelaciones más interesantes, mostrando su preocupación ante una rotación alarmante de un personal insuficientemente formado, unos métodos de instrucción insatisfactorios y por la falta de rigor detectada en los informes de las operaciones de mantenimiento. En las cincuenta y una páginas del informe había solamente tres líneas dedicadas al más importante de todos los fallos revelados. Dichas líneas especi-

ficaban que la limpieza de una tubería había sido efectuada sin que el responsable encargado de la operación hubiera tomado la precaución de obstruir las dos extremidades con un disco especial, destinado a impedir que el agua del enjuague se infiltrase en otras partes de la instalación. Un día, esta negligencia sería el detonador de una tragedia.

«¡Por favor, salvad a nuestra ciudad!», exclamaba Rajkumar Keswani en los titulares del primer artículo que publicó el 17 de septiembre de 1982. Demostrando con numerosos ejemplos los riesgos que implicaba la fábrica, el periodista se dirigía primero a sus dirigentes: «Estáis poniendo en peligro a toda la aglomeración, empezando por los barrios de Orya bastí, de Chola y de Jai Prakash, pegados a los muros de vuestras instalaciones.» Dirigiéndose después a sus conciudadanos, Keswani les rogaba que tomasen conciencia de la amenaza que Union Carbide hacía pesar sobre sus vidas. «Si un día ocurre alguna desgracia -les advertía-, no digáis que no lo sabíais.»

¡Pobre Keswani! Como Casandra, había recibido el don de predecir las catástrofes, pero no el de convencer. Su primer artículo pasó casi inadvertido. Carbide estaba demasiado bien instalada en su pedestal como para que las opiniones male-dicentes de un periódico sensacionalista pudiesen echarla abajo.

Sin descorazonarse, dos semanas más tarde el periodista volvió a la carga. «Bhopal: estamos todos sentados en el cráter de un volcán», anunciaba en grandes letras la portada del *Rapat Weekly* del 30 de septiembre de 1982. «El día en que Bhopal será una ciudad muerta no está lejos, falta poco para el día en que las piedras y los escombros serán los únicos testigos de su trágico fin», profetizaba el autor. Las revelaciones contenidas en el artículo deberían haber precipitado a la ciu-

dad entera hacia la Explanada negra para exigir el cierre inmediato de la fábrica. Pero no fue así. El *Rapat Weekly* predicaba en el desierto.

La semana siguiente, un tercer artículo titulado «Si os negáis a comprender, seréis reducidos a polvo» describía en detalle el escape que, cuatro días antes, había provocado la evacuación de la fábrica en plena noche y el «sálvese quien pueda» general entre los habitantes del Orya bastí y de los barrios vecinos.

Tanta indiferencia, tanta ceguera terminaron por asquear al periodista. Los bhopalíes preferían creer las mentiras destiladas por la propaganda de Carbide, por lo que los abandonaría a su suerte. Cerró su periódico, metió su colección de discos y de cintas en dos maletas y sacó un billete de tren para Indore, donde un gran diario le ofrecía un puente de plata. Pero antes de dejar Bhopal quiso contestar al ministro de Trabajo del estado de Madhya Pradesh, que había declarado ante la tribuna de la Asamblea: «No hay ninguna razón para preocuparse por la presencia de la factoría de Carbide porque el fosgeno que fabrica no es un gas tóxico.» En dos largas cartas, Keswani resumió las conclusiones de su investigación personal. Dirigió la primera a la más alta autoridad del Estado, el primer ministro Arjun Singh, de quien nadie ignoraba los vínculos que mantenía con los dirigentes de Carbide. Y la segunda, al presidente de la Corte Suprema en forma de una petición que reclamaba el cierre de la fábrica. Ninguno de los dos destinatarios de las cartas se tomó la molestia de contestar a su autor.

27      **Un tesoro de Alí Baba para los héroes  
de la Explanada negra**

-¡Todos a la *tea-house*! ¡Ganga nos quiere dar una sorpresa! Rahul corría como un rayo sobre su plancha de ruedas para anunciar la noticia de callejuela en callejuela. Los habitantes del Orya bastí, Chola y Jai Prakash corrieron en seguida hacia allí. Su disponibilidad, su increíble capacidad de movilizarse y su vitalidad parecía hacerlos indestructibles ante la adversidad. Las visitas semanales de la hermana Felicity no hacían sino convencerla cada vez más: en realidad, los desheredados que venía a socorrer no necesitaban nada. Eran más fuertes que la desgracia. Quien ese día les prometía «una gran sorpresa» era uno de los personajes más respetados de los tres bastís. A lo largo de los años, el antiguo leproso Ganga Ram se había convertido, como Belram Mukkadam y el padrino Munné Baba, en una figura destacada de la Explanada negra. El hecho de haberse visto rechazado por el *tharagar* de Carbide unos años antes no había destruido su capacidad de supervivencia. Aquel mismo año, unos días antes de *Diwali*, la fiesta de las luces y de la prosperidad, época en la que todos los hindúes pintan de nuevo sus casas, sin pensarlo Ganga pasó a ejercer el oficio de pintor de brocha gorda. A fin de comprarse una escalera, un cubo y varios pinceles acudió a visitar a otro superviviente

de la lepra, al que antaño él había cuidado en el hospital Hamidia. Recibido como el dios Ram en carne y hueso, Ganga le pidió prestado el dinero que necesitaba. Dos años más tarde, su empresa contaba con seis empleados. Pero el éxito no se le subió a la cabeza. Ganga no dejó el barrio donde un día cuatro rayas trazadas con bastón en el polvo le habían ofrecido un techo a él, a su mujer, Dalima, y a su hijo Dilip. Toda la comunidad había aprendido a conocer y a apreciar a Dalima, una joven luminosa de ojos verdes y manos tatuadas, que se desplazaba sobre sus muletas sin quejarse jamás, siempre sonriente. Era púdica en extremo, nunca se había levantado el sari para dejar ver las horribles cicatrices que marcaban sus piernas, ni las fracturas óseas que sobresalían bajo la piel. Dalima era un milagro andante. Alarmado por la gangrena que invadía sus piernas, el cirujano del hospital Hamidia había querido amputárselas. La reacción de la joven fue tan violenta que todo el hospital la oyó. «Prefiero suicidarme antes que perder mis piernas», había declarado al cirujano. Éste intentó colocarle un nuevo tornillo, y luego un injerto. Dalima pudo conservar sus piernas, pero estaban inertes. Durante toda su vida, la desdichada se vería condenada a arrastrarse sobre unas muletas, o a dejarse llevar en brazos por el antiguo leproso con quien había tenido la suerte de unir su destino.

Ganga organizó la «sorpresa» de la *tea-house* como una fiesta. Había trocado sus sandalias y su vieja camisa azul de pintor por unas babuchas en forma de góndola y una magnífica *kurta* de algodón blanco, bellamente bordada. Dando libre albedrío a su talento de actor, se cubrió la cabeza con un viejo sombrero de copa: parecía un maestro de ceremonias de algún circo. Tocados con turbantes de cartón rojo y vestidos con chalecos amarillos y pantalones blancos adornados con galones dorados, seis músicos le rodeaban. Dos de ellos sostenían unos palillos de tambor entre sus roídas falanges de anti-

guos leprosos; otros dos, címbalos, y los dos últimos, unas trompetas abolladas. Santosh, uno de los trompetistas, un hombrecillo jovial con la cara picada de viruela, era el padre de Dalima. Había llegado de Orissa, donde hacía estragos una sequía aún más severa que las padecidas por Padmini y su familia.

Al igual que el día de la distribución de los títulos de propiedad, Ganga, Mukkadam, el reparador de bicicletas Salar y los demás miembros destacados de la comunidad hicieron sentarse a los recién llegados en semicírculo alrededor de la *tea-house*. Cuando ya no quedó ni un sitio libre, Ganga saludó a la multitud e hizo una seña a los músicos para que empezaran. Como parte obligada de toda celebración india, un estruendo envolvió en seguida a los asistentes en medio de la alegría de todos. Al cabo de algunos minutos, Ganga levantó su sombrero, y la música se detuvo.

-¡Amigos míos! -gritó—, os he reunido para compartir un acontecimiento tan feliz que no podía guardarlo para mí solo. Ahora que estáis todos aquí, voy a ir a buscar la «sorpresa» que os tengo reservada.

Hizo una seña a los músicos para que le abriesen paso. Unos instantes más tarde, el pequeño cortejo estaba de regreso en medio de una algarabía de trompetas, redobles de tambor y golpes de címbalo. Detrás de los músicos, el antiguo leproso avanzaba con la majestad de un emperador mongol. Llevaba en sus brazos a su esposa Dalima, envuelta en un sari de muselina azul bordada con motivos dorados. Con las muñecas tatuadas y las orejas adornadas con pendientes, la joven sonreía y saludaba con la gracia de una princesa. Cuando el cortejo llegó frente a la *tea-house*, Ganga y los músicos se dieron media vuelta para presentarse ante la multitud. El estruendo de las trompetas y los címbalos subió todavía unos decibelios más.

Ganga mandó detener la música, haciendo una señal con la cabeza. Entonces, hinchando el pecho como un atleta de

feria, levantó a su mujer en brazos para presentarla como regalo a la multitud. Luego, con el rostro iluminado por la satisfacción, dejó caer lentamente a Dalima en el suelo. En cuanto sus pies tocaron tierra, ella se irguió alzando la espalda y luego, avanzando prudentemente, empezó a caminar. Asombrada y emocionada, la multitud no creía lo que veían sus ojos. Aquella mujer, cuyo suplicio silencioso todos habían seguido durante tantos años, estaba allí, frente a ellos, frágil y vacilante, pero de pie. La gente se levantó para ver de cerca el milagro. Su marido había pensado en todo: como por arte de magia, aparecieron guirnaldas de claveles amarillos y de suave fragancia. Padmini y Dilip, el hijo de Dalima, le colocaron collares de flores alrededor del cuello. Muy pronto la joven desapareció bajo un montón de guirnaldas que la cubrían desde los hombros hasta la coronilla. Ganga lloraba como un niño. Blandió su chistera para dirigirse de nuevo a la asistencia.

—¡Hermanos y hermanas, la fiesta no ha hecho más que empezar! -gritaba, con la voz estrangulada por la emoción-. ¡Tengo una segunda sorpresa para vosotros!

Esta vez fue Dilip quien marchó con la banda a por la nueva «sorpresa» de Ganga Ram. Dilip ya no era el niño que antaño «hacía» los trenes. A sus dieciocho años, se había convertido en un fuerte muchacho que trabajaba como pintor con Ganga Ram. Se le conocía una sola pasión: las cometas. Todos los días, sus aeronaves de papel y trapos hacían planear en el cielo los sueños de evasión y de libertad de todo un pueblo oprimido.

Era una evasión de naturaleza totalmente distinta la que el antiguo leproso ofrecía hoy a sus compañeros. Precedido por los seis músicos que entonaban con ardor un himno triunfal, Dilip volvió llevando sobre su cabeza un bulto rectangular disimulado bajo una alfombra de seda bordada. Dalima seguía la procesión de su hijo con una preocupación cómplice. Ganga mandó al joven colocar el objeto en la mesa preparada por

Mukkadam. Su sonrisa maliciosa decía cuánto disfrutaba con la situación. Hizo callar la música y, volviendo a tomar su chistera, se dirigió a los presentes.

-¡Amigos míos! ¿Acaso alguno de vosotros me puede decir lo que hay bajo la alfombra? —preguntó.

-Es un baúl para guardar ropa -gritó Sheela Nadar, la madre de Padmini.

¡Pobre Sheela! Como la mayoría de las familias del bastí, la suya no poseía mueble alguno. Un baúl de hojalata carcomido por el óxido, a veces invadido de cucarachas, era lo único con que contaban para guardar el sari de boda y unos pocos trajes.

Una niña pequeña se acercó y colocó su oído contra la «sorpresa».

-¡Apuesto a que has encerrado un oso en una jaula bajo tu alfombra!

Ganga estalló en carcajadas, mientras el público permanecía expectante. La hipótesis de la chiquilla no sorprendía a nadie. En el Orya bastí, como en todos los barrios, pobres o pudientes, los domadores de animales y otros saltimbanquis no eran algo extraño. Domadores de monos, de cabras, de mangostas, de ratas, de loros, de escorpiones..., encantadores de víboras y de cobras... En cualquier momento, un timbre, un gong, un silbato, una voz anunciaban el paso de tal o cual espectáculo. De todos ellos, el más popular era el que mostraba el oso, sobre todo entre los jóvenes. Regalar un oso a los niños del Orya bastí hubiera sido en verdad una idea magnífica. Pero Ganga Ram había tenido una idea mejor. Con la precisión de un prestidigitador dispuesto a sacar palomas de su chistera, colocó su sombrero sobre el objeto misterioso. Luego, dando palmadas, dio la señal a la banda. Los tambores y los címbalos se mezclaron con las trompetas en medio de un estruendo ensordecedor. Como para un ritual, el antiguo leproso invitó a Dalima a dar tres veces

la vuelta a la mesa sobre la que estaba colocada la «sorpresa». Digna y erguida bajo su velo de seda azul bordado con una franja dorada, la mujer se acercó con cuidado. Su andar era incierto, pero todos y cada uno de los asistentes estaban como hipnotizados ante aquella silueta que encarnaba, en ese momento, la capacidad de los pobres de triunfar sobre la desgracia.

Una vez Dalima hubo dado tres vueltas, Ganga volvió a coger su chistera y la agitó para hacer callar a los músicos.

—Y ahora, amigos míos, la propia Dalima desvelará mi segunda sorpresa -anunció.

Cuando la mujer tiró de la alfombra, un «¡Oh!» de estupor surgió de todas las gargantas. Diez años después de que su país hubiese enviado un satélite al espacio, seis años después de que la India hubiera hecho estallar una bomba atómica, docenas de millones de indios ignoraban la existencia de aquel aparato: sobre la mesa de la *tea-house* reinaba el primer televisor de los bastís de la Explanada negra.

Los responsables de la «bonita fábrica» se sentaron alrededor de la larga mesa de teca de la sala de conferencias para examinar el informe demoledor de los tres investigadores de Charleston. Kamal Pareek, el responsable adjunto de seguridad, se sentía particularmente aludido por ciertas observaciones. No estaba solo. «Sin duda, las anomalías reveladas en el informe formaban parte de los fallos habituales de una gran fábrica -dijo-, pero no por ello su gravedad era menor.» Y ésa era también la opinión del norteamericano que la dirigía. Warren Woomer formaba parte de esa raza de ingenieros para quienes una sola válvula defectuosa es un atentado contra el ideal de rigor y de moralidad que rige su vida profesional. «Apretar mal un tornillo es una falta tan grave como dejar que un reactor de fosgeno se acelere», le gustaba repetir a sus

operarios. Con su voz tranquila y ligeramente cansina, enumeró las observaciones contenidas en el informe. Antes de buscar a los culpables y de sancionarlos, era preciso poner remedio a todas las anomalías. La tarea duraría semanas, quizá meses. Un programa de las reparaciones y de las modificaciones necesarias de la instalación debía ser enviado al centro técnico de South Charleston y aprobado por sus ingenieros.

Pero acondicionar la fábrica de Bhopal de acuerdo con las normas sería tarea de otro capitán. Deseosos de proceder a la completa «indianización» de las empresas extranjeras instaladas en la India, el gobierno de Nueva Delhi no aceptó renovar el permiso de residencia del norteamericano. Frente a él se encontraba ya su sucesor, un *bramín* (1) de cuarenta y cinco años con la tez cetrina de la gente del sur, poseedor de un impresionante historial universitario y profesional. El presidente de Carbide y su estado mayor habían aprobado sin reservas el nombramiento de aquel superdotado. Sin embargo, Jagannathan Mukund no podría impedir a la fábrica de Bhopal caminar hacia el desastre.

De nuevo, una vez más, el pueblo de los bastís mostró su destreza. En menos de una hora el televisor de Ganga Ram empezó a difundir sus primeras imágenes. A falta de electricidad en el barrio, los amigos de Ganga Ram tendieron un cable hasta la línea que alimentaba a la fábrica. Salar, el reparador de bicicletas, improvisó una antena con una rueda montada sobre la horquilla de una bicicleta. La instalación pirata tenía buena pinta: se parecía a una estación de seguimiento de satélites.

De pronto, una imagen iluminó la pantalla. Cientos de asombrados ojos vieron a una presentadora anunciar en hindi el pro-

(1) Perteneciente a la casta de los bramines, considerada como la más alta en la jerarquía de castas de la India.

grama de *Doordarshan*, la televisión nacional. La aparición hizo desaparecer de repente la monotonía, el barro, los hedores, las moscas, los mosquitos, las cucarachas, las ratas, el hambre, el desempleo, la enfermedad y la muerte. También acabó con el miedo que inspiraba la gran fábrica cuyas guirnaldas de bombillas iluminaban la noche.

Con un nuevo episodio de una larga serie comenzaba todas las noches el programa de la única cadena de la televisión india. La epopeya del *Ramayana* es a la India lo que la *Leyenda áurea*, *La chanson de Roland* y la Biblia eran para las muchedumbres de Occidente en la época del esplendor de las catedrales. Gracias a Ganga Ram, los habitantes de la Explanada negra iban a descubrir en imágenes los mil dramas y la magia de su leyenda popular. Cada noche, durante una hora, vivirían la más maravillosa de las historias de amor entre el príncipe Rama y su divina Sita. Reirían, llorarían, sufrirían, se exaltarían con ellos. Muchos se sabían de memoria trozos enteros.

Padmini se acordaba de que, en su infancia, su madre le cantaba las aventuras míticas del general de los monos. Cada vez que unos trovadores cruzaban el pueblo, su familia y los vecinos se reunían en la plaza para escuchar los relatos fantásticos que, desde la noche de los tiempos, daban una dimensión sagrada a la vida cotidiana. Ni un solo recién nacido se dormía sin oír la voz de su hermana mayor salmodiándole algún episodio del gran poema épico. Los juegos de los niños se inspiraban en los enfrentamientos entre buenos y malos; los libros de texto exaltaban las hazañas de los héroes; y las ceremonias de boda ponían como ejemplo la fidelidad de Sita.

¡La bendición sea contigo, Ganga Ram! ¡Gracias a ti, el sueño había vuelto! Frente a tu ventana mágica, los hombres y las mujeres de la Explanada negra iban a sacar nuevas fuerzas para superar la prueba de su karma.

Catorce años, seis meses y diecisiete días después de que un albañil indio hubo colocado el primer ladrillo de la fábrica de Carbide en Bhopal, su último capitán norteamericano la dejaba. «Ese 6 de diciembre de 1982 permanecerá como uno de los días más nostálgicos de mi vida», dijo Warren Woomer. La semana anterior a su partida, los Woomer habían estado envueltos en un torbellino de recepciones, cada uno deseando despedirse del *quiet American* que supo casar las diferentes culturas de sus equipos indios con las exigencias de una estructura industrial de alta tecnología. Sin duda, la muerte de Mohammed Ashraf, la agitación sindical de principios de año y las conclusiones preocupantes del informe pericial del verano revelaban algunas fisuras en el buque. Pero «*Sahb*» (1), como lo llamaban afectuosamente sus obreros indios, se marchaba con la cabeza muy alta. Todos los problemas serían resueltos, los defectos corregidos y los fallos enmendados. Estaba seguro: ningún accidente grave empañaría jamás la reputación de la «bonita fábrica» implantada en el corazón de la India. Seguiría produciendo con toda seguridad el preciado polvo blanco indis-

(1) Diminutivo afectuoso de sahib.

pensable para los campesinos de la India. Woomer aceptó con agradecimiento los regalos grabados con su nombre.

Sin embargo, el norteamericano sabía que existían dos condicionantes para que la fábrica tuviese un porvenir feliz. En primer lugar, los favores del cielo indio: sin generosos monzones que produjeran abundantes cosechas, los campesinos no necesitarían comprar Sevin. Sería preciso retrasar, o quizás hasta detener completamente la producción durante largos períodos y aceptar las consecuencias financieras de esas decisiones. Después, el respeto a las normas de seguridad; lo había discutido largamente con su sucesor. A lo largo de su dilatada carrera en contacto con las sustancias químicas más tóxicas, Woomer no había dejado de promover una filosofía fundada sobre un principio esencial: «No conservar in situ más que una mínima cantidad de materias peligrosas.» Con esta profesión de fe, Woomer criticaba indirectamente a los que habían corrido el riesgo, contra la opinión de Eduardo Muñoz, de instalar en Bhopal tres enormes cisternas que podían contener más de ciento veinte toneladas de isocianato de metilo. «Me marchaba con la esperanza de que esas cisternas no se llenarían nunca -dijo-, y que el escaso MIC almacenado en previsión de las necesidades inmediatas para la producción del Sevin sería objeto de la refrigeración rigurosa prescrita en el manual redactado por los especialistas.»

Como todos los aficionados a la cultura, al arte y a la belleza, Warren Woomer y su esposa Betty sucumbieron a la magia de la India. Prometieron regresar algún día. El ingeniero no había tenido conocimiento de los artículos del periodista Rajkumar Keswani. Ninguno de los indios de su círculo se lo habían comentado. Al ver por última vez su «bonita fábrica» desde la ventana trasera del coche que lo llevaba al aeropuerto, Woomer le deseó «buena suerte».

La primera señal de que una sequía asolaba los campos de Madhya Pradesh y de los estados limítrofes fue la súbita aparición de familias muy pobres a orillas de los bastís de Bhopal. Esta avalancha de «intocables» -esos «descastados» a los que Gandhi bautizó *Harijans*, «los Hijos de Dios»— hacía prever que aquel año no habría una sola espiga de trigo o de arroz que arrancar en los campos.

Belram Mukkadam, los miembros del comité de apoyo y todos los habitantes se movilizaron para recibirlos, aportando ya fuese una manta, ropa, una vela, arroz, aceite, azúcar, una botella de petróleo o cerillas. Ganga Ram, Dalima y su hijo Dilip, Padmini y sus padres, la vieja comadrona Prema Bai, el padrino Munné Baba, sus dos esposas y sus hijos, el brujo Nilamber, el zapatero Iqbal, el sastre Basi y el «sin piernas» Rahul fueron, como siempre, los primeros en mostrar su solidaridad. Hasta los hijos del usurero Pulpul Singh donaron comida para los refugiados. Al ver cómo toda esa gente compartía lo poco que poseían, la hermana Felicity, que había acudido con su maletín de primeros auxilios, pensó: «Un país capaz de mostrar tanta generosidad es un ejemplo para el mundo.» El aspecto de los niños que llegaban sorprendió a la religiosa: sus vientres estaban vacíos, pero al mismo tiempo hinchados como globos como consecuencia de una grave avitaminosis y sobre todo, por los gusanos que los infestaban.

Unos días después de los intocables sin tierra, fueron los propios campesinos los que llegaron a Bhopal en busca de refugio. La familia Kumar, originaria de una aldea en la carretera de Indore, tenía ocho niños. Todos, menos Sunil, el mayor, de doce años, tenían una prominente barriga. Los relatos de hambruna de esa pobre gente formaban parte de lo cotidiano de la India. El arroz era siempre el actor principal. Ese arroz que habían plantado y después repicado con amor, el arroz que acriaron, palparon y auscultaron; ese arroz verde esmeralda,

al que la escasez de agua hizo volverse gris y luego amarillento. Ese arroz que se dobló, se aplastó, se secó y finalmente murió. Casi todos los habitantes de la Explanada negra eran antiguos campesinos. Casi todos habían vivido la misma tragedia de aquellos refugiados que venían a buscar asilo con míseros petates al hombro.

Para la monumental fábrica que se erigía a unos cientos de metros de distancia, ese éxodo era un mal augurio. Las esperanzas de Warren Woomer no se harían realidad. Diez años antes, Eduardo Muñoz había intentado que los dirigentes de Carbide comprendiesen esa dimensión esencial de la realidad india: los caprichos de sus monzones. Pero los interlocutores del argentino hicieron caso omiso de sus advertencias oponiéndole una cifra. Para un fabricante de pesticidas, la India representaba... ¡quinientos millones de clientes! Teniendo en cuenta la crisis económica que atravesaba el país a principios de 1983, esa cifra ya no tenía ningún sentido.

A estas condiciones económicas desfavorables se añadía el fracaso relativo de la campaña de información lanzada por Muñoz. Por mucho que Carbide hubiera inundado el país de carteles exhibiendo a un sij con turbante rojo portando una caja de Sevin y explicándole a un campesino: «Mi papel es enseñarte a ganar cinco rupias con cada rupia que gastes en comprar Sevin», los agricultores dedicaban la mayor parte de sus recursos a la compra de semillas y de abonos. Además, resultaba más difícil de lo previsto obligar a los campesinos a que cambiasen sus costumbres ancestrales y pasaran a adoptar métodos de cultivo que implicasen el uso intensivo de pesticidas. Numerosos agricultores se habían dado cuenta de que no se podía luchar aisladamente contra la invasión de los insectos depredadores. Éstos migraban de las superficies tratadas hacia otros campos que no lo estaban, antes de volver al punto de partida, en cuanto los tratamientos que los habían expulsado

perdían su eficacia. Estos vaivenes frustrantes contribuían en gran medida al ocaso de la venta de pesticidas. Durante el año 1982, los representantes de Carbide dispersos por todo el país no pudieron dar salida a más de 2 308 toneladas de polvo blanco. Era menos de la mitad de la capacidad de producción de la joya industrial concebida por los jóvenes lobos de South Charleston. Y las previsiones para 1983 eran todavía más pesimistas.

Mientras las nubes se acumulaban sobre el porvenir de la flamante fábrica, una mañana de enero de 1983 ocurrió un acontecimiento en una choza del Orya bastí que iba a conmocionar la vida de una niña de trece años. Aquella mañana, al despertarse en el *charpoi* que compartía con sus padres y su hermano, Padmini vio una mancha de sangre en su braguita: su primera menstruación. Para una joven india, esta transformación íntima es aún más importante que lo que podría serlo en otro lugar. Significa que está lista para enfrentarse al único gran acontecimiento de su existencia: el matrimonio. Sin duda, la costumbre quiere que una hija se case en la infancia, pero no se trata más que de un rito, ya que la verdadera unión sólo llega después de la pubertad. Como todas las jóvenes indias, hasta las que provienen de humildes familias de *adivasis*, Padmini había sido preparada para ese momento solemne, que, durante toda una larga jornada, la convertiría en el punto de mira de todos. Desde su más tierna infancia en Mudilapa y más tarde en Bhopal, había aprendido todo lo que una buena esposa y madre de familia debe saber. En cuanto a sus padres, sabían que serían juzgados por la manera en la que su hija se comportara en la casa de su marido. Pero contrariamente a lo que valía para las jóvenes de estricta obediencia hindú, la sumisión no sería el único criterio para valorar su conducta. La socie-

dad de algunos *adivasis* es de naturaleza matriarcal, por lo que las mujeres gozan de prerrogativas que en otros lugares se reservan a los hombres. Una de ellas es la de encontrar un marido para sus hijas. Además, se ahorran la principal obligación derivada de esa responsabilidad: reunir una dote aceptable, ya que es el novio quien aporta una dote a su prometida.

La hija de un pobre obrero, aun siendo empleado de Union Carbide, no era el más brillante de los partidos. Encontrar un marido llevaría algún tiempo. Pero como lo requería la tradición, esa mañana Padmini trocó su falda y su camiseta por su primer sari. No hubo ninguna fiesta en casa de los Nadar. Su madre se limitó a envolver en una hoja de periódico la braguita que había recogido la primera sangre. «Cuando celebremos tu boda iremos a llevar este trapo al Narmada —anunció a su hija—. Se lo entregaremos al agua sagrada para que lo bendiga y te conceda fertilidad.»

Todo el mundo lo sabe: el amor es ciego. Sobre todo cuando el objeto de la pasión es un monstruo industrial como una fábrica de productos químicos. Warren Woome se había negado siempre a imaginar que la única consideración que debía determinar la suerte de la fábrica de Carbide en Bhopal sería su rentabilidad. Sin embargo, ninguna empresa capitalista podía aceptar el hecho de perder millones de dólares. Las proyecciones establecidas siete años antes, que preveían unos beneficios anuales de siete a ocho millones de dólares, no tenían ninguna posibilidad de materializarse.

¿Podría el ingeniero indio, con aire de eterno estudiante que había reemplazado a Woome a la cabeza de la fábrica dar un vuelco a la situación? Hijo de un antiguo gobernador de la Reserve Bank of India, cuya firma figuraba todavía en los billetes de dos rupias, Jagannathan Mukund era un hombre de

muchos recursos, pero no era brujo. Después de realizar brillantes estudios de química en Cambridge obtuvo un doctorado en el MIT de Boston. Fue contratado en seguida por Carbide, y pasó dos años en Texas, después, otros dos dirigiendo una fábrica petroquímica de la isla de Trombay, y, finalmente, tres años en el Institute, en Virginia occidental, para aprender a dominar las complicadas técnicas de la fabricación del MIC. Estaba casado con la hija del secretario general adjunto de las Naciones Unidas, una economista distinguida y profesora de universidad. Mukund era el padre de una niña a la que unos cirujanos norteamericanos habían salvado de una malformación cardíaca gracias a una operación que en aquella época eran los únicos capaces de realizar. Poner a la cabeza de la «bonita fábrica» a un capitán tan experimentado era, en teoría, un nuevo regalo de Carbide a su joya de Bhopal. En teoría solamente. Porque los dirigentes de la filial india de la multinacional se apresuraron a nombrar por encima del nuevo director a un superdirector financiero encargado de llevar a cabo una única misión: reducir las pérdidas de la fábrica por todos los medios.

Culto, refinado, siempre elegante con sus trajes cortados en Londres, este super-director era un patricio bengalí llamado D. N. Chakravarty. Tenía cincuenta y dos años. Este gran aficionado a la poesía, a la buena mesa, al whisky escocés y a las mujeres, era ciertamente un destacado químico, pero era también un personaje completamente anacrónico en el entorno muy especial de una fábrica donde se manipulaban materias químicas peligrosas. Toda su carrera se había desarrollado a la cabeza de una industria donde la peor calamidad que uno podía temer era que una cinta transportadora se averiase. El sector de las pilas eléctricas en que se había movido era una sinecure que aportaba sin riesgo alguno unos beneficios colosales. La llegada a Bhopal de ese inflexible gestor acabaría siendo un error fatal.

El joven ingeniero que se había jugado la vida escoltando los primeros barriles de MIC de Bombay a Bhopal, no se lo llegaba a creer: «Cuando nos pidieron que organizásemos una visita por nuestra fábrica al nuevo "superdirector", teníamos la impresión de estar paseando a un turista por Disneylandia», contó Kamal Pareek.

El bengalí Chakravarty lo ignoraba todo sobre el funcionamiento de unas instalaciones de ese tipo. Desconocía la función de la mayoría de sus elementos, los confundía, lo que llamaba un batidor era, en realidad, un mezclador. En inglés, ambas palabras quizá tengan el mismo significado, pero en la jerga técnica de Bhopal designaban piezas diferentes. «En seguida nos dimos cuenta de que el salvador que nos habían mandado no compartía nuestra mística de fabricantes de productos químicos -añadió Pareek-. Sólo le interesaban las cifras y los balances.»

Aun así, el hecho podría haberse revelado positivo si este nuevo superdirector hubiera admitido que una factoría como aquélla no podía ser dirigida como una fábrica de pilas; si hubiera querido reconocer que, en semejante empresa, las decisiones debían proceder de todos los niveles, pues cada una de ellas tenía implicaciones en la vida de miles de personas; si hubie-

ra comprendido que hasta la situación aparentemente más favorable podía cambiar de golpe, que el nivel de las cisternas subía y bajaba sin cesar, que la combustión de los reactores podía variar en cualquier momento; en fin, que era imposible dirigir semejante fábrica contentándose con enviar notas o limitándose a comunicar las decisiones adoptadas desde su despacho de director. «Cuando se dirige una fábrica de pesticidas -dijo Pareek-, hace falta abandonar el despacho a menudo, ponerse un mono y unirse a los obreros en el terreno para respirar con ellos los olores a hierba y a col hervida.»

El gran éxito de Carbide había consistido en integrar un variado conjunto de culturas distintas, garantizando al más humilde de sus obreros el derecho a la diferencia y a la palabra. Pero desgraciadamente, ni Jagannathan Mukund, el sucesor de Woomeer, a pesar de su gran experiencia norteamericana, ni su superior llegado de Calcuta parecían dispuestos al diálogo. Su visión de las relaciones humanas parecía fundada sobre un concepto de casta, no en sentido religioso, sino en sentido jerárquico. La instauración de esas barreras poco a poco iba a corromper, dividir y desmotivar al personal. «A partir del momento en que una drástica política de ahorro se convertía en el único objetivo, y el hecho de ser "jefe" en el único criterio de autoridad, comprendimos que el descenso a los infiernos de nuestra "bonita fábrica" sería irremediable», confirmó Kamal Pareek.

De nuevo fue el «sin piernas» Rahul quien trajo la noticia. En unos minutos, dio la vuelta a los bastís.

-Carbide acaba de despedir a trescientos culis. Y parece que no es más que el principio.

-¿No han reaccionado los sindicatos? —preguntó vivamente Ganga Ram.

-Era eso o nada -explicó Rahul.

-¿Significa eso que van a cerrar todas las instalaciones?  
-preguntó inquieta Sheela Nadar, que tenía miedo de que su marido formase parte del grupo de los despedidos.

-No necesariamente -aseguró el «sin piernas» Rahul con autoridad-. Pero parece ser que la venta de medicinas para las plantas ya no funciona tan bien.

-No me extraña -observó Belram Mukkadam-, las lluvias no han llegado este año y la gente está abandonando el campo.

El primogénito de la familia Kumar, que acababa de abandonar sus arrozales aniquilados por la sequía, tomó la palabra.

—Las medicinas para las plantas funcionan cuando todo va bien -declaró-. Pero cuando no hay agua para hacer que beba el arroz, no sirven de nada.

Su lógica juvenil mereció la adhesión general. El grupo de gente que se había congregado alrededor de la tabla con ruedas del inválido se había ampliado. La noticia traída por Rahul causaba la consternación general. Después de haber vivido tanto tiempo junto a los muros de la fábrica, después de haber quemado tantos bastoncillos de incienso para rogar que lo con-tratasen a uno, después de haber sido despertados tantas veces de golpe por los estridentes sonidos de sus sirenas, después de tantos años de vida en común en aquel rincón de la tierra, ¿cómo imaginar que ese templo de la industria pudiese vaciarse de las fuerzas que lo animaban?

—Este año, las lluvias van a llegar con mucha fuerza —auguró el brujo Nilamber, cuyas predicciones eran siempre optimistas—. Carbide volverá a contratar a los que expulsa hoy.

Sheela Nadar dirigió una sonrisa de reconocimiento al hombrecillo con perilla. Todos se fijaron en que su hija Padmini ya no llevaba su vestido habitual, sino un sari de algodón.

-Los alumnos de la fábrica han dejado de venir a la Casa

de la Esperanza -intervino Padmini, haciendo alusión al centro de instrucción que Carbide había instalado en una parte del inmueble ocupado por los niños discapacitados de la hermana Felicity—. Las aulas están cerradas desde hace varios días. Creo que nadie volverá porque se han llevado todo el material.

De nuevo, una expresión de desolación ensombreció los rostros, mientras contemplaban en silencio las imponentes construcciones que se alzaban en el horizonte.

-Yo os digo que lo hacen para enriquecerse todavía más con el sudor de nuestros hombres -decretó Prema Bai, la vieja comadrona, que en aquel mismo instante acababa de ayudar a nacer a un nuevo ciudadano del Orya bastí—. No temáis: tenemos Carbide para rato.

Toda la ciudad quería creerla. Ni la muerte de un obrero ni la agitación sindical subsiguiente, ni las predicciones apocalípticas del periodista Rajkumar Keswani podían ensombrecer el prestigio de la fábrica a ojos de los bhopalíes. «La Estrella» que Eduardo Muñoz y un grupo de ingenieros apasionados habían construido pertenecía al patrimonio de la ciudad de las begums tanto como sus mezquitas, sus jardines y sus palacios. Era el emblema de una cultura industrial completamente nueva en la India. Los habitantes de Bhopal no sabían para qué servían exactamente las chimeneas, las cisternas y las tuberías que veían, pero seguían participando con fervor en todas las celebraciones organizadas por la fábrica, ya fuesen acontecimientos deportivos o culturales. Sin embargo, en aquel principio de 1983, algunos signos anunciaban que la luna de miel estaba llegando a su ocaso. Presionados por la alta dirección de Union Carbide, Chakravarty y Mukund dedicaban toda su energía a hacer ahorros suplementarios. «En la India, como

en todas partes, la única manera de reducir costos es reduciendo los gastos de funcionamiento -dijo Kamal Pareek-. Esos gastos, en Bhopal, eran principalmente los sueldos.» Después de los trescientos culis cuyo despido había conmocionado a las familias de los bastís, más de doscientos obreros especializados y técnicos fueron, a su vez, puestos en la calle. En la única unidad esencial, donde se fabricaba el isocianato de metilo, la mitad de los efectivos de cada equipo fue expulsada. A pesar de ser un puesto vital, en la sala de mandos no quedó más que un agente para vigilar los más de setenta relojes, contadores e indicadores que transmitían, entre otros datos, la temperatura y la presión de las tres cisternas que contenían el MIC. Los equipos de mantenimiento padecieron los mismos recortes. Sobre un total de casi mil empleados, pronto en la fábrica no quedaron más que seiscientos cuarenta y dos. Por otra parte, ciento cincuenta obreros se vieron retirados de sus puestos de trabajo para constituir un *pool* de mano de obra destinado aquí o allá, según las necesidades. El resultado fue una disminución de la calidad del trabajo, y a numerosos especialistas se les destinó a puestos para los que no habían sido formados. La jubilación anticipada de personal cualificado, y su sustitución por peones, permitió ahorrar más, con el riesgo de que los puestos clave fueran cubiertos por trabajadores sin experiencia. Además^ estos últimos no hablaban a menudo más que el hindi, mientras que los manuales de instrucciones estaban redactados en inglés, lo que aumentaba la confusión.

Kamal Pareek no iba a olvidar nunca «las penosas reuniones a lo largo de las cuales los responsables de cada sector fueron obligados a presentar planes de ajuste». Los más curtidos dudaban en presentar soluciones que corrían el riesgo de comprometer la seguridad de sus instalaciones. Pero las presiones eran demasiado fuertes, sobre todo las que provenían de la sede central de Danbury, en Estados Unidos. De manera que

se tomó la decisión de no sustituir algunas piezas cada seis meses, sino de hacerlo una vez al año, y cambiar las tuberías de acero inoxidable dañadas por tuberías de acero ordinario, etcétera. Chakravarty, el responsable principal de ese frenesí de ahorro, sólo parecía conocer un metal: la hojalata. Hacía como si ignorase la corrosión y el desgaste de los aparatos sometidos a temperaturas extremas. «En unas semanas, vi cómo se hacía añicos todo lo que había aprendido a orillas del Kanahwa River -concluyó Pareek-. Mi bonita fábrica estaba perdiendo su alma.»

¡Pobre Pareek! Como tantos otros jóvenes indios que el mito de la ciencia había arrancado de la inercia ancestral de su país y propulsado al siglo xx, había creído en los nuevos valores que predicaba una gran multinacional. Pero de repente había descubierto que aquel soberbio edificio, en realidad no reposaba más que sobre una única religión: el beneficio. El rombo azul y blanco no era un símbolo de progreso, sino un simple logo comercial.

No hubo ninguna ceremonia cuando D. N. Chakravarty se marchó en junio de 1983. Dejaba Bhopal satisfecho de haber podido yugular parte de la «hemorragia» a la que la fábrica sometía las finanzas de Union Carbide India Limited.

Jagannathan Mukund se quedó como el único capitán de a bordo, pero con la misión de proseguir con la política de ajustes iniciada por el enviado de Calcuta. Rara vez abandonaba la torre de marfil climatizada de su despacho y esperó cinco meses antes de responder a los tres inspectores de South Charleston que habían constatado múltiples infracciones en la seguridad. Les aseguró que «todos los defectos serían debidamente corregidos», pero el calendario que proponía para la vuelta a las normas los dejó perplejos. Así, algunas válvulas

defectuosas en las unidades de fosgeno y de MIC no podrían sustituirse antes de varios meses. En cuanto al sistema de detección automático de incendios en el taller de fabricación de óxido de carbono, no podría ser instalado antes de un año como pronto. Estas graves infracciones de los sacrosantos principios de seguridad no tardaron en arrancar un nuevo grito de alarma al periodista Rajkumar Keswani. La factoría continuaba degradándose. A los agentes encargados del mantenimiento les faltaban válvulas de recambio, bridas, abrazaderas, tornillos y hasta tuercas. Se vieron obligados a sustituir los indicadores defectuosos por aparatos que no se ajustaban a las normas. Los pequeños escapes en los circuitos se arreglaban sólo cuando eran descaradamente peligrosos. Numerosas operaciones de mantenimiento fueron poco a poco suprimidas. Los controles de calidad de las sustancias fabricadas se hicieron cada vez menos frecuentes, así como la comprobación de los equipos más sensibles.

«*Produce when required*» («Fabricar cuando es necesario»)... Pronto la fábrica se limitó a funcionar sólo en los períodos en que había que abastecer de Sevin a la red de ventas. Este método era exactamente el que Eduardo Muñoz había intentado, aunque sin éxito, que fuera adoptado por los ingenieros de South Charleston para no almacenar las enormes cantidades de MIC que se requerían en una producción en continuo. Ahora que la fábrica funcionaba al ralentí, Mukund mandó detener la fabricación de MIC con el fin de poder vaciar progresivamente las cisternas; al poco tiempo, estas últimas no contuvieron más que unas sesenta toneladas. Según el estándar norteamericano del Institute, era una cantidad mínima pero suficiente para que, en caso de accidente, se vieran cumplidas las predicciones del periodista Rajkumar Keswani.

En el otoño de 1983, Mukund tomó una decisión que tuvo graves consecuencias. Sin tener en cuenta la advertencia de

su predecesor, mandó apagar los principales sistemas de seguridad. A sus ojos, los sistemas no tenían razón de ser, ya que la fábrica que debían proteger no estaba en funcionamiento. No se podía producir ningún incidente en una instalación que no estaba activa. Su razonamiento olvidaba las sesenta toneladas de isocianato de metilo que se encontraban en las cisternas. Sin duda, la interrupción de la refrigeración de las cisternas permitía ahorrar algunos cientos de rupias de electricidad todos los días, y quizás otras tantas de gas freón, pero violaba una regla fundamental establecida por los químicos de Carbide: la que especificaba que el isocianato de metilo debe ser conservado en todas las circunstancias a una temperatura cercana a cero grados centígrados. En Bhopal, ni siquiera en invierno la temperatura baja a menos de quince o veinte grados centígrados. Al final, para ahorrar algunos kilos de carbón, se apagó la llama que ardía día y noche en lo alto de la torre incineradora. La función de esa llama era quemar en altura los gases tóxicos expulsados a la atmósfera en caso de accidente. Acto seguido se desactivaron otros equipos cruciales, en particular el enorme cilindro de la torre de lavado que debía descontaminar los eventuales escapes de gas con un baño de sosa cáustica.

Muchos ingenieros no pudieron soportar la degradación de la joya que habían visto construir. La mitad de ellos dejaron la fábrica antes de finales de 1983. El 13 de diciembre, el más veterano también se marchó. Para quien había arriesgado tan a menudo su vida escoltando de Bombay a Bhopal camiones llenos de MIC, la partida fue a la vez un desgarró y una liberación.

Antes de dejar su «bonita fábrica», Kamal Pareek quiso demostrar a sus compañeros que, en caso de peligro, todos los

sistemas de seguridad tan imprudentemente detenidos podían ponerse de nuevo en marcha. Como un marinero trepando a lo alto del gran mástil de su barco para encender la luz de posición, escaló la inmensa torre incineradora y encendió de nuevo la llama. Luego se dirigió hacia las tres cisternas que contenían el isocianato de metilo, y abrió las válvulas que alimentaban con freón los serpentines de refrigeración. Esperó a que la aguja del indicador de temperatura volviese a bajar a cero grados centígrados. Volviéndose hacia el ingeniero K. D. Ballal, que estaba de guardia aquella misma noche en la unidad, hizo un saludo militar y anunció:

*-Temperature is at zero celsius, Sir! Good bye and good luck! Now let me run to my farewell party! (1)*

(1) «¡La temperatura marca cero grados centígrados, señor! ¡Adiós y buena suerte! ¡Y ahora, déjenme ir a mi fiesta de despedida!»

-No llores, amigo. Te voy a llevar a casa del Bihari. Ya hay un centenar de tipos en su rebaño. Quizá quiera uno más.

Satish Lal, un encorvado hombrecillo delgado y musculoso, era, después de Belram Mukkadam, uno de los más antiguos del barrio. Ocupaba la chabola que estaba justo enfrente de la familia de Padmini. Había dejado su aldea de Orissa para encontrar un trabajo en la ciudad que le permitiera devolver las deudas contraídas en la cremación de su padre. Un amigo de juventud, que era culi -porteador en la estación central-, y que había regresado a la aldea con motivo de las fiestas de Durga, le había hecho ir a Bhopal. «Ven conmigo -le había dicho-. Te conseguiré una insignia de culi y te comprarás un uniforme. Ganarás de quince a veinte rupias al día.» Desde hacía treinta años, Satish Lal trabajaba en la estación de Bhopal. Su antigüedad le confería un cierto prestigio en el seno del sindicato de los culis, dirigido por un hombre al que llamaban «el Bihari» porque era oriundo del estado de Bihar. Satish Lal esperaba que su prestigio de sindicalista le permitiría ayudar a su amigo Ratna Nadar, el padre de Padmini, despedido por Carbide junto a trescientos peones más.

-A «el Bihari» no se le ve nunca -explicó Satish Lal-. Ni siquiera se sabe dónde vive. Es un *capo*. Le da igual que seas

tú o Indira Gandhi quien lleve las maletas al andén, con tal de recibir cada noche el jornal, es decir, parte de nuestras propinas. Un empleado suyo es quien se encarga de este trabajo. Únicamente él puede conseguirte la insignia que te autorice a trabajar de culi. Pero no pienses que vas acceder a él más fácilmente que a su jefe. Tiene que presentarte alguien que él aprecie, alguien que le diga quién eres, de dónde vienes, cuál es tu casta, tu clan y tu linaje. Y te conviene saludarlo con tu más ceremonioso *ñamaste* (1), y darle mucho *sardaji* (2) por aquí y por allá. Y no olvides invocar sobre su persona la bendición del gran dios Jagannath y de todas las divinidades.

-¿No hay que hacerle también un regalo? -preguntó, inquieto, el antiguo peón de Carbide, que había tenido que sobornar siempre a los *tharagars* para que lo contrataran.

—¡Tienes razón, amigo! Sacas doscientas rupias, algunos *pan* (3) y una buena decena de paquetes de *bújis*. Una vez te haya aceptado, la policía hará una investigación para saber si has tenido problemas en el pasado. Ahí también habrá que prever algunos pequeños *bakchishs*. -Los ojos de Ratna Nadar se agrandaban cada vez más a medida que crecían las cantidades que debería desembolsar para acceder al trabajo-. Y también está el *P. A.* (4) del jefe de estación. Es él quien da la luz verde de la policía a su jefe. Y el jefe es quien te entrega la insignia. Tu insignia es tu talismán. Cuando los huesos te duelan tanto que ya no puedas llevar maletas y cajas, podrás transmitirse la a tu hijo. Pero cuidado, si te niegas a ocuparte del equipaje de un ministro o de cualquier pez gordo bajo pretexto de que nunca dan propina, el jefe de estación te la retirará.

(1) «Prosternación», saludo respetuoso.

(2) *Sardar*. jefe. *Sardaji*: término de respeto expresado por el *ji* final.

(3) Mascada de betel.

(4) *Private assistant*: «asistente personal».

Como llevaba mucho tiempo trabajando en la estación, Satish Lal conocía bien todos los trucos. Decía haber llevado sobre su cabeza hasta los enormes baúles de Hamidullah Khan, el último nabab. Eran muy pesados: los cerrojos eran de plata maciza.

Con la cintura de su *longhi* hinchada de fajos de rupias destinadas a los distintos intermediarios, Nadar se dirigió hacia la estación en compañía de su vecino. Antes de entrar en el des-pachito que ocupaba el sindicato de los culis, junto al vestuario, ambos hombres se detuvieron frente al altar que albergaba, al lado de un *tulsi*, una estatuilla naranja del dios Ganesh. Ratna Nadar agitó la campanilla colocada frente a la divinidad para solicitar su protección y depositó un plátano y algunos pétalos de jazmín en la copa de las ofrendas.

Ganesh cumplió los deseos del padre de Padmini. Unos días más tarde, su vecino irrumpió en su chabola.

-¡Has ganado, amigo! -le anunció triunfalmente-. Eres el culi número 101 de la estación de Bhopal. Corre rápido a comprarte una túnica y un turbante rojos. Y una provisión de dulces y caramelos. El jefe de estación te espera para colocarte la insignia.

Era un rito. Cada luna llena, los residentes más antiguos de la Explanada negra tomaban asiento sobre esterillas colocadas unas junto a otras -los hombres a un lado y las mujeres al otro- para discutir los asuntos de la comunidad. Los hombres intercambiaban betel para mascar y *bidis*; las mujeres, dulces. Uno de los objetivos de esos encuentros era pasar revista a los jóvenes del barrio en edad casadera. Se enumeraban los nombres, y acto seguido, empezaba la discusión. Muy pronto, los nombres de ciertos chicos se ligaban a los de ciertas chicas. Los comentarios giraban en torno a las ventajas e incon-

venientes de las imaginarias alianzas. Los vecinos de aquel lugar tan miserable del planeta se tomaban tan en serio la descendencia de sus familias que el asunto se prolongaba a veces hasta el siguiente encuentro.

Un día, la voz ronca de la vieja Prema Bai, la comadrona, se alzó en el pequeño grupo.

-Tenemos que encontrar un buen marido para Padmini -anunció con autoridad.

-Prema Bai tiene razón -dijo en seguida la guapa Dalima, la mujer de Ganga Ram.

Empezaron a discutir. Se mencionaron varios chicos, entre quienes se encontraba Dilip, el hijo de Dalima. Ésta seguía la discusión con una atención apasionada. Según su costumbre, Belram Mukkadam intentó calmar el juego.

-¡No hay prisa! -declaró-. Por lo que yo sé, Padmini Nadar todavía es demasiado joven.

-Estás mal informado, hermano -replicó la madre de la joven—, mi hija está en edad casadera. Y queremos encontrarle el mejor marido posible.

La intervención de la dulce Sheela Nadar no sorprendió a nadie. Entre los *adivasis*, las mujeres son quienes negocian los matrimonios.

-No existiría mejor marido para tu hija que mi hijo Dilip —espetó Dalima—. Es un chico excepcional y quiero para él una esposa que no lo sea menos.

Nadie se llamó a engaño sobre el sentido de su declaración. Su objeto no era tanto alabar las cualidades del chico como reducir nada más empezar las pretensiones financieras de la familia de la joven.

-Mi hija es tan excepcional como tu hijo -aseguró Sheela-. Y si tu hijo es una joya como dices, habrás previsto darle una generosa dote.

-He previsto cumplir con mi deber -respondió Dalima,

deseosa de evitar todo enfrentamiento en esa etapa de la negociación.

Este tipo de discusión se inscribía en el marco de un ritual muy preciso que ninguna de las dos partes podía alterar. Fueron necesarias todavía dos asambleas de luna llena y abundante palabrería para alcanzar un acuerdo sobre la unión de Dilip y Padmini. A partir de entonces, el trato prosiguió con el *man-guni*, es decir, la pedida oficial de la mano de la joven. Para respetar la tradición, los padres del chico invitaron a algunos viejos del barrio para que les representen en tan importante formalidad. Perjo como siempre sucede en la India, ninguna ceremonia podía tener lugar sin la intervención preliminar de un *fyotiji*, un astrólogo encargado de ver en los astros si los destinos de los novios eran compatibles y cuál era la fecha más propicia para el *manguni*. En el barrio de chabolas vecino a Chola había un anciano de barba blanca llamado Joga, que desde hacía cuarenta años ejercía la profesión de astrólogo en las calles del viejo Bhopal. Su trabajo no siempre era fácil, sobre todo cuando los padres de los futuros esposos ignoraban la fecha exacta del nacimiento de sus hijos, como en el caso de Dalima y de los Nadar. El viejo Joga se limitó a sugerir que la petición de mano tuviese lugar en un mes que estuviera bajo la influencia benéfica del planeta Venus, y un día de la semana que no fuese ni un viernes ni un sábado ni un domingo, los tres días nefastos del calendario lunisolar indio.

El cortejo que se detuvo frente a la chabola de los Nadar era digno de figurar en la mejor cabalgata de Reyes. Jamás en el Orya bastí se había visto semejante *manguni*. Ganga Ram había mandado cocinar un cabrito, y los ancianos que le acompañaban llegaban con los brazos cargados de víveres, dulces, botellas de cerveza y *country liquor*.

Fue una verdadera *barakanna* (5), un festín como los habitantes del bastí no habían conocido jamás. Ganga Ram, el hombre que había vencido a la lepra, que había puesto en pie a una mujer mutilada, que había regalado a la comunidad una ventana mágica para que todos pudieran soñar cada noche con los cuentos épicos de la India, se había mostrado como el más generoso de los suegros. La madre de Padmini aceptó, en nombre de su hija, el *pindhuni*, la ropa de seda decorada con hilos de oro que le traía para concretar oficialmente la promesa de unión. Los novios no asistían a la ceremonia. Todos los preparativos de la boda se desarrollaban sin ellos. La costumbre quería que sólo se conociesen la noche de la boda, cuando Dilip apartaría el velo del rostro de su novia para poner sobre la raya de su pelo el polvo rojo del *sindhur*, símbolo del matrimonio.

Terminado el ágape, llegó el momento de pasar a lo más serio, la negociación de la dote. La vieja Prema Bai era la designada por la madre de Padmini para negociar esa importante formalidad. Con la ayuda de otras mujeres, había elaborado la lista de los objetos y regalos que la familia de Dilip debía ofrecer a su futura esposa. La lista incluía dos saris de algodón, dos corsés, un chai y diferentes utensilios de cocina. Comprendía también joyas, algunas de bisutería y otras de oro verdadero, dos sortijas para los dedos de los pies, un broche para la nariz y un *matthika* (6). En cuanto a los regalos destinados a la familia de la novia, deberían consistir en dos *dhotis* para el padre, igual número de camisetas y dos *panjabis*, la larga túnica abotonada del cuello a las rodillas. Su madre recibiría dos saris de seda y un par de sandalias adornadas con pedrería. Pretensiones de pobre, ciertamente, pero que sin embargo representaban

(5) Literalmente, «comilona».

(6) Ornamento que se lleva en la frente.

unas tres mil rupias, cantidad astronómica hasta para el propietario de una pequeña empresa de pintura.

Belram Mukkadam, el zapatero Iqbal y el «sin piernas» Rahul, que representaban a la familia de Dilip, habían escuchado sin rechistar la voz ronca de la vieja comadrona. Al ser una negociación matrimonial un asunto de larga duración, la costumbre requería que el clan de la familia del novio se pusiese de acuerdo antes de anunciarlo. Pero Dalima estaba tan deseosa de que su hijo se casase con Padmini que los tres enviados movieron la cabeza al mismo tiempo, signo de que aceptaban todas las condiciones de la familia de la joven.

Fue entonces cuando el viejo Joga, el astrólogo con barba blanca que había asistido callado a toda la negociación, rompió su silencio.

-Antes de que acabéis vuestros regateos, me gustaría que nos pusiésemos de acuerdo sobre la retribución de mis servicios -declaró vivazmente.

-Hemos previsto dos *dhotis* para usted, y un sari para su mujer -respondió Mukkadam.

-¡Dos *dhotis* y un sari! -gritó *el jyotiji*, ultrajado-. ¡Estáis de broma! -Desde los umbrales de las chabolas, toda la callejuela seguía atentamente los vaivenes de la discusión.

-Si no está satisfecho, buscaremos a otro *jyotiji* —declaró con firmeza el «sin piernas» Rahul.

El astrólogo rompió a reír.

-¡Yo soy quien ha hecho los horóscopos! Nadie aceptará escoger la fecha de la boda en mi lugar.

La réplica provocó carcajadas. Unas mujeres dijeron: «¡Este *jyotiji* es un auténtico zorro!»

«¡Es muy listo!», replicó otra.

De pronto, la voz de Dalima prorrumpió como un rayo. Sus bonitos ojos verdes estaban inyectados en sangre. Estaba furiosa.

-¡Oye, tú, montón de basura! -gritó-. ¡Como hagas que fracase el matrimonio de mi niño, te despellejo!

El astrólogo hizo como si se levantara para irse. El zapatero Iqbal lo agarró del brazo.

—Quédese -suplicó.

—Sólo si me entregáis en seguida un adelanto de cien rupias.

Las miradas de los participantes se cruzaban, expresando su impotencia. Pero de pronto apareció la silueta rechoncha de Ganga Ram. Apretaba un fajo de billetes entre los muñones de su mano derecha.

-¡Tenga! -dijo secamente, tirando los billetes sobre las rodillas del hombrecillo—. Ahora díganos el día propicio para celebrar la boda de nuestros hijos.

El astrólogo puso cara de estar pensando mucho. Pero ya lo había calculado. Había eliminado todos los días en los que el sol pasaba entre el noveno y el duodécimo signo del zodiaco, y había escogido el día en que el sol era favorable al novio y el planeta Júpiter ofrecía a la novia su influencia más benéfica.

—El 2 de diciembre, entre las diez y medianoche, será el momento propicio para la unión de los jóvenes hijos -declaró.

El documento portaba el sello «Business Confidential», y la fecha del 11 de setiembre de 1984. Había sido enviado al responsable del departamento de ingeniería y seguridad de Union Carbide en South Charleston, y llevaba la firma de J. M. Poulson, el ingeniero que dos años antes había dirigido el informe sobre la seguridad de la fábrica de Bhopal. Esta vez, Poulson y los cinco miembros de su equipo acababan de realizar una investigación sobre las condiciones de almacenamiento de varios cientos de toneladas de isocianato de metilo en el Institute, en el corazón mismo del Kanahwa Valley, allí donde vivían más de doscientos cincuenta mil norteamericanos.

El documento revelaba que en las instalaciones del Institute había numerosas irregularidades: vibraciones susceptibles de romper las tuberías sensibles; escapes de diferentes bombas y otros aparatos potencialmente peligrosos; corrosión de las fundas de los cables eléctricos; la orientación defectuosa de algunos chorros de extinción automática de incendios en sectores primordiales; defectos en el sistema de llenado de las cisternas de MIC, etcétera. En fin, toda una serie de fallos que probaban que la seguridad de la hermana mayor de la fábrica de Bhopal dejaba mucho que desear. El documento afirmaba asimismo que la salud del personal que trabajaba en el Institute

estaba amenazada. En efecto, Poulson y su equipo habían descubierto que los obreros de la unidad de MIC acababan respirando vapores de cloroformo, sobre todo en las operaciones de mantenimiento. Ningún sistema de control medía el tiempo que estaban expuestos a esos vapores, a pesar de que el cloroformo es una sustancia altamente cancerígena. El informe precisaba que un lapso de quince minutos constituía una peligrosa sobreexposición. Sin embargo, según los investigadores, se trataba de unos males menores comparados con el peligro de «que una reacción de aceleración se produzca en una de las cisternas de MIC y que la respuesta a esta situación no pueda ser ni lo suficientemente rápida ni lo suficientemente eficaz como para impedir una catástrofe». El documento enumeraba detalladamente las circunstancias que hacían posible semejante catástrofe. El hecho de que las cisternas sirviesen de almacenamiento durante períodos de tiempo prolongados favorecía que se produjera una contaminación interna susceptible de pasar desapercibida hasta el momento en que se produjera una reacción química súbita y devastadora. Los investigadores habían comprobado que el sistema de refrigeración de las cisternas permitía la entrada de minúsculas impurezas susceptibles de convertirse en los temibles catalizadores de una reacción. Habían descubierto que semejantes catalizadores podían provenir también de la torre incineradora que supuestamente tenía que quemar los gases tóxicos a cuarenta metros de altura. En definitiva, la instalación más moderna, más segura de toda la industria química de Estados Unidos, parecía estar a merced de unas gotas de agua o de algunas limaduras. «*The potential hazard leads the team to conclude that a real potential for a serious incident exists*» (1), concluía el documento.

(1) «Los riesgos potenciales nos llevan a la conclusión de que existe una posibilidad real de que se produzca un incidente serio.»

En la carta adjunta, Poulson daba los nombres de los dieciséis responsables de Carbide a quienes debía ser entregada una copia de su informe. Curiosamente, la lista no mencionaba al hombre a quien este informe importaba más. Jagannathan Mukund, el director de la factoría de Bhopal, donde tres cisternas contenían permanentemente más de cuarenta toneladas de MIC, ignoraba las preocupaciones de los ingenieros norteamericanos y sobre todo sus recomendaciones para conjurar los riesgos de una catástrofe.

La fábrica de la Explanada negra era un poco su criatura. Él concibió el primer taller de formulación. Él fue quien compró el espléndido palacio del hermano del último nabab para convertirlo en el Centro de Investigación Agronómica. Con Eduardo Muñoz y algunos otros empedernidos pioneros, Ranjit Dutta lanzó la aventura de la «bonita fábrica» en el corazón de la ciudad de las begums. Para este ingeniero con aspecto de jugador de rugby, Bhopal y su fábrica habían sido una etapa mágica en una carrera plagada de éxitos. Después de dejar la India en 1976 para tomar la dirección de las operaciones norteamericanas de Carbide, Dutta siempre regresaba al lugar de sus primeros amores. Todos los años iba a Bhopal de vacaciones con su familia para subir en barca y cruzar las aguas del lago superior, para escuchar a los poetas en las noches de las *mushairas* en la plaza de las Especias, para soñar frente a las estructuras iluminadas del buque cuyas primeras chimeneas había diseñado (2).

A sus cincuenta años, Dutta ocupaba en la sede de la empresa el puesto de vicepresidente de la División de los Productos Agrícolas. Aquel verano de 1984, mientras el equipo de investí Aunque sea oriundo de la región que luego se convertiría en Bangladesh, y aunque haya vivido parte de su vida en Estados Unidos, Europa, y en las mayores ciudades de la India, es a Bhopal donde Ranjit Dutta ha regresado para jubilarse.

tigadores dirigido por Poulson redactaba su informe sobre los peligros de las instalaciones del Institute, el ingeniero indio regresó de su peregrinación a Bhopal. Pero esa vez, el enamorado de la antigua ciudad volvía triste y decepcionado. «No me ha gustado lo que he visto -contaría con dolor-. He visto los alrededores de la fábrica invadidos de desechos y de hierbajos. He visto obreros ociosos permanecer durante horas alrededor de sus tazas de té. He visto montañas de informes cubriendo los despachos de la dirección. He visto piezas de equipo desmontadas tiradas por doquier. Vi gente desorientada y desmotivada. Aunque la fábrica estuviera provisionalmente detenida, todos deberían haber estado en sus puestos prosiguiendo las operaciones de mantenimiento... Es extraño, he sentido una impresión de abandono.»

En cuanto volvió a Danbury, Dutta intentó comunicar esta impresión a sus superiores, pero, curiosamente, no encontró en ellos ninguna voluntad de escucharlo. «Sin duda creían que albergaba alguna animosidad hacia los responsables locales -dijo-, o que buscaba la manera de retomar el control de la factoría. Pero solo quería advertirles de que ocurrían cosas extrañas en Bhopal, y que allí la gente no hacía su trabajo como era debido.»

El hombre que había llevado la fábrica de Bhopal desde los inicios no tardó en recibir la explicación de tamaña indiferencia. Si en la cúspide de Union Carbide nadie parecía prestar aquel verano el más mínimo interés por el «abandono» del que la fábrica era víctima era por una buena razón: en Danbury, la habían borrado del mapa. Dutta tuvo la confirmación formal de ello en la conferencia que reunía cada verano en el campo de Connecticut a los dirigentes de todas las divisiones agrícolas de la empresa. Durante la reunión se decidían las estra-

tegrías de marketing adaptadas a los productos fabricados por Carbide en el mundo entero: precios de venta, problemas de competencia, búsqueda de nuevos clientes... El destino de la fábrica de Bhopal ya había sido estudiado en todos los sentidos. Desde 1979, la viabilidad económica de la instalación había sido debatida en profundidad. Entre las distintas opciones contempladas figuraba el total abandono de su construcción. Como las obras estaban muy adelantadas, se renunció a ello. Sin embargo, cinco años más tarde, la situación se había deteriorado: la empresa había pasado a perder millones de dólares. Las perspectivas de venta de Sevin para 1984 no superaban las mil toneladas, es decir, la mitad del resultado del año anterior y una quinta parte solamente de la capacidad de producción total. Un desastre. Los participantes aprobaron un plan de liquidación. En realidad, la multinacional no pensaba desprenderse de su costosa factoría india liquidándola sin más, sino más bien redespiegando sus instalaciones en otros países del Tercer Mundo. Brasil, por ejemplo, podría acoger las unidades de fosgeno, de óxido de carbono y de isocianato de metilo. En cuanto a los talleres de formulación y de acondicionamiento del Sevin, Indonesia parecía una tierra de acogida del todo propicia.

El vicepresidente de Carbide para Asia mandó un mensaje ultrasecreto a Bhopal. Quería saber en qué condiciones financieras y materiales podría llevarse a cabo un traslado «teniendo en cuenta los precios moderados de la mano de obra en la India».

La tarea de reunir la información necesaria fue encargada al ingeniero hindú Umesh Nanda. Nueve años antes, un pequeño anuncio en el *Times of India* había permitido a ese hijo de un modesto industrial de Punjab cumplir el sueño de todos los jóvenes científicos de su generación: entrar en una multinacional de prestigio. Y ahora le encargaban llevar a cabo el desmantelamiento de su sueño. «Desmontar y enviar por bar-

co los talleres de producción de Sevin no debería ser un problema -respondió el 10 de noviembre en un télex a sus superiores-. En cambio, no parece que se pueda hacer lo mismo con la unidad de MIC a causa de las numerosas partes dañadas por la corrosión.» Nanda advertía que sólo se podría volver a montar la unidad después de una puesta a punto que supondría unos gastos importantes. El télex del indio respondía a las preguntas de Carbide, pero confirmaba también los peores recelos del periodista Keswani. La bonita fábrica estaba completamente dejada de la mano de Dios.

Después de dos años de ausencia, Rajkumar Keswani había regresado a Bhopal. Ignoraba todavía que Carbide había decidido deshacerse de la fábrica y que se preparaba a transferirla a algún país del Tercer Mundo. Las noticias cada vez más alarmantes recibidas por sus informadores en el seno de la empresa le incitaron a lanzar un cuarto grito de alarma que tituló «Bhopal al borde del desastre». Esta vez, estaba convencido de que su artículo iba a sublevar a la opinión pública y lograría convencer a las autoridades. *Jansatta*, el diario regional que le abría sus columnas, no era una hoja a nivel privado, sino uno de los grandes periódicos de la India, perteneciente al prestigioso grupo del *Iridian Express*. Una vez más, Keswani predicó en el desierto. Sus nuevas predicciones apocalípticas no despertaron el más mínimo interés en la opinión pública, ni siquiera incitaron a las autoridades municipales a tomar la más mínima medida de seguridad. El periodista buscó una explicación a este nuevo fracaso. ¿No he conseguido ser lo suficientemente convincente?, se preguntó. ¿O acaso vivimos en una sociedad donde se desconfía de los que se interesan por el bien público? ¿Pensan que intento hacer chantaje para sacar dinero a Carbide y llenarme los bolsillos?

La rueda del destino estaba en marcha. En unas semanas, el rostro redondo de Keswani aparecería en todas las pantallas de televisión del mundo y sería el reportero más joven galardonado con el *Press Award of India*, la más alta distinción concedida a un periodista en la India.

Por nada del mundo hubiera faltado a su cita con el pueblo de la India. Todas las mañanas, antes de ir a ejercer sus monótonas funciones de primer ministro de la democracia más poblada del universo, Indira Gandhi recibía en el jardín desbordante de rosas y de buganvillas de su residencia de Safdarjang Road a los que iban a buscar un *darshan*, una comunicación visual con la mujer que encarnaba la autoridad suprema. Para aquella patricia de sesenta y siete años que llevaba diecisiete reinando sobre una quinta parte de la humanidad, aquellos encuentros matutinos eran la ocasión de zambullirse en las mil caras de la realidad de su inmenso país. Envuelta en su sari, iba de un grupo a otro, hablando aquí con campesinas de tez oscura oriundas del extremo sur; allá, con una delegación de trabajadores de los ferrocarriles de Bengala; más lejos, con una nube de jóvenes escolares con largas coletas; más lejos todavía, con una cuadrilla de barrenderos intocables, descalzos, llegados de su lejana provincia de Bihar. A cada uno de los grupos, la «madre de la nación» le decía unas palabras; leía las peticiones que le tendían, cumplía una promesa, se prestaba con gracia al ritual de la foto-recuerdo. Como en tiempos de los emperadores mogoles, la India profunda accedía así diariamente, durante un mágico instante, a las fuentes del poder.

La mañana del miércoles 31 de octubre de 1984 anunciaba un soberbio día de otoño, claro y luminoso. Una brisa ligera agitaba las hojas de los tamarindos del vasto jardín donde la esperaban los humildes privilegiados de su *darshan* matinal, así como un equipo de la televisión británica que había ido a entrevistarla. Indira había regresado la noche anterior de una agotadora gira electoral en Orissa, el estado paupérrimo de donde eran oriundos la mayoría de los refugiados del Orya bastí de Bhopal. Había dirigido unas palabras sorprendentes a sus decenas de miles de admiradores como conclusión de sus arengas: «No tengo la ambición de vivir una larga vida -había dicho en Bhubaneswar-, pero tengo el orgullo de vivir al servicio de la nación. Si tuviese que morir hoy, cada gota de mi sangre fortificaría la India.»

Eran las nueve y ocho minutos cuando bajó los tres peldaños de su residencia para acceder al jardín. Llevaba un sari de color naranja, uno de los tres colores de la bandera nacional. A la vista de los dos guardas vestidos de caqui y apostados a ambos lados de la alameda, juntó las manos a la altura del corazón en un cordial *ñamaste*. Los dos hombres llevaban la barba y el turbante tradicional de los sijs. Uno de ellos, Beant Singh, de cuarenta años era una presencia familiar; desde hacía diez años formaba parte de su guardia personal. El otro, Satwant Singh, de veintiún años sólo llevaba cuatro meses de servicio. Unas semanas antes, el general Ashwini Kumar, un antiguo alto responsable de la policía, había acudido a ver a Indira Gandhi para expresarle su inquietud. «Señora, no tenga sijs en su servicio de seguridad.» Le recordó que los extremistas de esta comunidad habían jurado hacerle pagar el bombardeo y la toma sangrienta por el ejército de su santuario más sagrado, el Templo de Oro de Amritsar. El pasado 6 de junio, el asunto había causado la muerte de seiscientos cincuenta sijs, Indira Gandhi sonrió y tranquilizó a su visitante. Apuntando hacia la silueta del

guarda Beant Singh que se hallaba en el jardín, replicó: «Mientras tenga la suerte de tener semejantes sijs a mi alrededor, no tendré nada que temer.» Incrédulo, el general había insistido. Ella puso fin a la entrevista con irritación: «*Hozo can we claim to be secular if we go communal?*» (1)

Aquel miércoles 31 de octubre, nada más saludar a los dos guardas, el mayor blandió su P-38 y le disparó tres balas en el pecho. Inmediatamente después, su cómplice vació sobre el cuerpo las treinta balas del cargador de su metralleta Sten. Por lo menos siete proyectiles le perforaron el abdomen; una decena, el pecho, y varios, el corazón. La madre de la India no tuvo tiempo de proferir un solo grito. Murió en el acto.

Como treinta y seis años antes, cuando asesinaron al Mahatma Gandhi, la noticia hundió al país en el estupor y el dolor. A partir de media tarde, Nueva Delhi, así como las demás ciudades del país, se convirtieron en ciudades fantasma. En Bhopal se decretó un luto de doce días. Todas las ceremonias, festejos y celebraciones fueron anulados, mientras los cines, las escuelas, las oficinas y las tiendas cerraban sus puertas. Las banderas fueron izadas a media asta. Los periódicos publicaron ediciones especiales en las cuales invitaban a los lectores a expresar su desesperación. «La India se ha quedado huérfana», proclamaba uno de ellos; otro afirmaba: «En un país tan diversificado como el nuestro, sólo Indira podía garantizar nuestra unidad.»

En Bhopal lloraban por el recuerdo de su reciente visita para inaugurar la Casa de las Artes y de la Cultura. «Este logro hará de Bhopal la capital cultural del país», había anunciado entre los aplausos y las aclamaciones de «*Indira Kijai!*» «¡Viva

(1) «¿Cómo podremos hacer de la India un estado laico si escogemos a la gente en función de la comunidad a la que pertenecen?»

Indira!» Las empresas, los comercios, las asociaciones de la ciudad llenaron los periódicos con anuncios publicitarios expresando su pesar y ofreciendo su pésame. Uno de los mensajes llevaba la firma de Union Carbide, donde todo el personal, aseguraba el comunicado, lloraba la muerte de la primera ministra de la India.

Por la tarde, la voz rota del gobernador de Madhya Pradesh resonó en las ondas de *All India Radio*. «La luz que nos guiaba se ha apagado -declaró-. Recemos a Dios para que nos dé la fuerza necesaria para permanecer unidos en estas horas de crisis.» Un poco después, el transistor del reparador de bicicletas de Jai Prakash reunió a los vecinos del barrio. El primer ministro de Madhya Pradesh, Arjun Singh, el mismo que los había convertido en propietarios distribuyéndoles *paitas*, expresaba a su vez su pesar. «Ella era la esperanza de millones de pobres de este país. Ya fueran *adivasis*, *harijans*, cha-bolistas o porteadores, siempre les había dedicado su atención, siempre tenía una solución a sus problemas. [...] ¡Que su sacrificio nos inspire para proseguir nuestra marcha hacia adelante...!»

Pero no sería hasta el día siguiente, al celebrarse los funerales, cuando los habitantes de Bhopal y todo el pueblo de la India tomarían verdaderamente conciencia de la tragedia que acababa de sacudir al país. Por primera vez en la historia, la televisión iba a transmitir el acontecimiento hasta en la más recóndita de las innumerables aldeas de este país-continente, allá donde un televisor perteneciente a algún *zamindar* (2), a algún privilegiado, a alguna asociación o club pudiera transmitir las imágenes en directo desde Nueva Delhi. De repente, la nación entera estaría unida por la comunión mediática. Desde el alba, respondiendo a la llamada de Ganga Ram, el propie-

(2) Terrateniente.

tario del único televisor del barrio, las chabolas de la Explanada negra se habían vaciado de sus ocupantes. El antiguo leproso, Mukkadam y el zapatero Iqbal habían apilado varias mesas de la *tea-house* y habían recubierto todo el montículo con una gran sábana blanca, símbolo de pureza y de luto, antes de decorarlo con guirnaldas de claveles amarillos y de flores de jazmín. Luego habían colocado el aparato lo suficientemente alto como para que todo el mundo pudiera ver la pantalla.

Desde las primeras horas del día, la multitud se había congregado en silencio frente a la *tea-house*, los hombres a un lado, las mujeres y los niños a otro. Antes de que diera comienzo la ceremonia vieron en silencio cómo desfilaban los representantes de las diferentes religiones del país para recitar oraciones y hacer llamadas al perdón y a la tolerancia.

De pronto, un murmullo se elevó entre los asistentes. Con los ojos fuera de sus órbitas, los habitantes de la Explanada negra eran testigos de un acontecimiento histórico: el transporte hacia la pira funeraria de quien, todavía la víspera, dirigía el país. La camilla, cubierta con un lecho de pétalos de rosa, flores de jazmín y guirnaldas de claveles color azafrán, apareció en todo lo ancho de la pantalla. El rostro de Indira Gandhi rodeado con el velo de su sari de algodón rojo, que parecía una aureola, surgía de aquel mar de flores. Con los ojos cerrados, y los rasgos relajados, irradiaba una extraña serenidad. El reportaje mostraba a los cientos de miles de indios congregados en el recorrido fúnebre que llevaba a las orillas sagradas del río Yamuna, donde tendría lugar la cremación. Los primeros planos permanecían fijos en los rostros llenos de lágrimas, mostrando a la gente agarrada a las farolas, a las ramas de los árboles o acurrucada en los tejados. Como olas rompiendo sobre la estela de un navío, la muchedumbre se precipitaba detrás del coche fúnebre: ministros, culis, oficinistas y comerciantes; hindúes, musulmanes y hasta sijs con turbante, representantes de

todas las castas, religiones, razas y colores de la India, todos unidos por la misma pena. Durante tres horas, el interminable río se hinchó con nuevos afluentes. Cuando por fin alcanzó el lugar donde la pira había sido erigida sobre una plataforma de ladrillos, los habitantes de la Explanada negra tuvieron la impresión de que una ola enorme levantaba de pronto a los cientos de miles de personas que se habían agrupado allí. Para Padmini, toda aquella gente se parecía a los millones de insectos de un hormiguero. Para la vieja Prema Bai, que recordaba haber visto fotos de los funerales del Mahatma Gandhi, era el más bello de los homenajes rendido a un servidor de la India desde la desaparición del libertador de la nación. Entre la multitud de telespectadores, una mujer de pelo corto rezaba desgranando un rosario: la hermana Felicity también quería compartir el pesar de sus hermanos y hermanas del bastí.

En cuanto el carro fúnebre se detuvo, un escuadrón de soldados levantó los restos mortales de Indira Gandhi y los llevó hasta la pira. Los telespectadores vieron entonces aparecer un hombre vestido de blanco, tocado con el legendario gorro de los partidarios del Congreso y con un chai blanco forrado de rojo sobre los hombros. Todos reconocieron a Rajiv, el primogénito de la difunta, su heredero espiritual y su sucesor. Según la tradición, le tocaba a él asumir la responsabilidad de llevar a cabo los últimos ritos. Las cámaras lo mostraron esparciendo en el cuerpo de su madre una mezcla de *ghee*, de leche de coco, de esencia de alcanfor y de polvos rituales. Mientras el televisor inundaba la explanada de la *tea-house* de mantras védicos recitados por un grupo de sacerdotes con hábitos color azafrán, se vio a Rajiv coger la copa que contenía el fuego sacrificial. El nuevo jefe de la India dio cinco veces la vuelta a la pira, caminando de izquierda a derecha en el sentido de la rotación de la Tierra alrededor del Sol. La multitud vio aparecer a su lado a su hijo Rahul, así como a su esposa Sonia y su hija

Priyanka. Aunque tradicionalmente las mujeres no asisten a las cremaciones, ellas ayudaron a disponer los leños alrededor del cuerpo. Una cámara se posó entonces sobre la copa con la llama, que Rajiv alzó un momento por encima de las cabezas antes de hundirla en la pira. Cuando las primeras llamas empezaron a lamer los troncos de sándalo, una voz entonó la oración védica que Belram Mukkadam había pronunciado en la muerte de su padre:

*Llévame de lo irreal a lo real,  
de las tinieblas a la luz,  
de la muerte a la inmortalidad...*

Un clamor gigantesco surgió de la muchedumbre.

El grito lanzado a mil kilómetros de distancia actuó como un detonante. De repente, la voz del «sin piernas» Rahul cubrió el sonido del televisor. «¡Debemos vengar a Indira!», vociferaba el lisiado. Su boca, de costumbre sonriente, estaba deformada por el furor. «Rahul tiene razón, ¡hay que vengar a Indira!», corearon numerosas voces. «Esta ciudad está llena de sijs. ¡Vayamos a prender fuego a sus casas!», gritó alguien. Al oír eso, todos se levantaron, dispuestos a precipitarse hacia Hamidia Road y el barrio situado alrededor de la principal *gurdwa-ra* (3) de Bhopal. Subido en el estrado, Ganga Ram arengaba a la multitud.

-No es necesario ir hasta Hamidia Road. Basta con...

No tuvo tiempo de terminar su frase. Ratna Nadar había saltado sobre el estrado:

—¡Amigos!, acabamos de encontrar a Nilamber colgado de una viga de su chabola. En su *charpoi* había una imagen de Indira y una guirnalda de flores.

(3) Templo sîj.

¡Nilamber, el brujo querido por todos porque solo hacía predicciones felices! La noticia de su suicidio dejó estupefactos a los asistentes. Aquí, la muerte era un acontecimiento familiar, pero esa vez era distinto. Nilamber había muerto de pena. A su vez, Belram Mukkadam subió al estrado.

-Ganga tiene razón -gritó-. No hace falta ir hasta Hamidia Road para prender fuego a las casas de los sijs, basta con quemar la del usurero, el que nos chupa la sangre. ¡Todos a por Pulpul Singh!

Prender fuego a la casa de Pulpul Singh era hacer que un sij pagara por el horrible crimen cometido por dos de sus hermanos de religión, pero era también vengar todos los crímenes cometidos por el usurero contra todos los que, en un momento u otro, habían sido humillados. Su caja fuerte contenía ya varias escrituras hipotecadas por un miserable préstamo. Pulpul Singh era la presa ideal. Incendiar su casa, obligarlo a huir o matarlo quizás, era vengar a Indira, era vengar a Nilamber, era vengar todas las injusticias de la vida.

En cuanto se hizo el primer llamamiento a la venganza, una mujer se apartó de la muchedumbre. Su Dios era un Dios de amor y de perdón. Para ella, la palabra venganza no existía. Su deber era impedir que la locura de sus hermanos y hermanas provocase una tragedia. Al ver cómo su silueta negra se alejaba de prisa, Padmini se unió a ella. Adelantándose a su pregunta, la hermana Felicity agarró a la joven india por el brazo.

-Ven conmigo a casa de Pulpul Singh. Hay que avisarlo para que tenga tiempo de huir.

La residencia del usurero sij era una sólida casa de dos pisos a la entrada del barrio de Chola. Una veranda protegida por una reja con barrotes ocupaba toda la fachada de la planta baja. Detrás de la protección de aquellos barrotes, Pulpul Singh tenía su comercio, donde reinaba como un buda sobre un taburete de terciopelo entre su caja fuerte y un retrato del gurú Nanak,

el fundador de su comunidad. Tras él, había dos carteles que representaban el Templo de Oro de Amritsar, el santuario cuya destrucción había provocado el asesinato de Indira Gandhi.

Al usurero le sorprendió la llegada de ambas mujeres. Ni la religiosa ni la joven Padmini formaban parte de su clientela habitual.

—¿Qué os trae por aquí? -preguntó.

-¡Vayase, por el amor de Dios!, ¡vayase inmediatamente con su familia! —le rogó la religiosa—. Quieren hacerle pagar a usted el asesinato de Indira Gandhi.

En cuanto la hermana hubo hablado, los primeros manifestantes llegaron. Estaban armados con barras de hierro, picos, ladrillos, tornillos y hasta botellas incendiarias. «Por primera vez, descubría en los rostros un sentimiento que creía ausente en los pobres —contó la hermana Felicity—. Descubría el odio. Las mujeres eran las peores. Reconocí a algunas a cuyos hijos había tratado, aunque sus rasgos convulsionados las hacían difícilmente reconocibles. Los habitantes de la Explanada negra habían perdido la razón. Entendí lo que pasaría el día en que los pobres de ese lugar se pusiesen en marcha hacia los barrios pudientes de New Bhopal.»

Aterrorizados, Pulpul Singh y su familia se escaparon por la parte trasera de la casa, pero, antes de marcharse, el usurero perdió un tiempo muy valioso en empujar su caja fuerte hasta el fondo de la veranda para esconderla bajo una alfombra. Esto dio tiempo a los amotinados para lanzar la primera botella llena de gasolina ardiendo. Aterrizó justo detrás de la hermana Felicity y de Padmini, que habían permanecido fuera. El efecto de la explosión fue tan brutal que fueron proyectadas la una contra la otra. Un humo espeso las envolvió. Cuando el humo se disipó, se encontraban en medio de la muchedumbre desenfundada. El zapatero Iqbal había traído una viga para hundir los barrotes de la verja. De pronto, alguien gritó: «¡Cogedlos!

¡Se han escapado por detrás!» Un grupo salió a perseguir a los fugitivos. Como su Ambassador no podía arrancar, intentaban huir a pie. A las mujeres les costaba correr, envueltas en sus saris. Pronto la familia fue alcanzada y llevada sin miramientos de vuelta a casa. En su huida, Pulpul Singh había perdido su turbante.

-Vamos a matarte -declaró Ganga Ram, acariciándole la garganta con la punta de un puñal-. Eres un cabrón. Todos los sijs sois unos cabrones. Habéis matado a nuestra Indira. ¡Vas a pagar por ello!

Con un golpe de hombros, el antiguo leproso proyectó al usurero contra los barrotes de la terraza.

-¡Y abre tu casucha de mierda en seguida! Si no, le prenderemos fuego contigo dentro.

El usurero, aterrado, sacó una llave de su cintura y abrió el candado de la verja. La hermana Felicity y Padmini observaban la escena, acurrucadas la una contra la otra. La religiosa recordó lo que un anciano del Orya bastí le había explicado un día. «Bajas la cabeza, te haces lo más pequeño posible, lo aguantas todo -le había dicho-. Te tragas tus rencores contra la fábrica que envenena tu pozo, contra el usurero que te sangra, contra los especuladores que hacen subir el precio del arroz, contra los hijos de los vecinos que te impiden dormir porque se pasan toda la noche tosiendo, contra los partidos políticos que se aprovechan y se burlan de ti, contra los jefes que te niegan un empleo, contra el astrólogo que exige cien rupias para decirte si tu hija se puede casar. Aceptas el barro, la mierda, el hedor, los mosquitos, las ratas, el hambre ¡Y de pronto, bang! Encuentras un pretexto y se te presenta la oportunidad de gritar, de romperlo todo, de pelearte. Es más fuerte que tú: ¡te lanzas!» La hermana Felicity se había extrañado a menudo de que, en semejante contexto, las explosiones de violencia no fuesen más frecuentes y más mortíferas. ¡Cuántas veces había visto

en las callejuelas cómo las peleas más sangrientas se transformaban en un torrente verbal de insultos y de invectivas, como si cada cual quisiese evitar lo peor!

Una serie de deflagraciones sacudieron la casa del usurero. Inmediatamente después, unas llamas alcanzaron la terraza. Unas voces gritaron: «¡Muerte a Pulpul Singh!»; otras: «¡Te vengaremos, Indira!» De repente apareció Salar, el reparador de bicicletas. Llevaba un cuchillo en la mano. Gritó: «¡Prepárate a morir...!» y se dirigió hacia el sij, que estaba aterrado. Estaba a punto de abalanzarse sobre el usurero para degollarlo, pero en el instante en que levantaba el brazo, alguien se interpuso entre ellos.

-¡Hermano, suelta tu cuchillo! -ordenó la hermana Felicity, blandiendo firmemente la muñeca del joven musulmán.

Los amigos de Salar, estupefactos, no se atrevieron a intervenir. Ganga Ram avanzó acompañado por su mujer Dalima. A pesar de su andar todavía vacilante, la antigua inválida había conseguido unirse a la muchedumbre. Acababa de ver a la religiosa interponerse entre Salar y el usurero.

—¡Matar a este cabrón no serviría de nada! -gritó volviéndose hacia los manifestantes-. ¡Tengo una idea mejor! -Con estas palabras, sacó de la cintura de su sari unas pequeñas tijeras-. ¡Vamos a cortarle la barba a este sij! ¡Es una venganza peor que la muerte!

Ganga dirigió una sonrisa de admiración a su esposa.

—¡Dalima tiene razón, cortemos la barba de esta basura y tirémosla a las llamas de su casa!

Salar, el sastre Ahmed Basi y el zapatero Iqbal agarraron al usurero y lo ataron al tronco de una palmera. Dalima tendió las tijeras a Belram Mukkadam. Después de todo, le correspondía al encargado de la *tea-house* el honor de humillar a quien lo venía explotando desde hacía tantos años. Resignado, el usurero se dejó. La operación duró largo rato. Todos los asis-

tentes contenían la respiración. La escena era a la vez patética y sublime. Cuando no hubo ya ni rastro de pelo en los mofletes, el cuello y la cabeza del usurero, una ovación de alegría subió al cielo oscurecido por el humo de la casa en llamas. Se oyó entonces la voz profunda de Mukkadam.

-¡Indira, descansa en paz! Los pobres de la Explanada negra te han vengado.

La venganza de los chabolistas contra el usurero sij no fue más que una minúscula chispa de la terrible explosión que enfrentó a la India contra los fieles del gurú Nanak. Nada más apagarse las llamas de la pira funeraria de Indira Gandhi, una orgía de violencia, de asesinatos y de pillaje se apoderó de la capital y de las principales ciudades del país. En todas partes, los sijs fueron brutalmente agredidos, golpeados, apuñalados; sus casas, sus templos y sus escuelas fueron incendiados. Pronto, los bomberos, los hospitales y los servicios de urgencias se vieron sumidos en una locura asesina que a muchos les recordó los peores horrores de la partición del país en 1947. A pesar de un toque de queda riguroso y de la intervención del ejército, más de tres mil sijs fueron inmolados en el altar de la venganza.

La mañana del 2 de noviembre, la locura mortífera alcanzó la ciudad de las begums de manera particularmente atroz. Kuncharam Khanuja, de cuarenta y cinco años, el oficial sij que mandaba el cuerpo de ingenieros militares del ejército indio acantonado en Bhopal, salió de su cuartel acompañado de una escolta para dirigirse a la estación. Varios miembros de su familia -sus dos hermanos, su cuñado y unos sobrinos- regresaban de una peregrinación al Templo de Oro de Amritsar. Cuando Khanuja abrió la puerta del compartimento reservado por su familia, no encontró más que cuerpos carbonizados.

Unos asesinos habían detenido el tren a la salida de Amritsar, habían degollado a todos los viajeros sijs y habían prendido fuego a los cadáveres.

Cinco días más tarde, en ese mismo andén número 1 de la estación de Bhopal, se detuvo un tren especial decorado con banderas y guirnaldas de flores. Traía a la población una de las treinta y cuatro urnas que atravesaban el país con las cenizas de la gran sacerdotisa desaparecida. Una guardia de honor formada por militares con uniforme de gala, la culata del fusil al revés, y una banda que tocaba la marcha fúnebre esperaban la preciada reliquia para llevarla hasta el mausoleo levantado en el corazón del *Parade Ground*, la explanada donde por costumbre se celebraban las veladas poéticas de la ciudad.

La ciudad entera se había congregado a lo largo del recorrido. Belram Mukkadam, Ganga Ram, Dalima y Dilip, Padmini y sus padres, Salar, todos los habitantes de la Explanada negra, incluyendo a la vieja Prema Bai y al «sin piernas» Rahul sobre su tablero con ruedas, estaban allí para rendir un homenaje a la que había proclamado que la erradicación de la pobreza debía ser la primera prioridad de la India. Durante dos días, miles de bhopalíes de todas las castas, de todas las religiones y de todas las procedencias acudieron a depositar flores a los pies del mausoleo decorado con la bandera nacional y la del estado del Madhya Pradesh. Las banderolas que se erguían a lo largo del interminable desfile identificaban a los distintos grupos. Entre el barullo se podía encontrar a militantes del Partido del Congreso, asociaciones, clubes de comerciantes, de parados con o sin diplomas, de jóvenes artistas y ¡hasta de peatones!

Después de su escala en Bhopal y de una peregrinación por las distintas ciudades de Madhya Pradesh, la urna regresó a Nueva Delhi, donde un avión militar se la llevó con las demás

urnas por encima de las más altas cimas del Himalaya. A bordo del aparato escoltado por dos Mig 23 se encontraba Rajiv, el hijo de la desaparecida. Vacío cada una de las urnas en una cesta que cubrió con un velo de satén rojo. Cuando el avión sobrevoló las nieves eternas donde nace el Ganges, el nuevo jefe de la India lanzó la cesta al aire cristalino. El velo se rompió. Las cenizas de Indira Gandhi se dispersaron para alcanzar el país de los dioses, los altos valles de Cachemira que eran la cuna de su familia.

Noviembre, el mes de las fiestas. Mientras la dirección de Union Carbide abandonaba a su triste suerte el buque insignia de su aventura industrial en el corazón de la India, la despreocupada ciudad de las begums se entregaba a las alegrías y a las celebraciones del calendario más festivo del universo. En ningún sitio este apetito por los festejos se manifestaba con más intensidad que en los bastís de la Explanada negra. Allí, la fiesta arrancaba a la gente humilde de la dura realidad de su condición. La fiesta transmitía la religión mejor que ningún catecismo, exaltaba los corazones y los sentidos con la magia de sus cantos y el ritual de sus largas y fastuosas ceremonias.

Los hindúes inauguraron los festejos con una animada verbena de cuatro días en honor a Durga, la diosa victoriosa del demonio-búfalo que llevaba cien mil años devastando el mundo. Toda la ciudad se llenó de espléndidos *pandáis*, templos efímeros contruidos para albergar, el tiempo que dura la fiesta, las estatuas de la divinidad vestidas y adornadas con magníficas joyas. Dos de estos altares iluminaban el siniestro decorado de los bastís de Chola y de Jai Prakash. Durante cuatro días, la población desfiló delante de ellos sin distinción de confesiones. Los hombres llevaban *sherwanis* de lana sobre sus

pantalones; las mujeres, *kurtas* de seda verde, y, en las orejas, pendientes que les daban un aire de princesas.

Al anochecer del cuarto día, las estatuas de la diosa fueron izadas sobre un carrito portaequipajes que Nadar había pedido prestado en la estación. Su esposa y Dalima lo habían envuelto con un trozo de tela tornasolado y decorado con flores. Los músicos de Ganga Ram habían acudido para acompañar a la procesión. En el mismo momento, en los otros barrios de Bhopal se ponían en marcha cortejos semejantes, se dirigían hacia las orillas del lago superior, extensión de agua sagrada en el corazón de la ciudad, donde las estatuas tocadas con una diadema dorada fueron sumergidas en las aguas, llevándose con ellas al fondo las alegrías y las penas de los bhopalíes.

Unos días más tarde, a los musulmanes les tocó el turno de celebrar el aniversario del nacimiento del profeta Mahoma. Las familias de la Explanada negra embadurnaron con cal teñida de verde, el color del islam, el exterior y el interior de sus viviendas, así como las verandas, el brocal del pozo y los escaparates de las tiendecitas. Se tendieron guirnaldas de oriflamas multicolores de lado a lado de cada callejuela. Prosternados en dirección a la mística y lejana Ka'ba, el reparador de bicicletas Salar, el sastre Ahmed Basi, el zapatero Iqbal, así como cientos de fieles se juntaron para una noche de devoción en las dos pequeñas mezquitas de Chola y de Jai Prakash construidas a orillas de la vía del ferrocarril. Al día siguiente, un río humano vibrante de fe, recitando suras a viva voz, abarrotó las callejuelas del barrio. «*Allah Akbar!*» («¡Dios es grande!»), coreaba la muchedumbre enarbolando banderolas que representaban los domos de las santas mezquitas de Jerusalén, Medina y La Meca, emblemas mágicos que impregnaban los lugares de fe, de piedad y de sueños.

Apenas los musulmanes habían terminado de conmemorar el nacimiento de Mahoma cuando una miríada de serpien-

tes luminosas salpicó el cielo de la Explanada negra. Celebrada durante una de las noches más largas del año, *Diwali*, la fiesta hindú de las Luces, marca la llegada oficial del invierno y simboliza la victoria sobre las tinieblas. La iluminación conmemoraba uno de los más bellos episodios del *Ramayana*, el regreso de la diosa Sita a los brazos de su divino esposo Rama, después de su secuestro por el demonio Ravana. En las chabolas de las familias hindúes aquella noche se jugaron encarnizadas partidas de cartas porque la fiesta perpetuaba también la célebre partida de dados en la que el dios Shiva había vuelto a ganar su fortuna perdida jugando contra Parvati, su esposa infiel. Para obtener la victoria, había llamado a su divino colega Visnú, quien se había encarnado muy oportunamente en un par de dados. *Diwali* era un homenaje a la suerte. Los vecinos se jugaban billetes de diez, cinco, una rupia, y hasta moneditas de unos *paisas* (1). Los más pobres se jugaban un plátano, un puñado de granos de arroz inflado o unos dulces. Cada callejuela tenía un jugador que arrasaba. La más encarnizada de todos ellos era Sheela Nadar, que ante la mirada asustada de Padmini, desplumaba sin vergüenza a la vieja Pre-ma Bai.

-¡Es de buen augurio, hija mía! -explicaba después de cada mano victoriosa-. El dios de la suerte está con nosotros. Puedes estar tranquila: tu boda será una fiesta tan bonita como Diwali.

Al cabo de una semana exactamente, el domingo 2 de diciembre, la feliz conjunción de Júpiter y del Sol iba a hacer de Padmini una princesa de *Las mil y una noches*. Ese día, el dios Jagannath, el doble glorioso de Visnú al que veneraban los *adivasis* de Orissa, iba a bendecir su boda con Dilip. Una boda

(1) Céntimos de rupia.

*adivasi* implica un ritual tan meticuloso como el que une a los hindúes de las castas más altas. Nueve días antes de la ceremonia, Padmini y Dilip debieron someterse a todo tipo de abluciones en el hogar de varias familias de sus barrios respectivos, antes de un almuerzo y de la entrega de los regalos que formaban el ajuar. Cuatro días más tarde, las matronas se apoderaron de los jóvenes para una sesión de purificación que consistía en friccionarles el cuerpo con aceite de ricino y otros ungüentos que olían fuertemente a azafrán y almizcle. Terminada la unción, las matronas procedieron al aseo de los novios y a las pruebas interminables de los trajes de boda que el sastre Basi había confeccionado. El precio de estos trajes había sido objeto de arduas negociaciones. Para un humilde culi de la estación de Bhopal, casar a su hija exigía muchos y grandes sacrificios.

Tres días antes de la boda, Ratna Nadar y varios vecinos suyos se pusieron a edificar el *mandap*, la plataforma donde se iba a celebrar la unión. Era un estrado de unos doce metros de largo, que se alzaba a cincuenta centímetros del suelo, de barro y recubierto con una capa seca y lisa hecha con una mezcla de plasta de vaca y de arcilla seca. Ramajes de *mahua* y de *jamun*, dos de los siete árboles sagrados de la India, tapizaban el borde de la plataforma, en cuyo centro, sobre un altar lleno de flores, estaba expuesta la imagen del dios Jagannath. Guirnaldas de bombillas completaban la decoración. La noche de la fiesta estarían alimentadas por un grupo electrógeno alquilado para la ocasión. Belram Mukkadam había escogido un emplazamiento de categoría. Padmini y Dilip se casarían sobre la Explanada frente a la *tea-house*, allí donde se desarrollaban todos los grandes acontecimientos de la comunidad, frente a las cisternas y a las tuberías de la fábrica que encarnaba para todos aquellos pobres la esperanza de una vida mejor.

La oración del alba. Todas las mañanas, Bhopal se despertaba con la llamada lanzada por los almuédanos desde lo alto de los minaretes de sus mezquitas. Pero aquel domingo 2 de diciembre de 1984 no era un día ordinario. En unas horas, la ciudad de las begums iba a celebrar el *Ishtema*, el gran cónclave de oración que reunía una vez al año en el corazón de la India a miles de peregrinos llegados de todo el país, así como de Pakistán y de Afganistán. Ratna Nadar había tenido que dejar de lado los preparativos de la boda de su hija para recibir, con los demás porteadores de la estación, a los pasajeros de los trenes especiales desbordantes de fieles. Jamás habría tanta gente en Bhopal como aquel domingo. La efervescencia estaba ya al máximo en la Taj-Ul-Masjid, la gran mezquita donde los equipos de electricistas instalaban los proyectores que iluminarían el espléndido edificio durante una semana. Unos voluntarios desplegaban cientos de alfombras para rezar y conectaban las baterías de los altavoces, que durante tres días y tres noches emitirían plegarias celebrando la grandeza de Alá.

Alrededor de todo el edificio y de las otras mezquitas, delante de los hoteles de Hamidia Road, de la estación de autobuses y de la de trenes, cientos de tenderos colocaban sus puestos ambulantes. Para todos los comerciantes de Bhopal, el *Ishtema*

representaba la oportunidad de hacer buenos negocios. Jovial y rubicundo, con el labio superior subrayado por un fino bigote y la frente adornada con el tridente de Visnú, Shyam Babu, un hindú de cuarenta y cinco años, era el propietario del mayor restaurante de la ciudad. Las múltiples fiestas del calendario indio, ya fuesen musulmanas, hindúes o profanas, hacían crecer su fortuna. Situado en el barrio viejo, su establecimiento, el *Agarwal Puri Bandar*, servía hasta ochocientas comidas al día y no cerraba nunca. «Nuestras comidas son las más baratas de la ciudad», aseguraba. En efecto, en el restaurante de Shyam Babu, por diez rupias, el equivalente a cuarenta pesetas, uno podía comer a sus anchas verduras, curry de pollo o de pescado y *puris* -tortitas de trigo-. Pero Shyam Babu no era un simple comerciante, era también un hombre de bien. Los leprosos y los mendigos que se arrastraban sobre los peldaños de la gran mezquita y los peregrinos sin recursos que acampaban en las ruinas del palacio de la begum Shah Jehan sabían que siempre encontrarían en su restaurante un plato de arroz y de verduras. Como todos los días, Shyam había empezado el domingo con la oración matutina en el pequeño templo consagrado a *Lakshmi*, la diosa de la Prosperidad. Le había llevado cestas de frutas y flores. Iba a necesitar su apoyo especialmente ese día. Para él, las vísperas de fiestas eran siempre momentos difíciles. La llegada masiva de visitantes obligaba a los responsables de seguridad pública a llevar a Bhopal refuerzos de policía. Para alimentar a esos hombres, contaban con Shyam. Era una tradición. El restaurador había encargado trescientos kilos suplementarios de patatas, otros tantos de harina, y había doblado los depósitos de combustible que debían alimentar a sus quince fogones. «No os preocupéis, hoy podría alimentar a la ciudad entera», anunció al jefe de la policía, que había acudido a su casa para asegurarse de que sus tropas tendrían lo necesario.

No muy lejos del restaurante de Shyam Babu, un cartel señalaba un comercio pintoresco, el cual también se había movilizadado aquel domingo tan distinto y especial. Desde hacía tres generaciones, el Bhopal Tent & Glass Store alquilaba equipos y accesorios para las bodas y las celebraciones de la ciudad. Mahmoud Parvez, nieto del fundador, de cincuenta y dos años, un musulmán con aires de «mullah», con perilla y gorra bordada, dirigía sus asuntos por teléfono desde su mesa de trabajo instalada en plena calle. El almacén que se abría detrás era una auténtica cueva de Alí Baba cuyos secretos él solo conocía. En medio de un enorme desorden, podían encontrarse montones de platos, cajas de abalorios, cajones llenos de cubiertos, candelabros de todos los tamaños, viejos gramófonos, antiguos grupos electrógenos, cascabeles de elefantes y ballestas. No obstante, el orgullo de Parvez era una flamante cafetera italiana. «¡Soy el único en esta ciudad, y en todo Madhya Pradesh, que puede servir un café expreso!», se vanagloriaba. Pero lo que de verdad le había dado fama era una impresionante colección de alfombras y *shamianas*, las tiendas multicolores que se utilizan en las ceremonias públicas y privadas. Las había para todos los gustos y para todos los presupuestos. Algunas podían albergar hasta dos mil invitados. Otras, por su antigüedad y el refinamiento de sus motivos, eran verdaderas piezas de museo. Parvez no las alquilaba sino en ocasiones muy especiales y solamente a amigos o a personalidades. Ese domingo, sus empleados preparaban la más bonita de todas para la boda de la hija del inspector jefe de los ferrocarriles de Bhopal, el hindú Ashwini Diwedi, cuyo hermano, Sharma, dirigía la central eléctrica de la ciudad, dos altos personajes a quien Mahmoud Parvez quería complacer. El resto de las alfombras y *shamianas* estaban destinadas a las numerosas bodas de la jornada, así como a las celebraciones de la fiesta de *Isthema* del día siguiente, sin olvidar la *mushaira*, el recital de poesía previsto para las diez de la noche en la plaza de

Mangalwara, en el barrio de las especias y de los eunucos. Para este especial acontecimiento, Parvez proporcionaba también unos cojines con el fin de que los poetas pudieran relajarse entre recitación y recitación. Un accesorio más que necesario teniendo en cuenta que un buen número de los hombres de letras pertenecían al célebre Círculo de los Poetas Perezosos.

Mientras veía vaciarse su almacén, Mahmoud Parvez se frotaba las manos. Aquel domingo prometía ser un día fasto para el Bhopal Tent & Glass Store.

La actividad febril de los preparativos había contagiado a los dos principales artesanos de la Explanada negra. El zapatero Mohammed Iqbal estaba trabajando desde el amanecer para terminar los pares de zapatos de cuero de Agrá y las sandalias incrustadas con pedrería que varios invitados de distintas bodas de la jornada le habían encargado. Con la ayuda de su joven aprendiz Sunil Kumar, hijo de unos pobres campesinos recientemente llegados al bastí, cortaba, tallaba y cosía en medio del sofocante olor a pegamento y barniz que inundaba la chabola donde aún dormían su mujer y sus tres hijos. Enfrente, en la chabola número 240, su amigo Ahmed Basi estaba también en su puesto desde el alba para terminar los bordados de los saris y de los velos que las familias pudientes de Arera Colony le habían encargado para la boda de sus hijas. Basi encargaba en Benarés unas sedas tan refinadas que su tallercito, aun estando en el Orya bastí, atraía a las elegantes de Bhopal. Cinco veces al día agradecía a Alá los favores que le prodigaba. Su agenda estaba llena de encargos. Dentro de dos semanas se celebraría *Eid*, la mayor fiesta musulmana del año. Su máquina de coser a pedales ensamblaba sin descanso las piezas de los *hurtas* de satén y los *sherwanis* en brocado de Lucknow.

En el otro extremo de la ciudad, en una iglesia con un campanario hecho de pizarra en el barrio de Jehangirabad, ese mismo día de diciembre empezaba una de las mayores ceremonias del calendario litúrgico seguido por la pequeña minoría de cristianos de Bhopal. El primer domingo de Adviento es la puerta que da paso a un tiempo de oración y recogimiento que anuncia la mayor fiesta cristiana del año, el aniversario del nacimiento de Jesús, venido a redimir los pecados de los hombres. Un Nacimiento con personajes de tamaño natural representaba el del Mesías sobre la paja del establo de Belén. Mujeres vestidas con preciosos saris cuyo dobladillo bordado les recubría el rostro, hombres y niños ataviados como príncipes... Una asistencia multicolor llenaba la iglesia, refrescada por un grupo de ventiladores. Majestuoso en su alba inmaculada y sus ornamentos de seda carmesí, Eugenio de Souza, el arzobispo católico oriundo de Goa, recitó el primer salmo con fervor. «Despierta tu poder, Señor -imploró-, y ven a socorrernos porque el pecado nos expone a peligros inminentes.»

Aquella mañana, uno de los reclinatorios había permanecido vacío. La hermana Felicity había llamado por teléfono al prelado para excusar su ausencia y para pedir a su vicario, el padre Lulu, que fuese *aAsha Niketan*, la Casa de la Esperanza, a decir misa a los niños discapacitados en la capilla de la institución. Como en la casa de la Madre Teresa en Calcuta, un único objeto decoraba la pared de la capilla, una gran cruz de madera colgada detrás del altar con las palabras: «*I thirst*» («Tengo sed»). Una docena de niños estaban arrodillados sobre sacos de esparto cosidos entre sí. Entre ellos se encontraba Raina, una chiquilla aquejada de parálisis cerebral que la religiosa había alojado en su propio cuarto para cuidarla mejor en su agonía. La mayor parte del tiempo, pero sobre todo por la noche, su enfermedad la sumía en un estado semejante al coma, como si estuviera muerta. La noche anterior, Raina se

había despertado bruscamente dando gritos. «Este tipo de enfermos tienen una sensibilidad muy especial -explicó la hermana Felicity-. Raina no se levantaba nunca de noche, salvo cuando se iba a producir un acontecimiento excepcional, como una tormenta o el principio del monzón. Pero aquel segundo día de diciembre hacía tan buen tiempo en Bhopal que no entendía por qué Raina se había puesto de repente a dar alaridos.»

La religiosa iba a encontrar en el Evangelio la respuesta a su pregunta. «Habrán señales en el sol, en la luna y en las estrellas -decía el texto de San Lucas del primer domingo de Adviento-, y en la tierra angustia de las gentes, perplejas por el estruendo del mar y las olas, muriéndose los hombres de terror y ansiedad por las cosas que vendrán sobre el mundo...»

Al norte de la inmensa ciudad, cerca de la estación, el ministro anglicano de la pequeña iglesia blanca de San Salvador, construida en el centro de la Railway Colony, meditaba también con sus fieles sobre las oscuras predicciones de las Sagradas Escrituras. Pequeño, fuerte, con la cara redonda y siempre sonriente, el pastor Timothy Wankhede, de treinta y un años, era oriundo de Maharashtra. Con su esposa y su bebé de diez meses llamado Anuradh, que significa Alegría, vivía en un modesto presbiterio de ladrillo rojo justo al lado de la iglesia. Como el arzobispo de Souza, aquel hombre desplegaba una energía incansable para mantener la llama de la fe cristiana en una ciudad poblada por una mayoría aplastante de hindúes y sobre todo de musulmanes. Un día, mientras escuchaba la radio, se sintió tocado por la fe cristiana. Tenía veintiún años cuando un anuncio en *marathi*, su lengua materna, pasó de pronto por las ondas: «Quien elige creer en Jesucristo será salvado con todos los suyos», decía el mensaje. «Me conmovió —contaría Timothy-. Me precipité hacia el único teléfono público del pueblo y llamé a la

emisora de radio porque quería saber algo más sobre ese Jesucristo.» Después de su bautismo, «el día más hermoso de mi vida», había recorrido la India durante tres años para predicar el Evangelio. Después había pasado cuatro años en el seminario para obtener el diploma de Teología que le abrió las puertas de la parroquia de Bhopal.

El apostolado, según el pastor Timothy, no se limitaba a dirigir el culto. Aquel primer domingo de Adviento se disponía a llevar a sus parroquianos a varios hospitales de la ciudad. «Tenemos el deber de reconfortar a nuestros hermanos que sufren —les comunicó—, y decirles que las manos de Jesús tienen el poder de curar si se cree en Él.» En sus alforjas llevaba ejemplares de la Biblia traducida a una docena de idiomas. Aquel domingo de Adviento había decidido leer a los enfermos un versículo que al cabo de unas horas se revelaría de una trágica actualidad. «Perdona a tus hijos, Señor! -decía el texto de san Pablo-, han sido engañados por los que los han atraído con el señuelo de la riqueza.»

Ambos hombres ejercían la especialidad médica a la que tan aficionados son los autores de novelas policíacas. El profesor Heeresh Chandra, de sesenta y dos años, y su joven adjunto Ashu Satpathy, de treinta y cuatro, hacían las autopsias a los cadáveres que los diversos sucesos -accidentes, crímenes o suicidios— enviaban a lo largo del año a las mesas de examen del servicio médico-legal del Gandhi Medical College. En una ciudad de seiscientos mil habitantes, las muertes violentas son frecuentes, incluidos los domingos y días de fiesta. A falta de un depósito de cadáveres convenientemente refrigerado, los dos médicos forenses debían estar constantemente disponibles para empezar las autopsias nada más llegar los cadáveres.

De aspecto majestuoso, el profesor Chandra parecía un

maharaja del imperio *rajputa* con su imponente bigote blanco. Más que por sus hazañas como diseccionador de cadáveres, se había hecho famoso entre los bhopalíes por su pasión de coleccionista. El profesor Chandra coleccionaba perros y coches antiguos. Poseía tres labradores color arena y un National de los años treinta, conocido en toda la ciudad por el pitardeo de su tubo de escape. Como todos los domingos, aquel 2 de diciembre el excéntrico profesor se disponía a coger el volante de su venerable coche para dar un paseo con sus labradores hasta el parque natural de Delawari, la excursión preferida de los bhopalíes.

Su joven colega Ashu Satpathy, siempre impecablemente vestido y encorbatado, dedicaba su tiempo de ocio al cultivo de rosas. A falta de disponer de un jardín suficientemente grande en su chalet de Idgah Hills, había transformado los pasillos y terrazas del Departamento de Medicina Legal en una rosaleda. Decenas de tiestos y de jardineras rebosantes de flores estaban situadas junto a hileras de recipientes de cristal donde se conservaban en formol los hígados, los riñones, los corazones, los bazos y los cerebros que hacían hablar a los cadáveres traídos por la policía. Satpathy dedicaba cualquier rato libre, por corto que fuera, a regar, cortar y tratar sus rosales enanos. Los mismos dedos que hincaba sin repugnancia en las visceras humanas efectuaban delicados injertos con el fin de obtener nuevas variedades únicas. Les había dado los nombres poéticos de «Diamante negro», «Rosa moschata», «Chinensis», «Odorata» y «Chrysler de oro». Todas esas maravillas iban a ser expuestas dos días después en los invernaderos de la monumental exposición de arte floral que, durante ocho días, convertiría a Bhopal en la capital india de las rosas.

Pero, por desgracia, los acontecimientos de aquel domingo iban a oponerse a los proyectos de ambos médicos. Hacia las doce del mediodía, una llamada telefónica del cuartel gene-

ral de la policía les advirtió del envío al Departamento de Medicina Legal de dos cadáveres, un hombre y una mujer, cuya autopsia se necesitaba con urgencia para conocer las causas de la defunción.

Antes de empezar su trabajo, los dos facultativos convocaron al cómplice de todas sus disecciones. Con su eterno gorro beige sobre el pelo largo, el fotógrafo Subashe Godane, de veintiocho años, más parecía un artista que el auxiliar de una investigación médico-legal. Soñaba con triunfar en el mundo de la fotografía de moda y de publicidad, y había juntado una impresionante colección de retratos de mujeres que se disponía a exponer en la bienal de Delhi. Mientras, era fotografiando cadáveres cosidos a puñaladas, niños decapitados y mujeres cortadas a trocitos, como su Pentax K-1000 le daba para vivir, a él, a su mujer y a sus tres hijos. Godane estaba absolutamente seguro de haber grabado en sus carretes de fotos todo el horror que el hombre puede infligir a sus semejantes. Se equivocaba.

La autopsia de los dos cuerpos duró tres horas. La ausencia de marcas de violencia en aquella pareja de unos cuarenta años de edad hacía pensar en un doble suicidio por envenenamiento. El análisis de las visceras permitió a los doctores Chandra y Satpathy confirmar su hipótesis. En el estómago de las víctimas descubrieron abundantes restos de un polvo blanquecino que había producido daños irreversibles en los aparatos digestivo y respiratorio. Los facultativos no pudieron determinar la naturaleza exacta de la sustancia, pero sin duda se trataba de un potente pesticida de la familia del DDT o de un producto similar. Los policías de la brigada criminal de Bhopal que se habían desplazado hasta la aldea donde se habían encontrado los cuerpos descubrieron que las víctimas eran unos humildes campesinos arruinados por la última sequía. Incapaces de devolver los préstamos contraídos para comprar simientes, abonos y pesticidas para su última cosecha, habían decidido poner

fin a sus días. Era un caso frecuente en la India, tan habitual como la forma de suicidarse: una ingestión masiva de pesticida. Aquel domingo 2 de diciembre, la «bonita fábrica» de Carbide había empezado a sembrar la muerte. En la choza de los dos campesinos, los policías encontraron un paquete vacío de Sevin.

Domingo de oraciones y de luto, pero también domingo de locura. Trescientos espectadores excitados se agolpaban alrededor de un redondel de polvo en el viejo hangar contiguo al Lakshmi Talkies, el mayor y más antiguo cine de la ciudad. Los gritos, las interpelaciones y el estruendo de los altavoces hacían vibrar el edificio. Hombres en camisa y *longhi*, apretando en los dedos fajos de rupias, se abrían camino entre los excitados asistentes para recoger las apuestas. En la primera fila del público, al borde del ruedo, un viejo con la tez clara, vestido con un *kurta* cuya elegancia contrastaba con el desaliño general, masajeaba en silencio las patas de un gallo. Munné Baba, el padrino de los bastís, jamás hablaba antes de un combate.

A su alrededor se agolpaban, como escoltas, sus amigos de la Explanada negra, Belram Mukkadam, Ganga Ram y el «sin piernas» Rahul. Todos habían apostado por *Yagu*, el campeón de Munné Baba, animal de garras asesinas que esa tarde, gracias a su victoria, iba a comenzar la ruta de los campeonatos: Ahmedabad en enero; Bangalore en marzo, y, finalmente, Nueva Delhi en abril. Con suma delicadeza Munné Baba masajeaba los muslos, las articulaciones y las patas del ave, que se dejaba hacer ronroneando de placer. Luego, con ayuda de una lima, procedió a afilarle las garras y el pico para convertirlos en puñales mortíferos.

Un toque de gong anunció el principio del combate. Munné Baba se levantó y colocó delicadamente a *Yagu* frente a su adver-

sario. En seguida, ambos gallos se abalanzaron el uno sobre el otro con una rabia que provocó el entusiasmo de la concurrencia. Picos y uñas daban vueltas y revueltas en la luz como flechas de acero. La sangre manaba por doquier sin que la furia de los combatientes disminuyese. La muchedumbre gritaba sus nombres, aplaudía, pataleaba... Cuando una de las aves caía rodando por el polvo, era el delirio. Munné Baba seguía el feroz cuerpo a cuerpo con la impassibilidad de un buda. *Yagu* sangraba, vacilaba, se caía, pero se levantaba siempre para atacar de nuevo. Con un último golpe de sus garras, consiguió reventarle un ojo a su adversario, que se desplomó herido de muerte. Un nuevo golpe de gong anunció el final del combate. El padrino se levantó y fue a recoger a su gallo, ensangrentado pero vencedor. Levantando al animal por encima de su cabeza como si fuese un trofeo victorioso, saludó a la muchedumbre.

Domingo de frivolidades, domingo despreocupado. Aunque habitualmente los domingos estaban cerradas, las tiendas del Chowk Bazar, apiñadas alrededor de los minaretes y de las cúpulas con flechas de oro de la Jama Masjid, tenían una afluencia récord. Aquel 2 de diciembre era ante todo el día de las bodas bendecidas por los astros. Las más elegantes de los barrios distinguidos acudían para hacer las últimas compras. Acababan con las existencias de collares, pendientes, pulseras para las muñecas y los tobillos, y adornos de todo tipo, especialidades de los joyeros bhopalíes. Dejaban a los perfumistas sin sus frascos de vetiver, de sándalo, de esencia de rosas, de pachulí... Vaciaban las tiendas de sedas, de lazos, de sandalias... Era como si el fin del mundo estuviera a la vuelta de la esquina...

En el otro extremo de la ciudad, el Arera Club, una espléndida institución heredada de los ingleses, vivía la afluencia de los domingos de fiesta. Sus miembros se afanaban alrededor del bufet repleto de vituallas, en las pistas de tenis, en la piscina de dimensiones olímpicas, en los salones de lectura, en torno a los parterres de césped perfectamente dibujados.

Los directivos de Carbide y de las demás empresas implantadas en la ciudad eran miembros de derecho del club, enclavado en un oasis de buganvillas malvas, encarnadas, naranjas

o blancas, de palmeras, de amancayos y de meliáceas. Las noches de gala, los bailes, los torneos de tenis y de bridge y los concursos de bingo habían dado a los expatriados de South Charleston y a sus jóvenes colegas indios una idea de la vida de los administradores británicos en los grandes momentos del imperio. Pero las cosas habían cambiado en los últimos tiempos. El domingo 2 de diciembre de 1984, ya no había ningún norteamericano de Union Carbide ante las bandejas llenas de pollo al curry y otras delicias de la gastronomía india del bufet. Por otro lado, habían desertado de la fábrica tantos ejecutivos autóctonos que no quedaban casi ingenieros indios. Uno de sus escasos representantes, Jagannathan Mukund, el director, había venido a comer con su hijo más joven, que estaba de vacaciones universitarias en Bhopal. Mukund y su mujer lo llevarían por la noche a varias celebraciones nupciales. Y al día siguiente le harían descubrir algunos lugares pintorescos de los alrededores de la ciudad de las begums. Si la fábrica estaba parada, nada se oponía a que su capitán se alejase de ella un día o dos.

Cerca de la mesa de los Mukund se jugaba una encarnizada partida de bridge. Uno de los jugadores era un joven médico vestido con pantalón blanco y camiseta de deporte. El atlético doctor L. S. Loya, de treinta y dos años, campeón de natación y de bridge, había sido contratado en el mes de marzo por medio de un anuncio para asumir la dirección del dispensario-hospital construido por Carbide en el propio emplazamiento de la fábrica. Para el hijo de un comerciante de granos de Rajastán, que había trabajado duramente para conquistar su diploma de toxicología, trabajar para una empresa internacional que fabricaba productos químicos era una consagración. En ocho meses, Loya no se había tenido que enfrentar a ninguna urgencia médica grave. Y era una suerte, porque la dirección no le había proporcionado la más mínima informa-

ción detallada sobre la composición del principal y más peligroso gas tóxico elaborado por la fábrica, y menos aún sobre la manera de tratar sus efectos en caso de accidente.

Sin duda, Sharda Diwedi era el personaje que tendría que asumir las mayores responsabilidades aquel domingo distinto de los demás. Con cincuenta y dos años, era el director de la central eléctrica de Bhopal. Aquella noche, sus turbinas deberían proporcionar suficiente corriente como para inundar de luz las múltiples fiestas y celebraciones nupciales. La más grandiosa tendría lugar en la Railway Colony. Allí se iba a celebrar la boda de Rinou, la hija más joven del inspector jefe de los ferrocarriles de Bhopal.

La Railway Colony era el barrio que los británicos tradicionalmente construían para los ferroviarios al lado de todas las grandes estaciones del país. Una pequeña ciudad dentro de la ciudad, a imagen y semejanza de las ciudades del Sussex o del Surrey, con su césped, sus chalecitos, su campo de cricket, su salón de té, su banco y su iglesia con el campanario neogótico. Y con la institución que no falta nunca allí donde haya ingleses: el club. Aquel domingo, el edificio de estilo colonial del Club de los Ferroviarios acogía a los parientes y por lo menos a doscientos invitados de la familia del novio. Por la noche, más de mil personas se iban a juntar bajo las inmensas *shamianas* de Mahmoud Parvez levantadas sobre el césped, iluminadas por focos y guirnaldas de bombillas multicolores. El director de la central eléctrica albergaba un solo temor: que una inesperada avería hundiese la fiesta en las tinieblas. Para conjurar a la suerte, mandó instalar un potente grupo electrógeno de apoyo detrás de una de las *shamianas*.

Una noche de invierno, fresca y luminosa, cayó sobre la ciudad de las begums. Mientras se apresuraban los preparativos en la Railway Colony y en todos los sitios donde debían celebrarse las bodas, las matronas del Orya bastí terminaban de arreglar a Padmini con su ropa de fiesta. Su padre apareció en el umbral de la chabola.

-Gran Hermana Felicity, mira qué guapa está mi hija -murmuró Ratna Nadar con orgullo, dirigiéndose hacia la religiosa, que había ido a acompañar a la reina de la noche en los últimos momentos de su vida de adolescente.

-¡Sí que lo está! -contestó la escocesa-, porque la mano amorosa de Dios es la que la ha creado.

Envuelta en un sari escarlata entretejido de hilos de oro, con el rostro escondido tras un velo de muselina, los pies desnudos pintados de rojo, los dedos del pie, los tobillos y las muñecas resplandecientes de joyas de la dote aportada por los enviados de su futuro marido, Padmini, escoltada por su madre, se disponía a tomar asiento sobre la esterilla de paja de arroz colocada en el centro del *mandapa*, la plataforma ritual edificada frente a la *tea-house*. Era allí, cerca del fuego sagrado que ardía en un pequeño brasero, donde esperaba la llegada de aquel a quien el destino le había dado por esposo.

Con los ojos iluminados de felicidad y los labios abiertos en una sonrisa de beatitud, Ratna Nadar no conseguía dejar de mirar a su hija. Era el espectáculo más hermoso de su vida, una visión mágica que borraba de golpe tantas imágenes de pesadilla: Padmini llorando de hambre y de frío en el andén de la estación de Bhopal, hurgando con sus manitas en los montones de basura entre los raíles, mendigando pedacitos de carbón a los maquinistas de las locomotoras... Para aquella hija de pobres, no había habido juegos ni escuela, únicamente el cuidado de sus hermanos, ir a por agua, hacer la colada o barrer. Una vida de reclusa solamente dulcificada por su encuentro

con la hermana Felicity. En el día de su boda, vestida como una princesa, Padmini saboreaba su felicidad, su triunfo, su revancha sobre la fatalidad.

Un grito agudo seguido por una serie de gemidos se oyeron en la noche. Una vecina acudió: «¡Venid de prisa! Boda está de parto.» Sin preocuparse por su vestido de novia, Padmini llevó a la hermana Felicity hacia la chabola donde la mujer del lechero Bablubai se retorció de dolor. La vieja Prema Bai ya estaba allí. Padmini iluminó con una vela el rostro delgado y dolorido de la madre, que estaba bañada en su propia sangre. La hermana Felicity vio surgir la cabeza del niño entre los muslos de Boda. La mujer no conseguía expulsarlo.

-Empuja -le dijo la religiosa en hindi-, empuja lo más fuerte que puedas.

Boda hizo tal esfuerzo que se le saltaron las lágrimas.

-¡No, así no, hermanita! Empuja hacia abajo. Primero, intenta respirar a fondo, y después empuja escupiendo el aire de tus pulmones. ¡Rápido!

Padmini encendió una segunda vela para iluminar mejor el vientre de Boda.

-Por el amor de Dios, ¡empuja más fuerte! -suplicó la religiosa.

La mujer del lechero empujó con todas sus fuerzas. La hermana Felicity, que había participado en decenas de partos entre los más desfavorecidos, sabía que era la última oportunidad de hacer salir al niño.

-Ponte enfrente de mí -ordenó a la vieja comadrona, que parecía desbordada por la situación-. Mientras intento enderezar al niño, frótale el vientre, de arriba abajo.

En cuanto la matrona pasó a la acción, la hermana deslizó delicadamente la mano detrás de la nuca del niño. Boda gimió.

-Respira hondo -ordenó la religiosa-, y empuja regularmente, sin parar.

Todos los músculos de la mujer se contrajeron. Con la cabeza hacia atrás y la boca crispada, hacía un esfuerzo desesperado.

La religiosa no pudo explicar nunca lo que ocurrió entonces. Su mano acababa de alcanzar los hombros del niño cuando dos ratas caídas del techo pasaron frente a sus ojos antes de aterrizar en el vientre de la mujer del lechero. Sorprendida, retiró la mano. ¿Fue la brusquedad de su gesto o el susto provocado por la caída de los animales? Una cosa era cierta: el niño había salido de golpe.

Prema Bai cortó el cordón umbilical con su daga antes de ligarlo con un hilo de esparto. El recién nacido era un hermoso niño que debía de pesar algo más de tres kilos. Padmini observó cómo se entreabrían sus pulmones y su boca en un grito que desencadenó un formidable eco de alegría en el interior de la chabola y hasta en la callejuela.

-¡Hermana, me has dado un hijo! -gritaba exultante el lechero Bablubai, llevando un cuenco lleno de arroz que alzaba como una ofrenda hacia la religiosa—. Toma —le dijo-, coloca este arroz junto a mi niño para que la diosa le dé larga vida y prosperidad.

Luego reclamó una lámpara de aceite. Según la tradición, su mecha debía arder sin interrupción hasta el día siguiente. Si ésta se apagaba, significaba que el recién nacido de aquel domingo bendecido por los astros no viviría.

El instante mágico de la vida de Padmini al fin había llegado. Una banda de música irrumpió, acompañada de cantos. Precedida por un grupo de bailarines muy maquillados con carmín y *khol*, el cortejo del novio hizo su entrada en el terraplén

de la *tea-house*. Al ver al muchacho a lomos de su montura blanca, la hermana Felicity tuvo la impresión «de ver aparecer un príncipe de alguna leyenda oriental». Con su corona de cartón brillante y las babuchas incrustadas de pedrería hincadas en los estribos centelleantes, el antiguo traperillo de los trenes parecía uno de los legendarios soberanos de la India popularizados en los grabados. Antes de subir sobre el *mandapa*, el estrado donde le esperaba su novia cerca del fuego sacrificial, Dilip tuvo que someterse al rito del *purdah*, la colocación del velo, para que los ojos de su prometida no pudiesen descubrir su rostro antes del momento previsto por la liturgia. El maestro de ceremonias lo invitó entonces a sentarse junto a Padmini. Belram Mukkadam se había ataviado para la ocasión con un elegante *panjabi* blanco nuevo. Antes de ponerse el sol, había querido llevar a cabo en secreto una celebración personal. Había atado su toro *Nandi*, comprado con las indemnizaciones de Carbide, al pie de una acacia para pintarle los cuernos de rojo y decorarle la frente con un tridente, el emblema del dios Shiva. Con este homenaje, Mukkadam quería atraer la bendición del animal sagrado sobre la unión de Dilip y de Padmini.

«En el reino de los cielos, serán las caras más bonitas», pensó la hermana Felicity al descubrir el círculo de hombres, mujeres y niños vestidos de fiesta que rodeaban a los recién casados. Con la cabeza inclinada y parcialmente tapada por su velo, Padmini parecía absorta en una profunda meditación. Fue el momento que eligió la religiosa para acercarse a ella.

-Esta crucecita de oro fue un regalo de mi madre cuando decidí consagrar mi vida a Dios —le dijo pasando alrededor del cuello de la joven la cadena que retenía la joya-. Me ha protegido siempre. Me gustaría que te protegiese a ti también.

-Gracias, Gran Hermana, te prometo que la llevaré siempre -murmuró Padmini, con los ojos brillantes de emoción.

Entonces comenzó el largo ritual de la boda *adivasi*, salpicada de mantras en sánscrito, lengua de los textos sagrados, que Mukkadam se había aprendido de memoria para la ocasión, pero que nadie allí entendía, ni siquiera él. Empezó pidiendo a los novios que metiesen su mano derecha en un jarrón de barro cocido lleno de una mezcla de sándalo y nardos. Había dos anillos escondidos. El primero en encontrar una de las joyas tenía el derecho de imponer una prenda al otro. Después de ese preámbulo, llegó el *panigrahan*. Entre los *adivasis*, así como entre los hindúes, éste es un rito esencial del matrimonio. El celebrante sacó del bolsillo de su *panjabi* un cordel malva y cogió la mano derecha de los novios para atarlas, repitiendo sus nombres en voz alta. El momento cumbre había llegado. La banda y el público se habían callado. Mukkadam invitó a los novios a conocerse oficialmente. Lenta y tímidamente, cada uno de ellos apartó el velo del otro con su mano libre. El rostro alegre de Dilip apareció frente a los ojos achinados de Padmini. Sentía los latidos de su corazón. Su madre, su padre y su hermano la observaban con una emoción mal contenida. Dalima, por su lado, no conseguía retener las lágrimas. Entonces Mukkadam ordenó a los novios que llevasen a cabo el último rito: con las manos derechas unidas por el cordel, los esposos dieron siete vueltas alrededor del fuego sacrificial.

Eran las diez de la noche y la fiesta no había hecho más que empezar. Con la ayuda de un grupo de mujeres, Dalima colocó sobre esterillas desplegadas alrededor de la *tea-house* los platos de hojas de banano del banquete nupcial, una comida que todos los invitados del Orya bastí iban a saborear más tarde frente al decorado insólito de torres y de tuberías de la fábrica de Carbide, iluminadas por guirnaldas de luces como un buque engalanado.

Mientras otras ceremonias nupciales parecidas se desarrollaban en las cuatro esquinas de la ciudad, varios cientos de habitantes se disponían a honrar a la diosa de la Poesía en la plaza de las Especias.

Los organizadores de la *mushaira* de aquel domingo por la noche habían querido dar a su programa un brillo particular invitando a uno de los más célebres poetas en lengua urdu. Jigar Akbar Khan era una leyenda. En Bhopal, era objeto de un culto tan fervoroso que un taxista lo había secuestrado un día para obligarlo, amenazándolo con un arma, a ofrecerle un recital para él solo. En una sola velada, Jigar conseguía declamar más de cincuenta *ghazals*. Cuando hizo su entrada, el delirio se apoderó de la concurrencia. Sus sublimes declamaciones, la sonoridad un tanto cálida y suplicante de su voz, resonaron como un canto hechizado. Se sabía que el viejo poeta de barba blanca envuelto en un chai raído era un borrachín, ¡pero qué importaba eso! Bhopal le debía demasiadas noches de exaltación como para no absolverlo para siempre. Contaban que la noche de su boda, uno de sus discípulos había abandonado a su esposa para acompañar al maestro a la estación y dejarlo instalado en su compartimento. En el momento en que el tren arrancaba, el chistoso Jigar había agarrado a su admirador para impedirle saltar al andén. El recién casado no regresó a Bhopal hasta un año después, un año que pasó siguiendo a su ídolo de fiesta en fiesta por toda la India.

Con las manos abiertas hacia el rapsoda en gesto de ofrenda, los ojos cerrados sobre una visión de éxtasis y la cabeza moviéndose en señal de aprobación, los espectadores acompañaban cada verso con un «*Vaaahhj!*» (1) de felicidad incansablemente repetido. El frío punzante de una leve brisa que

(1) «¡Maravilloso!»

soplaba del norte mordía la piel, pero la exaltación abrasaba tanto los cuerpos como las almas.

¿Acaso era una premonición? El viejo poeta con barba blanca empezó su recital evocando lo repentino de la muerte.

*La muerte, que aparece como una libélula silenciosa,  
como el rocío en la montaña, como la espuma sobre el  
río, como la burbuja en la fuente.*

Tercera parte

Tres sarcófagos bajo la luna



En su tumba de hormigón armado, las tres cisternas de dos metros de altura y trece metros de largo evocan enormes sarcófagos olvidados por algún faraón. Medio enterradas, descansan al pie de las estructuras metálicas que vislumbran los invitados a la boda de Dilip y Padmini. No tienen nombre, sólo números, E 610, E 611 y E 619. Estas cisternas son la obra maestra de la metalurgia más avanzada. Ningún ácido, líquido o gas corrosivo pueden atacar sus paredes de acero inoxidable SS 14. Por lo menos en teoría: el isocianato de metilo no ha revelado todavía todos sus secretos. Una compleja red de canalizaciones, válvulas y grifos comunican las cisternas entre sí, y con los reactores que fabrican el MIC y el Sevin. Para impedir un escape accidental de su contenido a la atmósfera, cada una de ellas está conectada a tres sistemas de seguridad propios. El primero es una malla de tuberías finas en las paredes de cada cisterna. Por ellas circula el gas freón, que sirve para refrigerar el MIC a una temperatura próxima a los cero grados centígrados. El segundo es un grueso depósito cilíndrico llamado «torre de descontaminación», que contiene sosa cáustica para absorber y neutralizar los escapes de gas. El tercero es un hachón de cuarenta metros de altura. Su papel consiste en quemar los efluvios que pudieran escapar al bloqueo de la sosa cáustica.

Este 2 de diciembre de 1984 hay sesenta y tres toneladas de isocianato de metilo en las cisternas —una auténtica «bomba atómica en el corazón de la fábrica», según lo que le dijo tiempo atrás un químico alemán de Bayer a Eduardo Muñoz-, y ninguno de los tres sistemas de seguridad está operativo. La refrigeración está parada desde hace un mes y medio, y el MIC se conserva a la temperatura ambiente, es decir, a unos veinte grados centígrados, temperatura propia de este mes de invierno. Las alarmas sonoras, que se activarían en caso de una subida anormal de la temperatura en las cisternas, han sido desconectadas. Además, varios fragmentos de la torre de descontaminación y del hachón de incineración de los gases han sido desmontados la semana pasada para someterlos a operaciones de mantenimiento.

A pesar de que los manuales técnicos lo ignoran, existe un cuarto sistema de seguridad. Ninguna corrosión, ningún plan de ahorro podrían suprimirlo porque este simple trozo de tela con forma de embudo sólo necesita la energía del viento. La manga que se mueve como una veleta que flota encima de la factoría proporciona una información esencial: la dirección del viento. Iluminada nada más caer la noche, es visible desde todos los puestos de trabajo. Los vecinos de los barrios de los alrededores no pueden verla y nadie se ha preocupado de instalar una segunda manga encima de sus chabolas.

Pero aún hay más por lo que preocuparse. Con una cantidad de cuarenta y dos toneladas de MIC, la cisterna 610 está casi llena, lo que constituye una violación formal de los reglamentos de seguridad. Las cisternas no deben llenarse jamás a más de la mitad de su capacidad con el fin de permitir, en caso de reacción interna, inyectar un disolvente o cualquier otro fluido capaz de neutralizarlas. A su lado, la cisterna 611 contiene

a su vez veinte toneladas de MIC. Por su parte, a la tercera cisterna, la 619, que debería permanecer vacía con objeto de servir de depósito de repuesto en caso de que algo fuera mal en las otras dos, alberga una tonelada de MIC.

Desde el pasado 26 de octubre, día en que se detuvo la producción de la fábrica, el contenido de estas cisternas no ha sido analizado. Otra violación grave del reglamento: el isocianato de metilo no es ni mucho menos una sustancia inerte. A causa de los múltiples gases que lo componen, vive, se transforma y reacciona sin cesar. ¿El líquido que contienen las tres cisternas sigue pareciéndose al «agua mineral pura y transparente» que un día admirara Shekil Qureshi, el joven adjunto de Pareek? ¿O está contaminado por impurezas capaces de provocar una reacción? Si dicha reacción se produjera, descompuesto por el calor que resultaría de ella, el MIC podría liberar todo tipo de gases, incluido el mortal ácido cianhídrico. En caso de escape, estos gases de distintas densidades formarían nubes tóxicas que se propagarían a velocidades diferentes y ocuparían varios niveles de la atmósfera, saturando de golpe una vasta zona.

El nivel de degradación en que se encuentra la instalación hace temer lo peor. Además, tanto en la cisterna 610 como en los equipos adjuntos, hay indicios que advierten de que algo raro está pasando esta noche. Dos veces seguidas, el 30 de noviembre y el 1 de diciembre, unos operarios han intentado transferir parte de las cuarenta y dos toneladas de MIC hacia la unidad que produce el Sevin. Para semejante operación, el contenido de la cisterna debe ser previamente sometido a presión, introduciendo nitrógeno gaseoso. Una manipulación rutinaria en una instalación bien controlada, lo que no es el caso de la «bonita fábrica». A causa de una válvula defectuosa, el nitrógeno se ha fugado a medida que lo introducían. La válvula no se ha reemplazado y las cuarenta y dos toneladas de MIC

siguen estando sin presión dentro de la cisterna. Esto significa que cualquier producto contaminante que llegara del exterior podría penetrar por accidente sin encontrar resistencia, lo que provocaría entonces una reacción incontrolable del MIC.

Rahaman Khan es un joven musulmán de veintinueve años que no se separa nunca de su gorrito bordado, aun llevando el casco. Oriundo de Bombay, emigró a Bhopal para casarse. Su mujer trabaja de costurera en el taller que confecciona los monos de los obreros. Gracias a ella, y después de efectuar un cursillo de instrucción entró como operario en la unidad de fabricación del MIC. Lleva trabajando allí desde hace cuatro meses y gana mil cuatrocientas rupias, un buen sueldo dada su falta de experiencia y de formación. Como la mayoría de los ciento veinte obreros que esta noche se encuentran en la fábrica, no tiene prácticamente nada que hacer puesto que está parada. Khan forma parte del segundo turno, y está de servicio hasta las once de la noche. Muy aficionado a la poesía, en cuanto termine su guardia tiene intención de ir a la plaza de las Especies para asistir a la grandiosa *mushaira* organizada en honor de la celebración del *Ishtema*. Para matar el tiempo en esta aburrida tarde de invierno, juega a las cartas con algunos compañeros en la cafetería. Hasta que una llamada telefónica lo interrumpe: debe presentarse urgentemente en el despacho del supervisor de guardia, Gauri Shankar, un bengalí alto y calvo que parece muy irritado.

-¡Esos vagos del equipo de mantenimiento no han sido siquiera capaces de aclarar las tuberías! -dice quejándose.

Shankar habla de los conductos por los que pasa el MIC líquido producido por los reactores de la instalación. Debido a su naturaleza altamente corrosiva, el isocianato de metilo ataca a las tuberías, produciendo depósitos de escoria en sus paredes. Hay que mandar constantemente chorros de agua a presión a los conductos para eliminar las impurezas, no sólo porque acabarían bloqueando las canalizaciones, sino, sobre todo,

porque podrían introducirse en las cisternas de almacenamiento, contaminar el MIC y desencadenar una reacción de consecuencias imprevisibles.

Shankar blandió el *log book*, el cuaderno de bitácora donde se consignan todas las observaciones relativas al funcionamiento de la unidad de fabricación.

-Aquí están las instrucciones dejadas por A. V. Venugopal -explica-. El superintendente de producción nos pide que procedamos a lavar los tubos.

Khan frunce sus espesas cejas.

-¿Es indispensable hacerlo esta noche? La fábrica está parada. Podemos esperar a mañana ¿No le parece?

Shankar alza los hombros sin saber qué responder. A decir verdad, ni él ni el superintendente Venugopal son expertos en las complejísimas operaciones de mantenimiento de la fábrica. Ambos son recién llegados, uno de Calcuta, y el otro de Madras. Aparte de su característico olor, lo ignoran casi todo sobre el MIC y el fosgeno. La única industria que conocen es la de las cajitas planas o cilíndricas que siguen haciendo la fortuna de Carbide en la India: las pilas.

En su nota, el superintendente indica escuetamente la manera de proceder al lavado requerido. Precisa que hay que empezar por limpiar los cuatro filtros y las válvulas del circuito. Luego proporciona una lista de válvulas que hay que cerrar a fin de evitar que el agua utilizada en el aclarado entre en las cisternas que contienen el MIC. Pero la nota omite recomendar una precaución fundamental: la colocación de discos metálicos macizos en cada extremo de la tubería que comunica con las cisternas. Basta con desacoplar dos segmentos de la tubería, colocar los discos en los lugares previstos, y atornillarlo todo. La operación se realiza en menos de una hora. Únicamente la presencia de esas «sartenes» —como las designa la jerga de los ingenieros— permite garantizar el cierre hermético de las cis-

ternas. Las válvulas y los grifos atacados por la corrosi3n no pueden, por sí solos, garantizar un buen aislamiento.

Rahaman Khan se dedica primero a cerrar la válvula principal. La operaci3n es complicada porque la válvula est situada a tres metros del suelo, en medio de una maraña de tuberías de difícil acceso. Doblndose entre dos viguetas, aprieta con todo su peso la manilla que cierra el mecanismo, sin estar seguro de haberla cerrado del todo porque las piezas metálicas estn dañadas por el 3xido y la corrosi3n. Acto seguido, baja para cerrar las demás válvulas y comenzar la operaci3n de lavado. Le basta con conectar una manga de riego a uno de los purgadores situados sobre la canalizaci3n y abrir el grifo. Durante algunos segundos escucha c3mo el agua va entrando con fuerza en las tuberías y anota la hora en el cuaderno de operaciones: son las veinte horas treinta minutos.

Pero enseguida, el joven operario musulmán se da cuenta de que ocurre algo anormal: el agua inyectada no sale c3mo debería hacerlo por los cuatro grifos purgadores. Despu3s de golpearlos suavemente con un martillo, Khan comprueba que los filtros de dos de ellos estn bloqueados por desechos metálicos. Al instante, corta el agua y avisa a su supervisor por tel3fono, que tarda un rato en llegar. Debido a su falta de experiencia, no es una gran ayuda.

-Limpia bien los filtros de los purgadores de evacuaci3n -se limita a ordenar a su operario-, y vuelve a abrir el agua. Acabará saliendo por su propia presi3n.

El joven musulmán asiente sin estar muy convencido.

-Pero si el agua no sale por los purgadores, ir a otro sitio -sugiere ingenuamente.

El supervisor no se fija en la importancia vital de este comentario.

-¡Ya veremos! -replica, irritado por haber sido molestado por tan poca cosa.

Nada más irse su jefe, Khan se afana en limpiar los filtros y reabre el grifo de lavado. Shankar tenía razón: el agua se evacúa normalmente por los dos primeros purgadores y, al cabo de un rato, también por el tercero. Pero el cuarto parece definitivamente obstruido. Khan no se preocupa demasiado. Como ha dicho su jefe, el sistema ya terminará por desbloquearse solo, así que prosigue el lavado de las canalizaciones liberando toda la presión de la manguera. Varios centenares de litros penetran así en el sistema. Dos horas más tarde, a las veintidós horas treinta minutos, o sea, media hora antes del cambio de equipo, llama a la puerta de la cabina que ocupa su jefe detrás de la sala de mandos.

-¿Qué hago? -pregunta-. ¿Dejo correr el agua, o la cierro?

Shankar parece perplejo. Se frota la barbilla.

-Déjala correr -acaba diciendo-. Es preciso que esas malditas tuberías estén impecables de dentro. Los del equipo de noche cerrarán el grifo.

Rahaman Khan coge un lápiz y redacta en el cuaderno de instrucciones un breve informe de la operación en marcha.

-*Good night, Sir! See you tomorrow!* (1) -añade entonces, con prisa por ir a ducharse y vestirse para el gran acontecimiento de la noche, la *mushaira* de la plaza de las Especias.

Una cita a la que por nada en el mundo faltaría. Esta noche, cuando recite una de sus poesías, la voz de Rahaman Khan se unirá a las de los más insignes maestros.

Son las once de la noche. La plaza de las Especias está repleta de admiradores impacientes por escuchar a sus poetas favoritos. En la otra punta de la ciudad, los salones y el césped del

(1) «Buenas noches, señor. Hasta mañana.»

Arera Club están llenos de invitados, así como las tiendas suntuosamente decoradas donde se celebran las bodas de los barrios ricos de New Bhopal y de Shamla Hills. En la Explanada negra, guirnaldas de bombillas iluminan la ceremonia nupcial de Dilip y Padmini. Toda la ciudad de Bhopal se abandona al júbilo de esta noche bendecida por los astros. Los festejos más grandiosos tienen lugar en el barrio de la Railway Colony, iluminado aquí y allá por los fuegos artificiales. Los mil invitados a la boda de Rinou Diwedi —la hija pequeña del inspector jefe de los ferrocarriles de Bhopal— con el hijo de un comerciante de Vidisha asisten maravillados a la procesión ritual del *Barat*. El joven Rajiv, montando una yegua blanca cubierta con una alfombra de terciopelo bordada en oro y tocado con un turbante, avanza caracoleando hacia su novia, que lo espera bajo la más bella de las *shamianas* de Parvez. Antes de subir, su padre le ha puesto en la frente el punto rojo y el punto negro que siempre lo protegerán del mal de ojo y le garantizarán un porvenir propicio. Rajiv también ha recibido un coco con estrías rojas, regalo tradicional de buen augurio. Delante de la yegua blanca, una mujer avanza a pasos cortos: su madre. Está ataviada con el doble sari de seda y oro reservado para las ocasiones excepcionales. Con fervor, lanza puñados de sal al suelo para apartar del camino de su hijo todas las trampas de la vida.

Las yeguas blancas, las bandas de música y las explosiones de cohetes de los desfiles nupciales iluminan la noche de Bhopal con mil promesas de felicidad.

Veintitrés horas. La hora del cambio de equipo en la pasarela del navio que acaban de abandonar Rahaman Khan y sus compañeros de la guardia anterior. El operario que dirige la sala de control es un hindú bengalí de tez clara, de veintiséis años de edad, llamado Suman Dey. Diplomado en Ciencias por la Universidad de Calcuta, es a la vez competente y respetado. Los setenta y cinco relojes que brillan frente a sus ojos constituyen el cuadro de mandos de la fábrica. Cada aguja, cada indicador luminoso proporciona una información, muestra el nivel de actividad de un aparato, señala una eventual anomalía. Temperaturas, presiones, niveles, Suman Dey está permanentemente al corriente del estado de salud de la instalación. Por lo menos, en teoría, porque desde hace algún tiempo suele ocurrir que algunos aparatos de medida se averíen. Cuando eso sucede, Dey se ve obligado a salir para informarse, pero no siempre lo consigue. Desde hace varios días, a causa de un defecto en el circuito de transmisión, de la cisterna 610 no llega ningún dato sobre la temperatura. Para calmar su frustración, medita acerca del mensaje escrito en el gran cartel que está colgado encima de los relojes. «*Safety is everybody's business*» («La seguridad es asunto de todos»). Ningún signo indica al joven bengalí que la seguridad de la fábrica corra riesgo alguno.

Tampoco puede leerse ninguna preocupación en los rostros de los seis operarios de su equipo. Se han instalado para pasar la noche en torno a un brasero en el cuartito contiguo a la sala de control, conocido como el *site canteen* («la cantina adjunta») porque sus ocupantes pueden ser movilizados inmediatamente en caso de alerta. El equipo nocturno refleja perfectamente la diversidad de la India. Junto al supervisor musulmán Shekil Qureshi, escolta de los camiones de MIC, está el sij V. N. Singh, aquel cuyos padres tanto se habían alegrado al verlo ingresar en Carbide. El tercero es un hindú alto, de veintinueve años y con mirada triste. Mohán Lal Verma está en conflicto con la dirección de la fábrica, que le niega desde hace seis meses la cualificación y el sueldo de operario de sexto grado. El cuarto es un adepto de la religión jainita oriundo de Bombay, delgado como un alambre y, finalmente, están el hijo de un ferroviario de Jabalpur y un antiguo comerciante de Bihar.

Exceptuando a Qureshi, a Singh y a Verma, que van a proseguir la operación de lavado iniciada por el equipo anterior, los demás hombres no tienen esta noche ninguna otra responsabilidad, ya que sus unidades de producción están paradas. Discuten sobre el porvenir sombrío de la «bonita fábrica», mientras fuman *bidis*, mascan betel y beben té.

—Parece que las ventas de Sevin van fatal —declara el jainita de Bombay.

—Van tan mal que se dice que han decidido desmontar la fábrica y enviarla en trozos a otro país -añade el antiguo comerciante de Bihar, hoy especialista del alfa-naftol.

-¿Adonde? —pregunta preocupado el jainita de Bombay.

-¡A Venezuela! -afirma el musulmán de Jabalpur.

-No creo que sea a Venezuela —rectifica Qureshi, que tiene buenos contactos en los despachos de la dirección-, será a Brasil.

-Y mientras, Carbide nos está hundiendo en la miseria

-interrumpe Verma, que se ha vuelto agresivo a causa de los altercados que mantiene con sus superiores.

Qureshi intenta calmar la preocupación de sus compañeros. Todos sienten afecto por ese muchachote un poco desmañado, siempre dispuesto a compartir su inextinguible repertorio de *ghazals*. Las noches se hacen más llevaderas escuchándolo cantar sus poemas. Es una grata sorpresa que esté aquí esta noche, porque la hoja de servicio lo designaba para la guardia de mañana, pero en el último momento ha aceptado sustituir a un colega invitado a una de las bodas que se dan en la ciudad. Un gesto de gran nobleza por su parte en una noche de *mushaira*.

Mientras prosigue la discusión, Qureshi echa un vistazo al *log book*, el diario de a bordo puesto al día por el equipo anterior. En la página de la cisterna 610, en la referente a la presión anotada a las veinte horas, lee: «2 psig.». Una presión de dos libras por pulgada cuadrada indica que todo va bien en el interior de la cisterna. Pero de pronto la cara del musulmán se ensombrece. Acaba de darse cuenta de que la información ya tiene tres horas. ¡Tres horas!

-Antes de que echasen a la mitad de los técnicos, se leían los contadores de presión y de temperatura cada dos horas. Ahora, se hace cada...

-Ocho horas -precisa Suman Dey, que acaba de salir de la sala de mandos.

A principios de este mes de diciembre, reina la ansiedad en las plataformas metálicas de la Explanada negra. Desde que se fueron los hombres que eran el alma de esta fábrica -Woomer, Dutta, Pareek, Ballal...-, los ánimos se han venido abajo, la disciplina se ha resquebrajado y, lo peor de todo, el ideal de seguridad de antaño se ha esfumado. Hoy en día, muy pocos se protegen con cascos, gafas, máscaras, botas y guantes para manipular las sustancias tóxicas. Más escasos todavía

son los que van espontáneamente a comprobar la soldadura de una tubería en mitad de la noche. Poco a poco, ha terminado por imponerse la más peligrosa de las ideas: nada grave puede ocurrir en una fábrica cuyas instalaciones están paradas. Se termina por preferir las partidas de cartas en el *site canteen* a las rondas de inspección en el volcán dormido.

-¡Eh, chicos! ¿Oléis? ¿Eh, oléis? -Dando un brinco, Mohán Lal Verma olisquea ruidosamente a su alrededor-. ¡Oled, oled! ¡Os juro que hay MIC en el aire!

La súbita excitación del joven hindú, de costumbre tan apacible, provoca la hilaridad general.

-¡Despéjate la nariz, bobo! -exclama el jainita de Bombay-. ¡No puede haber olores de MIC en una fábrica parada!

-No es MIC lo que estás oliendo, ¡es Fly! -interrumpe el obrero de Bihar-. Han echado un bote entero antes de nuestra llegada.

-Y gracias a eso no nos han comido los mosquitos -constata el musulmán de Jabalpur.

Todos los habitantes de Bhopal lo saben: el Fly es un invento mágico, una auténtica bendición, el insecticida milagroso que permite protegerse de la peor de las plagas que azota a la ciudad de las begums: los mosquitos.

En el barullo de la fiesta que prosigue al otro lado de la Explanada negra, nadie se ha fijado en una frágil joven vestida con una simple camiseta y una falda de algodón azul que se desliza entre los invitados que se disponen a cenar sobre esterillas. Parece buscar a alguien. Se acerca a varios de los convidados.

-¿Sabe usted donde está la hermana Felicity? -pregunta a unos y a otros, presa de una extraña excitación.

Dalima, que ha oído la pregunta, se acerca a la desconocida.

-¡Espera! Joven...

Escruta los rostros bajo las guirnaldas de luces. El banquete ha empezado. Los hombres están a un lado y las mujeres a otro. Únicamente la recién casada falta a la fiesta. Se ha retirado momentáneamente a la chabola de una vecina para abrir sus regalos de boda. Dalima termina por localizar a la misionera sentada en medio de un grupo de mujeres. La joven mensajera se precipita hacia ella.

—Anita, ¿qué haces aquí? —pregunta la religiosa, extrañada.

-*Sister*, tienes que venir en seguida, ha habido un accidente en casa.

La escocesa se levanta de un salto y se lleva a Anita de la mano hacia el motocarro estacionado frente a la *tea-house*.

-¿Qué pasa? -pregunta, preocupada.

-La pequeña que vive en tu cuarto...

-¿Nadia?

-Sí. Ha tenido una crisis terrible... Le ha dado por romperlo todo. Gritaba mucho más fuerte que la noche anterior, más fuerte que todas las noches antes de los monzones. Te llamaba. Hemos tenido que sujetarla entre tres para calmarla, pero...

-¿Pero?

-Pero se nos ha escapado. Se ha tirado por la ventana.

-¡Dios mío! -El corazón de la religiosa late con fuerza. Guarda silencio unos segundos, luego, mientras se santigua lentamente murmura-: Señor Jesucristo, acoge a Tu hija inocente en Tu paraíso.

-¡No está muerta, *sister!* -prosigue vivamente Anita-. Una ambulancia se la ha llevado al hospital Hamidia.

Al cabo de quince minutos, Anita y la hermana Felicity entran corriendo en el edificio de urgencias donde reina un olor

a lejía y a éter. El suelo está cubierto de manchas rojas, de restos de escupitajos de los que mascan betel. Las salas están casi vacías. El domingo no es un día de accidentes. Bajo la inscripción «*Doctors on duty*», los dos médicos de guardia se preparan para pasar una noche tranquila en su despachito. El alto y delgado hindú, Deepak Gandhé, de treinta y cinco años, un joven de espesos cabellos negros cuidadosamente peinados, y su colega musulmán Mohammed Sheikh habían estudiado juntos en el Gandhi Medical College, el enorme edificio situado al otro lado de la calle. Desde entonces, son inseparables. Uno es generalista, el otro cirujano. Ésa es la regla en los equipos de guardia. La llegada de la hermana Felicity y de la joven india los sorprende en plena partida de dominó. Se levantan.

-Doctores, venimos por Nadia -dice la hermana Felicity.

El rostro del doctor Sheikh se contrae bruscamente, se retuerce nerviosamente el bigote. Las dos mujeres esperan lo peor. El doctor Gandhé responde con una imperceptible sonrisa.

-Han operado a la pequeña Nadia —dice con suavidad-. De momento, ha sobrevivido a sus heridas. Creemos que se salvará. Está en cuidados intensivos.

Los ojos de la escocesa se llenan de lágrimas.

—¿Puedo verla?

-Sí, *sister*, si quiere puede pasar la noche a su lado. Tiene toda la sala para usted. Esta noche no hay nadie en cuidados intensivos.

Mientras la hermana Felicity y la joven Anita se disponen a pasar una noche en vela, orando junto al cuerpo destrozado de su hermanita, los mil invitados de la boda de la Railway Colony saborean los canapés, los *kebabs*, las gambas, los dados de pollo con jengibre y los trozos de queso cubiertos de espinacas que una multitud de camareros con turbante ofrecen en

las bandejas. A pesar de que su cardiólogo le ha prohibido el alcohol debido a sus problemas coronarios, Harish Dhurve, el jefe de la estación, engulle vaso tras vaso de *english liquor*, el whisky importado de Inglaterra. De pronto, se topa con su médico.

-Sea indulgente, doctor, esta noche es una circunstancia excepcional, ¡una noche bendecida por los astros! —dice, excusándose.

El doctor Sarkar es el médico titular de los habitantes de la Railway Colony y del personal de la estación. Su humor bengalí no le deja nunca una contestación adecuada. Mirando fijamente el vaso de su paciente, pregunta:

-¿Y si los astros deciden hacer huelga?

La réplica del doctor hace que el jefe de estación esgrima una sonrisa un poco forzada. Más que nadie en Bhopal, él necesita la bendición de los astros esta noche. Como la mayoría de los ferroviarios invitados a la fiesta, se eclipsará un poco antes de medianoche para empezar su servicio en la estación. Esta noche se prevé una intensa actividad ferroviaria a causa de los numerosos peregrinos que acuden a celebrar el *Ishtema*. Dhurve ha mandado reclutar a todo el personal, incluidos los ciento un culis asignados al transporte del equipaje de los viajeros. Su estación es uno de los principales nudos ferroviarios del país. Se ha jurado a sí mismo controlar el exceso de tráfico con puntualidad y flexibilidad, y ofrecer a los miles de visitantes un recibimiento digno de la hospitalidad bhopalí.

Medianoche. Nadie lo sospecha, pero en la fábrica acaba de activarse una bomba. Después de que los operarios del turno de noche hayan intentado en vano expulsar del sistema el agua del aclarado inyectada desde hace tres horas, ésta ha empezado a refluir hacia la cisterna 610. Allí penetra brutalmente, arras-

trando desechos metálicos, cristales de cloruro de sodio y todas las impurezas despegadas de las paredes de las tuberías por el lavado de las canalizaciones. Este flujo masivo de contaminantes provoca en seguida la reacción exotérmica tan temida por los químicos. En unos minutos, las cuarenta y dos toneladas de isocianato de metilo se desintegran en una explosión de calor que, rápidamente, va a transformar el líquido en un huracán de gas.

Los picores que empiezan a invadir los ojos de los seis hombres sentados en la «*site canteen*», a menos de cuarenta metros de las cisternas, terminan por ponerles de acuerdo: el compañero Verma tenía razón. No era olor a Fly lo que había percibido, sino el de la col hervida característico del isocianato de metilo. Pero siguen ignorando lo que está ocurriendo en la cisterna 610.

Qureshi se vuelve hacia V. N. Singh y hacia Verma.

-Chicos, deberíais ir a dar una vuelta a la zona del lavado -sugiere-. Nunca se sabe.

Los dos técnicos cogen sus linternas, se ponen el casco y se levantan.

-¡Acordaos de las máscaras! -les recomienda el supervisor musulmán.

-¡No hace falta! No será la primera vez que huele a MIC en esta fábrica -replica V. N. Singh-. Esperadnos para el té de medianoche.

-Claro -exclama Qureshi.

-Y si no volvéis a tiempo, iremos a buscaros con una botella de oxígeno -dice bromeando el jainita de Bombay, provocando una carcajada general.

En unos minutos, ambos hombres llegan hasta las tuberías que se están lavando. El olor allí es aún más fuerte. Escuchan el silbido del agua del aclarado, que sigue circulando por las canalizaciones, y dirigen el haz de las linternas hacia la maraña de tuberías. Escrutan cada manilla, cada válvula, cada jun-

ta. De pronto, Singh vislumbra, alrededor de un purgador a ocho metros del suelo, un gorgoteo de líquido marrón con una nubecita encima. Avisa a su compañero.

-¡Ahí arriba hay gas que se escapa!

Verma apunta la linterna hacia la nube.

-Tienes razón. ¡Y no es Fly!

Los dos hombres vuelven corriendo a la sala de control.

-¡Shekil, hay una tubería que mea MIC! -anuncia Singh-, deberías venir a verlo.

Qureshi mira a su compañero con incredulidad.

-¡Para de decir estupideces! -protesta vivamente. Luego, subrayando cada palabra, insiste-: Meteos de una vez por todas en el tarro que no puede haber escapes en una fábrica cuya producción está detenida. Saber eso es el abecé del oficio.

-¡Pero mea de verdad, y menudo chorro, y huele fatal! -insiste Singh, frotándose los ojos.

Qureshi se encoge de hombros.

-Quizá sea un poco de MIC residual que se escapa de los purgadores con el agua del aclarado -admite-. Sólo hay que cerrar el grifo de agua. Ya veremos si sigue oliendo después...

-Con estas palabras, echa un vistazo a su reloj y añade-: ¡Chicos, son las doce, la hora del té!

¡La sacrosanta pausa del té! Treinta y siete años después de que los colonizadores se hubieran marchado, ningún indio -ni siquiera los seis hombres de Carbide que esta noche están sentados sobre un volcán que está entrando en erupción- renunciaría a un rito tan introducido en su cultura como la pasión por el cricket. Qureshi se ha levantado y conduce al equipo hacia el edificio que alberga la cafetería del personal, a unos cien metros. Un poco después de medianoche aparece un joven nepalí de ojillos risueños. Es el *tea-boy*. Trae en su cesto una tetera llena de té con leche muy caliente, unos vasos, y un plato de galletas de chocolate.

Qureshi y sus compañeros se instalan confortablemente para saborear a sorbos el delicioso brebaje de mil aromas de la lejana provincia de Assam. De repente, un rostro descompuesto aparece en el umbral de la puerta. Es Suman Dey, el jefe de guardia de la sala de mandos.

-¡Shekil! -exclama, dirigiéndose al supervisor musulmán-. ¡La aguja de presión de la cisterna 610 ha subido de golpe de dos a treinta psig!

Qureshi se encoge de hombros, y luego dirige una sonrisa tranquilizadora a su compañero:

-¡Suman, te pones nervioso por nada! ¡Tu manómetro debe de estar estropeado!

Las estaciones de la segunda red ferroviaria del mundo ignoran toda pausa nocturna. En Bhopal reina la efervescencia en el andén número 1, el mismo que hace cien años acogió, entre una doble hilera de lanceros a caballo y de cipayos con turbante, al primer tren del reino de las begums. Esta noche se amontonan cientos de viajeros que esperan el *Gorakhpur Express*. Por precaución contra los ladrones, muchos se han atado el equipaje a los tobillos con una cadenita. Hostigados por los mosquitos, hordas de niños corren por todas partes, juegan al escondite entre las maletas y se pelean. Decenas de tenderos ambulantes, de porteadores con túnicas rojas, de leprosos moviendo las escudillas al son de sus campanillas y de mendigos y policías con gorro azul deambulan entre viajeros y los equipajes en medio del olor acre del humo de los *bidis*, de las mascaradas de betel y de los bastoncillos de incienso.

Medianoche, es la hora de los cambios de guardia. Los hindúes V. K. Sherma, el subjefe de estación y Madan Lal Parashar, su adjunto, así como su joven ayudante, el regulador de tráfico musulmán Rehman Patel, acaban de instalarse frente al cuadro de mandos de la caseta de vigilancia que se encuentra al final del andén. Es de arquitectura neogótica, y parece un *cot-tage* del Sussex. El cuarto dispone de dos potentes climatiza-

dores que habitualmente dispensan un aire fresco y filtrado que permite olvidar el calor y la contaminación exteriores. Pero es invierno: los aparatos están apagados. Un aire fresco penetra por las puertas y ventanas, siempre abiertas de par en par. En el interior de la caseta hay un gran panel donde unas fichas móviles y de distinto color indican los trenes que van camino de Bhopal, así como la situación de las señales y del sistema de agujas. Hay varios teléfonos sobre la mesa colocada en medio de la habitación. Uno de ellos, de manivela, está conectado a una línea directa que permite llamar a las estaciones que están en la ruta de los trenes y conocer sus horas de paso. La mayoría de los trenes que deben llegar antes de medianoche sufren retrasos importantes a causa de la niebla que cubre una parte de Madhya Pradesh y del intenso y desacostumbrado tráfico de esta noche. No se espera a ninguno antes de las dos o las tres de la mañana. Es precisamente el caso del *Gorakhpur Express*, en el que viaja Sajda Baño, la viuda de Mohammed Ashraf, primera víctima de los gases de la fábrica de Carbide. Con sus dos hijos, Soeb, de tres años, y Arshad, de cuatro, tenía que haber cogido el tren de la víspera, pero, en el último momento, un vecino hindú le suplicó a la joven musulmana que no viajase en sábado, el día más nefasto de la semana según los devotos de su religión. En la estación de Bhopal, donde resuena el incesante ruido de los timbres, los empleados se preparan para una de esas largas esperas a las que los trenes indios han acostumbrado a su personal y a los doce millones de usuarios que viajan en ellos cada día. De pronto, el subjefe de estación descuelga uno de los aparatos.

-Voy a llamar al jefe -anuncia a sus colegas-. Le diré que no hace falta que venga hasta dentro de dos horas por lo menos.

-Tienes razón -aprueba su adjunto-, ¡eso le permitirá embucharse unos cuantos vasos más de *English liquor*!

Los tres hombres sueltan una carcajada. Conocen la afición

al alcohol de Harish Dhurve, el primer jefe de estación. De pronto, un culi con túnica roja aparece en la puerta.

-¡Jefe! ¡Jefe! ¡Venga pronto a ver! Arjuna y su carro están aquí con regalos para usted.

El porteador Satish Lal parece sumamente excitado. Su referencia al príncipe mitológico de la dinastía de los Pandava y a su carro celeste se entiende muy bien. Ratna Nadar, que gracias a él ha ingresado en su equipo de porteadores hace dos años, acaba de llegar empujando un *rickshaw* lleno de cajitas de cartón.

-Hay ciento cinco, una para cada culi, las otras cuatro para los jefes, y la última para el bueno de Gautam, que está detrás de su mostrador -anuncia el padre de Padmini.

Cada caja contiene un huevo duro, una brocheta de *kebab*, una taza de arroz con lentejas, un *sarnosa* relleno de verduras, un *chapati* y dos bolas acarameladas de *rossogolas* (1). En la India, toda celebración se comparte. Ratna Nadar ha querido que sus compañeros y sus superiores disfruten de una parte del banquete que esta noche se está celebrando en honor del acontecimiento más importante de su vida: la boda de su hija. Hacia las once, ha abandonado los festejos para cambiar su traje de ceremonia por el de trabajo. También a él le han reclutado para atender a los numerosos pasajeros previstos.

«¡Ratna Nadar *ki jail* Ratna Nadar *zindabab!*» Una vibrante ovación aclama en hindi y en urdu al padre de la recién casada del Orya bastí y a su carrito lleno de vituallas.

-¡Gracias, amigos! ¡Gracias! -repite sin cesar, mientras reparte sus cajitas.

Los viajeros se han acercado, intrigados por el sorprendente amontonamiento de túnicas rojas en mitad del andén. Ratna Nadar pasea una mirada emocionada sobre la multitud, sobre

(1) Dulce de leche bañado en jarabe.

las fachadas decrepitas de la gran estación donde un día desembarcó con toda su familia, expulsado de su aldea por la maldición de los pulgones; esta estación que hoy encarna toda su esperanza. Gracias a ella, a las montañas de maletas y de bultos de sus viajeros, y a las pesadas cajas de sus furgones de mercancías, podrá devolver las doce mil rupias prestadas por el usurero Pulpul Singh para hacer de la boda de su hija una fiesta inolvidable. Cada tren le acerca al bendito día en el que podrá recuperar la escritura de propiedad de su chabola dejada en prenda al usurero.

A menos de un kilómetro de la estación, el telón se abre sobre la tragedia anunciada a los habitantes de Bhopal por el periodista Rajkumar Keswani. El supervisor Shekil Qureshi no muestra prisa alguna por terminar su taza de té. Según él, el nerviosismo del responsable de la sala de control es excesivo. Sabe que una presión de treinta libras por pulgada cuadrada no constituye un motivo real de preocupación. Los ingenieros de South Charleston han diseñado las cisternas de MIC con aceros especiales y paredes lo suficientemente gruesas como para resistir presiones cinco o seis veces más altas. Pero de golpe la aguja del indicador de la sala de mandos sube hasta 55 psig. Cincuenta y cinco libras por pulgada cuadrada es la graduación superior del indicador. Pero sobre todo es dos veces el parámetro que los ingenieros designan como la «presión máxima de trabajo». ¿Se ha vuelto «loco» el aparato, como supone Qureshi, o de verdad indica la presión real de la cisterna? Para Suman Dey sólo hay una manera de averiguarlo: yendo a la zona de las tres cisternas para observar el manómetro conectado directamente a la cisterna 610. Si confirma las cifras del indicador de la sala de control, es que definitivamente ocurre algo anormal.

-¡Chandra, vamos! -anuncia Dey a uno de los operarios del turno de guardia.

-¿Cogemos las máscaras?

-¡Pues claro! ¡Las máscaras y las botellas! -insiste Dey, que siente una desconfianza visceral hacia los productos químicos.

Cada botella garantiza una autonomía de media hora. Cuando sólo quedan cinco minutos de oxígeno suena un timbre.

En menos de tres minutos, los dos hombres alcanzan el emplazamiento de la cisterna 610 y comprueban que la aguja del manómetro de presión está bloqueada sobre la graduación de 55 psig. Dey escala el sarcófago de hormigón en el que está empotrada la cisterna, se arrodilla en la cima, retira su guante y palpa minuciosamente la pared metálica.

-¡Hay movimiento aquí dentro! -dice, a través de su máscara.

El temblor que siente es el del isocianato de metilo súbitamente convertido en gas por el efecto del calor de la reacción provocada por la irrupción en la cisterna de agua y desechos metálicos. El gas que se escapa se mete en las canalizaciones que llevan a la torre de descontaminación. O al menos, éste es el camino que debe seguir cuando pasa algo semejante, pero esta noche las válvulas que permiten el acceso a este equipo de seguridad están cerradas, puesto que la fábrica está fuera de servicio. Bajo el efecto de la presión que crece minuto a minuto, la columna de gas hace saltar las válvulas como si fueran tapones de champán. Parte de los gases escapan entonces al exterior, creando la nubecita marrón que los operadores V. N. Singh y Verma habían percibido antes de la pausa del té. Ambos han vuelto rápidamente a la zona del lavado de las canalizaciones. Esta vez llevan máscaras y botellas de oxígeno. Su primer gesto es cerrar el grifo de agua abierto cuatro

horas antes por su compañero Rahaman Khan. A pesar de las máscaras, sienten potentes emanaciones de gas.

-Huele a MIC pero también a fosgeno -gruñe V. N. Singh, que ha reconocido el olor característico a hierba recién cortada.

-¡Y también a MMA! —añade Verma, molesto por el sofocante olor a amoníaco de la monometilamina.

De pronto, por encima de sus cabezas oyen un silbido como el de un chorro de vapor. Con un mismo movimiento reflejo, alzan la vista hacia la maraña de tuberías. Un auténtico geiser acaba de surgir en el mismo lugar donde descubrieron el primer escape de gas. A pesar del terror que se apodera de él, V. N. Singh mantiene la sangre fría. En semejantes circunstancias sólo hay una cosa que pueda hacer, ya la hizo una vez, cuando se produjo el gran incendio en la unidad de alfa-naf-tol. Se precipita hacia el armarito de alarma más próximo, rompe el cristal, y aprieta el botón que activa la sirena de emergencia general.

El ulular de la sirena arranca a Shekil Qureshi de su taza de té. Sale corriendo de la cafetería y se precipita hacia la sala de mandos, donde se tropieza con el sij V. N. Singh, que acaba de subir con Verma de la zona de lavado. Singh se quita la máscara. Está lívido.

-Ha ocurrido lo peor. No hay nada que hacer -masculla agobiado, moviendo la cabeza negativamente.

Qureshi protesta enérgicamente:

—¡Qué fatalistas sois! Tiene que haber una manera de atajar esa maldita reacción. ¡Voy a ver qué pasa!

Mientras se aleja, Singh le grita:

—¡Tu máscara!

—¡Es imposible dar órdenes con este chisme en la cabeza!

-replica el musulmán, que ya está bajando la escalera.

Al llegar bajo el geiser en erupción se detiene, pasmado. No puede creer lo que ven sus ojos. «¡No es verdad!», murmura. Él, siempre tan convencido de que en una fábrica fuera de servicio no podía ocurrir ningún accidente, está siendo testigo de la catástrofe contra la que todos los manuales de Carbide, todos los ejercicios de emergencia y todas las campañas de seguridad han puesto incansablemente sobre aviso a los empleados de la fábrica desde que ésta empezara a funcionar hace ocho años: la terrorífica, incontrolable y apocalíptica reacción de aceleración del isocianato de metilo. Una reacción masiva del contenido de una cisterna llena, y no de unas pocas gotas residuales en una tubería. A pesar de todas las normas de seguridad, ¿cómo ha podido producirse semejante accidente? Qureshi se bate en retirada y se precipita hacia la zona de las cisternas. Tiene una idea. Si ya no es posible frenar la erupción de la cisterna 610, por lo menos se podrá impedir que la contaminación alcance las veinte toneladas almacenadas en la cisterna 611. Su vista empieza a nublarse dolorosamente. Cada vez le cuesta más respirar. En medio de un halo, vislumbra a Suman Dey y a su compañero, que bajan del sarcófago al que valientemente han subido para controlar el indicador de presión. La cisterna y su envoltorio de hormigón tiemblan, se agrietan y gimen como sacudidos por un terremoto. La voz del supervisor musulmán atraviesa débilmente este caos.

-¡Hay que aislar la 610! ¡Hay que aislar la 610! -grita sin aliento.

Suman Dey no está de acuerdo. Cerrando las válvulas y los grifos que comunican la cisterna en ebullición con su vecina se corre el riesgo de que la presión suba todavía más, hecho que podría provocar una explosión. Pero Qureshi está convencido de que tiene razón. Se aferra a su confianza ciega en la solidez a toda prueba de la cisterna. Le resulta inimaginable que esa obra maestra de la tecnología que un día vio llegar de

Bombay, esa joya cuyas conexiones ha mantenido, arreglado y mimado con amor desde hace seis años, pueda desintegrarse como un simple depósito de petróleo. Él y sus dos compañeros se abalanzan sobre las canalizaciones. El suelo se agrieta bajo sus pies con un enorme estruendo. En diez minutos, consiguen desconectar todas las comunicaciones entre las dos cisternas. Las veinte toneladas de la 611 no se mezclarán con el apocalipsis gaseoso de la 610.

En cuanto acaban, se alejan corriendo. Antes de meterse en la escalera que conduce a la sala de mandos se dan la vuelta. El caparazón de hormigón de la cisterna 610 acaba de estallar, liberando el enorme depósito de acero, que escapa de su sarcófago como un cohete, se yergue, se tambalea, cae y se alza de nuevo antes de desmoronarse entre los restos de hormigón y chatarra. Pero ha resistido; no se ha agrietado. En ese momento, de una canalización arrancada surge a ras de suelo un segundo geiser de gas, más potente, más furioso todavía que el primero.

Antes de entrar en la sala de mandos, Qureshi echa un vistazo a la manga de aire que cuelga de la punta del mástil. Una mueca tuerce su rostro. Empujado por un viento constante, el cono de tela blanca indica resueltamente la dirección del sur, la de los barrios de la Explanada negra, de la estación y de la ciudad vieja. Pero esta noche, como buen *Carbider*, ante todo se siente responsable de sus hombres y de su seguridad. Se vuelve y se dirige al jefe de la sala de mandos:

-Suman, detén la sirena y grita por los altavoces la orden de evacuación general. Que todo el mundo se reúna en la zona de formulación en el lado norte, salvo los operarios de nuestra unidad, que deben mantenerse a nuestra disposición con las máscaras puestas. Quizá los necesitemos más tarde.

## 39 Pulmones que revientan en el corazón de la noche

No todo está perdido para el supervisor Shekil Qureshi, el joven musulmán que el día de su boda, en la mayor mezquita de Bhopal, creía que el mejor traje que podría llevar jamás sería «el simple mono de trabajo con el rombo azul y blanco». Quiere realizar lo imposible.

-¡Suman, intenta poner en marcha la torre de descontaminación! -ordena al jefe de guardia de la sala de control—. Nunca se sabe: a lo mejor el equipo de mantenimiento ha terminado con las reparaciones.

Suman Dey acciona la manilla, pero su gesto no provoca reacción alguna en el cuadro de mandos. El indicador luminoso no se enciende, y la aguja de presión se queda en el cero.

Suena el teléfono. Qureshi descuelga. Es S. P. Chowdhary, el director de producción, que llama desde su chalet de Arera Colony, en la otra punta de Bhopal. Uno de los operarios lo acaba de despertar súbitamente.

-¡Llegaré lo antes posible! -grita por el aparato-. Mientras tanto, intentad encender la incineradora.

Qureshi no puede creer lo que está escuchando. ¿El responsable de producción de la fábrica no sabe que el equipo de seguridad destinado a quemar los escapes de gas también está averiado?

-¿La incineradora? -suelta, indignado-. ¡Pero si le faltan cinco o seis metros de tubería! Estaban podridos.

-¡Cámbielos! -insiste el director de producción.

Qureshi saca el teléfono por la ventana.

-¿Oye esto? Es el gas que escapa. Aunque consiguiésemos colocar las tuberías que faltan, habría que estar loco para encender la incineradora. ¡Saltaríamos todos por los aires, y la fábrica y la ciudad entera con nosotros!

Qureshi, furioso, cuelga. Sin embargo, se niega a darse todavía por vencido.

—¡Ponme con el equipo de bomberos de la fábrica! -le pide a Suman Dey.

Qureshi le ruega al jefe de los bomberos de Carbide que envíe hombres urgentemente para ahogar el geiser que surge encima de la torre de descontaminación.

El musulmán sabe que el agua, capaz de provocar la explosión del isocianato de metilo en un ambiente cerrado, también puede neutralizarlo al aire libre. Este hecho llevó a los tres ingenieros norteamericanos venidos a inspeccionar la fábrica en 1982 a pedir que se instalara un sistema automático de extinción en la zona sensible de producción del MIC. Como su petición fue ignorada, esta noche les toca a unos hombres reemplazar las mangueras, con grave riesgo para sus vidas.

En menos de cinco minutos llegan los bomberos. De pronto, la voz de su jefe irrumpe en el altavoz de la radio.

-¡Es imposible llegar hasta el escape! ¡El chorro de nuestras mangueras no es lo bastante alto!

Al oírlo, Qureshi comprende que ya no hay nada que hacer.

-¡Da la orden de evacuación general, dirección norte -ordena a Suman Dey-. ¡Venga, larguémonos!

El orgulloso musulmán se precipita a su despacho para coger la máscara, pero el cajón está vacío: la máscara ha desaparecido. Tiene que huir con la cara descubierta. Echa a correr como

un loco: los ojos le arden, tiene la garganta seca, y casi no puede respirar. Piensa en su mujer y en sus hijos. «¡Tenía tanto miedo de morir que me sentía capaz de realizar la más loca de las hazañas!», diría. Su hazaña, esta noche, es conseguir escalar los dos metros del muro que rodea la fábrica y las alambradas que lo coronan para caer al otro lado. En su caída, se hiere en el pecho y se rompe un tobillo. ¡Menos mal que el viento empuja las dos nubes mortales en la dirección opuesta!

Totalmente ajenos a la tragedia que está ocurriendo a unos cientos de metros de la Explanada negra, los invitados a la boda de Dilip y Padmini se entregan inocentemente al festejo. Padmini les ha reservado una sorpresa. Toda fiesta india es también un homenaje a los dioses, por lo que la joven va a agradecer esta noche los favores de Jagannath bailando para él y para todos los vecinos del Orya bastí. Discretamente, ha ido a su chabola para cambiarse el traje de novia por el que llevan los intérpretes del *Odissi*, la danza tradicional de Orissa. No es de seda bordada de oro como los de las bailarinas de los templos, sino de simple tela de algodón. ¡Qué más da! Dalima y Sheela le ajustan el corpiño y le colocan el tejido alrededor de sus muslos y de sus piernas antes de desplegarlo como un abanico desde la cintura hasta las rodillas. Luego le anudan las largas trenzas en un moño, adornándolo con una flor de jazmín, y le ponen ornamentos de bisutería en el cuello, los brazos, las muñecas y la cintura. Finalmente, le atan unas pulseras con cascabeles a los tobillos. ¡El dios puede estar contento! La sangre de Orissa corre por las venas de la campesina de Mudilapa. El ritmo de sus pies desnudos en la esterilla del *mandap* sobre la que acaba de sellar su matrimonio evoca la cultura milenaria de su lejana provincia.

El canto ronco de Dalima y los golpes irregulares de Dilip sobre dos tamborcitos acompañan la danza. La multitud de

invitados fascinados grita de alegría. Las exclamaciones de los hombres y las mujeres animan este islote de miseria con un fervor triunfal. De pronto, Belram Mukkadam alza su bastón por encima de las cabezas. Acaba de oír el ulular lejano de la sirena de Carbide. Los pies de Padmini se detienen, los cascabels de sus tobillos se callan. Todo el mundo dirige ansiosamente su atención hacia el conjunto metálico que, a pesar de todo, sigue mostrándose apacible entre el resplandor lejano de sus miles de bombillas.

—Esperemos que no vuelva a empezar como la otra noche -protesta enérgicamente la comadrona Prema Bai-. Porque yo, esta vez, ¡me quedo en casa!

De nuevo, es Rahul quien calma la inquietud.

-No os preocupéis, amigos -dice con aplomo-. Desde la última alarma, han decidido derribar la fábrica. Parece que está tan podrida que temen no poder desmontarla. Tiene boquetes por todas partes.

-Quizá por eso suena la sirena, como la otra noche con el escape de gas -declara el lechero Bablubai.

Su comentario se queda sin respuesta: el ulular de la sirena se ha detenido de repente.

Padmini, Dalima y Dilip vuelven a enfrascarse en la danza, cada uno en su papel. El espectáculo prosigue, con más duende que antes si cabe. A buen seguro el dios se sentirá complacido. Y los invitados también. Pero ¿por qué ya no se oye la sirena? Ignoran que los responsables de la fábrica acaban de modificar el funcionamiento del aparato. Para facilitar, en caso de urgencia, la transmisión de instrucciones a través de los altavoces a los trabajadores presentes en el lugar, y para impedir que las poblaciones vecinas se asusten con cada incidente, la sirena se detiene automáticamente al cabo de diez minutos, siendo sustituida por un timbre menos ruidoso, que se puede escuchar en un entorno más próximo.

Pronto, otras señales suscitan la curiosidad inquieta de los convidados. Lo primero que notan es un olor picante.

-¡Otra vez algún gracioso que ha tirado guindillas a una *chulal* -suelta Ganga Ram, cuyo olfato de antiguo leproso es particularmente fino.

-¡Bah! -replica el zapatero Iqbal-, ya sabes, la tradición... Los interrumpen unos mugidos desgarradores. El toro *Nandi*, el de las astas pintadas, y las cinco vacas compradas por Mukkadam y sus amigos con las indemnizaciones de Carbide surgen de la oscuridad tambaleándose como si estuvieran borrachos. Vomitan una espuma amarillenta, tienen los párpados hinchados como globos y de sus ojos se desprenden ardientes lágrimas. Los animales aún logran dar unos pasos antes de desmoronarse con un último quejido. Es la una y media de la madrugada. Empieza el apocalipsis en la Explanada negra.

Los dos geiseres gaseosos se han unido para formar una enorme nube de unos cien metros de longitud. Dos veces más pesado que el aire, el MIC compone la base de la bola gaseosa formada por la reacción química que se produjo en la cisterna 610. En varias capas superpuestas, otros gases se forman por efecto del calor; entre ellos, el fosgeno, que escapa de un reactor próximo, el ácido cianhídrico y la monometilamina, de sofocante olor a amoníaco. Al ser más ligera, la densidad de estos gases hará que la nube se esparza más rápidamente y llegue más lejos. Pero la niebla mefítica no es homogénea, progresa gradualmente por estratos según la temperatura de cada lugar, y según el grado de humedad y la fuerza del viento.

En su camino, los vapores que alcanzan los barrios próximos a la fábrica lo envenenan todo al azar. El olor a col hervida, a hierba recién cortada y a amoníaco invade toda la zona en pocos segundos. En cuanto percibe los efluvios, Belram

Mukkadam empieza a sentir sus efectos. Se da cuenta de que la muerte se cernirá sobre ellos. Grita: «*Bachao! Bachao!*» («¡Fuera de aquí!») Los convidados a la boda, aterrados, salen corriendo.

Para Bablubai ya es demasiado tarde. El lechero del Orya bastí no ofrecerá nunca más su leche a los niños raquíticos. Nada más morir su toro *Nandi* y su rebaño, abandonó el convite para correr hacia el establo de donde llegaban los mugidos de las búfalas. Tumbados para rumiar según su costumbre, los diecisiete animales habían sido alcanzados de lleno por una pequeña capa que avanzaba al ras de suelo. Varios de ellos habían sucumbido ya. Bablubai, conmovido, corre hasta su chabola para salvar a su hijo recién nacido y a Boda, su mujer.

-La lámpara de aceite se ha apagado -murmura la joven, sollozando.

Bablubai se inclina para coger al niño en brazos. Una bocanada de vapores se encuentra justo en ese lugar: paraliza instantáneamente la respiración del lechero, que se desploma, fulminado por un síncope, sobre el cuerpo de su bebé sin vida.

Varios invitados a la boda son víctimas de procesos de parálisis respiratorias parecidos antes de tener tiempo de escapar. Otra nubecita verdosa cargada de ácido cianhídrico se ha deslizado en la chabola de la vieja Prema Bai: mata a la comadrona cuanto ésta se dispone a tumbarse en su *charpoi*. En la chabola vecina, Prodip y Shunda, los abuelos de Padmini, sucumben también en pocos segundos. De todos los gases que componen la masa tóxica, el ácido cianhídrico es uno de los más mortíferos. Bloquea instantáneamente la acción de las enzimas respiratorias que transportan el oxígeno de la sangre al cerebro, y provoca una muerte cerebral inmediata.

Una de las primeras víctimas de la capa que se extiende a ras del suelo es el «sin piernas» Rahul montado sobre su plancha de ruedas. A causa de su fuerte constitución, no muere en

el acto, sino después de una agonía de varios minutos. Tose, se sofoca, escupe coágulos negruzcos... Unos espasmos sacuden sus músculos, su rostro se contrae, se arranca los collares y la camisa, gime, pide agua, hasta que finalmente se desliza de su plancha para arrastrarse, haciendo un último esfuerzo por respirar. Quien ha sido siempre el incansable apoyo moral de la comunidad, quien tantas veces ha apaciguado los temores de sus compañeros de miseria, no es más que un cuerpo inanimado con los ojos en blanco.

Despertados de golpe por las llamadas y los gritos, los que no habían asistido a la boda y estaban durmiendo salen de sus chabolas, enloquecidos. Por primera vez, las musulmanas se muestran con la cara descubierta. Por todas las callejuelas llegan carros llenos de ancianos y niños, pero muy pronto los hombres que tiran de ellos se sofocan y caen desplomados. Incapaces de volverse a levantar, permanecen tirados en medio de sus vómitos. Sintiendo perdidos, los niños se agarran a los que huyen o a las bicicletas que pasan. En vez de huir, numerosos habitantes de los barrios de Chola y de Jai Prakash nagar van a refugiarse al pequeño templo de Hanuman, el dios mono, o a la pequeña mezquita, que pronto se verá repleta por la muchedumbre desamparada. En su pánico, hombres y mujeres abandonan a miembros de sus familias en las chabolas, un gesto que les perderá. En cambio, algunos de los que quedan atrás sobrevivirán: paradójicamente, los gases causan más bajas entre los que se mueven respirando agi-tadamente que entre los que permanecen inmóviles.

Otros, como el zapatero Iqbal y el sastre Basi, antes de darse a la fuga comprueban que no quede nadie en las chabolas de sus callejuelas. Así es como descubren en una de ellas al viejo mullah. Convencido de que Alá ha decretado que esa noche sobrevenga el fin del mundo, se ha arrodillado sobre su tapiz de oración para leer suras del Corán a la luz de una linterna de Carbide.

«Eres mi criatura, y no te rebelarás contra mi voluntad», repite mientras sus vecinos le cogen en volandas para llevárselo. Saliendo de su chabola, en la que comienzan a infiltrarse los vapores mortales, pregunta a sus salvadores:

—¿Estáis seguros de que el fin del mundo es para esta noche?

En la oscuridad bañada de olores fétidos, la gente llama a sus esposos, a sus hijos, a sus padres... Para quienes se han quedado ciegos a causa de los efluvios deletéreos, gritar un nombre se convierte en la única manera de localizar a un ser querido. El de Padmini atraviesa la noche sin interrupción. Durante la desbandada general, la heroína de la noche se encuentra bruscamente separada de su marido, de su madre y de su hermano. Casi ciega, empujada por el torrente humano, con los cascabeles aún colgándole de los tobillos y escupiendo sangre, Padmini no oye que la llaman. Pronto, los gritos se apagan: bajo el efecto del gas, las gargantas se contraen, los pulmones se asfixian, nadie puede articular palabra. Presos de atroces contracciones en el tórax, unos desdichados intentan aliviar su dolor apretándose el pecho con todas sus fuerzas. Muchos vomitan un líquido espumoso mezclado con sangre, víctimas de fulgurantes edemas pulmonares. Algunos, más afectados, escupen babas rojizas. Con los ojos fuera de las órbitas, los tabiques nasales perforados, los oídos invadidos por los zumbidos, y los rostros violáceos inundados de sudor, la mayoría de ellos se desploman al cabo de unos pasos. Otros, aquejados de palpitations, vértigos y síncope, se dejan caer en el umbral de las mismas chabolas que momentos antes querían abandonar. Los ataques de tos llenan la noche en un concierto siniestro.

En medio del caos, un hombre y una mujer caminan pensativamente a contracorriente. Después de haber dado la señal de «sálvese quien pueda», Belram Mukkadam ha decidido regresar a su chabola. Tulsabai, la madre de sus tres hijos, quiere morir en casa. Sufre unos indescriptibles dolores intestinales

que la mantienen doblada, dejándola sin respiración, la pobre mujer tropieza sobre los cuerpos que yacen en las callejuelas. Cuando llega frente a su chabola se da la vuelta para buscar a su marido. Entonces se da cuenta de que el último cuerpo con el que ha tropezado es el de Belram. Está medio ciega, y no lo ha visto caer. El pionero del Orya bastí, el que ha dibujado con la punta de su bastón el trazado de cada chabola, el que ha sido durante veinticinco años el protector de los pobres, el que ha restaurado su dignidad, el que ha luchado por sus derechos, la figura legendaria de la *tea-house*, acaba de ser fulminado por los gases de Carbide.

Muchos están convencidos de que las puertas y ventanas pueden impedir el paso de los gases. Buscan refugio en casas de ladrillo. La más cercana es la del padrino Munné Baba. Con sus dos pisos, se alza en medio del desastre como una fortaleza. Convencido de que la capa de gases se arrastra a ras del suelo, el viejo se ha refugiado en el segundo piso con su familia y sus mejores gallos de pelea. En medio del pánico, *Yagu*, el vencedor del duelo de esta semana, ha sido olvidado. Fulminado por los vapores tóxicos, yace con los pulmones reventados en el salón de la planta baja.

El padrino ordena a sus criados y escoltas que acojan a los supervivientes. Su llegada suscita unos sublimes gestos de generosidad. El primogénito de Munné Baba coge en sus brazos a una niña pequeña que apenas respira y la deposita delicadamente en el *charpoi* de su habitación. Las mujeres de la casa se quitan inmediatamente sus velos de muselina y de un modo espontáneo intentan tranquilizar a los recién llegados: mojan la tela en un cubo de agua y les aplican compresas frescas sobre sus ojos ardientes. La mujer del padrino, una imponente matrona con los brazos cargados de pulseras, limpia la sangre que corre por los labios, distribuye vasos de agua, consuela a unos y otros. También Munné Baba ayuda; con sus propias manos

cuyos dedos están llenos de anillos de oro reparte galletas y dulces, un gesto que nunca olvidarán los supervivientes de esta noche de apocalipsis.

Sin embargo, no todas las casas de ladrillo que bordean los barrios de chabolas son tan hospitalarias. Ganga Ram y Dalima prefieren huir siguiendo la vía del tren que lleva a la estación de Bhopal. Ganga está convencido de que pueden encontrar refugio un poco más lejos, en uno de los chalets habitados por los ferroviarios. Llama a la puerta de la primera casa, pero no recibe respuesta alguna. Temiendo que la capa de gas los alcance, no duda en romper una ventana para saltar al interior. Varias explosiones se oyen entonces. Creyéndose víctima de un ladrón, el propietario, que todavía ignora que en la fábrica se ha desencadenado un accidente, descarga su revólver. Por fortuna, en la oscuridad, falla el tiro.

El horror. Lo indecible. Impelida por el viento, la nube de gas alcanza en casi todas partes al flujo humano que huye intentando ponerse a salvo. La gente, enloquecida, corre en todas direcciones con la ropa arrancada, los velos rotos, en busca de una bocanada de aire respirable. Algunos, con los pulmones reventados, ruedan por el suelo con atroces convulsiones. Los muertos de tez verdosa se mezclan con los agonizantes por todas partes, sacudidos por los espasmos y cuyas bocas escupen un líquido amarillento.

En este infierno, el reparador de bicicletas se enfrenta a una visión alucinante. Al llegar a la esquina de Chola Road ve un caballo blanco embreadado y ensillado como para una fiesta. A través del velo que le quema los ojos reconoce a la yegua blanca que antes montaba Dilip, el novio de Padmini, para dirigirse a la ceremonia de su boda. Con los ojos inyectados en sangre, el hocico humeante de vapores ardientes y la boca llena

de espumarajos verduzcos, el animal huye velozmente, vuelve al galope, se detiene bruscamente, da un relincho desgarrador y, finalmente, se desploma, fulminado.

Entre todas las escenas insólitas que pueblan esta noche de horror, una en particular marcará a los escasos supervivientes: la enloquecida huida de un sij en calzoncillos y camiseta corriendo como un endemoniado detrás de un carrito muy cargado. Nada en el mundo puede impedir que el usurero Pulpul Singh se lleve el bien que para él es máspreciado que su propia vida: su caja fuerte repleta de billetes, joyas, relojes, transistores, dientes de oro, y, sobre todo, de escrituras de propiedad de los desdichados vecinos del Orya bastí.

A menos de cuatrocientos metros del apocalipsis que se cierne sobre la Explanada negra, un hombre barrigudo se frota el bigote de felicidad. Sharda Diwedi ha ganado. Ninguna de las turbinas de su central eléctrica ha fallado. En medio de un mar de luces, la ceremonia de la boda de su sobrina Rinou se desarrolla con el esplendor previsto. El rito final está a punto de empezar. A la señal del sacerdote, el padre de la joven pronunciará las palabras que sellarán oficialmente la unión de los novios. «Te doy a mi hija -debe decirle al joven- para que mis ciento una familias sean exaltadas mientras brille el Sol y la Luna, y para obtener descendencia.» Los invitados, reunidos bajo la más bonita de las *shamianas* del comerciante Parvez, están expectantes. En unos segundos, esas palabras unirán para siempre a los jóvenes. Pero no las pronunciarán nunca. Unos gritos interrumpen la ceremonia. «¡Ha habido un accidente en la Carbide! *Bachao!* ¡Largaos!», gritan por doquier voces enloquecidas.

Un olor sofocante invade ya el centro de la Railway Colony. Avanzando a bocanadas a distintas alturas, la nube se infiltra insidiosamente rodeando los bufets, la pista de baile, la piscina, el estrado de los músicos, penetrando en los fogones de los cocineros, que empiezan a arder inmediatamente bajo el

efecto de la reacción química. Mientras decenas de invitados se desploman, los vapores mortales asaltan a Harish Dhurve, el jefe de la estación central. Cae al suelo soltando su último vaso de *English liquor*. El doctor Sarkar, que le había prohibido el alcohol, desdeña la nube tóxica intentando reanimarlo, pero en vano. Unos minutos antes de quedar también sumergida en el gas, la estación de Bhopal pierde a su primer jefe de estación.

Sharda Diwedi, asustado, intenta hablar por teléfono con la única persona que está en condiciones de explicarle lo que ocurre, o por lo menos eso cree él. Pero la línea de Jagannathan Mukund, el director de la fábrica, está continuamente ocupada. Entre dos intentos, su teléfono se pone a sonar. Reconoce la voz del jefe de la subestación eléctrica de Chola.

—*Sir*, estamos en medio de una nube de gases asfixiantes. Le pedimos permiso para irnos. Si no, todos moriremos.

Diwedi piensa brevemente.

-¡Sobre todo, quédense allí! -les ruega-. Póngase las máscaras que Carbide les ha dado y cierren bien las puertas y las ventanas.

—*Sir* -replica la voz-, hay un problema: somos cuatro y no hay más que una máscara.

Diwedi, desconcertado, busca las palabras.

-Pues póngansela por turnos -termina aconsejando.

Al otro lado de la línea, una risita le contesta. Después se oye un *clic*.

Su empleado ha colgado. El director de la central eléctrica de Bhopal no sabe que acaba de salvar la vida de cuatro hombres. Al día siguiente, los militares que recogerán las decenas de cadáveres que yacen en los alrededores de su subestación descubrirán que en su interior hay cuatro obreros que todavía respiran.

«*Bachao! Bachao!*» Tosiendo, escupiendo, ahogándose y con los ojos ardiéndoles, Rinou y su novio, así como todos los que habían acudido a divertirse, se encuentran en medio de una pesadilla. Corren por todas partes, pidiendo algo de beber, huyen hacia la estación, buscan refugio en las casas del barrio... Convencido de que hay que evacuar a esta muchedumbre desesperada antes de que la nube mate a todo el mundo, Diwedi supera el ataque de tos que abrasa su garganta y sale corriendo hacia los garajes para requisar los camiones del arrendador de *shamianas* y del catering. Pero los garajes están vacíos. Hasta su coche personal ha desaparecido. Al oír los primeros «*Bachao!*», todos, los cocineros, los camareros, los montadores de las tiendas, los electricistas y los músicos han saltado a los vehículos y han huido. Los cuatro encargados del grupo electrógeno se han apresurado a montarse en sus motos. El indomable hombrecillo decide entonces llegarse a pie hasta su domicilio, a setecientos u ochocientos metros de allí, donde por lo menos encontrará su Jeep Willis. Al volver, una muchedumbre lo detiene mientras asalta el automóvil, tirándose sobre los asientos y sobre el capó; algunos se agarran a los parachoques. Son veinte, treinta, cincuenta, gentes que luchan con sus últimas fuerzas para subir a bordo. Son los supervivientes de los barrios de la Explanada negra. Lloran, suplican, amenazan... Muchos, agotados por un último esfuerzo, se desploman, víctimas de un síncope. Otros escupen la última sangre de sus pulmones y caen como muñecos desarticulados. Rugiendo, un camión pasa entonces como un cohete a través del rebaño de moribundos para huir más de prisa. Diwedi puede oír cómo estallan los cráneos contra el parachoques, el radiador y las aletas. Antes de desaparecer, el conductor deja en su estela un amasijo de cuerpos aplastados y de heridos. Un instante más tarde, con los ojos quemados por los vapores, Diwedi ve cómo una mujer tira a su bebé por encima de

la valla del puente que pasa sobre la vía del ferrocarril y después salta ella misma al vacío. «Entonces entendí que ocurría algo atroz -dijo Sharda Diwedi-, algo que desbordaba el entendimiento.»

El reverendo Timothy Wankhede ha pasado la tarde del domingo predicando a los enfermos de los hospitales la palabra de san Pablo implorando la misericordia del Señor sobre sus hijos «engañados por los que los han atraído con el señuelo de la riqueza». El joven pastor y su esposa Sobha acaban de ser despertados de golpe por los gritos de Anuradh, su hijo de diez meses. Los vapores tóxicos han penetrado en el modesto presbiterio de ladrillo rojo que ocupan en la Railway Colony, al lado de la iglesia de San Salvador. En unos segundos se ven afectados por los mismos síntomas que aquejan a todas las víctimas de esta noche infernal. Intentan explicarse lo que les pasa, pero sin éxito.

-Quizá sea una bomba atómica —se aventura a balbucear Timothy, cuya garganta le hace sufrir.

-¿Pero por qué en Bhopal? —pregunta Sobha, limpiando la sangre que sale de la comisura de los labios de su bebé.

Su marido alza los hombros. Sabe que va a morir y está resignado. Pero como hombre de Dios y a pesar de sus sufrimientos, quiere preparar su muerte y la de los suyos.

-Recemos antes de abandonar esta tierra —anuncia tranquilamente a su mujer.

-Estoy dispuesta -responde la joven.

Timothy hace un esfuerzo para levantarse, coge a su hijo en brazos y lleva a su mujer al otro lado del patio. Quiere vivir sus últimos momentos en su iglesia. Coloca el cuerpecito sobre un cojín a los pies del altar, va a por el grueso volumen del Nuevo Testamento cuyos versículos tanto le gusta leer todas las

semanas a sus feligreses, y vuelve para arrodillarse junto a su esposa y a su bebé. Abre el libro en el capítulo 24 del Evangelio de san Mateo, y repite tan fuerte como lo permite su garganta quemada por el gas: «Estad preparados porque no sabéis ni la hora ni el lugar...» -Luego un salmo les aporta el consuelo de la palabra de Dios-. Cuando el diablo os persiga en su carrera por el valle de la muerte, de pronto no temeréis nada», lee aplicadamente Timothy.

De pronto, detrás de la vidriera de la pequeña iglesia aparece la silueta de su salvador. Con una servilleta mojada sobre la nariz y la boca, el doctor Sarkar hace gestos al pastor y a su esposa indicándoles que se protejan ellos y a su bebé de la misma manera y que salgan inmediatamente. Cinco personas se amontonan ya en el Ambassador del médico que espera frente a la iglesia, pero en la India semejante tasa de ocupación no tiene importancia. Timothy Wankhede, que un día descubrió a Jesucristo escuchando la radio, podrá poner una marca en su Biblia, en la página del capítulo 24 del Evangelio de san Mateo. A pesar del calvario que acaba de soportar y que le dejará graves secuelas tanto a él como a su familia, esta noche no es «ni la hora, ni el lugar».

-¡Estupendas, tus *sarnosas*! -dice extasiado Satish Lal, el porteador de equipajes, mientras deambula al final del andén número 1 de la estación central con su amigo Ratna Nadar a la espera del *Gorakhpur Express*. Como los otros noventa y nueve culis, Lal se ha zampado el contenido de la cajita de cartón que les ha ofrecido el padre de Padmini.

—En cualquier caso, todos parecen haberse puesto morados -comenta Nadar, feliz de haber hecho disfrutar a sus compañeros.

-Apuesto a que ahora tendrás que apretarte el cinturón

-observa Lal-. Imagino que Pulpul Singh no te habrá hecho ningún regalo.

-Eso por descontado -confirma Nadar.

De pronto, los dos hombres sienten una violenta irritación en la garganta y en los ojos. Un olor extraño acaba de invadir la estación. Los cientos de viajeros que esperan al *Gorakhpur Express* sienten también cómo se les inflaman la garganta y los ojos.

-Seguramente es un escape de ácido proveniente de un tren de mercancías —decreta Lal, que sabe que hay vagones cisterna llenos de materias tóxicas a la espera de ser descargados. ¡No sería la primera vez!

Pero Lal se equivoca. La nube tóxica procede de la fábrica. Está convirtiendo la estación, construida con las monedas de oro de la begum Shah Jehan, en una trampa mortal para miles de viajeros.

Los dos culis se precipitan hacia el puesto de mando al fondo del andén. El subjefe de estación, V. K. Sherma, está desplazando una de las fichas del tablero de tráfico. El *Gorakhpur Express* se acerca a Bhopal. Estará allí dentro de veinte minutos.

Lal apenas puede hablar.

-Jefe -murmura-, ocurre algo... la gente en el andén tose como loca. ¡Venga a ver!

El subjefe de estación y su adjunto Parashar salen del puesto, y en seguida una bocanada tóxica que se mueve a su altura los asalta. Dos o tres inhalaciones bastan para bloquear la entrada de aire a sus pulmones. Con los oídos silbándoles, y la garganta y los ojos ardiendo, se baten en retirada respirando con dificultad.

El joven regulador de tráfico Rehman Patel, que ha presenciado la escena, tiene la suficiente presencia de ánimo para

hacer el único gesto útil en aquellos momentos. Cierra todas las ventanas y puertas, y pone en marcha los climatizadores, apagados durante el invierno. La bocanada de aire fresco que se esparce alivia en seguida a los dos ferroviarios, que lentamente van recobrando el sentido. Suena entonces el teléfono de la red interna. Sherma reconoce la voz del centro de Nichadpura, un depósito de gas-oil instalado a unos cien metros de la fábrica de Carbide.

-Ha habido una explosión en Carbide -anuncia el comunicante, asustado-. Todo el barrio está cubierto por una nube tóxica. La gente huye por todas partes. Prepárense para su llegada. El viento empuja la nube en esa dirección...

-Ya está aquí -replica Sherma.

Una visión cruza en ese momento la mente horrorizada del subjefe de estación: la del *Gorakhpur Express* de camino a Bhopal con cientos de viajeros a bordo.

-¡Hay que impedir como sea que el tren se detenga! -dice a sus dos adjuntos.

Pero en seguida mueve la cabeza, lamentándose. Conoce bien la burocracia de los ferrocarriles indios. Él no puede tomar una decisión de ese tipo, sólo el primer jefe de estación puede dar la orden. Inmediatamente, Sherma marca el número de su domicilio. Nadie contesta.

-Debe de estar disfrutando de un último trago de *English liquor* en la boda de la Railway Colony -comenta, decepcionado.

Por mucho que el subjefe de estación reitera su llamada, no obtendrá la autorización para impedir un holocausto en su estación. Su jefe Harish Dhurve lleva media hora muerto.

No quedan tenderos ni leprosos ni mendigos ni culis, no quedan niños, no quedan viajeros. En el andén número 1 no hay más que un montón de cadáveres mezclados con un insopor-

table hedor a vómito, a orina y a deyecciones. Empujada por el peso de los gases, la capa tóxica se ha abatido como un sudario sobre esa gente, encadenada a su equipaje. Aquí y allá, algunos supervivientes intentan levantarse de nuevo. Pero casi al instante, con los pulmones invadidos por los vapores mortales, se desploman, con la boca retorcida como peces sacados del agua. Los mendigos y los leprosos han sido los primeros en morir a causa de la tuberculosis y de la tisis que ya devoraban sus pulmones.

Gracias a los climatizadores que filtran el aire, los tres hombres del puesto de mando y algunos culis refugiados en su vestuario consiguen escapar de las emanaciones venenosas. Frenéticamente, V. K. Sherma gira una y otra vez la manivela de los teléfonos para pedir socorro; pero es inútil, todas las líneas están ocupadas. Por fin consigue hablar con el doctor Sarkar. Después de haber evacuado al pastor y a su familia, el médico de los ferroviarios ha vuelto a su consulta de la Railway Colony. Con la nariz y la boca protegidas con compresas húmedas, el valiente médico parece desamparado. Acaba de entrevistarse con el doctor Nagu, director de la Salud Pública del Madhya Pradesh.

-El director estaba furioso -revela Sarkar-. Me ha dicho que los de Carbide no han querido revelarles la composición de la nube tóxica. Por más que ha insistido y preguntado si se trataba de cloro, de fosgeno, de anilina o de no sé qué más para así dar antídotos a las víctimas, no ha podido enterarse de nada. Le han afirmado que los gases no eran tóxicos y que, para protegerse de ellos, bastaba con colocarse un pañuelo mojado en la nariz y en la boca. Lo he intentado y parece que funciona. ¡Ah!, se me olvidaba, al director le han dicho: «Respire lo menos posible.» Mi pobre Sherma, transmita ese consejo a sus viajeros a la espera de que llegue auxilio.

¡Auxilio! En una estación cubierta de muertos y moribun-

dos, el subjefe de estación se siente como el comandante de un barco que está siendo engullido por el océano. Pero aunque ya no pueda hacer nada por los viajeros del andén número 1, debe salvar a los que van a llegar. Ya que no puede hablar con su jefe para obtener la autorización de que el *Gorakhpur Express* pase de largo por la estación de Bhopal, a toda costa quiere impedir que caiga en una trampa, y la única manera de hacerlo es lograr que se detenga en la parada anterior. Inmediatamente, su adjunto llama a la estación de Barampsur, una pequeña ciudad situada a menos de veinte kilómetros.

-El tren acaba de salir -le anuncia el jefe de estación.

—¡Maldito sea el dios! -gruñe Sherma, consternado.

-¿Existe por lo menos algún semáforo intermedio que podamos poner en rojo? -pregunta Patel, el joven controlador de tráfico.

Los tres hombres examinan los puntos luminosos en el cuadro colgado en la pared.

-No hay un solo sistema de agujas ni un solo semáforo entre Barampsur y Bhopal -constata Sherma.

-Entonces sólo se puede hacer una cosa: plantarse frente al tren y hacer una señal al maquinista para que lo detenga -declara Patel.

Su idea deja estupefactos a sus colegas.

-¿Y cómo conseguirás, en plena noche, que el maquinista de un tren a toda velocidad vea tu señal? -pregunta el adjunto de Sherma, incrédulo.

-¡Agitando una linterna en medio de la vía!

Sherma casi se traga su mascada de betel. El peligro que implica semejante iniciativa hace que la idea le parezca descabellada, pero al cabo de unos segundos cambia de parecer.

-Sí, tienes razón, se puede detener el tren con linternas. Vete a buscar a algunos culis para que nos ayuden.

-Me ofrezco voluntario -anuncia Patel.

-Yo también -añade en seguida Parashar, el adjunto de Sherma.

-De acuerdo, pero deberíais ser por lo menos cuatro o cinco. Cuatro o cinco linternas, de noche se ven mejor.

Patel se precipita hacia el lavabo situado al fondo del cuarto para mojar su *gamcha* (1). Después de haberla escurrido se la coloca en la cara y sale. Dos minutos más tarde vuelve con el padre de Padmini y con Satish Lal, que han escapado del asalto del gas poniendo burletes en todas las rendijas y aberturas de la sala de espera de primera clase. Sherma les explica la misión, subrayando su vital importancia.

-Si lográis detener el *Gorakpur*, quizá salvéis cientos de vidas -les dice. Y añade-: Seréis héroes y se os condecorará.

La idea no provoca más que una débil sonrisa en el rostro de los cuatro hombres. Sherma junta sus manos a la altura del pecho.

-¡Que el dios os proteja! -dice, inclinando la cabeza-. Encontraréis linternas en el hangar del material. ¡Buena suerte!

El subjefe de estación siente cómo le invade la emoción. «Son unos héroes», piensa.

Guiada por el padre de Padmini, que se sabe de memoria el trazado de la vía, la pequeña caravana se adentra en la noche lechosa llena de amenazas invisibles. Cada cinco minutos, Ratna Nadar levanta el brazo para parar a sus compañeros, se arrodilla entre dos traviesas y pega su oreja durante largo rato a uno de los raíles. Todavía no se percibe ninguna vibración del pesado convoy.

Acurrucada con sus dos hijos en el fondo del asiento de uno de los cuarenta y cuatro vagones del tren, Sadjá Baño cuenta los últimos minutos del interminable viaje que la lleva de vuel-

(1) Toalla que se utiliza para secarse, o como pañuelo alrededor del cuello.

ta a la ciudad donde su marido fue la primera víctima de Carbide. En cuanto note que el tren disminuye la velocidad se acercará a la ventana para mirar las estructuras iluminadas de la fábrica que ha destrozado su felicidad. Teme ese instante tanto como teme el regreso a Bhopal, impuesto por la voluntad de su familia política de apropiarse de las cincuenta mil rupias de la indemnización otorgada por la fábrica. Sajda ha experimentado en toda su dureza su condición de viuda musulmana. Nada más enterrar a su marido, su suegro la echó de casa, con el pretexto de que se negaba a renunciar a sus derechos sucesorios. Loca de pena y de desesperanza, la joven respondió con su primer acto de mujer sola y libre: se quitó el velo que llevaba desde los nueve años y se precipitó al bazar para venderlo. Las ciento veinte rupias que le dieron por él fueron el primer dinero que ganó en su vida. Desde entonces, no se ha vuelto a poner el velo. Superando las dificultades de su triple condición de mujer, de musulmana y de viuda, en un país de costumbres a veces medievales a pesar de los muchos progresos realizados, está dispuesta a pelearse para obtener justicia. Sabe que puede contar con el apoyo del bueno de H. S. Khan, el colega de su marido que la había acogido con sus hijos después de que sus suegros la expulsaran. Se refugiará en su casa mientras encuentra una vivienda y contrata a un abogado. Confía en que estará en el andén para recibirla. ¡Pobre Sajda! Después de haber matado a su marido, los gases de Carbide acaban de fulminar a su amigo y bienhechor cuando iba de camino a la estación.

Sosteniendo sus linternas, los cuatro hombres avanzan con dificultad. Sin saberlo, atraviesan multitud de nubecitas residuales que merodean entre los raíles. Tropiezan con cuerpos encogidos en horribles posturas de sufrimiento. Aquí y allá, les llega el sonido de los estertores de los moribundos, pero

no tienen tiempo de detenerse. Entonces, un rugido desgarrador la noche, acompañado del mismo agudo silbido que tantas veces ha hecho sobresaltarse en su sueño a los habitantes de la Explanada negra. ¡El tren!... Los cuatro hombres corren a su encuentro, blandiendo sus linternas. Pero muy pronto les falta el aliento: los vapores tóxicos han acabado filtrándose a través del algodón húmedo de sus compresas. Hiperventilados por el esfuerzo, sus pulmones reclaman cada vez más aire, un aire viciado con moléculas mortales. El peso de las linternas se les hace insostenible. Sin embargo, prosiguen. Trastabillando entre las traviesas, ahogándose y vomitando, los cuatro hombres agitan desesperadamente sus fanales, pero, el maquinista del *Gorakhpur Express* no entiende la señal. Creyendo que se trata de jueguistas que se divierten al borde de la vía, prosigue su camino. En un destello horripilante, vislumbra a los hombres que gritan entre los raíles, pero ya es demasiado tarde. El convoy penetra en la estación, con la parte delantera de su locomotora salpicada de carne y de sangre.

Los dos faros de la locomotora que surgen de la bruma hacen que el jefe de estación se sobresalte. V. K. Sherma comprende que el desesperado intento de sus hombres ha fracasado. El tren se desliza suavemente sobre los raíles del andén número 1 antes de detenerse con un chirrido ensordecedor. Todavía queda una oportunidad para impedir lo peor.

Como en todas las grandes estaciones de la India, la de Bhopal dispone de un sistema de megafonía. V. K. Sherma se precipita hacia la consola que se halla al fondo del puesto, enciende el sistema y coge el micrófono. «¡Atención! ¡Atención! -anuncia en hindi, con una voz lo más tranquila y profesional posible-. A causa de un escape de productos químicos peligrosos, invitamos a los viajeros que debían bajar en Bhopal a

permanecer en sus vagones. El tren saldrá inmediatamente. Los viajeros podrán bajar en la próxima estación, donde unos autocares los traerán a Bhopal.» Acto seguido, repite el mensaje en urdu. Muy rápidamente, mide las escasas oportunidades de éxito de su advertencia. Se abren algunas puertas, los pasajeros bajan. Nada puede amenazar la vida de los peregrinos que vienen a celebrar el *Ishtema*. Saben que están bajo la protección directa de Alá.

Con su toalla mojada en la boca, Sherma abandona su puesto para correr hasta la cabecera del tren y dar al maquinista la orden de arrancar, aunque sabe que esa orden es ilegal. Bhopal es un importante centro ferroviario donde los trenes son sometidos en cada parada a controles mecánicos rutinarios. Acortar una parada equivale a saltarse esos controles. Pero esta noche ya no hay equipos de mantenimiento, ya no hay inspectores de material. Sólo hay cientos de personas que hay que salvar. Aterrado por la idea de que los vapores hayan podido alcanzar al maquinista, que se haya desmayado o que quizá ya esté muerto sobre los mandos de la locomotora, Sherma se da prisa. Al reconocer su uniforme de ferroviario, unos agonizantes se le agarran en un último esfuerzo. Otros lo amenazan, intentando interponerse en su camino para pedir auxilio. Tiene que pasar por encima de los cuerpos con cuidado de no resbalar con sus vómitos. Cuando por fin llega a la cabeza del convoy, instintivamente pone en marcha sus viejos reflejos de jefe de estación. Saca su banderín de su bolsillo y golpea en el cristal de la cabina de la locomotora.

-La vía está libre. ¡Orden de salida inmediata! -anuncia.

Es la fórmula ritual. El maquinista contesta con una señal de la cabeza, suelta los frenos y aprieta a fondo el mando de su motor diesel. Lentamente, el *Gorakhpur Express* sale de la horrible necrópolis entre un concierto de chirridos y silbatos. Empapado en sudor, respirando difícil y dolorosamente y con

el corazón palpitando, pero orgulloso de su hazaña, el subjefe de estación se abre camino entre los muertos para volver a su despacho en la otra punta del andén. Pero el puesto de mando de la estación de Bhopal ya no existe.

El cartelito «A/C office» (2) colocado encima de la puerta ha atraído a algunos viajeros enloquecidos por la niebla tóxica. Convencidos de que los gases no pueden penetrar en una habitación ventilada por aparatos de aire acondicionado, se han precipitado al interior, saqueando todo a su paso, rompiendo el panel del tráfico de los trenes y arrancando los teléfonos. Un desastre. Ni siquiera la aparición de la alta silueta del doctor Sarkar consigue calmar la cólera de los pasajeros. El médico de los ferroviarios ha conseguido llegar a pie a la estación. Lleva una bolsa marcada con una cruz roja, emblema irrisorio en este campo de muerte y agonía. La ha llenado de frascos de colirio, de pastillas contra la tos, de ampollas de medicamentos broncodilatadores, de aspirinas, de pastillas para la garganta, de tónicos cardíacos..., de todo lo que ha encontrado en su botiquín. ¿Pero pueden hacer algo estos remedios? El médico se inclina sobre los primeros cuerpos. Descubre entonces en el andén un espectáculo que le atormentará durante el resto de su vida: el de un bebé que chupa el pecho de su madre muerta, desplomada sobre su equipaje.

Como muchos viajeros del *Gorakhpur Express*, Sajda Baño no ha oído la llamada del subjefe de estación. Ha bajado con sus dos hijos y con las maletas. En la niebla amarillenta que envuelve el andén, busca la silueta del bueno de Mr. Khan, el amigo de su marido. Pero sus ojos, irritados por los gases, no ven más que una maraña de cuerpos en un silencio de muerte. «Como si el tren se hubiera detenido en un cementerio», dirá después. Soeb y Arshad, sus dos hijos de cinco y tres años,

(2) Oficina con aire acondicionado.

aquellos a los que su padre quería llevar a pescar el día de su muerte, son asaltados de pronto por los efluvios y sacudidos por ataques de tos. Se frotan los ojos gritando de dolor. La propia Sajda siente cómo se le inflaman la garganta y la tráquea. Se ahoga. Pasando por encima de los cadáveres, empuja a sus hijos hacia la sala de espera situada en medio del andén. La sala está llena de moribundos que tosen, escupen, orinan, defecan y deliran. Sajda tumba a los dos niños en un banco, coloca el oso de peluche regalo de la abuela en los brazos del más joven, y aplica dos pañuelos mojados sobre sus caritas lívidas. «Quedaos tranquilos -les recomienda-, voy a buscar ayuda y vuelvo enseguida.» Al salir, pasa frente a la ventanilla del encargado de la venta de los billetes y las reservas. El gordo Mr. Gautam parece estar durmiendo. Su cabeza descansa sin vida sobre una pila de libros de registro.

Sajda Baño deambulará toda la noche entre miles de bho-palíes buscando un vehículo capaz de ir a por sus niños para llevarlos a un hospital. Pero es tal el pánico que impera en los alrededores de la estación y en los barrios vecinos, que no regresará hasta la madrugada. Encuentra a sus dos hijos en el mismo lugar donde los ha dejado. El pequeño Soeb sigue apretando su oso de peluche sobre el corazón. Pero unos coágulos de sangre dibujan un círculo rojo alrededor de los labios inmóviles de su hermano Arshad. Sajda se arrodilla y coloca el oído sobre el frágil pecho sin vida. No contentos con llevarse a su marido, los gases de Carbide acaban de robarle a su hijo.

Una masacre silenciosa, insidiosa, p rfida, casi discreta. Ninguna explosión ha estremecido la ciudad, ningún incendio ha abrasado el cielo. La mayoría de los bhopalíes duermen apaciblemente. Los que est n todavía de fiesta en los salones del Arera Club, bajo las *shamianas* de las bodas de las casas ricas de New Bhopal, en los salones llenos de humo del restaurante de Shyam Babu, invadido como cada domingo por los estudiantes de medicina del Medical College, no sospechan nada. En la plaza de las Especies de la ciudad vieja, una multitud exultante sigue aclamando a los poetas de la *mushaira*. Las extasiadas salvas de «*vah!... vah!...*» hacen vibrar los cristales del barrio. Hasta los eunucos han acudido en tropel; cosa rara, porque suelen obedecer a su reglamento, que les manda regresar a casa antes de que se ponga el sol. Pero la presencia del legendario Jigar Akbar Khan y de algunos otros señores de la poesía llegados de las cuatro esquinas del país ha empujado a los gurús de las diferentes «familias» de eunucos a dar la noche libre a sus protegidos. Aunque con una sola condición: deben desplazarse en grupos de a cuatro. Entre la concurrencia, resulta fácil reconocer a algunas de las celebridades de esta sorprendente comunidad, como la gruesa Nagma, la preciosa Baby y la inquietante Shakuntala, con sus grandes ojos negros pintados con *khol*.

Como manda la tradición, esta noche la *mushaira* brinda la oportunidad de cantar sus poesías a algunos aficionados desconocidos. El obrero musulmán que hasta las once se afanaba en limpiar las tuberías de la fábrica de Carbide forma parte de estos privilegiados. Pero cuando le toca el turno, Rahaman Khan está paralizado por el miedo. Su hijo Salem lo coge de la mano para llevarlo hasta el estrado. La muchedumbre está expectante. Las manos que acaban de desencadenar el engranaje fatal de una tragedia agarran el micrófono.

«¡Oh, amigo mío!, no puedo decirte si estaba próxima o lejana, si era real o un sueño...», declama con fervor el obrero poeta con los ojos medio cerrados.

*Era como un río que corría en mi corazón.  
Como una luna iluminada que devoraba su rostro,  
y sentía bailar las estrellas alrededor de mi cabeza...*

Mañana, Jagannathan Mukund no irá de excursión con su hijo a orillas de las aguas sagradas del Narmada. Una llamada telefónica acaba de despertar de golpe al director de la fábrica donde trabaja Rahaman Khan.

S. P. Chowdhary, su director de producción, le informa de que se ha producido un escape de gas en la zona de almacenamiento del MIC. Mukund se niega a creerlo. Se mantiene en sus trece: no puede ocurrir un accidente en una fábrica que no está en funcionamiento.

-Venga a buscarme -ordena a Chowdhary-. Quiero ir a ver lo que pasa.

Mientras se viste, suena de nuevo el teléfono. Swaraj Puri, el jefe de policía de la ciudad, le anuncia que unos vecinos, asustados, están huyendo de los barrios de la Explanada negra. Muchos de ellos muestran signos de intoxicación. Mukund deci-

de llamar a su amigo el profesor N. P. Mishra, decano del *Gandhi Medical College* -la Facultad de Medicina- y jefe del Servicio de Medicina Interna del hospital Hamidia. El facultativo acaba de regresar de una boda.

-¡N. R! -exclama-, prepárese para recibir a unos enfermos en urgencias. Parece ser que ha habido un accidente en la factoría.

-¿Es grave? -pregunta Mishra.

-Seguramente que no, la fábrica está parada. Imagino que se tratará de alguna intoxicación sin mayores consecuencias.

-¿Un escape de gas?

-Eso es lo que me han dicho. Sabré más del asunto después de visitar el lugar.

El médico insiste.

-¿Fosgeno? -pregunta al recordar la muerte de Mohammed Ashraf.

-No, isocianato de metilo.

La respuesta deja perplejo al profesor. Carbide no ha proporcionado nunca al cuerpo médico de Bhopal la menor información sobre esa sustancia.

-¿Qué síntomas?

-Bueno..., náuseas, a veces vómitos y dificultad respiratoria. Pero eso se arregla con unas compresas húmedas y un poco de oxígeno. Nada grave...

¿Le estará tomando el pelo el ilustre ingeniero escogido por Carbide para suceder al último piloto americano de la «bonita fábrica»? ¿Será un inconsciente? ¿Acaso ignora realmente que el MIC es una sustancia mortal? Cuando unos minutos más tarde llega a Hamidia Road, su Ambassador blanco se ve asaltado por una horda de desdichados que escupen, vomitan y caminan a ciegas. Unos puños golpean la carrocería.

-¿Adonde vais? -grita un hombre, con la boca llena de espuma.

-¡A la fábrica! —contesta Mukund, sin abrir la ventanilla.

-¿A la fábrica? ¡Estáis locos! ¡Dad media vuelta, si no, moriréis!

Al oír estas palabras, el ingeniero baja la ventanilla. Un potente olor químico penetra en el habitáculo. Al instante, el chófer siente que se está ahogando. Crispado sobre el volante, inicia la media vuelta.

-Vamos a morir, jefe -le dice gimiendo.

Mukund lo agarra del brazo.

-Sigue todo recto -le ordena señalando la avenida que sube hacia la fábrica de Carbide—. Dirígete hacia allí.

Afortunadamente, Mukund ha tomado la precaución de llevar consigo algunos pañuelos y una botella de agua. Distribuye compresas al director de producción y al chófer mientras el coche se abre camino en medio de los que huyen.

En unos minutos, el servicio de urgencias del hospital Hamidia, el mayor centro hospitalario de Bhopal, ha pasado a parecer un matadero. Los dos médicos de guardia, el hindú Deepak Gandhé y su colega musulmán Mohammed Sheikh, que creían que iban a pasar una noche tranquila después de la visita de la hermana Felicity, son testigos de la hecatombe. Súbitamente, el servicio se ve invadido. La gente cae como moscas. Sus cuerpos cubren las salas del servicio, los pasillos, los despachos, las galerías, los alrededores del edificio... El enfermero encargado de los ingresos ha cerrado su libro de registro. ¿Cómo puede inscribir a tanta gente? Los espasmos y las convulsiones que sacuden a la mayoría de las víctimas y el modo como intentan respirar desesperadamente, al igual que peces fuera del agua, recuerdan al médico hindú la muerte de Mohammed Ashraf sucedida dos años antes. La escasa información que recaba le confirma que todos los refugiados

proceden de los barrios próximos a Union Carbide. Todos han sido envenenados por un agente tóxico. ¿Pero cuál? Mientras Sheikh y una enfermera intentan reanimar a los más débiles gracias a una máscara de oxígeno, Gandhé ha cogido el teléfono. Quiere hablar con su colega Loya, el médico oficial de Carbide en Bhopal. Es el único que puede indicarle un antídoto eficaz contra el gas inhalado por los moribundos. A fuerza de intentarlo, termina por dar con él a las dos de la madrugada. «Era la primera vez que oía pronunciar ese nombre: iso-cianato de metilo», diría el doctor Gandhé. Pero al igual que hiciera Mukund antes, el doctor Loya se muestra de lo más tranquilizador.

-No es un gas mortal —afirma—, sólo irritante, una especie de gas lacrimógeno.

-Estará bromeando... Mi hospital está repleto de personas que mueren como moscas -dice Gandhé, impaciente.

-Una inhalación muy fuerte puede causar eventualmente un edema pulmonar -acaba admitiendo el doctor Loya.

—¿Qué antídoto hay que administrar? -insiste Gandhé.

-No existe ningún antídoto conocido para este gas -responde el portavoz de la fábrica, sin estar aparentemente apurado-. De todas maneras, no es necesario un antídoto -añade-. Diga a sus pacientes que beban abundantemente y que se enjuaguen los ojos con compresas empapadas en agua. El iso-cianato de metilo tiene la ventaja de ser soluble en el agua.

Gandhé hace un esfuerzo para conservar su calma.

-¿Agua? ¿Es eso todo lo que propone para salvar a gente que está escupiendo los pulmones? -dice, indignado, antes de colgar.

Sin embargo, él y Sheikh deciden aplicar el consejo del doctor Loya. Comprueban que el agua calma temporalmente la irritación de los ojos y los ataques de tos.

La situación a la que se enfrentan ambos médicos supera

en horror a todos los relatos de guerra o las tragedias que hayan podido leer. «Lo que más me gustaba de mi profesión era poder aliviar el sufrimiento -dijo Gandhé-, y allí no podía hacerlo. Era intolerable.»

Intolerable el aliento fétido e infecto, que se escapa de las bocas que babeaban espuma sangrante. Intolerables el estupor en las miradas, los ojos inflamados, a punto de estallar, los rostros tensos, las aletas de la nariz sacudidas por temblores, las fosas nasales contraídas, las orejas, las mejillas cianóticas... Muchos rostros están lívidos, con los labios descoloridos anunciando ya la muerte. Por sus estetoscopios, en los corazones y en los pulmones, los dos médicos no oyen, más que ruidos débiles, irregulares o estertores semejantes a ronquidos. Lo que más les extraña es el estado de torpeza, de embotamiento, la amnesia que manifiestan la mayoría de las víctimas, síntoma de que el sistema nervioso está gravemente dañado.

Escenas de espanto. Un hombre y una mujer se abren paso entre la muchedumbre y depositan en la mesa de las curas a sus dos hijos de dos y cuatro años. Sus bocas rezuman una espuma babosa. Los latidos de sus corazones son apenas perceptibles. En un instante, Gandhé les administra una inyección de Derryfilin, un poderoso broncodilatador, les pone colirio en los ojos y les coloca por turnos una máscara de oxígeno. Los niños reaccionan y se mueven. Los padres se alegran, creyendo que han resucitado. Luego, los pequeños cuerpos se detienen. Gandhé escucha con su estetoscopio y niega con la cabeza. «Colapso cardíaco», masculla con rabia.

Sólo es el principio de una larga noche de horror. Además de las hemorragias pulmonares y de los ahogos espasmódicos, se ve enfrentado a patologías que le son desconocidas: cianosis de los dedos de las manos y de los pies, espasmos del esófago y del intestino, cegueras fulminantes, convulsiones musculares, fiebres y sudores tan ardientes que obligan a las

víctimas a arrancarse la ropa. Lo peor es el número incalculable de muertos vivientes que se precipitan hacia el hospital como hacia un balsa salvavidas en medio de un naufragio. Esta avalancha da lugar a escenas particularmente penosas. En el curso de una breve salida para evaluar la situación, Gandhé ve a unos niños chillando agarrados a las *burqas* de sus madres, hombres enloquecidos corriendo por todas partes, revolcándose en la tierra, arrastrándose sobre las manos y las rodillas con la esperanza de alcanzar el hospital. Ve cómo unas mujeres abandonan a algunos de sus hijos, a los que ya no pueden llevar a cuestas, para salvar aunque sólo sea a uno de ellos. Una elección que las atormentará el resto de sus vidas. El joven médico, asustado, decide pedir ayuda a su viejo maestro, el mismo a quien Mukund había despertado unos momentos antes para informarle de un accidente en la fábrica susceptible de enviar a «algunos enfermos» a urgencias.

-Profesor Mishra -le ruega, después de haber dibujado un cuadro apocalíptico de la situación—. ¡Venga lo más rápidamente posible! ¡Esto es un infierno!

Este llamamiento desencadena una movilización que será un ejemplo de eficacia y de sacrificio. Dos de sus principales actores nunca saldrían de su anonimato. Santosh Vinobad y Jamil Ishaq son los dos operadores que esta noche están de guardia en la central telefónica de la ciudad, instalada en el segundo piso del edificio de Correos, justo enfrente de la Gran Mezquita. El vetusto local y las antiguas centralitas de clavijas reflejan el retraso de la India en este final del siglo xx en lo referente a las telecomunicaciones. Para sus intercambios con el extranjero, la capital de Madhya Pradesh no dispone más que de dos circuitos, y de una docena de líneas para sus comunicaciones con el interior del país. Los bhopalíes que tienen la

suerte de poseer un teléfono han de pasar por los operadores de Correos para sus comunicaciones interurbanas.

En cuando suena la llamada, Jamil Ishaq enchufa la clavija. Al oír el «*Alio?*» de su corresponsal, exclama:

-¡Profesor Mishra, le escucho!

El médico, que acaba de establecer su cuartel general en su despacho, justo enfrente del pabellón de urgencias de Hamidia, se queda en silencio, desconcertado.

-Lo he reconocido, profesor. ¡Que Alá esté con usted! Daré prioridad a sus llamadas.

Mishra se dice que toda la ciudad debe de estar al corriente de la catástrofe. Le da las gracias.

-No tiene por qué agradecerme nada, profesor. Se lo debo. ¡Usted me operó de la vesícula hace cinco meses!

Aguantando las ganas de reír, Mishra bendice la vesícula de su antiguo paciente y le comunica en seguida una serie de números en Europa y en Estados Unidos. Ya que Carbide se niega a proporcionárselas, quiere pedir a la Organización Mundial de la Salud de Ginebra y a Medilas, de Washington, toda la información disponible sobre la intoxicación por MIC, con el fin de poner a punto tratamientos de urgencia. Pero todavía es domingo en Europa y América. Mishra no obtendrá la información hasta que no abran las oficinas, unas diez horas más tarde. Mientras, decide despertar a todos los farmacéuticos de la región, pidiéndoles que traigan inmediatamente todas sus existencias de broncodilatadores, antiespasmódicos, colirios, tónicos cardíacos, jarabes y pastillas contra la tos. Acto seguido se dedica a sacar de la cama a sus colegas, los decanos de las Facultades de Medicina de Indore y de Gwalior, pidiéndoles que organicen la colecta de todas las medicinas disponibles en sus respectivos sectores y que las manden por avión a Bhopal. Finalmente, llama a los responsables de las diferentes empresas de la región que fabrican o utilizan botellas de oxí-

geno. «Tráigannos todas sus reservas —les dice-, de ello depende la vida de veinte, treinta mil, quizá cincuenta mil personas.»

Después de esa ofensiva telefónica, Mishra decide hacer un llamamiento urgente a todos los estudiantes de Medicina que, tras haber cenado en el restaurante de Shyam Babu, duermen en los colegios mayores ubicados detrás del Medical College. Irá a despertarlos él mismo. Sube la escalera, se mete por los pasillos, llama a las puertas.

-¡En pie, chicos! -grita-. ¡No perdáis tiempo en vestiros! Venid como estéis, ¡de prisa! ¡Miles de personas van a morir si llegáis demasiado tarde!

Mishra nunca podrá olvidar el espectáculo de esos chicos y chicas saltando de sus camas sin decir palabra, corriendo como sonámbulos hacia el hospital. Algunos se comportan como auténticos héroes. Uno de ellos se inclina sobre un niño al que los vapores del gas están ahogando. No duda en hacerle el boca a boca, insuflándole durante largos minutos aire de sus propios pulmones. Este tratamiento de choque reanima milagrosamente al pequeño, pero cuando se levanta, Gandhé ve cómo de pronto se pone lívido y titubea: al arrancar al niño de las garras de la muerte, el estudiante ha inhalado el gas tóxico de sus pulmones. Es él quien va a morir.

La atroz neblina no se ha limitado a quemar los bronquios, los ojos y las gargantas, sino que ha impregnado también la ropa, el pelo, las barbas y los bigotes con unas emanaciones tan tóxicas y persistentes que el personal sanitario acaba por sentir síntomas de ahogo. Una inyección rápida de Derryfilin mezclada con diez centímetros cúbicos de Decadron basta por lo general para detener cualquier complicación. Pero la valentía mostrada por casi todos no puede impedir las debilidades de algunos pocos, como la de un médico, que al sentir el primer malestar, asustado, le arranca la máscara de oxígeno a un moribundo, se la coloca en su rostro y aspira vorazmente unas boca-

nadas antes de salir huyendo. Arrepentido, regresará a la mañana siguiente, y durante tres días y tres noches será uno de los pilares del equipo de curas de urgencia.

De pronto, en medio del caos, aparece la silueta vestida de negro de la hermana Felicity. Por el momento, ha decidido dejar de velar el cuerpo descoyuntado de la pequeña Nadia para correr hacia los moribundos de las salas y los pasillos. Hay tantos cuerpos por doquier que no puede avanzar sin tropezar contra un brazo o una pierna. Lo que más le sorprende es la imposibilidad de diferenciar a los vivos de los muertos. Los rostros están tan hinchados que los ojos han desaparecido. Se ofrece como voluntaria. Deepak Gandhé le confía una de las salas donde se intenta reagrupar a las víctimas por familias. *Sister Felicity* se inclina sobre un anciano que yace, inconsciente, junto al cuerpo de una mujer vestida con un jersey malva. Le acaricia dulcemente la frente. «¡Despierta, abuelo! Dime si tu mujer llevaba un jersey malva», insiste. El pobre hombre no contesta y la hermana Felicity se dirige hacia una mujer tumbada entre dos niños de corta edad. ¿Serán los suyos? ¿O los de esa mujer de allí, la que lleva parches de algodón en los ojos?

En este horrible matadero, los vivos han perdido la palabra.

El profesor Mishra comprende que la invasión no ha hecho más que comenzar. La nube tóxica sigue haciendo estragos. Miles, quizá decenas de miles de nuevas víctimas acudirán en tropel. Hay que transformar urgentemente el campus entre el Medical College y Hamidia en un gigantesco hospital de campaña. ¿Cómo realizar tamaña proeza en una noche semejante? Mishra tiene una idea. De nuevo, descuelga el teléfono y despierta a Mahmoud Parvez, al arrendador de *shamianas*, profundamente dormido en su nueva casa de New Bhopal, bien protegido de las emanaciones tóxicas. Mishra le revela la

tragedia que ha tenido lugar sobre la ciudad. Y en seguida añade:

-Necesito su ayuda. Tiene que ir a por todas las *shamia-nas*, todas las alfombras, todas las mantas, todos los muebles, la vajilla que alquiló para las bodas de ayer por la noche y traerlo aquí lo antes posible, al hospital Hamidia.

Parvez no muestra atisbo alguno de sorpresa.

-¡Cuenta conmigo, profesor! Esta noche, todo lo que poseo pertenece a los que han sido golpeados por la desgracia.

Después el hombrecillo despierta a sus tres hijos, hace un llamamiento a todos sus empleados, envía a sus camiones allá donde ha entregado los accesorios y ornamentos de las suntuosas fiestas de boda. De la misma manera manda quitar las dos inmensas *shamianas* del patio de la gran mezquita. ¡Lo siento por el *Ishtemal* Esta noche, Bhopal sufre y su deber de buen musulmán es el de contribuir a aliviar ese sufrimiento. Manda a uno de sus hijos vaciar sus almacenes de todos los sillones, sofás, sillas, camas, sin olvidar la famosa cafetera, porque «un buen café italiano puede reanimar a un hombre».

¡Maravilloso Mahmoud Parvez! En esta fantástica mudanza se ha reservado una misión personal. Es él, y sólo él, quien desmonta en la Railway Colony la joya de sus colecciones, la magnífica y venerable *shamiana* bordada con hilos de oro que le ha alquilado a su amigo el director de la central eléctrica de Bhopal para la boda de su sobrina. Pero este gesto casi le resulta fatal. Asfixiado por una nube de gas a ras de suelo, Mahmoud Parvez se desploma, ahogándose. Milagrosamente, un equipo de auxilio le recoge. Será uno de los primeros en recibir una cura de urgencia bajo una de sus tiendas.

A sólo quinientos metros del improvisado hospital donde se precipitan a cientos las víctimas del gas, un hombre con

jersey rojo, con la cara protegida por una toalla mojada y gafas de motorista, sale de una casita de la ciudad vieja en compañía de su joven esposa y de su hermana de quince años. Los tres van a subirse al escúter que espera apoyado en la puerta. Unos instantes antes, un extraño olor a amoníaco ha despertado al periodista Rajkumar Keswani. Ha cerrado la ventana sin imaginar ni por un momento que ese olor era la señal de la catástrofe que tan meticulosamente había descrito en sus artículos. Luego ha llamado por teléfono al cuartel general de la policía.

-¿Qué ocurre? -ha preguntado.

—Un accidente en la Carbide -le ha respondido una voz ahogada por la angustia-. La explosión de una cisterna de gas. Moriremos todos.

Desde su ventana, al ver la gente huyendo en todas direcciones, Keswani comprende lo que está pasando. Instala a sus dos pasajeras en el escúter y arranca a toda velocidad hacia los barrios lejanos de New Bhopal, allí donde sabe que los gases de la fábrica maldita no podrán llegar para matar a los que se han negado a creer en sus advertencias.

## 42      **Un santón medio desnudo en medio de los vapores mortales**

La barbarie lo había destrozado; la catástrofe de Carbide lo convertirá en un héroe. Justo un mes después de haber descubierto los cadáveres de seis miembros de su familia quemados vivos en represalia por el asesinato de Indira Gandhi, el comandante sij Rucharan Khanuja, jefe de la unidad de ingenieros del ejército indio acantonada en Bhopal, se enfrenta a una nueva tragedia. Esta noche, con la única protección de las gafas de zapador y una toalla húmeda en la cara, el oficial se pone a la cabeza de una columna de camiones para arrancar de la muerte a los cuatrocientos obreros de una fábrica de cartón y a sus familias, sorprendidos por los gases mientras dormían.

Después de efectuar el salvamento, el comandante y sus hombres vuelven a la zona peligrosa para explorar esta vez los barrios de la Explanada negra en busca de supervivientes. El cadáver del caballo blanco de la boda de Padmini bloquea la entrada de Chola Road. Con los cascos al aire, hinchado por el gas y los ojos inyectados en sangre, el animal sigue enjaezado. Los soldados tiran de una cuerda que tiene alrededor de las patas y lo apartan a un lado. Un poco más lejos, el oficial ve otros vestigios de la fiesta: sobre el pequeño estrado del *man-dap*, el brasero del fuego sacrificial donde todavía arden las bra-

sas, los sillones dorados, los tambores y las trompetas abolladas de los músicos, las ollas todavía llenas de arroz y curry, y hasta el grupo electrógeno alquilado para iluminar lo que debía ser el momento más grande de la vida de Dilip y Padmini. Abandonados frente a una chabola, Khanuja descubre los regalos de boda, algunos utensilios de cocina, ropa, piezas de tela-Recoge la sombrilla que llevaba el novio durante la procesión a lomos de su yegua blanca. Como buen militar disciplinado, se toma el tiempo de apuntar en un cuadernillo el inventario de todos estos restos. Luego, con cuidado de no pisar los cuerpos que cubren las callejuelas, inspecciona metódicamente todas las viviendas. Ha dado a sus hombres la orden de avanzar en el mayor de los silencios. «Estábamos a la escucha de la más mínima señal de vida», dirá. De vez en cuando, a sus oídos llega el sonido de una queja, un gruñido, una tos o el llanto de un niño. «Había que mover los cuerpos sin saber cuáles estaban todavía vivos -contaría el oficial-, a veces, llegábamos demasiado tarde. Cuando las llamadas se apagaban, no quedaba más que un horrible y aterrador silencio.»

En una chabola, Khanuja descubre a una pareja de ancianos tranquilamente sentados en el borde de un *charpoi*. Sonríen al oficial como si esperasen su visita. En la chabola vecina, lo recibe una familia entera exterminada: los padres y sus seis hijos, los unos encima de los otros sobre el suelo de barro, con los ojos fuera de las órbitas y la boca babeante de saliva y de sangre. Los más jóvenes han muerto chupándose el dedo. Khanuja manda transportar a la pareja de ancianos en un camión y se va en busca de otros supervivientes. En Berasia Road, allí donde los hombres en busca de empleo iban a suplicar a los *tharagars* de Carbide, el suelo está cubierto de cuerpos de los que habían caído fulminados mientras huían. De repente, el cuerpo de una mujer muy joven, cuyos tobillos resplandecen bajo los rayos de la luna, llama la atención del coman-

dante. Enciende su linterna y se da cuenta de que lleva pulseras con cascabeles. Sus manos y pies decorados con henna, el ajustado corpino y el paño de algodón que rodea su cintura y sus piernas intrigan al oficial. Se parece a una de esas bailarinas sagradas que se ven en televisión. Una flor de jazmín forma una mancha blanca en el pelo anudado en un moño. El *sij* se fija también en una crucecita que le cuelga de una fina cadena alrededor del cuello. No hay duda: la desdichada está muerta. Cuando está a punto de apagar su linterna, de pronto el oficial sorprende un estremecimiento en la comisura de los labios de la joven. ¿Se habría equivocado? Arrodillándose, se retira el pliegue del turbante que le tapa la oreja y la coloca sobre el pecho de la joven, cuyo corazón parece que ha dejado de latir. Por si acaso, pide una camilla.

-*Hamidia Hospital*, de prisa! —exhorta al conductor.

¡Hamidia! Desde que el arrendador de tiendas Mahmoud Parvez ha ido a buscar a toda velocidad las *shamianas* de las bodas, los alrededores del gran hospital parecen el campamento de una tribu víctima de alguna maldición celestial. Bajo las tiendas, los hombres de Parvez han desplegado alfombras, han instalado mesas y bancos, hacia los cuales los estudiantes del Medical College intentan canalizar las hordas de moribundos cuya avalancha no cesa. Escoger de entre esta marea humana a aquellos que más necesitan algunas bocanadas de oxígeno o un masaje cardíaco es virtualmente imposible. El estudiante con bata blanca que intenta tomar el pulso de Padmini está convencido de que el caso de la joven traída por los soldados del comandante Khanuja está perdido. Como en la guerra, más vale esforzarse en salvar a los que tienen alguna posibilidad de salir adelante. Manda llevar la camilla al depósito de cadáveres, donde ya se amontonan cientos de cuerpos.

Además de las afecciones pulmonares y gástricas, la mayoría de los que llegan padecen graves lesiones oculares: quemaduras de la córnea, rotura del cristalino, parálisis del nervio óptico, hundimiento de los párpados... Unas gotas de atropina y un parche de algodón para cada ojo es todo lo que los equipos médicos pueden ofrecer a estos desdichados. Al ver la cohorte de ciegos que tropiezan sobre los cuerpos de los agonizantes, el profesor Mishra se dice a sí mismo que «los bhopalíes han tenido esa noche su propia Hiroshima».

El *commissioner* Ranjit Sinh, de cuarenta y ocho años, es la más alta autoridad civil de la ciudad de Bhopal y de su región, es decir, algo así como su gobernador. En cuanto se entera de la catástrofe, monta en su coche para llegar al cuartel general de la policía, instalado en el corazón de la ciudad vieja. Desde este centro neurálgico piensa organizar la movilización general de los medios de evacuación y de socorro. Ranjit Sinh no olvidará nunca su primera visión de esa noche infernal en el puente que bordea el lago inferior: «Decenas, cientos, miles de sandalias y de zapatos perdidos por los que huyen en su carrera para escapar a la muerte.»

El *commissioner* encuentra el cuartel general de la policía sumido en un enorme desconcierto: las emanaciones de gases se han infiltrado en el viejo edificio, quemando los ojos y los pulmones de numerosos funcionarios. Sin embargo, las llamadas se suceden ininterrumpidamente en el puesto de mando del segundo piso. Una de ellas es de Arjun Singh, el primer ministro de Madhya Pradesh. Corren rumores de que ha abandonado su residencia oficial para ir a refugiarse a las afueras de la ciudad. Singh llama por radio a Swaraj Puri, el jefe de la policía.

-Hay que detener el éxodo de los habitantes -le conmina el jefe del gobierno—. Disponga controles de policía en todas

las vías que salen de la ciudad, y hagan que la gente vuelva a sus casas.

Es evidente que el primer ministro no tiene ni idea del caos que reina esta noche en Bhopal. Singh le argumenta:

-*Sir*, ¿cómo quiere que impida que la gente huya si mis propios policías han huido con ellos?

El *commissioner* decide hablar él mismo con el jefe del gobierno. Agarra el auricular.

-*Mister Chief Minister*, nadie podría detener a la marea humana que intenta huir de la nube de gas. Esto es un «sálvese quien pueda» general. De todas maneras, ¿en nombre de qué o de quién quiere usted impedir que esta pobre gente intente salvar la vida?

El alto funcionario alberga algunas sospechas sobre la razón verdadera que empuja al jefe del gobierno a detener el éxodo. A poco más de un mes de las elecciones generales, el primer ministro del Madhya Pradesh teme perder electores. ¿No ha tomado ya la precaución de comprar sus votos distribuyéndoles escrituras de propiedad que han regularizado los asentamientos ilegales levantados junto a los muros de una fábrica de alto riesgo? Una concesión a la que el *commissioner* en vano había intentado oponerse por razones de seguridad, y, sobre todo, porque temía alentar los asentamientos masivos, pesadilla de los municipios. Y ahora que una tragedia golpea a los beneficiarios de sus favores, el primer ministro quiere retener en su sitio a los supervivientes, aun a costa de sus vidas. El *commissioner*, descorazonado, interrumpe la comunicación y llama a sus *controllers* -sus subgobernadores- para pedirles que le manden urgentemente todos los vehículos disponibles en el sector con el fin de facilitar una evacuación masiva de los barrios alcanzados por la nube tóxica. Luego, poniéndose una toalla mojada sobre la cara, decide conducir su Ambassador a través de las columnas de fugitivos para ir a la fábrica.

El espectáculo que descubre a la entrada de la instalación industrial que un día fue el orgullo y la esperanza de Bhopal es terrorífico. Cientos de personas procedentes de los barrios del norte y del este se pelean en las puertas del dispensario, donde el doctor Loya, médico oficial de Carbide, y tres enfermeros desbordados intentan ofrecer algunas bocanadas de oxígeno a los que están en peor estado. Sobre una de las cuatro camas, con el rostro protegido por una máscara, yace la única víctima de la catástrofe que pertenece al personal de la fábrica. Shekil Qureshi, el supervisor musulmán que creía en Carbide tanto como en Alá, ha sido encontrado casi muerto a los pies del muro que saltó después de la explosión de la cisterna 610. Inmediatamente, conducen al *commissioner* al despacho donde Jagannathan Mukund, el director de la fábrica, se ha encerrado. Lo primero que le llama la atención es un diploma enmarcado y colgado en la pared, un «*Safety Award*» en el que se felicita a Mukund por la excelencia de la seguridad en su fábrica. «Pero esa noche -contaría el *commissioner*—, el laureado con ese diploma no es más que un hombre con la mirada despavorida, completamente anonadado por el alcance del desastre y por el temor a un levantamiento popular.» Ranjit Sinh intenta tranquilizarlo.

-Voy a mandar que coloquen dos guardias armados a la entrada de la fábrica, y también en su residencia.

Pero de pronto, el gobernador de Bhopal se decide a hacer una pregunta que le corroe. «Quería saber si, desde hacía años y sin que yo lo supiera, una fábrica situada a menos de tres kilómetros del centro de mi capital fabricaba un pesticida compuesto por algunas de las sustancias más peligrosas de toda la industria química», explicó.

-¿El gas que se ha escapado esta noche de su fábrica contenía cianuro? —pregunta.

Jagannathan Mukund hace una mueca antes de revelar lo que Carbide ha disimulado siempre:

-Si se produce una reacción a temperaturas muy altas, el MIC puede descomponerse en varios gases, uno de cuales es, efectivamente, el ácido cianhídrico.

Durante toda la noche, las personas se llaman, se buscan en las salas repletas de cuerpos del hospital Hamidia, en las avenidas, en el patio de *ajama Masjid*, la gran mezquita de Bhopal, transformada en centro de acogida por los muftís. El agua de la pileta de las abluciones que un ingeniero británico al servicio de la begum Kudsia había traído desde el lago Superior, se convierte esta noche en la panacea gracias a la cual los supervivientes pueden enjuagar sus ojos ardientes y purificarse de las moléculas mortales bebiendo en abundancia.

El sastre Ahmed Basi y el reparador de bicicletas Salar se encuentran de pronto con el obrero-poeta Rahaman Khan y juntos deciden ir en busca de sus familias, dispersadas por la tragedia. En la plaza de las Especias, cubierta con los cuerpos de numerosos participantes de la *mushaira* y de cientos de palomas y loros con los pulmones reventados, se encuentran con Ganga Ram, que lleva en sus brazos a Dalima, vestida con su traje de fiesta. Después de haber escapado a los tiros del propietario de la casa donde se habían refugiado, el antiguo leproso y su esposa se han salvado milagrosamente: se han dirigido hacia el sur, hacia la gran mezquita en lugar de hacerlo hacia la estación. Reencuentros que son como destellos que iluminan esta noche de desgracia.

En este huracán de sufrimiento, de miedo y de muerte, la hermana Felicity quiere auxiliar a los niños abandonados en los pasillos y en las salas del hospital. Son decenas los que vagabundean casi ciegos, gimiendo, o tumbados en el suelo en medio de sus vómitos. La religiosa intenta reagruparlos en el sótano del edificio, donde ha instalado su puesto de socorro.

La noticia no tarda en difundirse y le traen otros niños. La mayoría se han extraviado durante la noche, cuando sus padres, asustados, los confiaron a los pasajeros de algún camión o un coche.

La religiosa, asistida por dos estudiantes, limpia cuidadosamente las órbitas y los ojos atacados por los vapores. A veces, sus efectos son inmediatos. Sus propios ojos se llenan de lágrimas cuando uno de sus protegidos se pone a gritar: «¡Veo!»; después conduce a estos milagros andantes hacia el puesto de socorro y se dirige hacia otras pequeñas víctimas, a las que interroga vehementemente.

-¿Conoces a esta niña?

-Sí, es mi hermana -le contesta un niño.

-¿Y este niño?

-Va a mi colegio -le responde otro.

-¿Cómo se llama?

-Arvind -dice un tercero.

Así, poco a poco, se conectan hilos de vida entre los miembros de esta humanidad sufriente. A veces, son un padre o una madre desamparados los que encuentran a un ser querido.

Un chico grandullón vestido con un *sherwani* de gala, con los pies calzados con mocasines decorados con lentejuelas, va y viene incansablemente por los pasillos y las salas de este mismo hospital. Busca a alguien. A veces se detiene, rodeando despacio algún cuerpo o descubriendo un rostro. Dilip está seguro de poder encontrar a Padmini en alguna parte de este matadero. Todavía no sabe que una camilla acaba de llevar a su joven esposa hacia el depósito de cadáveres.

El hombrecillo barrigudo que había jurado al jefe de policía que «estaba preparado, para alimentar a toda la ciudad, si fuera necesario», jamás habría imaginado que tendría que cum-

plir tan pronto su promesa. Shyam Babu, el propietario del *Agarwal Puri Bandar*, el más célebre restaurante de Bhopal, acaba de acostarse cuando dos hombres llaman a su puerta. Al instante, reconoce al presidente del *Vishram Ghat Trust*, una organización caritativa hindú de la cual es uno de los miembros fundadores.

-Ha habido un accidente en la Carbide -anuncia el presidente, antes de ser víctima de un ataque de tos que lo hace tambalearse. Su compañero toma el relevo.

-Hay miles de muertos -declara-. Pero sobre todo hay miles de heridos que no tienen nada de beber ni de comer en el hospital Hamidia y bajo las tiendas de Parvez. Tú, sólo tú puedes socorrerlos.

Shyam Babu se frota el bigote. Sus ojos azules se iluminan. ¡Alabada sea la diosa *Lakshmi*! ¡Por fin va a poder hacer realidad el sueño de su vida: alimentar a toda la ciudad!

-¿Cuántos son? -pregunta.

El presidente intenta sobreponerse a su ataque de tos.

-Veinte mil, treinta mil, cincuenta mil, quizá más...

Shyam se cuadra ante ellos.

-Podéis contar conmigo... ¡Sean los que sean!

Nada más marcharse los visitantes, decreta la movilización general de sus empleados y pide ayuda al personal de varios restaurantes. Antes siquiera de que se levante el día, cincuenta cocineros, pinches y reposteros se ponen manos a la obra para preparar raciones de patatas, de arroz, de lentejas, de curry y de *chapatis*, que envuelven en hojas de periódico. Amontonadas en el Land Rover de Babu, estas comidas improvisadas se distribuyen entre los supervivientes. Pero esa hazaña no será la única proeza conseguida este día por el devoto de la diosa de la prosperidad. Después ocuparse de los vivos, Shyam Babu tendrá que hacerlo de los muertos.

Bajo el gran tamarindo de Kamla Park, el estrecho jardín que separa el lago Superior del lago Inferior, un sadhu asiste impasible a la desbandada trágica de las cohortes que huyen del gas mortal. A lo largo de esta noche de locura, el Naga Baba, el santón desnudo, como lo llaman los bhopalíes, ha permanecido sentado con las piernas cruzadas en la posición del loto. Vive allí desde hace treinta y cinco años, desde que un sama-dhi de cinco días -un ejercicio espiritual que consiste en hacerse enterrar vivo- hizo de él un santo. Medio desnudo, con el cuerpo cubierto de ceniza, con su larga pelambreira dividida en cientos de trenzas, teniendo como única posesión un bastón de peregrino con el tridente de Shiva en la punta y una escudilla donde recoge la comida ofrecida por sus fieles, el Naga Baba pasa los días meditando en su busca de lo Absoluto, con total desapego hacia los deseos y los bienes materiales. Con un rosario entre los dedos y la mirada como ausente bajo sus párpados medio cerrados, parece indiferente al caos que lo rodea. "Perseguidos por burbujitas de monometilamina y fosgeno que la brisa empuja a ras de suelo, decenas de hombres y mujeres con los pulmones dilatados por la carrera se desploman, asfixiados, a su alrededor. Acostumbrado por sus ejercicios de asee-sis a respirar sólo una vez cada tres o cuatro minutos, el Naga Baba no inhala los vapores de la nube que pasa. Será el único superviviente de Kamla Park.

Hay muertos por todas partes: en los pasillos, en las consultas de los médicos, en los quirófanos, en las salas comunes, hasta en las cocinas y la cafetería de las enfermeras. Tumbados sobre camillas o sobre el suelo, algunos parecen dormir apaciblemente; otros muestran el rostro deformado por el sufrimiento. Curiosamente, no exhalan ningún olor a descomposición, como si el MIC hubiera esterilizado todo lo que pudiera pudrirse en ellos. Evacuar a los cadáveres se convierte en un problema tan urgente como curar a los vivos. Los «buitres» ya han hecho acto de presencia. No se trata de aves carroñeras, sino de atracadores profesionales para quienes la catástrofe representa un maná llovido del cielo. El doctor Mohammed Sheikh, uno de los dos médicos de guardia, sorprende a uno de esos saqueadores con un par de tenazas en la mano, disponiéndose a hurgar en las bocas de los muertos para arrancarles los dientes de oro. Uno de sus cómplices despoja a las mujeres de sus joyas, incluidas las que llevan en las aletas de la nariz. Otro recupera los relojes. Pero será una cosecha irrisoria: los gases de Carbide han matado sobre todo a los pobres.

El profesor Mishra, que ha sido avisado, envía a unos estudiantes a montar guardia alrededor de los cadáveres y llama por teléfono a los dos médicos forenses del Medical College. El

coleccionista de coches antiguos, Heeresh Chandra, y su joven colega aficionado a las rosas, Ashu Satpathy, van ya camino del hospital. Chandra sabe que las autopsias que efectuará esta noche con Satpathy pueden salvar miles de vidas: la disección de los muertos proporcionará una información decisiva sobre la naturaleza de los gases asesinos y quizá permita encontrar un antídoto.

Lo que ambos médicos descubren al llegar les hiela la sangre. «Estábamos acostumbrados a la muerte, no al sufrimiento», dijo Satpathy. Para alcanzar la entrada del Medical College, tienen que pasar por encima de cientos de cuerpos inmovilizados en posturas similares a las de los ajusticiados. «¿Cuáles pueden ser las materias químicas capaces de causar tales estragos?», se pregunta Chandra. Lo primero que hace es dirigirse a la biblioteca de la facultad. Su colega Mishra le ha hablado de isocianato de metilo. El forense hojea frenéticamente el manual de toxicología. No encuentra gran cosa en el apartado dedicado a esta molécula, pero sospecha que es capaz de descomponerse en sustancias altamente tóxicas, como el ácido cianhídrico. Únicamente el ácido cianhídrico puede provocar estigmas tan horribles. Por su parte, el doctor Satpathy ha subido hasta la azotea para cerciorarse de que la nube tóxica no ha estropeado sus rosas. Examina cada tiesto, cada tallo, cada hoja y cada capullo con la ansiedad y la ternura de un enamorado al ver a su amante en peligro; tras la inspección, suelta un «¡Uf!» de alivio: sus «Diamantes negros» y sus «Chrysler de oro», productos de injertos hechos con tanto amor, parecen haber resistido el paso de la niebla mortal. Como estaba previsto, Satpathy podrá presentarlas mañana por la mañana en la exposición de arte floral que durante ocho días hará de Bhopal la capital india de las rosas. Antes de volver a bajar al infierno de la planta baja, llama por teléfono al tercer miembro del equipo forense del Medical College, el fotógrafo Subashe Godane.

-Ven rápidamente y tráete una maleta entera de carretes. Vas a tener que hacer cientos de fotos.

El joven, que soñaba con ver su talento reconocido por sus retratos de mujeres elegantemente ataviadas, se viste de prisa, coge su Pentax y salta sobre su escúter.

Antes de hacer las autopsias, los dos médicos forenses tienen que llevar a cabo una tarea esencial: la puesta a punto de un sistema que permita identificar a las víctimas. Casi todas han sido sorprendidas mientras dormían y se han escapado medio desnudas. Satpathy pide ayuda a un grupo de estudiantes del Medical College.

-Examinen todos los cadáveres -les dice-, y anoten en un cuaderno su descripción. Por ejemplo: hombre circunciso, de cuarenta años aproximadamente, cicatriz bajo la barbilla, calzoncillos a rayas. O bien: niña de unos diez años, tres pulseras de metal en la muñeca derecha, etc. Anoten bien las malformaciones, los tatuajes, todos los signos particulares susceptibles de permitir la identificación de la víctima por sus parientes. Luego, coloquen sobre cada cuerpo un cartoncito con un número.

El médico se vuelve entonces hacia Godane.

-Tú tienes que hacer las fotos de los cuerpos con los números. En cuanto estén reveladas, las pondremos en unos carteles que colgaremos por todas partes. De esta manera, las familias podrán localizar a sus desaparecidos. -Luego, dirigiéndose a todos, añade—: ¡Daos prisa! Los camiones del enterrador no tardarán en llegar!

Pronto el disparador de la Pentax resuena como una metralleta sobre los cuerpos petrificados. Después de pasar años inmortalizando en papel fotográfico los cadáveres de las noticias de sucesos, Godane descubre de repente una forma particularmente horrible de la muerte: la muerte industrial, la muerte masiva. A medida que va enfocando los cadáveres, se pre-

gunta si no habrá retratado ya antes, en Hamidia Road, en el bazar de los joyeros de la Gran Mezquita, o alrededor de la fuente de la plaza de las Especias, a esta guapa mujer con un sari de varios colores, o a esta niña que lleva claveles amarillos en sus largas trenzas. Pero esta noche los ojos de sus modelos se han quedado en blanco después de una terrible visión, el luminoso tono trigueño de su piel ha adquirido el color de la ceniza y sus bocas se han congelado en una mueca de espanto. A Godane le cuesta proseguir con su macabra peregrinación. De pronto, se cree víctima de una alucinación. Bajo el efecto del flash, ha visto temblar un rostro. Dos ojos se han abierto. «¡Este hombre no está muerto!», le grita a Satpathy. Éste acude con su estetoscopio. En efecto, el hombre está vivo. El médico pide una camilla y lo manda a la sala de reanimación, donde recobra la conciencia. Lleva una chaqueta de ferroviario. Es V. K. Sherma, el subjefe de estación que ha salvado a cientos de viajeros al dar la orden de partida al *Gorakhpur Express* arriesgando su propia vida.

Habrà muchas otras sorpresas en la noche trágica. Unos desconocidos traen dos cadáveres de mujeres que parecen dos víctimas más. Al examinarlas, Satpathy se da cuenta de que el gas no las ha matado: han sido asesinadas. Una muestra una herida profunda en la garganta; la otra tiene quemaduras en buena parte del cuerpo. Para sus asesinos, la catástrofe es una coartada ideal. El médico verá pasar tres veces el cadáver del mismo niño llevando tres números distintos. Un fraude que, según sus perpetradores -en este caso, los padres del niño—, deberá permitirles cobrar tres veces la indemnización que pagará la multinacional norteamericana por cada víctima, o al menos eso es lo que ellos creen.

Otros padres se niegan a aceptar la espantosa realidad. Un joven coloca el cadáver de su hijo en los brazos del doctor Deepak Gandhé, uno de los dos médicos de guardia.

-¡Sálvelo! -implora el desconocido.

-¡Su hijo está muerto! -responde Gandhé, intentando devolver el cuerpecito a su padre.

-¡No, no, puede salvarlo!

-¡Le digo que está muerto! -insiste el médico-. No puedo hacer nada por él.

«El hombre se fue corriendo, dejándome el niño en los brazos -contó Deepak Gandhé-. En su fuero interno, estaba convencido de que yo podría devolverle la vida.»

Al diseccionar los primeros cadáveres, los dos forenses no salen de su asombro. La sangre de un musulmán con perilla gris en la que Satpathy moja el dedo es tan viscosa como una gelatina de grosella. Sus pulmones son del color de la ceniza, con infinidad de manchitas rojas y violáceas, y bañados por un líquido grisáceo y espumoso. El hombre ha debido de morir ahogado en sus propias secreciones. El volumen de los corazones, los hígados y de los bazos se ha triplicado. Las tráqueas están invadidas por coágulos pulverulentos. Todos los órganos sin excepción parecen haber sido devastados por la acción de los gases, incluidos los cerebros, que están cubiertos de una capa gelatinosa y opalescente. Hasta para unos especialistas tan avezados como el viejo Chandra y su joven colega, la magnitud de la catástrofe es terrorífica. Pero es sobre todo el olor lo que confirma su presentimiento sobre la naturaleza del agente responsable; un olor que no engaña. Todos los cadáveres a los que hacen la autopsia exhalan el mismo aroma a almendras amargas: el olor del ácido cianhídrico. Se confirma la revelación que acaba de hacer Jagannathan Mukund al *com-missioner* de Bhopal: al descomponerse, el MIC libera ácido cianhídrico. Éste destruye instantáneamente la capacidad que tienen las células de transportar oxígeno. En esta noche mal-

dita, eso es lo que ha matado por asfixia al mayor número de bhopalíes. La comprobación de ambos forenses es crucial: existe un antídoto para los envenenamientos por ácido cianhídrico, un producto de uso común, el tiosulfato de sodio -o hiposulfito-, muy conocido por los fotógrafos, que lo utilizan para revelar las fotos. Inyecciones masivas de hiposulfito podrían salvar quizás a miles de víctimas. Chandra y Satpathy corren hacia el profesor Mishra, que sigue organizando los auxilios médicos con su equipo. Pero curiosamente éste se niega en redondo a creer en las afirmaciones de sus colegas y a poner en práctica sus recomendaciones. Para él, la hipótesis de la presencia de ácido cianhídrico es un invento de ciertos forenses con una imaginación demasiado fértil.

-¡Encargúense de los muertos y dejen que yo me ocupe de los vivos! -les ordena.

Nadie puede explicarse con certeza el porqué de la reacción del ilustre profesor. Dejará a los supervivientes sin un tratamiento que puede salvarlos.

El día se levanta por fin tras la noche apocalíptica. Es un amanecer claro y cristalino. Los minaretes, las cúpulas y los palacios resplandecen con los mil destellos de los rayos del sol mientras la vida vuelve a renacer en la maraña de las callejuelas de los barrios antiguos. Nada parece haber cambiado. Sin embargo, hay lugares que parecen inmensos osarios después de una batalla. Cientos de cadáveres de hombres, de mujeres, de vacas, de búfalos, de perros, y de cabras yacen casi por todas partes. Alarmado ante la situación, el *commissioner* Ranjit Sinh recorre las escuelas de los barrios que no han sido afectados para movilizar a los estudiantes en la tarea de recoger los cuerpos. En la Escuela Técnica Maulana Azad encuentra decenas de voluntarios.

-Os dividiréis en dos equipos -les dice-. De un lado, el de los musulmanes; del otro, el de los hindúes, y cada uno se encargará de sus muertos.

La sugerencia provoca una animada reacción.

-¿Hay alguna diferencia entre hindúes y musulmanes en una tragedia como ésta? -pregunta un estudiante.

-¿Existe un dios que permita semejante catástrofe? -apostilla otro.

«Me quedé anonadado -dijo el *commissioner*-, no tenía palabras para darles las gracias.»

Protegidos con pañuelos en la boca y en la nariz, los chicos se dirigen en escúter hacia los barrios de chabolas evacuados durante la noche por el comandante Khanuja y sus camiones. Aún quedan algunos supervivientes en medio de la masa de cadáveres. El estudiante Santosh Katiyar es testigo de una escena que no olvidará nunca. Mientras se dispone a sacar el cuerpo de una musulmana de una de las chabolas de Chola, una mano lo detiene. Una mujer hindú, cuyo puntito rojo que lleva en la frente la hace perfectamente identificable, se quita todas sus pulseras y las pone en la muñeca de su vecina muerta.

-Era mi amiga -explica-, tiene que estar guapa para ir a encontrarse con su dios.

Un poco más lejos, Santosh ve a cuatro musulmanas con velo sentadas en el porche del pequeño templo hindú. Están consolando a una mujer que ha perdido a todos los suyos. Entre tanto desamparo, las diferencias de religión, de casta o de origen no existen. Pero muy pronto el horror se codeará con lo sublime. En cuanto Rajiv Gandhi anuncia por la radio que todas las familias serán indemnizadas por la pérdida de uno de los suyos, empieza la pelea por los cadáveres. Frente al Medical College, el comandante Khanuja ve de pronto cómo dos mujeres tiran cada una por su lado de los brazos y las piernas de un hombre. Una es hindú, la otra musulmana. Ambas procla-

man a gritos que el difunto es uno de sus parientes. Tiran con tanta energía que parece que vayan a descuartizar al desdichado. El comandante decide intervenir.

—Desnúdenlo. Y así comprobaremos si le han hecho la circuncisión o no.

Las dos mujeres le arrancan el *longhi* y el calzón, y le examinan el pene. El hombre está circunciso. Decepcionada, la mujer hindú se levanta y se marcha en busca de otro cadáver.

Los impulsos de solidaridad se multiplican. Nunca la India de las mil castas y de los veinte millones de divinidades sabrá mostrarse tan unida en la desgracia como en esa ocasión. Decenas de organizaciones, de instituciones y de asociaciones, cientos de empresarios y comerciantes, miles de particulares de todas las clases sociales, los Rotarys, los Leones, los Kiswanis, los *scouts*, todos acuden a auxiliar a los supervivientes. Numerosas ciudades de Madhya Pradesh envían camiones cargados de medicinas, de mantas y de ropa. En las esquinas de las avenidas, y en las plazas, voluntarios de distintas religiones despliegan sábanas por todas partes para que la gente eche en ellas cuantas rupias puedan.

El día después de la catástrofe es también la hora de la ira. Un policía va a avisar a Mukund, que permanece enclaustrado en su despacho, de que miles de manifestantes se dirigen hacia la fábrica coreando: «¡Muerte a Carbide!» Después de intentar durante toda la noche localizar a sus superiores en Bombay, el ingeniero obtiene por fin la comunicación telefónica.

-Ha habido un accidente -anuncia a su jefe K. S. Kamdar-. Un escape de MIC. No sé todavía cómo ni por qué.

-¿Muertos? -pregunta, preocupado, Kamdar.

-Sí.

-¿Muchos?

-Me temo que sí.

-¿Dos cifras?

-Más.

-¿Tres?

-Más bien cuatro, Kamdar.

Hay un largo silencio al otro lado del teléfono. Kamdar está abrumado. Termina por preguntar:

-¿Está la situación bajo control?

-Hasta que la muchedumbre invada la fábrica. O hasta que la policía venga a arrestarme.

En ese momento, la conversación es interrumpida por la irrupción de varios oficiales uniformados y dos inspectores vestidos de paisano del Central Bureau of Investigation, la Brigada Criminal Federal. Son portadores de una orden que coloca a Mukund y a sus adjuntos bajo vigilancia.

Fuera, la situación empeora. Swaraj Puri, el jefe de la policía que la noche anterior se quejaba de la desaparición de sus hombres, teme una acción violenta. Como se ve impotente para oponerse a ella, recurre a una estratagema. Llama al chófer del único coche con altavoces que le queda.

-Recorre toda la ciudad -le ordena- y anuncia en todas partes que hay un nuevo escape de gas en la Carbide.

El ardid resulta milagroso. Los amotinados que se disponían a invadir la fábrica huyen desordenadamente. En unos minutos, la ciudad se vacía. Sólo quedan los muertos.

La nube fatal ha pasado por detrás del vasto recinto al final de la avenida Hamidia, donde, bajo la sombra de mangos y tamarindos centenarios, reposan generaciones de musulmanes. El responsable del lugar es un hombre pequeño, con la piel muy oscura y una perilla canosa adornando su barbilla. Abdul Hamid ha nacido en el cementerio. Ha crecido allí y se ha convertido

en su dueño, una situación que le permite vivir holgadamente, ya que recibe ochocientas rupias por entierro y todos los días Bhopal conduce a ese lugar a dos o tres de sus hijos. Abdul Hamid es un personaje necesario en la comunidad musulmana, de la que conoce a cada familia. Todas han tenido que vérselas con él un día u otro. La muerte le es familiar, pero el pobre hombre nunca habría podido imaginar el espectáculo que le espera esta mañana a la entrada de su cementerio. Decenas de cuerpos envueltos en sudarios se amontonan como paquetes ante la verja. «Era la primera vez que veía tantos cadáveres juntos», dijo.

Hamid llama a sus hijos y empieza a cavar fosas. Unos voluntarios acuden a ayudarlo. Pero ¿cómo dar una sepultura decente a tantos muertos? ¿Cómo recibir dignamente a sus familias? Frente a la ausencia de miembros del clero, Abdul o alguno de sus enterradores se encargan de recitar el *Namaz*, la oración de los muertos. En unas horas, ya no queda espacio para cavar nuevos agujeros; los hombres deben detenerse so pena de desenterrar las osamentas de antiguas sepulturas. «Yo era el guardián de los muertos -dijo Abdul Hamid-. No tenía derecho a profanar las tumbas. De otro modo, nadie hubiera confiado en mí.»

En los otros dos cementerios musulmanes, el amontonamiento es aún peor, lo que incita al gran muftí de la ciudad, el venerable Kazi Wazidul Hussein, a promulgar urgentemente una fatwa autorizando la apertura de antiguas sepulturas para hacer un hueco a las víctimas de Carbide. La fatwa precisa que una decena de cuerpos pueden ser enterrados en un mismo agujero. Pronto, una oleada de camiones, de coches y de carros afluye con su macabra carga. Los difuntos son depositados en la entrada del cementerio de Abdul Hamid, en el pabellón con cuatro pilares reservado al aseo mortuorio. Al no estar presentes los parientes próximos, unos voluntarios se encargan

de cumplir con el ritual: desnudar a los cuerpos y lavarlos con agua tibia. La misma operación se desarrolla con las mujeres en la otra parte del edificio. La anciana Iftekar begum, la viuda de ochenta años que dirige las operaciones, se extraña de que tantas difuntas lleven *burqas* bordadas y flores en el pelo.

-Ayer era domingo -le explica una amiga-, han muerto mientras estaban de fiesta.

Otras sorpresas esperan a los que se afanan en enterrar a los muertos. Como consecuencia del empuje de los gases producto de la descomposición química del MIC, los cadáveres se mueven de manera extraña. Aquí se estira un brazo; allá una pierna. Es como si algunos cuerpos enterrados a ras de tierra quisiesen ponerse en pie. Aterrados por tan «locas» resurrecciones, muchos se desmayan, otros creen ver fantasmas y otros huyen corriendo. Abdul Hamid está paralizado por el estupor: su cementerio se ha convertido en un teatro de fantasmas.

El más célebre restaurador de Bhopal se ve obligado a dejar sus fogones en manos de sus dos hijos y sus dos hermanas para organizar las piras funerarias de los hindúes. La magnitud de la tarea supera a sus socios del Vikram Ghat Trust encargados de las cremaciones. La religión hindú requiere que se quemen los cuerpos de los difuntos, excepto los de los niños. Para eso, hace falta madera. Pero ¿cómo encontrar la necesaria para quemar miles de cadáveres? De nuevo, Shyam Babu tiene que hacer un milagro: en unas horas, consigue llenar quince camiones de madera para permitir la incineración de varios cientos de cuerpos. Unos fabricantes de tejidos traen kilómetros de tela para confeccionar sudarios. Shyam se dispone a prender fuego a la primera pira cuando aparecen dos enviados del muftí. Vienen a asegurarse de que ningún musulmán

haya sido confundido con un hindú y sea quemado por error. Es casi imposible confundir a los hombres de las dos comunidades por las perillas características de los devotos de Alá, por los amuletos que llevan alrededor del cuello y por las marcas de la frente debidas a su costumbre de prosternarse; y por la circuncisión, claro. Pero resulta más difícil diferenciar a las mujeres, salvo que lleven velo. Tranquilizados, los enviados del muftí se marchan. Shyam Babu se dispone a hundir su antorcha en el montón de madera cuando alguien le agarra el brazo. El estudiante Piyush Chawla ha vislumbrado una crucecita dorada en el cuello de una joven.

-¡Esta mujer no es hindú! -grita, sacando inmediatamente el cuerpo para apartarlo de la hoguera.

Se fija entonces en un temblor casi imperceptible de los párpados. Intrigado, se inclina sobre el cuerpo. Las manos y los pies no están rígidos ni fríos. Está convencido: la mujer que lleva cascabeles en los tobillos no está muerta. La coloca en uno de los camiones que van a por cadáveres al hospital Hamidia y sube a su lado. De su boca entreabierta salen algunas burbujas de espuma. Piyush Chawla se pregunta si no estará asistiendo a un fenómeno sobrenatural.

Son exactamente las dos de la tarde en el reloj de la plaza de las Especias del lunes 3 de diciembre cuando en el cielo de Bhopal se eleva el humo de la primera hoguera que reduce a cenizas a quienes la «bonita fábrica» de Carbide había prometido felicidad y prosperidad. La brisa del sur barre los últimos efluvios de gas mortal reemplazándolos por un olor todavía más horrible: el olor de la carne quemada.

Martes, 4 de diciembre, dieciocho horas treinta minutos. La figura atlética del presidente ejecutivo de Union Carbide hace su entrada en la sala de conferencias de Danbury, en Connecticut. Desde la víspera, Warren Anderson está siendo informado hora tras hora de la situación en Bhopal. Para este hijo de inmigrantes que ha conseguido ponerse a la cabeza de la tercera empresa mundial de productos químicos, la tragedia es un desastre, tanto personal como profesional. Anderson se afanaba en hacer de Union Carbide una empresa con un rostro humano. De las setecientas instalaciones industriales que dirige y que emplean a ciento diecisiete mil personas en treinta y ocho países, la fábrica construida en el corazón del sub-continente indio, tan fascinante como misterioso, era su hija predilecta. Él fue quien la inauguró el 4 de mayo de 1980. Las primeras gotas de MIC salidas aquel día de sus columnas de destilación habían sido su gran victoria. Gracias al Sevin fabricado, decenas de miles de campesinos indios podrían conjurar la ancestral maldición del hambre.

Al enterarse de la tragedia, ha ordenado la puesta en marcha de un gabinete de crisis encargado de dirigir los acontecimientos con una total transparencia. Ha mandado organizar centros de prensa permanentes para los medios de comunica-

ción. Luego se ha encerrado en su casa de Greenwich para reflexionar sobre qué conducta debía adoptar en aquel momento. Después de tomar una decisión, la ha comunicado en seguida por teléfono a sus colaboradores más próximos.

A pesar de las súplicas de su mujer, Lilian, aterrada por su proyecto, partirá inmediatamente hacia Bhopal. Allí está su sitio, entre las víctimas. Quiere asegurarse de que todo lo que puede hacerse se hará. Este gesto le permitirá confirmar que la empresa que dirige no es un gigante sin rostro ni alma, y que la tragedia que acaba de producirse no es más que un accidente en un recorrido que aspira a promover un mundo mejor y más justo. En fin, su presencia en el lugar de la catástrofe pondrá de manifiesto el ideal que le mueve.

A esta obligación moral hacia las víctimas se añade un sentimiento de responsabilidad respecto de los accionistas de la empresa. Sin duda, Carbide tiene los medios financieros para sobrevivir al peor de los desastres, pero si las terribles noticias que recibe son exactas, su deber es hacer todo lo posible para atenuar, e incluso borrar, la imagen de que es una empresa cruel e irresponsable: no se debe correr el riesgo de que los inversores la perciban así. La decisión de desplazarse al lugar de los hechos responde también a esta preocupación.

Al ver los rostros sombríos que lo reciben ese martes por la mañana en la sala de conferencias presidencial de Danbury, Warren Anderson se da cuenta de que sus colaboradores se muestran hostiles a su iniciativa. No les faltan argumentos. Primero, se juega la vida. La India es un país imprevisible. Hace un mes que Indira Gandhi ha sido asesinada por haber ordenado que su ejército matara a bastante menos gente de la que ha muerto en Bhopal. Algún superviviente enloquecido por la pérdida de un familiar podría abalanzarse sobre él y apuñalarlo. O bien, bajo la presión de una opinión enfurecida, el gobierno indio podría meterlo en la cárcel nada más llegar. En cual-

quier caso, el viaje corre el riesgo de poner inútilmente en evidencia que hay una responsabilidad directa por parte de la multinacional en la tragedia. Más vale dejar que la filial india cargue con toda la culpa. Por otra parte, la visita cuenta con todas las posibilidades de ser percibida como una provocación. En resumen, expondrá al presidente de la empresa a peligrosos enfrentamientos con las nuevas autoridades políticas de la India, con la prensa, los abogados, los jueces, los diplomáticos... Hasta los dirigentes de la filial india consultados por teléfono muestran escaso entusiasmo ante la idea de ver al «gran jefe» desembarcar en persona en el lugar del accidente. Sin embargo, Anderson está decidido.

-He sopesado todos los riesgos -declara-. Me voy.

El jueves 6 de diciembre a las cinco de la madrugada, un birreactor Gulf Stream II se posa en el aeródromo Santa Cruz de Bombay. Nadie se fija en las tres iniciales grabadas en su insignia; sin embargo, son las de la multinacional que acaba de sembrar el terror en el país. Con gripe, agotado tras veinte horas de vuelo, Warren Anderson se dirige discretamente al venerable Hotel Taj Mahal, situado frente al arco de triunfo simbólico de la Puerta de las Indias, donde se le ha reservado una suite. Los dos *gentlemen* indios que lo reciben, Keshub Mahindra, presidente de Union Carbide India Ltd., y V. P. Gokhale, su director general, le comunican el último balance del accidente. Se habla ahora de tres mil muertos y de doscientas mil personas afectadas. Al menos, los dos indios traen también buenas noticias: Arjun Singh, el primer ministro de Madhya Pradesh, y Rajiv Gandhi, el jefe del gobierno del país, aceptan recibir al presidente de Carbide. Este hecho llena de satisfacción a Anderson: podrá convencerlos de su voluntad de ofrecer a las víctimas una compensación justa, empezando

por una ayuda médica de urgencia de por lo menos cinco millones de dólares.

Por discreción, Anderson y sus dos socios vuelan al día siguiente en el Boeing 737 del vuelo regular de Indian Airlines a Bhopal. El jet de la empresa recogerá al presidente en Delhi para devolverlo a Estados Unidos. Al aterrizar, el norteamericano ve a un grupito de policías en la pista. «Qué delicadeza, nos han mandado una escolta», piensa. En cuanto ponen la escalerilla, dos oficiales suben a bordo y una voz suena por los altavoces de la cabina: «Los señores Anderson, Mahindra y Gokhale están invitados a bajar en primer lugar.»

¡La maravillosa hospitalidad india! El jefe de la policía, Swaraj Puri, que había perdido a todos sus hombres la noche de la tragedia, está al pie del avión en compañía del *collec-tor* (1) de la ciudad para recibir a los visitantes con cálidos apretones de mano. No falta la tradicional guirnalda de flores y hasta una hermosa azafata les pone el *tilak* de bienvenida. Anderson y sus compañeros toman asiento en un Ambassador oficial que está aparcado al pie de la escalerilla. El coche arranca rápidamente y sale del aeropuerto por una verja de servicio con el fin de evitar la horda de periodistas que esperan en el *hall* de llegada. El jefe de la policía y el subgobernador los siguen en un segundo coche.

—Le agradezco que se hayan tomado la molestia de venir a buscarnos -dice Anderson al inspector uniformado, sentado junto al chófer.

-Es normal, *sir*. Reina una fuerte tensión en la ciudad. Nuestro deber es garantizar su seguridad.

El norteamericano vuelve a contemplar con agrado la ciudad cuyas maravillas había admirado durante la inauguración de la fábrica cuatro años antes. Los minaretes de las mezqui-

(1) Subgobernador.

tas que se reflejan en las aguas del lago, los numerosos parques desbordantes de flores, las viejas callejuelas pintorescas llenas de actividad..., todo parece tan normal, que le resulta difícil creer que la ciudad acaba de vivir una espantosa pesadilla.

El coche sube por las colinas de Shamla, entra en el recinto del centro de investigación, y se detiene frente a la entrada de la *guest-house*, la soberbia casa de invitados propiedad de la empresa. Anderson se extraña de ver a dos escuadrones de policías a cada lado de la puerta del establecimiento. Un oficial espera en la escalera. En cuanto los tres visitantes salen del coche, da unos pasos hacia adelante, se pone firme y hace el saludo militar. A continuación declara:

-Siento mucho informarles que los tres están arrestados.

La sorpresa hace que Anderson y sus socios se sobresalten. El policía prosigue:

-Esta medida tiene como primer objetivo garantizar su seguridad. Pueden ustedes moverse a su antojo en sus habitaciones, pero no pueden salir, usar el teléfono ni recibir visitas.

En ese momento aparecen el jefe de la policía y el *collec-tor*, acompañados de un magistrado reconocible por su toga negra. El norteamericano se tranquiliza: se trata de un malentendido. Vienen a liberarlos. En realidad, el magistrado se presenta a los tres visitantes para explicarles los motivos de su arresto. Les anuncia que en virtud de los artículos 92, 120 B, 278, 304, 426 y 429 del código penal indio, están acusados de «homicidio por imprudencia, manipulaciones peligrosas de materias tóxicas, atentado contra la salud por envenenamiento de la atmósfera y, finalmente, de complicidad en el asesinato de animales de granja». La primera acusación puede acarrear penas de cadena perpetua; las demás, de tres a seis meses de cárcel.

—Naturalmente, todas las actas de acusación contemplan la

posibilidad de obtener la libertad bajo fianza -interviene Keshub Mahindra, el presidente de la filial india de Carbide.

-Desgraciadamente, me temo que éste no sea el caso -responde el magistrado.

-¿Y qué ocurre con nuestra reunión con el primer ministro Arjun Singh? -pregunta el norteamericano, inquieto.

-Serán informados del tema tan pronto como sea posible -asegura el jefe de policía.

El supuesto responsable de la redada está fuera de Bhopal. Esa misma mañana se ha marchado de la capital de Madhya Pradesh para unirse a Ranjiv Gandhi en una gira electoral. Pero ha dejado instrucciones a su portavoz. En cuanto los tres visitantes sean arrestados, debe convocar una rueda de prensa y dar todo el eco posible a la noticia. Arjun Singh espera cosechar los frutos de su audacia. Si ordena arrestar al presidente de la empresa norteamericana y a sus socios indios se coloca ante la opinión pública como el vengador de las víctimas de la catástrofe, lo que le permite preparar su reelección a la cabeza del Estado en las próximas elecciones legislativas. «El gobierno de Madhya Pradesh no podría permanecer como espectador pasivo de la tragedia -declara el portavoz a los periodistas-. Conoce sus deberes hacia los miles de ciudadanos cuyas vidas han sido devastadas por la negligencia criminal de los dirigentes de Carbide.»

La noticia del arresto de Warren Anderson causa sensación en todo el mundo. Es la primera vez que un país del Tercer Mundo se atreve a meter en la cárcel a uno de los patronos más poderosos de la industria de Occidente, aunque esta cárcel sea por ahora una *guest-house* de cinco estrellas. En Nueva Delhi, todo el mundo queda atónito al conocer la noticia. El Ministerio indio de Asuntos Exteriores se había comprometido

con el Departamento de Estado norteamericano a que no se pondrían trabas al viaje del eminente industrial. Además de una crisis abierta con Estados Unidos, los dirigentes indios temen que el incidente disuada para siempre a las grandes empresas de que vayan a invertir a la India. El primer ministro de Madhya Pradesh tiene que liberar urgentemente a sus prisioneros. ¡No importa lo que diga la justicia, lo exige la razón de Estado!

Tres horas más tarde, el jefe de la policía de Bhopal, acompañado de varios inspectores, acude a anunciar su puesta en libertad al prisionero norteamericano. A sus colegas indios les tocará un poco más tarde.

-Un avión del gobierno lo espera para llevarlo a Nueva Delhi, desde donde podrá regresar a Estados Unidos —precisan.

Seguidamente, le presenta un documento. Anderson descubre con estupor que una suma de veinticinco mil rupias (unas setenta mil pesetas de la época) ha sido entregada en concepto de fianza por la oficina local de su empresa. Le basta con rellenar la casilla reservada a su estado civil para ser libre. «¡Veinticinco mil rupias por liberar a la autoridad suprema de una multinacional responsable de la muerte de tres mil inocentes y del envenenamiento de otros doscientos mil! ¿Cuánto vale la vida de un indio?», preguntará con ironía la prensa india al día siguiente.

La noticia provoca inmediatamente una gran agitación en la cohorte de periodistas que se agolpan a la entrada del edificio. Pero las reacciones más representativas provienen de una multitud de manifestantes pegados a la verja del centro de investigación. Desde el coche que lo lleva al aeródromo, Warren Anderson vislumbra un bosque de carteles por encima de las

cabezas. La visión de las palabras inscritas sobre los pedazos de cartón lo atormentará el resto de sus días. «¡Muerte al asesino Anderson!», corea el pueblo de Bhopal.

El presidente de Union Carbide no se reunirá con Rajiv Gandhi ni con ninguno de sus ministros. Solamente un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores le concederá una breve audiencia, con la condición de que no se informe a la prensa. El hombre que había esperado cambiar las condiciones de vida de los campesinos de la India y que deseaba jubilarse «*in a blaze of glory*» («en una apoteosis de gloria»), como había anunciado, regresa destrozado, humillado y desesperado. Todavía no sabe exactamente lo que ha ocurrido durante la noche del 2 al 3 de diciembre en su «bonita fábrica» india. Ni siquiera ha podido hablar de su voluntad de auxiliar a las víctimas. Su viaje ha sido un fiasco. Unos minutos antes de subir a su Gulf Stream II y de despegar hacia Estados Unidos, un periodista le pregunta:

—Mister Anderson, ¿está usted dispuesto a regresar a la India para responder a las acusaciones de la justicia?

Anderson palidece. Luego, con un voz firme, declara:

-Volveré a la India en cuanto me lo pida la justicia.

Mientras tanto, otros norteamericanos desembarcan en Bhopal. Danbury ha enviado urgentemente a un grupo de ingenieros para esclarecer las causas de la catástrofe. Naturalmente,

i el último director norteamericano de la factoría forma parte de la delegación. Para Warren Woomeer, ese regreso es una prueba dolorosa. «Mi mujer Betty y yo habíamos pasado aquí los dos mejores años de nuestra vida. Pero hoy volvía a examinar los restos de una fábrica que había sido un poco mi criatura»,

dijo después el ingeniero. Le cuesta bastante reconocerla. El buque que dejó en buen estado ofrece un espectáculo de desolación que le parte el corazón. Tiene que hacer un esfuerzo para mantener la sangre fría durante su primer encuentro con Mukund. ¿Por qué había tanto MIC en las cisternas? ¿Por qué estaban desactivados todos los sistemas de seguridad? Woomer está furioso. Sin embargo, el equipo de investigadores se ha puesto de acuerdo para evitar los enfrentamientos. Lo importante es recabar el máximo de información sin provocar una controversia.

La tarea promete ser una carrera de obstáculos, porque la factoría ha pasado a estar bajo el control de los hombres del CBI, la Brigada Criminal Federal. Su jefe, V. N. Shukla, es un hombre intratable, que no sonrío nunca. Empieza prohibiendo el acceso a las instalaciones a los norteamericanos. Luego se dirige a Woomer:

-Si le sorprende, a usted o a cualquiera de sus colegas, interrogando a cualquier obrero, los meto a todos en la cárcel.

Lo peor es que el CBI también está llevándose todos los archivos de la factoría para guardarlos en un lugar secreto. ¿Qué pueden hacer los investigadores norteamericanos que no están autorizados a examinar el lugar de los hechos, a hacer preguntas a los testigos, a consultar documentos tan vitales como los informes de las operaciones llevadas a cabo la noche fatal? Woomer está abatido. Sobre todo porque la situación se complica con la llegada de un equipo de investigadores indios dirigidos por una eminencia científica nacional, el profesor Varadajan, presidente de la Academia India de las Ciencias. ¿Cómo enfrentarse a tamaña competencia escapando al mismo tiempo de las trabas policiales? Woomer pasa pronto del abatimiento a la desesperación. Pero de nuevo, el hada madrina de la química viene a auxiliar a sus aprendices de brujo, porque antes que investigar lo que ha ocurrido durante la noche del 2 al 3 de

diciembre, todo el mundo se pone de acuerdo en que hay que impedir que se produzca un nuevo accidente. Es la obsesión de Woomer. Quedan veinte toneladas de MIC en la segunda cisterna y una tonelada en la tercera. En cualquier momento, esas materias letales pueden entrar en ebullición. Norteamericanos e indios se ponen de acuerdo. ¿Hay que arreglar la incineradora para quemarla? ¿Hay que descontaminarlas con sosa cáustica después de que se haya vuelto a poner a punto la torre de lavado? ¿Hay que procurar trasvasarlas a barriles para evacuarlas hacia un lugar seguro? Finalmente, es Woomer quien encuentra una solución.

-Escuchen -declara con su voz cansina y tranquilizadora-, la mejor manera de librarse del MIC que queda es utilizarlo para fabricar Sevin.

-Pero ¿cómo? -pregunta el profesor indio, estupefacto.

—Volviendo a poner la fábrica en marcha —contesta Woomer-. Al fin y al cabo, para eso es para lo que fue construida.

Fabricar Sevin significa limpiar las canalizaciones, meter presión en las cisternas, arreglar las válvulas y los grifos defectuosos, reactivar la torre de lavado y la incineradora, volver a encender el reactor de alfa-naftol... Significa poner de nuevo en marcha todos los sistemas de una instalación cuyo naufragio acaba de provocar una catástrofe sin precedentes en la historia de la humanidad.

-¿Cuánto tiempo se necesita para realizar esta operación? -pregunta el profesor indio.

-No más de cinco o seis días -responde Woomer.

-¿Y la población? ¿Cómo reaccionará al enterarse de que la fábrica está funcionando de nuevo?

El ingeniero norteamericano no puede responder a esa pregunta. Alguien lo hará en su lugar.

El primer ministro de Madhya Pradesh está eufórico. La idea de Warren Woomer le permitirá borrar el recuerdo de su sorprendente ausencia durante la noche de la tragedia y volver a conquistar a su electorado. Esta vez se expondrá directamente en el campo de batalla. Pero para que este heroísmo sea rentable hay que demonizar esta breve puesta en marcha de la fábrica, es decir, hay que conseguir que todos crean en el peligro extremo que ello implica. Arjun Singh promulga varias medidas de seguridad que no tienen otro objetivo que el de crear un clima de psicosis. Ordena el cierre de todos los establecimientos escolares, a pesar de que están en plena época de exámenes, y eso que la mayoría de ellos se encuentran fuera de toda zona de riesgo. Luego ordena que acudan ochocientos autocares para evacuar urgentemente a todos los que viven en un radio de cuatro kilómetros respecto de la fábrica. Una vez el terror ya está bien instalado, revela el plan que hará de él un gran hombre. Lanza por toda la ciudad un ejército de *ricks-haws* motorizados y equipados con altavoces. Todo Bhopal oye entonces su voz firme y tranquilizadora: «He decidido estar presente en la fábrica el día en que sus ingenieros vuelvan a ponerla en marcha para extraer las últimas gotas de materia

mortal -declara-. Ese momento en verdad será la prueba de la entrega de este humilde servidor a vosotros. No es un acto de valentía, sino un acto de fe, y por eso a este desafío, que deberá erradicar los últimos peligros de la maldita fábrica, le he puesto el nombre de *Operation Faith*, Operación Fe.»

A medida que se acerca la fecha fatídica de la puesta en funcionamiento de la fábrica, los comercios cierran, las calles se vacían, la vida se detiene. El primer ministro deja que el éxodo se transforme en una marea torrencial. Empujada por el miedo que ha sabido hábilmente instigar, la población se abalanza sobre los ochocientos autocares y sobre todos los demás medios de transporte. La gente abandona sus domicilios en carros de búfalos, en *rickshaws*, en escúters, en bicicleta, en camiones e incluso a pie. La estación de ferrocarril es asediada. Temiendo los saqueos, los habitantes huyen llevándose todo lo que pueden. Una mujer se va con su cabra de nueve meses en brazos. El espectáculo de los trenes invadidos por racimos de seres humanos amontonados en las techumbres, encaramados a las puertas y a los escalones recuerda a los más viejos las siniestras imágenes de la Partición de la India. «Esta migración espontánea» -escribe el *Times of India*— desafía a la razón.»

El periódico dice la verdad. Bhopal ha perdido la razón. Sin embargo, como Ganga Ram y Dalima comprueban con asombro a su regreso al Orya bastí, no es precisamente en el lugar en el que los gases han hecho más estragos donde la psicosis de la huida es más febril. Al contrario, aunque los vecinos parecen fantasmas debido a los parches de algodón que llevan sobre los ojos, ya no tienen miedo. A pesar de que la muerte de Belram Mukkadam, del «sin piernas» Rahul, del lechero Bablubai, de Ratna Nadar, de la vieja Prema Bai y de tantos otros haya cau-

sado un vacío irreparable en la pequeña comunidad, la felicidad de volver a encontrar a los amigos es más fuerte que el miedo a una nueva catástrofe. Cada reencuentro de Ganga y Dalima con Sheela -la madre de Padmini— y con su hijo, con Iqbal, el zapatero, con Salar, el reparador de bicicletas, con Ahmed Basi, el sastre, por sólo citarles a ellos, son escenas conmovedoras. ¡Qué alegría saber que Padmini está viva en el hospital y que Dilip está con ella! ¡Qué felicidad volver por fin a una chabola intacta mientras tantas otras han sido desvalijadas!

En seguida, Ganga y Dalima se dan cuenta de que la prioridad de los vecinos del barrio no es huir de una nueva amenaza, sino preservar el frágil hilo que los une al mundo de los vivos. La mayoría de ellos se han visto gravemente afectados por el gas. Tienen una necesidad urgente de medicinas. Como los hospitales han agotado sus reservas, se ven obligados a comprar los costosos tratamientos en las farmacias. Pero ¿con qué dinero? Ganga no olvidará nunca el espectáculo de sus vecinos precipitándose hacia la casa de la única persona que hoy puede ayudarlos. Desde el momento de la catástrofe, la casa del usurero Pulpul Singh se ve asediada por los supervivientes, que le llevan las escrituras de propiedad de sus chabolas, un transistor, un reloj, una joya, o cualquier otro objeto con la esperanza de obtener algunas rupias. Con el anuncio de la Operación Fe, la avalancha se ha multiplicado. La gente se amontona frente a la verja, se tira a los pies del sij, le suplica, lo adula con todos los cumplidos imaginables. Impasible como un buda, él se apodera de todo lo que le presentan. Su mujer y sus hijos anotan los nombres, haciendo que firmen los recibos, apretando sus dedos pulgares contra un papel, y guardan los objetos más heterogéneos en los cuatro rincones de la casa. ¡Hasta las gallinas que han sobrevivido a la noche fatal valen dinero! Esa noche, una caja grande, cuidadosamente envuelta en una manta, encuentra también su sitio en la leonera del usu-

rero. Ganga Ram ha dejado su televisor como prenda. Con el dinero recibido a cambio, podrá ayudar a sus vecinos a obtener medicinas para aliviar sus sufrimientos. La pantalla que tanto ha hecho soñar a sus hermanos y hermanas del Orya bastí esperará días mejores para volver a iluminar nuevos sueños.

16 de diciembre, día de la Operación Fe. Bhopal es una ciudad fantasma, pero las cámaras de televisión difundirán las imágenes del acontecimiento. Desde el alba, los camiones cisterna riegan las calles para neutralizar toda emanación sospechosa. Más de cinco mil máscaras de gas están almacenadas en los principales cruces de la ciudad. Un cordón de ambulancias y de coches de bomberos aisla la fábrica, mientras varios cientos de policías apostados en las distintas puertas filtran a los portadores de permisos especiales. Entre ellos se encuentra el primer ministro y su esposa. Ambos estarán en primera fila. Se instalan bajo los flashes de los fotógrafos en la sala de control, en el mismo lugar donde Shekil Qureshi y su equipo estaban de guardia la noche del 2 de diciembre. Tres helicópteros militares equipados con depósitos de agua cuyos pilotos van protegidos por máscaras antigás dan vueltas sin parar alrededor de las estructuras metálicas dispuestos a intervenir en caso de necesidad. «¡Y pensar que miles de personas han tenido que morir para que nuestros gobernantes se preocupen por fin por la fábrica!», comenta, desengañado, un obrero que sigue la evolución de la operación a través de su transistor.

Warren Woomeer está satisfecho: los equipos necesarios para la puesta en funcionamiento han sido reparados en un tiempo récord. A las ocho en punto, Jagannathan Mukund, rodeado por una escolta policial, abre la válvula que hace entrar un flujo de nitrógeno en la cisterna 611. Unos minutos después, un supervisor anuncia que se ha alcanzado la presión corree-

ta de la cisterna, lo que significa que se pueden empezar a evacuar los primeros litros de las veinte toneladas de MIC que contiene en el reactor de fabricación del Sevin. A la una de la tarde, el profesor Varadajan informa al primer ministro que una tonelada de isocianato de metilo ha sido transformada en pes-ticida.

Arjun Singh triunfa. La Operación Fe empieza con un éxito sonado. El vaciado de las cisternas hasta acabar con la última gota de MIC durará tres días y tres noches. Radiante de felicidad, el audaz político desciende con su esposa por la escalera metálica de la «bonita fábrica». Sus conciudadanos se disponen a regresar a sus hogares. Está plenamente convencido: dentro de dos meses, todos votarán por él.

-¡Venid todos a la *tea-house*! ¡Hay un sahib que quiere hablarnos!

Desde la muerte de Rahul, el joven Sunil Kumar es quien hace las funciones de mensajero en las callejuelas del Orya bastí. Ha perdido a sus siete hermanos y hermanas y a sus padres en la catástrofe. Todos acababan de llegar del campo abrasado por la sequía. La información que esta mañana difunde de chabola en chabola hace afluir a todos los supervivientes hacia el lugar de la cita.

Los «cazadores de ambulancias», como se les llama cínicamente en Estados Unidos, han desembarcado. Llegan de Nueva York, de Chicago y hasta de California, como el célebre y temible abogado de San Francisco Melvin Belli, que anuncia que se ha querellado contra Carbide por la friolera de quince millones de dólares, más de dos veces la cantidad de la ayuda internacional que ese año ha recibido la India.

En efecto, la tragedia constituye un pastel formidable para esa raza de abogados norteamericanos que viven de la desgra-

cia ajena, especializándose en la obtención de indemnizaciones por daños y perjuicios para víctimas de accidentes. A sus ojos, los cuatrocientos o quinientos mil bhopalíes afectados por el desastre de la multinacional representan miles o incluso millones de dólares en indemnizaciones de todo tipo. Tal y como lo autoriza la ley norteamericana, percibirán casi un tercio en concepto de honorarios; una suma colosal que transforma el despacho del alcalde de Bhopal y del primer ministro en un gallinero. Los norteamericanos se pelean como fieras por los clientes y por los distintos territorios de caza. El de la Explanada negra le toca al representante de un despacho de abogados neoyorquino. Escoltado por Munné Baba, acompañado por una escolta de socios indios y por dos intérpretes, el abogado Frank Davolta Jr., de cuarenta y dos años, un coloso medio calvo, penetra en el Orya bastí en medio de un enjambre de policías y de reporteros de prensa y televisión. El «comité benefactor» se instala entre las mesas cojas de la *tea-house*. Unos camareros les llevan cestas llenas de dulces, pasteles y botellas de Thumbs Up!, el sucedáneo indio de la Coca-Cola, que el norteamericano distribuirá entre los presentes. Después del horror de los últimos días, el Orya bastí retoma su espíritu festivo.

Cuando llegan los primeros supervivientes, al norteamericano le cuesta reprimir una arcada. Muchos están ciegos, otros se arrastran apoyados en bastones o yacen en camillas. Todos se reúnen formando un semicírculo sobre las mismas esterillas que se utilizaron en el banquete de la boda de Padmini. El abogado no puede impedir alzar unos ojos incrédulos hacia el responsable de tanta desgracia: en el sol de invierno, la fábrica de Carbide brilla en el horizonte como un móvil de Calder.

Ganga Ram examina al sahib con suspicacia. Es el primer norteamericano que ha entrado en el Orya bastí. ¿Por qué está allí? ¿Qué quiere? ¿Se trata acaso de un enviado de Carbide que viene a disculparse en nombre de la empresa? ¿Será

el representante de alguna secta o religión que ha venido para ofrecer oraciones a los muertos y a los que se han salvado? Los supervivientes no tardarán mucho en saber a qué atenerse.

El abogado norteamericano se levanta y toma la palabra.

-Queridos amigos -declara con calor-, he venido de Norteamérica para ayudaros. Los gases han matado a seres que os eran muy queridos. Han arruinado para siempre la salud de muchos de vuestros parientes, y quizá hasta la vuestra -dice, alzando la mano hacia la fábrica, situada al fondo de la Explanada-. La empresa Union Carbide os debe una indemnización. Si aceptáis confiarme la defensa de vuestros intereses, lucharé en los tribunales de mi país para que recibáis la mayor compensación posible.

El abogado interrumpe su perorata para que sus intérpretes traduzcan sus palabras al hindi, al urdu y al orya. Un hombre con turbante saborea cada palabra meneando la cabeza. Pulpul Singh no hubiera faltado a este acontecimiento por nada del mundo, y ya piensa en todas las estratagemas que utilizará para desviar hacia su caja fuerte el anunciado maná.

Sin embargo, el norteamericano se extraña ante la escasa reacción que su propuesta parece suscitar. Los rostros permanecen impassibles, como paralizados. Munné Baba intenta tranquilizarlo: hay que ser paciente, los gases han dañado las facultades mentales de muchos de los supervivientes. La explicación intriga al abogado. Decide interrogar a algunas víctimas. Quiere que le cuenten la horrible noche, que le describan sus sufrimientos. Invita a que cada cual hable de sus desaparecidos. Sheela Nadar, el zapatero Iqbal, Dalima, Ganga Ram intervienen a su vez. De pronto, se rompe el hielo, la desgracia tiene una voz, un rostro. Frank Davolta toma notas y fotos. Siente que su informe se anima, se enriquece. Cada testimonio lo conmueve un poco más. Ahora suda la gota gorda, lo que le obli-

ga a aflojarse la corbata y a desabrocharse el cuello de la camisa. Dalima, conmovida, acude en su auxilio. Le lleva un vaso de agua, que el norteamericano vacía agradecido. No sabe que es agua del pozo del Orya bastí, agua podrida por los desechos de Carbide, agua contaminada por el plomo, el mercurio, el cobre, el níquel que desde hace doce años beben los condenados de la Explanada negra.

Mientras circulan las cestas de dulces, el abogado retoma la palabra.

-Amigos míos -explica-, si aceptáis que represente vuestros intereses debemos firmar un contrato.

Al oír estas palabras, un asistente le pasa un montón de folios que él muestra con la mano en alto. «*Son power of attorney*», explica. Poderes que autorizan a un abogado a actuar en representación de su cliente.

Los vecinos del Orya bastí, que nunca han visto nada igual, se levantan y se agolpan alrededor de la mesa del norteamericano. Como el resto de los miles de bhopalíes a quienes los abogados norteamericanos arrancan ese día una firma, tampoco ellos pueden descifrar el texto impreso sobre los folios. Simplemente se limitan a palpar el papel con respeto.

Entonces, la voz de Ganga Ram resuena encima de sus cabezas. El antiguo leproso hace la pregunta que todos tienen en la punta de la lengua:

—Sahib —dice—, ¿cuánto dinero obtendrás para cada uno de nosotros?

El rostro del abogado se tensa. Hace como si pensara, y, finalmente, dice:

-¡No menos de un millón de rupias!

La increíble cifra deja estupefacta a la concurrencia.

-¡Un millón de rupias! -repite Ganga Ram, que no consigue contener las lágrimas.

Las cámaras de televisión apuntan hacia él como si fuese

Shashi Kapoor, el dios de la pantalla grande. Los flashes res-  
tallan por doquier.

-¿Le sorprende la cantidad? -pregunta un reportero.

—No, realmente no -balbucea el antiguo leproso.

-¿Por qué? -le hostiga el reportero.

Ganga señala con su mano sin falanges al enjambre de perio-  
distas que se arremolinan a su alrededor.

-Porque Carbide nos ha convertido en el centro del mundo.



## Epílogo

Nadie sabrá nunca exactamente cuántas personas fallecieron durante la catástrofe. Las autoridades, preocupadas ante todo por limitar la suma del reparto de las indemnizaciones, fijaron de manera arbitraria el balance en la cifra de mil setecientos cincuenta y cuatro muertos. Sin embargo, algunas organizaciones independientes dignas de crédito hablan de al menos ocho mil muertos entre la noche del accidente y los dos días siguientes.

De hecho, ninguna de las dos cifras tiene en cuenta que un gran número de las víctimas no se contabilizaron. Entre ellas se encontraban muchos trabajadores inmigrantes que no tenían domicilio fijo. La hermana Felicity y varios supervivientes de los barrios de la Explanada negra dicen haber visto camiones del ejército recogiendo, durante la mañana del 3 de diciembre, montones de cadáveres anónimos que se llevaban hacia un destino desconocido. Durante los días siguientes, varios cuerpos aparecieron flotando en el Narmada, el río sagrado cuya arena había servido para fabricar los primeros sacos de Sevin. Algunos llegaron a la deriva hasta el mar de Arabia, a más de mil kilómetros de allí; otros fueron presa de los cocodrilos.

Por otra parte, y debido a la ausencia de actas oficiales de defunción, numerosos cadáveres fueron incinerados o enterrados anónimamente. El enterrador Abdul Hamid se vio obliga-

do a sepultar hasta diez musulmanes en la misma tumba. Según Shyam Babu, que proporcionaba la madera para las cremaciones, más de siete mil cadáveres fueron quemados en las cinco piras funerarias del Vishram Ghat Trust. Por su parte, la Cloth Merchant Association, la asociación de fabricantes de tejidos, declaró haber proporcionado material para confeccionar por lo menos diez mil sudarios solamente para las víctimas hindúes.

Las autoridades pusieron en duda la importancia de estas cifras, con el pretexto de que excedían el número de las solicitudes de indemnización recibidas. Pero la reacción oficial no tuvo en cuenta el hecho de que algunas veces la catástrofe exterminó en algunos casos a familias enteras, por lo que no había ningún superviviente para rellenar las solicitudes. Cuatrocientos muertos, cuyas fotos estuvieron varios meses pegadas en las paredes del hospital Hamidia y en distintos barrios afectados, no fueron jamás reclamados por sus familias. El número 436 era una mujer joven, con las mejillas tatuadas; el 213, un anciano descarnado con pelo largo blanco; el 611, un adolescente con una venda en la frente; el 612, un niño de pocos meses. ¿Quiénes eran? Nunca se sabrá.

Dieciséis años después de la tragedia, se estima que los gases de la «bonita fábrica» causaron entre dieciséis y treinta mil muertos.

Más de medio millón de bhopalíes padecieron los efectos de la nube tóxica, es decir, tres de cada cuatro habitantes de la capital del Madhya Pradesh (1). Después de los ojos y los pulmones, los órganos más gravemente afectados eran el hígado,

(1) Exactamente 521 262 personas, según el Consejo Indio de Investigación Médica. Esta cifra no incluye las víctimas que no eran residentes permanentes de Bhopal, todos los que carecían de domicilio fijo, y los miembros de las comunidades nómadas. No incluye tampoco a las víctimas afee-

los riñones, el aparato digestivo y el aparato genital, así como el sistema nervioso y el inmunitario. Numerosas víctimas se vieron sumidas en tal estado de agotamiento que eran incapaces de hacer cualquier movimiento. Muchos padecían calambres, picores insoportables, migrañas repetitivas. En los bastís, las mujeres no podían encender su *chula* para guisar sin correr el riesgo sufrir una hemorragia pulmonar a causa del humo. Dos semanas después del accidente, una epidemia de ictericia se cernió sobre miles de supervivientes, que se habían quedado sin defensas inmunitarias. Numerosas afecciones neurológicas provocaron convulsiones y parálisis e incluso, a veces, el coma y la muerte.

Las secuelas psicológicas fueron igual de graves, aunque más difíciles de medir. A lo largo de los meses que siguieron a la catástrofe surgió un nuevo síntoma que los médicos bautizaron con el nombre de «neurosis compensatoria». Aunque un buen número de bhopalíes desarrollaron enfermedades imaginarias o se causaron heridas para tener derecho a las indemnizaciones, otros muchos se vieron afectados verdaderamente por neurosis. La afección psicológica más grave era el *gabrahath*, un síndrome de pánico que hundía a los pacientes en un estado de ansiedad irreprimible: aceleración del ritmo cardíaco, sudores y temblores; las víctimas vivían en una pesadilla permanente. Los que padecían vértigo se veían de pronto al borde de un precipicio; los que tenían miedo al agua tenían la sensación de ahogarse. Depresiones, crisis de impotencia, anorexia..., el *gabrahath* sembró la desolación en buen número de supervivientes, condenándolos a considerar algunas veces la catástrofe como un castigo divino, otras como una maldición

---

tadas indirectamente por la tragedia, como los niños que estaban en el vientre de su madre, o los que nacerían después de padres contaminados por los gases.

lanzada por algún miembro de su familia. El *gabrahat* llevó a muchas de sus víctimas a la desesperación y al suicidio.

Dieciséis años después, Bhopal cuenta todavía con ciento veinte mil personas afectadas crónicamente por las secuelas de la tragedia, que sigue matando de diez a quince enfermos al mes. Continuamente aparecen nuevos casos de insuficiencias respiratorias, toses persistentes, úlceras de la córnea, cataratas juveniles, anorexias, fiebres recurrentes, quemaduras de la piel, estados de debilidad y depresiones, por no hablar de la permanente aparición de casos de cáncer y tuberculosis. Se han detectado numerosos desórdenes ginecológicos crónicos, que unas veces provocan la ausencia de menstruación, y, otras, el caso contrario: su repetición hasta cuatro o cinco veces al mes. Finalmente, se observan retrasos de crecimiento entre los jóvenes de dieciséis a veinte años, que a duras penas parecen tener diez. Como Carbide no ha revelado nunca la composición exacta de la nube tóxica, las autoridades médicas no han podido poner a punto un plan de curación eficaz. Los tratamientos no proporcionan más que un alivio temporal. La mayoría de las veces, la inyección abusiva de esteroides, de antibióticos y de ansiolíticos no consigue más que consolidar el daño causado por los gases. Bhopal cuenta hoy con casi tantas camas de hospital como una ciudad del tamaño de Nueva York. Pero como no se cuenta con los suficientes médicos y técnicos competentes para cuidar y mantener los ultramodernos equipos, la mayoría de los inmensos establecimientos construidos desde la catástrofe no se utilizan. Una investigación realizada en julio de 2000 revela que una cuarta parte de las medicinas distribuidas por el nuevo Bhopal Hospital Trust, construido por Carbide, son, o bien nocivas, o bien ineficaces, y en un 7,6 por ciento nocivas e ineficaces a la vez.

Tanta desidia oficial favoreció el nacimiento de decenas de consultas médicas privadas. Pero según las asociaciones de defensa de los afectados, la competencia profesional de las dos terceras partes de los médicos que trabajan en esas consultas no era la adecuada. Frente a esta situación, varias asociaciones crearon sus propios centros de auxilio, como la Sambhavna Clinic, a la que se encuentran hoy asociados los autores de este libro. Esta institución única, fundada por un antiguo ingeniero (véase la «Carta a los lectores») llamado Satinath Sarangi, cuenta con cuatro doctores y una veintena de especialistas médicos y sociales encargados de hacer el seguimiento de más de diez mil pacientes sin recursos y de velar para que cada uno de ellos reciba un tratamiento eficaz. El equipo de la Sambhavna Clinic ha descubierto los espectaculares beneficios que aporta la práctica de ciertos ejercicios de yoga en los casos de afecciones respiratorias crónicas. La mitad de los enfermos así tratados han podido recuperar una capacidad respiratoria casi normal y abandonar los tratamientos a base de medicamentos que venían siguiendo desde hace diez años. Asimismo, la clínica ha puesto a punto unas sesenta medicinas ayurvédicas a base de plantas, cuyos efectos benéficos ya han permitido que cientos de pacientes vuelvan a trabajar; un éxito espectacular que ha podido arrancar de su miseria a algunos de los cincuenta mil hombres y mujeres que se encontraban demasiado débiles para realizar el más mínimo trabajo manual.

A pesar de los años transcurridos desde la catástrofe, cinco mil familias del Orya bastí, de Chola y de Jai Prakash Nagar siguen bebiendo agua sacada de los pozos contaminados por los vertidos antaño desechados por la fábrica. Unas muestras recogidas en los alrededores de los antiguos talleres por un equipo de Greenpeace, en diciembre de 1999, revelan la presencia de tetracloruro de carbono en un porcentaje seiscientos ochenta-

ta y dos veces más elevado que la dosis máxima aceptable, y unas tasas de cloroformo y de tricloretileno doscientas sesenta y doscientas cincuenta veces superiores a la dosis tolerada.

No se ha promovido ningún juicio contra Carbide por el crimen que cometió en Bhopal. Ni el gobierno indio, que pretendía representar a las víctimas, ni los abogados norteamericanos, que habían conseguido miles de poderes de aquellas pobres gentes, como Ganga Ram, consiguieron que la justicia del otro lado del Atlántico se declarase competente en una catástrofe que había ocurrido fuera del territorio de Estados Unidos. Sin embargo, uno de los abogados norteamericanos llegó a llevar a Nueva York al joven Sunil Kumar, único superviviente de una familia de ocho hijos, en un intento de convencer al juez de la Corte de ese estado, donde se había presentado la demanda, de que aceptase juzgar a Carbide. A ojos de los «cazadores de ambulancias», sólo un tribunal norteamericano podía condenar a la multinacional a pagar indemnizaciones proporcionales a la magnitud del perjuicio. La cantidad que reclamaban ascendía a tres mil millones de dólares. Los defensores de Carbide argumentaron que ningún tribunal norteamericano podía evaluar el precio de una vida humana en el Tercer Mundo. «¿Cómo determinar los daños causados a gentes que viven en chabolas?», preguntó uno de ellos. Un periódico se encargó de hacer el cálculo. «Una vida norteamericana vale, aproximadamente, quinientos mil dólares —escribió el *Wall Street Journal*—. Teniendo en cuenta que el producto nacional bruto de la India representa el 1,7 por ciento del de Estados Unidos, la Corte deberá indemnizar el fallecimiento de cada víctima india en la misma proporción, es decir, con una indemnización de ocho mil quinientos dólares (un millón y medio de pesetas más o menos) (2).» Un año después de la

catástrofe, ninguna ayuda sustancial de la multinacional había todavía llegado a las víctimas, a pesar de que Carbide había entregado cinco millones de dólares en concepto de primeros auxilios. Tendrían que pasar cuatro largos años de regateos y negociaciones para que la empresa norteamericana y el gobierno indio cerrasen un trato, a falta de un juicio en toda regla. En enero de 1989, Union Carbide ofreció abonar cuatrocientos setenta millones de dólares de indemnización, casi ochenta mil millones de pesetas, para saldar las cuentas, y con la condición de que el gobierno indio se comprometiera a renunciar a toda acción judicial ulterior contra la empresa y su presidente. La cantidad era seis veces menor que las compensaciones reclamadas inicialmente. Sin embargo, los abogados del gobierno de Nueva Delhi aceptaron la propuesta sin la más mínima discusión.

Este acuerdo, inesperado para Carbide, hizo que la cotización de sus acciones en Wall Street subiese dos dólares, un alza que permitió al presidente Warren Anderson anunciar a sus accionistas que la tragedia de Bhopal no había representado finalmente para la empresa más que «una pérdida de cuarenta y tres centavos por acción» (3). Ahora bien, ocho días después de la noche fatal, las acciones de Union Carbide habían perdido quince puntos, y el valor bursátil de la multinacional se había reducido en seiscientos millones de dólares.

Lo más sorprendente fue el seísmo moral que asoló todos los niveles de la empresa, ya fuesen ingenieros, como Warren Woomeer o Ranjit Dutta, o simples obreros, oficinistas o hasta los ascensoristas que trabajaban en las distintas filiales. En la sede de Danbury, las secretarias sollozaban al leer los teleti-

(2) «Averting a Bhopal legal disaster», *Wall Street Journal* (16 de mayo de 1985).

(3) Menos de cien pesetas.

pos de Bhopal. Los ingenieros capaces de entender lo que había pasado se encerraron en sus despachos para rezar. Los psiquiatras de la región vieron llegar a sus consultas a empleados de una de las mayores empresas industriales del mundo en un lamentable estado de depresión y desorientación. Muchos confesaban que habían perdido confianza en la «*Carbide strong corporate identity*», la fuerte imagen corporativa de Carbide como empresa. Reacciones parecidas se produjeron en el Reino Unido, en Ghana, en Puerto Rico, allá donde ondeaba la bandera con el rombo azul. Cuatro días después de la catástrofe, el 6 de diciembre, a las doce del mediodía, los ciento diez mil empleados de las setecientas factorías y laboratorios de la empresa pararon de trabajar durante diez minutos «para mostrar nuestra pena y nuestra solidaridad con las víctimas del accidente de Bhopal».

A Anderson, la crisis moral que padecían los *carbiders* en todo el mundo le pareció tan grave que grabó una serie de mensajes en vídeo destinados a devolverles la confianza. Si bien estos mensajes hablaban mucho de ética, moralidad y compasión, la mejor manera de enderezar el rumbo era demostrando que la empresa no era culpable. El 15 de marzo de 1985, el vicepresidente de la división agrícola de la filial india, K. S. Kamdar, convocó una conferencia de prensa en Bombay para anunciar que la tragedia no se debía a un accidente, sino a un sabotaje. Kamdar se apoyaba en la investigación realizada por Woomer y el equipo de ingenieros enviados a Bhopal después de la catástrofe. Según esta investigación, un obrero habría introducido deliberadamente una gran cantidad de agua en las tuberías que comunicaban con la cisterna de MIC. Este obrero, cuyo nombre no se mencionaba, habría actuado por venganza después de una discrepancia que le enfrentaba a sus superiores. Para apoyar esta tesis, los investigadores se referían al descubrimiento de una tubería de agua cerca de la cisterna y

sobre todo al maquillaje de ciertas informaciones consignadas en los cuadernos de a bordo que el equipo que estaba de guardia había rellenado aquella noche. El informe que incriminaba a un supuesto saboteador no mencionaba en absoluto el hecho de que todos los sistemas de seguridad de la fábrica estaban parados en el momento del accidente.

Los autores de este libro han conseguido localizar al hombre acusado por Carbide y entrevistarse largo y tendido con él. Se trata de Mohán L. Verma, el joven operario que la noche de la catástrofe había identificado el olor del MIC, mientras que sus compañeros creían que se trataba de Fly antimosquitos vaporizado en la cantina. Los autores de este libro albergan la íntima convicción de que ese padre de tres hijos, perfectamente informado de los peligros del isocianato de metilo, no pudo llevar a cabo un acto del que podía ser víctima él mismo, así como un gran número de sus compañeros. La inocencia de Mohán L. Verma fue inmediatamente reconocida. No se ha emprendido ningún procedimiento judicial contra él. Hoy vive libremente a dos horas de coche de Bhopal. Si los supervivientes de la tragedia hubieran albergado la más mínima sospecha sobre él, ¿cómo se puede pensar que no intentarían vengarse? En cualquier caso, en Bhopal, ni en ningún otro sitio, nadie dio crédito a esa hipótesis. Por otra parte, la realidad se encargó de desmentirla. Cuatro meses después del accidente de Bhopal, el 28 de marzo de 1985, un escape de óxido de metilo en la factoría del Institute en Estados Unidos intoxicó gravemente a ocho obreros. El 11 de agosto siguiente, siempre en el Institute, otro escape, esta vez en un depósito donde se almacenaba óxido de aldicarbo, provocó ciento treinta y cinco víctimas entre los vecinos del Kanahwa Valley. Uno de ellos era Pamela Nixon, la empleada de laboratorio del hospital St. Francis de Charleston, a quien había sorprendido mucho el olor de col hervida que despedía la nueva fábrica del Institute que produ-

cía MIC. «Formaba parte de los que creían en Union Carbide cuando afirmaba que accidentes como el de Bhopal no podían ocurrir en Norteamérica», declaró a la prensa a su salida del hospital. Este incidente cambió su vida. Volvió a estudiar e ingresó en las filas de la asociación «People Concerned about MIC» (4), creada por los residentes de su región. Acto seguido, armada con su diploma en Ciencias del Medio Ambiente, se enfrentó con los directores de las distintas fábricas químicas del Kanahwa Valley para conseguir el refuerzo de las medidas de seguridad, cosa que nadie hizo nunca en Bhopal. La tragedia producía así sus primeros frutos.

También en Bhopal las víctimas se organizaron para hacer valer sus derechos. Abdul Jabbar, un musulmán cuya familia había sido diezmada la noche del 2 de diciembre, amotinó a tres mil quinientos supervivientes para saquear las oficinas de Carbide en Nueva Delhi y reclamar el pago inmediato de las indemnizaciones prometidas. Cinco años después de la tragedia, las víctimas todavía no habían cobrado uno solo de los cuatrocientos setenta millones de dólares que les habían sido concedidos.

Como era de esperar, semejante cantidad, aun colocada en una cuenta especial administrada por la Corte Suprema, no podía sino atraer la codicia de muchos. Sheela Nadar, la madre de Padmini, tuvo que pagar mil cuatrocientas rupias para poder presentar un informe que certificara la defunción de su marido. El pago generalizado de *bakchichs* se hizo obligatorio para acceder a las ventanillas de indemnización, o a las oficinas, a veces muy alejadas, que distribuían las primeras ayudas de subsistencia y de asistencia médica. A fin de cuentas, y según las cifras oficiales, quinientos cuarenta y ocho mil quinientos die-

(4) Asociación de «Personas Preocupadas por el MIC».

cinueve supervivientes acabaron cobrando algunas migajas de la cantidad pagada por Carbide, es decir, poco menos de sesenta mil rupias (doscientas cincuenta mil pesetas) por la defunción de un pariente, y más o menos la mitad en caso de heridas personales. Se estaba muy lejos del millón de rupias prometidas por el abogado de Nueva York a Ganga Ram y a los supervivientes del Orya bastí.

Debido a que el viento soplaba aquella noche hacia los míseros barrios de chabolas, la tragedia se había ensañado sobre todo con los más pobres. Abandonados a sus sufrimientos, robados por toda clase de escoria humana, los supervivientes fueron pronto víctimas de nuevas persecuciones. La llegada al poder en 1990 del Partido Nacionalista Hindú, BJP, dio lugar a una verdadera purificación étnica. Con el pretexto de un *beau-tification program*, una operación de embellecimiento de la ciudad, las nuevas autoridades desviaron cantidades destinadas a la rehabilitación de las víctimas y las usaron para vaciar los bastís de sus vecinos musulmanes. Escoltadas por policías, las excavadoras arrasaron varios barrios. Únicamente la determinación de unas cincuenta mujeres musulmanas que amenazaban con inmolarse consiguió detener la locura de los purificadores del BJP. El zapatero Iqbal, el sastre Ahmed Basi, el reparador de bicicletas Salar, que se habían salvado del azote del MIC, fueron expulsados por la locura de los hombres. Como la mayoría de los musulmanes que vivían en los barrios de la Explanada negra, tuvieron que abandonar por segunda vez sus viviendas; esta vez, definitivamente.

En 1991, el tribunal de Bhopal citó a Warren Anderson, presidente de Union Carbide, para que compareciera por «homi-

cidio en un asunto criminal». Pero el hombre, que disfrutaba de una jubilación apacible en su casa de Vero Beach, en Florida, no tenía intención alguna de cumplir la promesa que le había hecho a un periodista al abandonar el suelo indio el 11 de diciembre de 1984. No sólo no volvió al país donde su empresa había sembrado la tragedia, sino que tomó medidas para desaparecer en el suyo propio. Anderson dejó Vero Beach y hoy nadie sabe dónde se ha refugiado. La orden de detención internacional que ha emitido la justicia india a través de Interpol ha quedado en nada, así como las sucesivas citas reclamando su comparecencia que las asociaciones de víctimas han presentado en Estados Unidos. Estas asociaciones, que no están en absoluto desanimadas, no piensan tirar la toalla. Los grafitos «Muerte a Anderson», que repintan incansablemente los supervivientes en los muros de su ciudad, recuerdan que todavía no se ha hecho justicia.

Si Warren Anderson es un fugitivo ilocalizable, las perspectivas de que Union Carbide responda ante la justicia parecen igual de aleatorias, por la simple razón -¡pobre consuelo para sus víctimas!- de que la multinacional ya no existe. A pesar de todos los esfuerzos de su presidente, la tragedia del 2 de diciembre de 1984 supuso un golpe fatal para la orgullosa empresa del rombo azul y blanco. La compra de su división agrícola por la empresa francesa Rhône Poulenc, actualmente propietaria de la fábrica de Sevin en el Institute, y la adquisición en agosto de 1999 del conjunto de su activo por una cantidad de nueve mil trescientos millones de dólares por el grupo Dow Chemical, han hecho desaparecer para siempre a Union Carbide del horizonte industrial mundial. Los autores de las diferentes denuncias interpuestas contra la multinacional de Danbury hicieron saber que obligarían a Dow Chemical a asumir sus responsabilidades penales; una pretensión que les valió una rápida réplica de su presidente: «*It is not in my power* —declararía

Frank Popoff-, *to take responsibility for an event which hap-pened fifteen years ago, with a product we never developed, at a location we never operated* (5).»

¿Y la «bonita fábrica»? Poco tiempo después de la «Operación Fe», un día de enero de 1985, un *tharagar* se presentó frente a la *tea-house* del Orya bastí.

-Necesito brazos para desmontar los raíles de la vía férrea que llevan a la fábrica -declaró.

El tramo de vía férrea que unía la factoría con la línea principal de ferrocarril no había sido utilizado nunca. Era una prueba más de la megalomanía de los ingenieros de South Charleston, que habían mandado comprar una locomotora y vagones para transportar las enormes cantidades de Sevin que la factoría supuestamente iba a producir.

Ganga Ram, que había perdido en la catástrofe a la mayoría de los clientes de su empresa de pintura, alzó tímidamente la mano.

-Busco trabajo -declaró, convencido de que el *tharagar* lo rechazaría al ver sus manos mutiladas.

Pero aquel día Carbide contrataba todos los brazos disponibles. El antiguo leproso iba por fin a vengarse contribuyendo a desmantelar el monstruo que antaño le había negado un empleo.

Durante un año, Jagannathan Mukund dirigió al equipo encargado de cerrar definitivamente la fábrica, una empresa hercúlea, que consistía en limpiar cada pieza de equipamiento, cada tubería, cada cisterna y cada depósito, primero con agua y luego con ayuda de un descontaminante químico. En 1986, una vez finalizado el trabajo, los últimos obreros que

(5) «No está en mi mano asumir la responsabilidad por un acontecimiento ocurrido hace quince años, relativo a un producto que nunca hemos fabricado, en un lugar donde nunca hemos trabajado.»

llevaban el prestigioso mono del rombo se marcharon de allí para siempre.

Hoy, la fábrica abandonada parece un vestigio de una civilización extinguida. Las estructuras metálicas se oxidan a la intemperie. Entre los hierbajos, asoman los trozos de los sarcófagos que protegían las cisternas. En las paredes de la sala de mandos, los setenta indicadores duermen un sueño eterno, incluido el manómetro de presión de la cisterna 610, cuya aguja bloqueada en el extremo izquierdo es testigo para siempre de la cólera que se apoderó del MIC aquella noche. Los carteles de «*Safety first*» ponen una nota de ironía a este devastado decorado industrial.

¿Qué hacer con un testigo tan abrumador? En 1997, el Ministerio de Cultura de Madhya Pradesh sugirió transformar la Explanada negra en un parque de atracciones. Pero el clamor de indignación que la propuesta suscitó obligó a las autoridades a dar marcha atrás. La fábrica maldita permanecería para siempre como un recordatorio, testigo de la locura de los aprendices de brujo que amenazan a nuestro planeta.

Felizmente, algunos privilegiados se salvaron de las maldiciones que cayeron sobre las víctimas de la tragedia. Los recién casados del Orya bastí formaban parte de ellos. Devuelta milagrosamente a la vida después de haber sido rescatada de una pira funeraria, Padmini pudo encontrarse con los suyos al final de una larga y penosa estancia en el hospital Hamidia. Regresó al Orya bastí y se instaló con su marido en la chabola de sus padres. Pero muy pronto la pesadilla de la noche trágica empezó a atormentarla hasta el punto de que el escenario de su adolescencia se le hizo insoportable. La sola visión de las estructuras metálicas a unos cientos de metros de distancia bastaba para hacerle perder la razón. Fue entonces cuando se les pre-

sentó una oportunidad: una parcela de tierra en venta, a unos sesenta kilómetros de Bhopal, casi a orillas del río Narmada. La idea de recorrer a la inversa el camino que la había llevado un día con su familia desde Orissa hasta Bhopal entusiasmó a la joven adivasi. Convenció a su marido de que podían instalarse en el campo, tener una pequeña granja y vivir de sus productos y de un poco de ganado. Su madre, Sheela, y su hermano estaban dispuestos a acompañarlos, aunque la indemnización que acababan de cobrar por la muerte del cabeza de familia apenas daba para acometer dicha reconversión con un poco de holgura.

Dilip y Padmini construyeron otra choza, plantaron soja, lentejas, verduras y árboles frutales. Poco a poco, fueron cavando una red de canales de irrigación. Como todos los campesinos de la región, compraron a unos vendedores ambulantes «medicinas» para proteger sus plantaciones de los insectos, sobre todo de los gorgojos, que atacaban preferentemente la patata. Por supuesto, los vendedores no proporcionaban Sevin, sino pesticidas producidos esencialmente a base de pelitre, que tenían la ventaja de ser baratos y por lo general eficaces, excepto contra las orugas de la soja, que eran una auténtica pesadilla.

Un día del otoño de 1998, Dilip y Padmini recibieron la visita de un comerciante de pesticidas que no habían visto nunca antes. Llevaba un mono de tela azul marcado con un escudo. Padmini, que había aprendido a leer gracias a la hermana Felicity, descifró sin esfuerzo el nombre inscrito en el centro del escudo. Era el de una de las mayores empresas químicas del mundo.

—Soy el representante de Monsanto —declaró—, y he venido a traeros un regalo.

Con estas palabras, el hombre sacó de su motocarro una bolsita llena de semillas negras que puso en las manos de Dilip.

-Estas semillas de soja han sido especialmente modificadas -explicó-, contienen proteínas que les permiten defenderse contra todos los insectos, incluidas las orugas...

Viendo la curiosidad reflejada en los ojos de sus interlocutores, el hombre prosiguió:

—Puedo también proponerles semillas de pimientos inmunizados contra el pulgón, semillas de alfalfa tratadas contra las enfermedades que afectan a las vacas, patatas rosas que...

El «benefactor» desplegó en unos instantes todo un catálogo de productos milagrosos ante la joven pareja de campesinos indios. Sin embargo, su visita no tenía ningún fin humanitario. Era fruto de una estrategia de marketing concebida a veinte mil kilómetros de distancia, en California, donde se encontraba la sede de Monsanto, líder de la nueva revolución biotecnológica. Treinta años después de Eduardo Muñoz y su Sevin, Monsanto mostraba su intención de copar a su vez el mercado indio.

Padmini cogió la bolsita de semillas y fue a colocarla en el altarcito adornado con la imagen del dios Jagannath que había instalado en la entrada de su choza, justo al lado de un *tulsi*. Dilip y ella esperaron el final del monzón para plantar las bolitas negras. Como es lógico, ambos ignoraban que las «semillas maravillosas» habían sido genéticamente manipuladas para no reproducirse: la soja cosechada no podía proporcionar semillas para una nueva cosecha. En cuanto a los riesgos para la salud que esa manipulación transgénica representaba, ni el enviado de Monsanto ni sus jóvenes clientes eran capaces de imaginarlos. ¿Acaso no era la India un campo de experimentación de ensueño para nuevos aprendices de brujo? Si todo lo que el vendedor les había dicho era cierto, Padmini y Dilip estaban convencidos de que su vida iba a cambiar para siempre. Podían encender bastoncillos de incienso al dios. El porvenir les pertenecía.

## Lo que ha sido de los personajes

WARREN ANDERSON. El presidente de Union Carbide en el momento de la tragedia dejó la empresa en 1986 para jubilarse. Se retiró a Vero Beach, en Florida. Pero ha desaparecido de su domicilio a causa de varias denuncias interpuestas contra él por las asociaciones de víctimas y de una orden de arresto internacional de la Interpol.

SHYAM BABU. El dueño del restaurante que había prometido «alimentar a toda la ciudad» y que proporcionó la madera para las cremaciones sigue reinando tras la caja registradora de su establecimiento. Su negocio se ha ampliado con la construcción de un hotel de cuatro pisos encima de su restaurante. A treinta rupias la noche, los precios de Shyam Babu siguen siendo los más baratos de la ciudad.

SAJDA BAÑO. La viuda de Mohammed Ashraf, primera víctima de la «bonita fábrica», ha cobrado finalmente una indemnización por la muerte de su marido, pero sigue luchando para cobrar lo que se le debe por la muerte de su hijo Arshad. Soeb, su otro hijo, padece graves desórdenes neurológicos, secuelas de la catástrofe. Ambos viven en una casa en la «colonia de las viudas». Desde hace quince años, Sajda se

viene sometiendo con regularidad a un tratamiento en la institución Sambhavna, que alberga la clínica ginecológica creada por Dominique Lapierre.

**JOHN LUKE COUVARAS.** El ingeniero que descubrió a unos eunucos dando un masaje a su esposa siente nostalgia de los años dorados, cuando participó en la construcción de la «bonita fábrica». Hoy vive en Grecia, pero sueña con construirse una casa en las orillas sagradas del Narmada.

**SUMAN DEY.** El jefe de guardia de la sala de control de la fábrica durante la noche del 2 al 3 de diciembre ha comprado un taller de reparación de motos con el finiquito que recibió al dejar Carbide.

**SHARDA DIWEDL** El director de la central eléctrica que iluminó las bodas de la noche fatal se ha jubilado y vive en Bhopal. Parece insuficiencia respiratoria crónica y la atribuye a los esfuerzos que realizó para socorrer a los invitados a la boda de su sobrina Rinou cuya unión se pudo haber celebrado unos días después de la catástrofe. Diez años más tarde, el marido de su sobrina murió de cáncer, hecho que los Diwedi achacan al envejecimiento provocado por la nube tóxica. En cuanto a la joven Rinou, padece crisis recurrentes de depresión. La catástrofe ha roto su vida.

**RANJIT DUTTA.** El ingeniero indio que construyó, junto a Eduardo Muñoz, la primera fábrica de formulación del Sevin y que intentó, cuatro meses antes del accidente, avisar a sus superiores sobre la degradación de la fábrica, se ha jubilado y vive en Bhopal. Actualmente trabaja como consultor en pesticidas para varios fabricantes de productos químicos.

HERMANA FELICITY. La religiosa escocesa que salvó a docenas de niños la noche de la catástrofe y los días siguientes continúa al frente de la Casa de la Esperanza, donde se recogen a niños discapacitados físicos y mentales.

DEEPAK GANDHE. El médico que estaba de guardia durante la noche de la catástrofe en el hospital Hamidia ha dejado Bhopal para abrir una consulta en la pequeña ciudad de Kandhwa, en la carretera de Bombay. Dedicó parte de su tiempo a misiones humanitarias en las regiones más pobres de Bihar.

RAJKUMAR KESWANI. El visionario que predijo la catástrofe en su periódico trabaja hoy como reportero en la televisión de Madhya Pradesh. No sacó beneficio alguno de los clarividentes artículos que lo convirtieron en el periodista más célebre de la India.

RAHAMAN KHAN. El operario enamorado de la poesía que desencadenó la tragedia por un descuido sigue viviendo en Bhopal. Trabaja en el Departamento de Protección Forestal del gobierno de Madhya Pradesh.

EL COMANDANTE KHANUJA. El oficial sij que descubrió los cuerpos mutilados de los miembros de su familia que regresaban de una peregrinación a Amritsar, y que la noche de la catástrofe salvó de los gases a centenares de vecinos de los barrios pobres próximos a la fábrica de Carbide, vive hoy en Jaipur. Desde la noche fatal, padece problemas respiratorios y está perdiendo progresivamente la vista. En 1996, intentó obtener de Union Carbide una ayuda financiera para ir a Estados Unidos a someterse a una operación de los ojos que los especialistas indios no pueden realizar. Desesperado por la idea de acabar completamente

ciego, este héroe de la noche trágica sigue esperando una respuesta...

PROFESOR N.P. MISHRA. El decano del Medicinal College que hizo levantarse de la cama a todos los estudiantes de la facultad, que avisó por teléfono a todos los farmacéuticos de Madhya Pradesh y que organizó los primeros auxilios, sigue siendo la primera autoridad médica de Bhopal. Tiene su consulta en su bonita villa de Shamlá Hills, donde las paredes están repletas de diplomas y de distinciones que le han otorgado instituciones médicas de todo el mundo. Un car-telito indica el precio de la consulta: ciento cincuenta rupias, 500 pesetas aproximadamente.

MOHÁN LAL VERMA. El operario acusado de sabotaje por Union Carbide no ha sido procesado. Hoy vive a unos cien kilómetros de Bhopal y trabaja en el Departamento de Protección Forestal del gobierno de Madhya Pradesh.

SHANKAR MALVIYA. El sindicalista hindú que se había atrevido a desafiar con una huelga de hambre la supremacía de Union Carbide moriría víctima de un ataque al corazón dos semanas después de haber sido entrevistado por los autores de este libro. Su colega musulmán Bashir Ullah trabaja en la actualidad en Arabia Saudí.

JAGANNATHAN MUKUND. Después de haber descontaminado las instalaciones de la Explanada negra, el último director de la fábrica ha dejado Bhopal para instalarse en Bombay, donde ha seguido trabajando durante varios años para Union Carbide. Se ha retirado a vivir a Karnataka. Pero está procesado por un tribunal indio, junto a los principales responsables de la tragedia.

EDUARDO MUÑOZ. Después de haber dirigido durante varios años la división de productos agrícolas de Union Carbide, el flamante director argentino que fue el padre de la fábrica de Bhopal se ha instalado en San Francisco, donde hoy se dedica a vender armarios-bodega para vino.

PADMINI Y SU MARIDO DILIP. Véase el «Epílogo».

KAMAL PAREEK. El ingeniero indio, que dejó su «bonita fábrica» porque no podía seguir soportando ver cómo se degradaban las normas de seguridad, vive hoy en Nueva Delhi, donde trabaja como consultor independiente para la industria química.

SHEKIL QURESHI. El supervisor musulmán, que fue el último en abandonar la fábrica durante la noche de la catástrofe, dirige hoy una pequeña empresa de tratamiento de aguas. Al igual que Mukund, está procesado en la causa que debería juzgar algún día a los responsables de la tragedia.

GANGA RAM. El antiguo leproso sigue con su negocio de pintor de brocha gorda. La municipalidad de Bhopal ha cedido a los Oryas un terreno a lo largo de la vía férrea, diez kilómetros al norte de la Explanada negra. La comunidad se ha instalado allí y ha reconstruido un pueblo típico de Orissa, con chozas de barro decoradas con motivos geométricos. Dalima sigue siendo muy activa, a pesar de que se queja cada vez más de las secuelas de las graves fracturas de sus piernas.

DR. SARKAR. Al heroico médico de los ferroviarios lo encontraron moribundo en el despacho del jefe de estación. Desde entonces padece tos crónica y frecuentes crisis de asfixia.

Es de la opinión que la nube tóxica ha dejado bolsas de gases que han seguido envenenando a la gente. Se ha jubilado y vive en Bhopal rodeado de sus hijos.

DR. SATPATHY. El médico forense gran aficionado a las rosas, que realizó las primeras autopsias a las víctimas la noche de la tragedia, es hoy el jefe del Departamento de Medicina Forense del Gandhi Medical College de Bhopal. Sigue cultivando rosas, que manda a todas las exposiciones de arte floral de la India. Contaminado por los gases que impregnaban las ropas de los cadáveres, está aquejado de insuficiencia respiratoria. Por no residir en la zona afectada por la nube tóxica, no ha recibido jamás indemnización alguna.

V.K. SHERMA. El heroico sub-jefe de estación que salvó a centenares de pasajeros al dar salida al Gorakhpur Express, vive hoy en las afueras de Bhopal. Las secuelas de sus heridas le condenan a una invalidez casi total. Su respiración es tan deficiente que apenas puede hablar. El más mínimo esfuerzo físico desencadena terribles crisis de asfixia. El gobierno le ha otorgado treinta y cinco mil rupias de indemnización, menos de ciento cincuenta mil pesetas.

ARJUN SINGH. El primer ministro de Madhya Pradesh, que distribuyó escrituras de propiedad a los habitantes de los barrios pobres que rodean la fábrica de Union Carbide, ganó las elecciones de febrero de 1985 y se convirtió en uno de los políticos más poderosos de la India. Nombrado vicepresidente del partido del Congreso por Rajiv Gandhi fue ministro varias veces. Ha perdido su escaño en el parlamento de Nueva Delhi. Reparte su tiempo entre la capital y Bhopal, donde se ha hecho construir una magnífica mansión á orillas del lago Superior.

WARREN WOOMER. El ingeniero norteamericano que supervisó en el Institute los cursillos de los futuros ejecutivos indios de la «bonita fábrica» antes de dirigirla él mismo durante dos años vive hoy en South Charleston con su mujer, Betty. Su casa domina el Kanahwa Valley. Cuando da un paseo, Woomer puede ver las estructuras de la fábrica del Institute, cuyas cisternas contienen siempre varias decenas de toneladas de isocianato de metilo. Woomer acaba de escribir un libro sobre la historia de la presencia industrial de Union Carbide en el Institute. Ha permanecido como consultor de la fábrica, hoy propiedad de la empresa franco-coalemana Aventis.



## Agradecimientos

En primer lugar, nos gustaría expresar nuestra inmensa gratitud a nuestras esposas, Dominique y Sita, que han compartido todos los momentos de esta larga y difícil investigación y han sido colaboradoras inestimables durante la preparación de esta obra.

Dedicamos todo nuestro reconocimiento a Colette Modiano, Paul y Manuela Andréota, Pascaline Bressan y Céline Chiflet, Mari Carmen Dónate, Eugenio Suárez y Antonio Ubach, que dedicaron largas horas a corregir nuestro manuscrito y nos infundieron ánimo.

Especial mención merecen Antoine Caro, por su colaboración excepcional en la preparación de este libro, así como Pierre Amado, por sus valiosos consejos sobre la India.

Esta obra es el fruto de pacientes investigaciones, tanto en Estados Unidos como en la India. En Estados Unidos, queremos agradecer en particular al ingeniero Warren Woomer y a su mujer Betty su hospitalidad en su preciosa casa de South Charleston, al permitirnos revivir los años felices en los que Warren dirigió la fábrica de Bhopal, tras acoger en el Institute a sus jóvenes colegas indios que iban a sucederle. Agradecemos con el mismo entusiasmo al ingeniero Eduardo Muñoz nuestros innumerables encuentros en San Francisco y en su casa de

Sausalito, en el transcurso de los cuales pudimos reconstruir casi día a día la aventura que supuso la implantación, en el corazón de la India, de una fábrica de alta tecnología para la producción de pesticidas, así como la lucha del propio Muñoz para limitar su tamaño y sus riesgos.

También en Estados Unidos, queremos agradecer a Halcott P. Foss y a los ingenieros Jean-Luc Lemaire y William K. Frampton que nos hayan abierto las puertas de la fábrica del Institute, hermana mayor de la fábrica de Bhopal, donde el Sevin sigue fabricándose a partir del mortal isocianato de metilo. Un agradecimiento adicional para Jean-Luc Lemaire, así como para Rene Crochard por sus esclarecedoras explicaciones que nos han facilitado enormemente la redacción de las partes técnicas de nuestro libro. En este homenaje americano queremos añadir a Ward Morehouse y David Dembo, que dirigen, desde su pequeño despacho de East River en Nueva York, una incansable lucha para dar a conocer la verdad sobre la catástrofe de Bhopal, y que generosamente nos han abierto sus preciados archivos. Agradecemos igualmente a Kathy Kramer que haya puesto a nuestra disposición la documentación relativa al Boyce Thompson Institute de Yonkers, donde fue inventado el Sevin que debía aniquilar los insectos que devastaban las cosechas de los campesinos de todo el mundo.

De entre los ingenieros indios que participaron en la aventura de la «bonita fábrica» de Bhopal, en primer lugar queremos agradecer a Kamal Pareek su dedicación, con quien compartimos días enteros reconstruyendo con detalle la formidable esperanza que representó la implantación de la fábrica de Bhopal, y posteriormente su lenta agonía hasta la catástrofe final. Agradecemos encarecidamente al ingeniero Umesh Nanda y a John Luke Couvaras que compartieran con nosotros sus recuerdos y nos confiaran numerosos documentos inéditos. Nuestro reconocimiento también para Jagannathan Mukund,

el último director de la fábrica, que aceptó someterse durante tres días a nuestras preguntas en su propiedad de Conoor, en las montañas de los Nilgiris, al sur de la India.

Gran parte de nuestra investigación se desarrolló naturalmente en Bhopal, donde la ayuda de Satinath Sarangi y de su equipo de documentalistas de Sambhavna Trust nos aportó una ayuda inestimable; asimismo, Farah Khan y su madre Niloufar Khan, la *begum* Rachid, el doctor Zahir Ul-Islam, Enamia, Kamlesh Jamaini, Manish Mishra y el cronista Nasser Kamal nos ayudaron a descubrir los secretos de la cultura del pasado legendario de la capital del Madhya Pradesh.

Nuestra gratitud va dirigida también al antiguo leproso Ganga Ram y a su esposa Dalima por la generosa hospitalidad que nos ofrecieron en la nueva chabola donde viven a diez kilómetros del Orya bastí, y que hemos bautizado, por su comodidad (relativa), el «Orya Hilton».

La dirección de la Union Carbide no ha contestado a nuestra solicitud de entrevistas y de información.

Agradecemos, sin embargo, a la sociedad Rhône Poulenc, convertida en propietaria de la fábrica del Institute en Estados Unidos, y a su director de Comunicación Internacional de la Agro, Georges Santini, por habernos recibido generosamente, tanto en el Institute como en su Departamento de Investigación de Lyon. Queremos hacer extensivo este agradecimiento a Christine Giuliani, responsable de la comunicación de Dow Agro Sciences, por la calurosa acogida de los laboratorios de Letcombe Regis de Gran Bretaña.

Asimismo, queremos expresar nuestro reconocimiento a aquellos que no han cesado de animarnos y mostramos su afecto durante la larga aventura que supuso la investigación y la redacción de este libro, en particular a Alexandra Lapierre y Garance Auboyneau, Bernadette, Carlos y Caroline Moro, Laura Garrido, Riña y Takis Anoussi, Richard y Pierre Dreyfus, Otto

Barghezi, Robert Simón, Dominique y Stéphanie Carpentier, Reine Conchon, Paule Tondut, Michel Licino, Béatrice Schoettel y Michelle Pavlidis.

También queremos agradecer a Dominique Bethoux, de la empresa Sotei Informática de Fréjus, su asistencia técnica durante la edición de nuestro manuscrito. Por último, dirigimos nuestro más vivo reconocimiento a Gilbert Soulaine y a sus colegas Jean-Marie Mendant, Martine Tintignac y Denis Toubiana, que se esforzaron con tanta generosidad a facilitarnos nuestros desplazamientos entre Europa, la India y Norteamérica. Nuestra gratitud también para nuestros amigos de la Travel Corporation of India, Adi Katgara, Behram Dumasia y Madan Kak, para Sanjay Basu de Far Horizon, así como para Carmen Diez y Aurélie Maroniez por su valiosa asistencia en nuestras incansables investigaciones por toda la India.

No podríamos haber escrito este libro sin la confianza entusiasta de nuestros editores. Leonello Brandolini, Nicole Lattés y Antoine Caro en París; Carlos Revés y Berta Noy en Barcelona; Gianni Ferrari y Joy Terekiev en Milán; Larry Kirshbaum y Jessica Papin en Nueva York, y, por último, nuestra amiga y traductora Kathryn Spink, autora de destacadas obras sobre la madre Teresa, el padre Roger de Taizé y Jean Vanier. A todos ellos, nuestro más sincero agradecimiento.

*Ramatuelle-Finestrat, enero de 2001.*

## Acciones humanitarias de Dominique Lapierre en Calcuta

«Todo lo que no se da se pierde»

### ACCIONES HUMANITARIAS LLEVADAS A CABO POR DOMINIQUE LAPIERRE EN CALCUTA, EN LAS ZONAS RURALES MÁS POBRES DEL DELTA DEL GANGES, EN MADRAS Y BHOPAL

Ha sido posible iniciar o proseguir las siguientes operaciones gracias a mis derechos de autor, a mis honorarios como escritor, periodista y conferenciante, a la generosidad de mis lectores y a la de mis amigos de la asociación que fundé en 1982:

1. Hacerse cargo de forma completa y continuada de 250 niños enfermos de lepra acogidos en el hogar *Résurrection*; construcción de un nuevo pabellón para cincuenta niñas; adquisición de una parcela de terreno para ampliar la explotación agrícola destinada a convertir el hogar en autosuficiente.
2. Hacerse cargo de forma completa y continuada de los 125 jóvenes disminuidos físicos de los hogares de Mohitnagar y de María bastí.
3. Construcción e instalación del hogar de Backwabari para niños afectados de parálisis cerebral con graves limitaciones.
4. Ampliación y acondicionamiento del hogar de Ekprantanagar, en un extrarradio muy pobre de Calcuta, para acoger

a 140 niños obreros temporeros que trabajan en tejares. La acometida de agua corriente potable ha transformado las condiciones de vida de esta unidad.

5. Acondicionamiento de una escuela próxima a este hogar para facilitar la escolarización, además de los 140 niños ya internos, de 350 niños muy pobres de las chabolas vecinas.

6. Reconstrucción de cien chabolas para familias que lo perdieron todo durante el ciclón que asoló el delta del Ganges en noviembre de 1988.

7. Hacerse cargo de forma completa del dispensario de Bhangar y de su programa de erradicación de la tuberculosis, con una cobertura de unas mil aldeas (casi 100 000 consultas anuales). Instalación de un equipo radiológico fijo en el dispensario principal y creación de una unidad móvil de diagnóstico radiológico, de vacunación, curas y ayuda alimenticia.

8. Creación de dos unidades médicas en las aldeas alejadas del delta del Ganges que permiten no sólo asistencia médica y una acción de lucha contra la tuberculosis, sino también programas de prevención, diagnóstico, educación y vacunación, así como campañas de planificación familiar y *eye camps* para devolver la vista a enfermos afectados de cataratas.

9. Excavación de pozos para proporcionar agua potable y construcción de letrinas en numerosas aldeas del delta del Ganges.

10. Botadura de tres barcos-dispensario en el delta del Ganges para proporcionar asistencia sanitaria a las poblaciones de 54 islas.

11. Hacerse cargo del centro de atención médica de Belari, que recibe 90 000 pacientes al año procedentes de aldeas desprovistas de toda asistencia sanitaria; construcción y mantenimiento del centro ABC para niños disminuidos físicos y síqui-

eos; construcción de una aldea para cien madres abandonadas con sus hijos.

12. Creación y mantenimiento de numerosas escuelas y centros médicos (alopáticos y homeopáticos) en dos barrios de chabolas particularmente desfavorecidos del extenso extrarradio de Calcuta.

13. Construcción de una aldea «Ciudad de la alegría» para rehabilitar a las familias de aborígenes sin techo.

14. Donación de diez bombas de agua de funcionamiento con energía solar a diez aldeas muy pobres de los estados de Bihar, Haryana, Rajasthan y Orissa, con el fin de permitir a sus habitantes la producción de su alimento incluso en plena estación seca.

15. Hacerse cargo de un taller en Orissa para la rehabilitación de leprosos.

16. Envío de medicinas y suministro de 70 000 raciones de comida proteica a niños leprosos del hogar de Udayan.

17. Acciones diversas en favor de los desfavorecidos y de los leprosos en el estado de Mysore, de niños abandonados de Bombay y Río de Janeiro (Brasil), así como de los habitantes de una aldea de Guinea (África), y de niños abandonados gravemente enfermos del hospital de Lublin (Polonia).

18. Creación de una clínica ginecológica para tratar a mujeres sin recursos víctimas de la catástrofe química de Bhopal. Adquisición de un colposcopio para el diagnóstico precoz de cáncer en el cuello del útero.

19. Envío de equipos y de servicios de urgencia para ayudar a las víctimas de las terribles inundaciones de Bengala en el otoño de 2000; programa de reubicación de miles de familias que lo han perdido todo.

20. Hacerse cargo de forma continuada, desde 1998, de una parte de los programas del padre Pierre Ceyrac de educación de varios miles de niños en la región de Madras.

CÓMO PUEDEN AYUDARNOS A CONTINUAR  
NUESTRA ACCIÓN DE SOLIDARIDAD PARA LOS  
HOMBRES, MUJERES Y NIÑOS MÁS  
NECESITADOS DEL MUNDO

A falta de recursos suficientes, la asociación «Acción para los niños de los leprosos de Calcuta» que fundé en 1982 no alcanza hoy a satisfacer las necesidades prioritarias que deberían asegurar las distintas organizaciones indias que financiamos desde hace veinte años.

Necesitamos encontrar nuevas aportaciones con el fin de seguir financiando los hogares, las escuelas, los dispensarios y los proyectos de desarrollo, animados por hombres y mujeres admirables que consagran sus vidas al servicio de sus hermanos más necesitados.

Nos habita una terrible inquietud: ¿qué pasaría si mañana fuésemos víctimas de un accidente o una enfermedad nos impidiera asumir los presupuestos de los centros que dependen de nosotros?

Tan sólo existe una forma de conjurar este peligro: transformar nuestra asociación en una fundación.

El capital de esta fundación deberá generar todos los años unos ingresos capaces de financiar los diversos proyectos de las organizaciones humanitarias que mantenemos. Necesitamos un capital inicial de por lo menos un billón doscientos cincuenta millones de pesetas para generar los setenta y cinco millones de pesetas necesarios al año.

¿Cómo reunir ese capital sino es mediante una gran cantidad de aportaciones individuales?

Un billón doscientos cincuenta millones son cincuenta mil veces veinticinco mil pesetas. Para algunos, la donación de doscientas cincuenta mil pesetas para una causa prioritaria es relativamente fácil. Sin duda, algunos incluso pueden donar más.

Pero es una suma demasiado importante para la gran mayoría de los amigos que hasta ahora nos han financiado de manera espontánea, tras haber leído mis libros *-La ciudad de la alegría, Más grandes que el amor, Mil soles-* o haber asistido a una de mis conferencias, y que, a menudo, renuevan fielmente su ayuda generosa.

Sin embargo, doscientas cincuenta mil pesetas son también dos veces ciento veinticinco mil pesetas, o cinco veces cincuenta mil pesetas, o diez veces veinticinco mil pesetas, o incluso cien veces dos mil quinientas pesetas.

Una iniciativa individual sólo puede reunir una suma semejante con la colaboración de muchos. Cada uno de ellos puede contribuir a mantener en pie esta iniciativa que aporta un poco de justicia y de amor a los más pobres, ya sea fotocopiando este mensaje, dándolo a conocer, o agrupándose con miembros de su familia, gente próxima, amigos o colegas, estableciendo así una cadena de compasión y de reparto. Actuando solo no se llega a ninguna parte, pero una acción conjunta lo puede todo.

Las donaciones más modestas cuentan tanto como las más importantes. ¿O acaso no es cierto que la suma de gotas de agua llena los océanos?

Por anticipado, gracias de corazón por el apoyo de cada uno, en la medida de sus posibilidades.

P. D.: Recordamos que la asociación «Acción para los niños de los leprosos de Calcuta» no tiene ningún gasto de funcionamiento. La totalidad de las donaciones recibidas es transferida a los centros beneficiarios.

ACCIÓN PARA LOS NIÑOS DE LOS LEPROSOS  
DE CALCUTA

(Asociación Ley 1901 - CCP: 1590 65 C París)

Dirección de internet: <http://www.cityofjoyaid.org>

Attn: Dominique & Dominique Lapierre

Val de Rian, 83350 Ramatuelle

Télécopie: 04 94 97 38 05 e-mail:

[dominique.et.dominique.lapierre@wanadoo.fr](mailto:dominique.et.dominique.lapierre@wanadoo.fr)

Al salvar a un niño salvamos el mundo de mañana,  
dándole la posibilidad de aprender a leer y escribir, y  
permitiéndole aprender un oficio.

Acoger, curar, alimentar, vestir, educar y formar en un ofi-  
cio a diez niños leprosos o con problemas cuesta entre  
300000 y 375000 pesetas al año.

Excavar diez pozos de agua potable en el delta del Ganges  
cuesta entre 300000 y 625000 pesetas, según el terreno. El  
tratamiento de cien pacientes afectados de tuberculosis  
cuesta 250000 pesetas.

Por cada donación recibirá, en un plazo acordado, un recibo fiscal reglamentario que le permitirá beneficiarse de la reducción de los impuestos previstos por la legislación actual (50 % del importe de las donaciones efectuadas en el límite del 6 % de la base imponible).



## índice

Carta a los lectores .....	7
Mapa «La ciudad de Bhopal» .....	10
<b>Primera parte. Una nueva estrella en el cielo de la India</b> .....	<b>11</b>
1. Petardos que matan, terneros que mueren, insectos que asesinan .....	13
2. El holocausto planetario de millones de insectos de vastadores .....	26
3. Un barrio de chabolas llamado Orya bastí .....	32
4. Un millonario clarividente dedicado a los alimentos de los hombres .....	40
5. Tres presidiarios a orillas del Hudson .....	45
6. El heroísmo cotidiano del pueblo de los bastís ..	49
7. Un valle norteamericano que reinaba en el mundo ..	54
8. Una mujercita bajo los asientos de los trenes de Bhopal .....	59
9. Un veneno con olor a col hervida .....	65
10. Merecían la misericordia de Dios .....	72

11. Una mano para el porvenir.....	77
12. Una tierra prometida sobre las ruinas de un reino de <i>Las mil y una noches</i> .....	85
13. Un continente de trescientos millones de campesinos que hablan seiscientas lenguas .....	89
14. Unos proxenetas muy especiales .....	95
15. Una factoría tan inocente como una fábrica de cho- colatinas .....	102
16. Una nueva estrella en el cielo de la India .....	112
17. «Nunca se atreverán a lanzar sus excavadoras con tra nosotros» .....	118
18. Salario del miedo en las carreteras de Maharastra	127
19. El Círculo de los Poetas Perezosos .....	136
20. «¡Carbide ha podrido nuestra agua!» .....	143
21. Las primeras gotas mortales de la «bonita fábrica»	154
22. Tres cisternas decoradas como para un carnaval	158
23. «Medio millón de horas de trabajo sin perder ni una sola jornada» .....	165
24. Raíces para siempre en la tierra de la Explanada negra .....	172

SEGUNDA PARTE. **Una noche bendecida por los astros** . 179

25. Un gas que provoca risa antes de matar .....	181
26. «Todos seréis reducidos a polvo» .....	191
27. Un tesoro de Alí Baba para los héroes de la Expla- nada negra .....	199
28. El aterrizaje de un financiero aficionado al buen whisky .....	207
29. «Mi bonita fábrica estaba perdiendo su alma» . .	214

30. Los novios de Orya bastí .....	223
31. Fin del sueño para un joven indio .....	231
32. La venganza del pueblo de la Explanada negra . .	238
33. Unas fiestas que exaltaban los corazones .....	252
34. Un domingo muy especial .....	256
35. Una noche bendecida por los astros .....	267

**TERCERA PARTE. Tres sarcófagos bajo la luna .....**277

36. Tres sarcófagos bajo la luna .....	279
37. «¿Y si los astros deciden hacer huelga?» .....	287
38. Los geiseres de la muerte .....	297
39. Pulmones que revientan en el corazón de la noche	305
40. «Algo que desbordaba el entendimiento» .....	316
41. «¡Esto es un infierno!» .....	331
42. Un santón medio desnudo en medio de los vapores mortales .....	343
43. La bailarina no estaba muerta .....	353
44. «¡Muerte al asesino Anderson!» .....	365
45. «Union Carbide nos ha convertido en el centro del mundo» .....	375
Epílogo .....	385
Lo que ha sido de los personajes .....	401
Agradecimientos .....	409
Acciones humanitarias de Dominique Lapierre en Cal cuta .....	413